

Universidad Nacional de General Sarmiento
Instituto de Desarrollo Económico y Social

Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales

Etnografía de la política en el proceso de urbanización
de una villa del Gran Buenos Aires

María Cecilia Ferraudi Curto

2010

A la memoria de mi papá

A mi mamá

A Martín

RESUMEN

El objetivo general de esta tesis es construir un modelo etnográfico de la política a partir de la urbanización en Villa Torres, La Matanza. Partiendo de una pregunta que precedía a esta etnografía, Villa Torres se constituyó como mi oportunidad. No sólo llegué allí a través de una trama densa que conectaba gobierno provincial, municipal y organización local sino que, dentro de esta trama, Villa Torres constituía un modelo de los programas habitacionales vigentes. En ese sentido, resultaba atractivo para explorar los procesos más amplios en curso.

Frente a la incomodidad que despertaron las concepciones académicas de política luego de la “sorpresa” de diciembre de 2001, esta tesis se elabora a partir de una premisa fundamental de la antropología de la política brasileña: considerar la política como categoría etnográfica. Si mi pregunta nació al calor de 2001, prevalece aquí una búsqueda por comprender qué es política luego del fin de los “tiempos extraordinarios”. La tesis se constituye en la tensión entre esa pregunta y una máxima etnográfica: dejarme guiar por mis anfitriones.

ABSTRACT

The aim of this thesis is to build an ethnographic model of politics from the urbanization process in Villa Torres, La Matanza. As part of a thick network which connected provincial and municipal government with local organization, I was conducted to a place presented as a model of current housing programs. The question was previous. Villa Torres became my opportunity.

In response to the discomfort produced by the academic conceptions of politics after the “surprise” of December 2001, this thesis is based on a premise developed by the Brazilian anthropology of politics: “politics” is always an ethnographic category. Born during the hot days in 2001, my question was redirected to understand what politics is after the end of the “extraordinary times”. The thesis is built on the tension between this question and an ethnographic maxim: let myself go with my hosts.

ÍNDICE

Agradecimientos.	5
Introducción.	8
Presentación	10
Cuestión de saberes	11
Convencer, trasladar, tirar	13
Política	15
Antecedentes	16
Ni choripanes ni cortes de ruta: vivienda digna	16
La política como categoría etnográfica	26
Un recorrido etnográfico	29
De las organizaciones piqueteras a la urbanización	29
Etnografía en Villa Torres	31
Capítulo 1. No entendía nada de política.	35
Entradas en política	35
Esa palabrita mágica	40
No entendía nada de política	44
Se abren todas las puertas	54
¿La política como vocación?	60
Capítulo 2. Proyecto urbanístico Villa Torres	65
De la emergencia social a las políticas habitacionales	66
Proyecto ideal/Proyecto real	68
Tiempo infinito	74
Estado/barrio	78
Estatización del barrio	83
Capítulo 3. Torres y Torres VIP	86
Villa/Barrio	87
Barrio Arieta/Villa Torres	91
El asentamiento	96
Tres clases	99
Vivir en Torres	100
La canchita	107
El plano	112
Conocimiento local	115
Capítulo 4. Estar contemplado	118
Los pasos seguidos	120
Tener el derecho	122
Firmar	126
Un lugar provisorio	132
Trabajar políticamente	136
La vieja loca	142
Armar chusmerío	147
¿Esperar?	150

Capítulo 5. ¿Qué es política?	152
Trabajar en la urbanización	153
MIERCOLES 19 HS. EN EL FORTÍN	157
El dirigente barrial	161
¿Buenos y malos?	167
La bañera (un epílogo)	168
Capítulo 6. ¿Estás nervioso? Las elecciones desde Villa Torres	171
De Tinelli a Villa Torres	174
Elecciones anticipadas	176
Cierre de campaña	179
Los comicios en Torres	181
¿Sorpresa? ¿Para quién?	184
Capítulo 7. El festival de los 10 años	189
Registro de campo	190
Invitación	190
Regreso	193
Primeras impresiones	196
Una turista	199
Un viajero	201
Recorrido con funcionarios	203
Un pibe de la murga	206
Comienza la ceremonia	210
Futbolistas, cantantes y políticos	214
Un reclamo	217
Mucho barrio	218
Después del campo	220
Algunas fotos de Graciela	220
Palabras finales	222
Conclusión.	227
Cargar la mochila (al andar)	227
Largarse a jugar	234
Bibliografía.	240
Anexos.	253
Anexo 1. Plano de La Matanza	253
Anexo 2. Fotos de Villa Torres	254
Anexo 3. Índice de nombres propios	259

AGRADECIMIENTOS

La tesis fue un largo recorrido. Aquí quiero agradecer a quienes me recibieron, guiaron y acompañaron durante estos años de andanzas.

En primer lugar, agradezco a mis anfitriones por dejarme acompañarlos en sus actividades, por contarme parte de sus vidas o simplemente por soportar mis recurrentes visitas.

Desde 2003, Pablo Semán ha orientado mi investigación. Me acompañó en mis primeros pasos como etnógrafa, contagiándome algo de su pasión por el oficio. Luego, fue clave en mi acercamiento a la antropología brasileña y especialmente a Antonádia Borges. Una vez defendida la tesis de maestría, me dio la confianza necesaria para animarme a cambiar de “campo” y a imaginar diferentes tesis doctorales posibles. Finalmente, hizo gala de sutileza y realismo para ayudarme a llegar a una versión definitiva. ¡Gracias!

Cuando leí *Tempo de Brasilia*, encontré el libro que inspiraría más profundamente mi trabajo. Antonádia Borges, su autora, formó parte de mi jurado de tesis de maestría. Sus comentarios me empujaron a dejarme guiar (y hasta perder) por mis anfitriones, confiando en que un modelo etnográfico de la política saldría de ello. Luego, ayudó a elaborar énfasis y volver más sensibles mis análisis, como codirectora de esta tesis. ¡Gracias!

La defensa del plan de tesis fue un momento fundamental en la elaboración de este escrito. Mis agradecimientos a Sabina Frederic y a Elizabeth Jelin, quienes me brindaron múltiples posibilidades para aclarar y perfeccionar este texto.

Gran parte de esta investigación fue realizada con mi director partiendo a México y mi codirectora en Brasil. Los talleres del doctorado UNGS-IDES y el seminario de tesis que conformamos en la UNSAM fueron espacios de discusión centrales donde pude compartir los avances de esta tesis.

Con respecto a los talleres, quiero agradecer especialmente a Elizabeth Jelin por la agudeza de sus comentarios. Entre mis compañeros, agradezco las lecturas de Bárbara Altschuler, Damián Corral, Alejandro Dujovne, Federico Lorenz y Ramiro Segura.

En el ST, pude disfrutar de muchas reuniones en que, entre mates, debatíamos avances de las respectivas tesis en un clima de generosidad intelectual excepcional. Agradezco por ello a Carina Balladares, Débora Gorbán, Rodolfo Iuliano, Ana King, Romina Malagamba Otegui, Carolina Spataro, Laura Benas y Cristian Dodaro. Carina y

Débora han sido interlocutoras constantes a lo largo de los años de tesista. Especialmente, Débora ha seguido paso a paso los recorridos de esta tesis: hemos conversado interminablemente sobre ideas y borradores más o menos incompletos de la misma; además de contribuir en la engorrosa tarea de edición, me ha ayudado a iluminar puntos oscuros, desplegar análisis y enfatizar sus ejes. ¡Gracias!

La primera parte del trabajo de campo analizado aquí fue realizada en el marco del Programa “Seguridad = Ciudadanía e Inclusión”, desarrollado por el Ministerio de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires. Agradezco a los directores, Gabriel Kessler y Pablo Semán; a los coordinadores, Marina García y Martín Cortés; y a mis compañeros, Patricia Diez, Damián Fau, José Garriga Zucal, Florencia Gentile, Betina Presman, Marcelo Ribero, Malvina Silba, Carolina Spataro y Natalia Verón. Entre ellos, estoy fundamentalmente agradecida a Martín, Damián, Marcelo y Natalia por compartir el trabajo de campo conmigo.

Diferentes fragmentos de la tesis fueron presentados como ponencia en encuentros y jornadas. Agradezco las devoluciones de Virginia Manzano, Luisina Perelmiter, Mariana Heredia, Lara González Carvajal y Virginia Vecchioli. También quiero agradecer a Silvina Merenson y a Gabriel Noel, por textos y consejos.

La financiación para esta investigación provino de una beca de posgrado del CONICET. Agradezco a la institución por su apoyo económico. Agradezco a mi Director de beca, José Nun.

Mi lugar de trabajo fue el IDAES. Allí, dos proyectos colectivos han enmarcado mi investigación doctoral, *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* y *Legitimación de las desigualdades en la Argentina reciente*. Quiero agradecer a su director, Alejandro Grimson, y, entre mis colegas, particularmente a Ramiro Segura, quienes me han iluminado el camino por la ciudad como preocupación antropológica. La edición de *La vida política ...* fue síntesis de un prolongado trayecto.

A lo largo de esta investigación, participé de diferentes ámbitos de discusión que, más o menos distantes de la tesis, han resultado fundamentales para orientar mi formación y mis intereses.

En *Apuntes*, aprendí a ser mejor investigadora animándome a divertirme. Agradezco especialmente a Lucas Rubinich, Claudio Benzecry, Marina Farinetti y Paula Miguel por ello. Durante el último año, además, me vi envuelta con Marina Farinetti y Daniela Soldano en la coordinación de “Conurbano”. Las discusiones en torno del número fueron llama de mi frenesí durante la escritura de esta tesis. En ese contexto, una

larga charla con Marie-France Prévot-Schapira contribuyó a abrir mis horizontes. Gracias.

Hace unos años, Pablo Semán nos invitó a José Garriga Zucal y a mí a acompañarlo en el seminario que dictaba en el IDAES: “La cultura de los sectores populares y el orden social contemporáneo”. Como jugando al ajedrez, cada clase abría un desafío a partir de un texto. Agradezco a ambos el aprendizaje, y a José especialmente hacerme el aguante a lo largo de la escritura de la tesis.

Este trayecto habría sido mucho más difícil sin un buen punto de partida. Mis inicios como socióloga se hicieron en Sociología General, leyendo a “los clásicos” como investigadores. Quiero agradecer a Lucas Rubinich y a mis colegas: especialmente, a Carina Balladares y a Luis Cicalese, quienes me acompañaron durante los momentos difíciles de la escritura; a Carla del Cueto, quien estuvo ahí para aconsejarme sabiamente a lo largo de los años.

Por último, escribir una tesis requiere mucho tiempo y energía. Esto habría sido imposible sin la fuerza constante de quienes más quiero: a mis amigas, Sole, Coty, Mariana y Anabel, por la comensalidad en que vamos creciendo juntas; a mi familia, por acompañar mis pasos y comprender mis tiempos; a mi mamá, por ayudarme a crecer; a Martín, por el amor.

INTRODUCCIÓN



Esta es una imagen de Villa Torres tomada el 3 de octubre de 2009, en ocasión de la celebración de los diez años de la toma considerada como origen del proceso de urbanización que pretendo analizar.¹ Llegué a Villa Torres desde una pregunta por la política. Para entender la política en Villa Torres, tuve que analizar la urbanización. Esta foto es la culminación de ese recorrido. Tomada por mí, fue elegida entre otras por varias razones.

En principio, muestra casillas, terrenos demolidos, núcleos construidos y semi abandonados, y viviendas nuevas ya habitadas... es decir, da cuenta de la contemporaneidad de lo que muchas veces es presentado como un antes y un después de la urbani-

¹ El nombre del barrio y de las personas han sido modificados para preservar a quienes me confiaron su palabra. Aún en sus limitaciones, este procedimiento permite tomar distancia de las lógicas por las cuales este barrio es presentado públicamente como modelo de urbanización para tratar de comprenderlo etnográficamente en su singularidad histórica.

Utilizo las comillas para señalar términos o frases de mis interlocutores a lo largo de la etnografía. También apelo a extensas citas de entrevistas y registros de campo. Como forma de valorar sus palabras. Para permitir otras interpretaciones.

zación. Es la foto de un momento para mostrar un proceso en curso. En la diversidad de situaciones, puede entrecruzarse la complejidad de la urbanización como articulación de políticas públicas implementadas localmente a lo largo del tiempo.

Segundo, se sitúa en la calle central del barrio (y primer asfalto), donde se ubica la parroquia, la vieja escuela y el subcomando del PJ (Partido Justicialista). Ése era el camino que yo tomaba diariamente para entrar al barrio, porque me lo recomendaron como el más seguro. Pero la foto no fue sacada desde la perspectiva de quien entra sino desde lo que era el “fondo” de Villa Torres, hacia la ruta. Allí fue la toma de tierras que marca el origen de la urbanización. Allí está la avenida que marca el límite entre la “parte nueva” y la “parte vieja” del barrio. Allí tuvo lugar el festival de los diez años. Durante el mismo, hubo juegos inflables para los más chicos, cumbia y chamamé para jóvenes y grandes, una feria y tres oradores: el intendente, un militante de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos que orientó al grupo luego de la toma y José, el dirigente barrial que se constituyó como tal a lo largo de este proceso. La urbanización implicaba una reconstrucción del barrio, incluidas las relaciones de poder “adentro” de él (y su vínculo con el “afuera”).

Tercero, la imagen permite observar no sólo casas sino también otros signos de la urbanización (postes de luz, cestos de basura, asfalto y veredas) y, en ese sentido, da cuenta (parcialmente) de su importancia. Según José, urbanización fue una palabra que aprendieron entonces. “Era una palabrita mágica... Implicaba agua, cloaca, luz, asfalto. ¿Quién podía estar en contra?” A lo largo de esta tesis, las palabras no sólo fueron objeto de reflexión para mí sino que intenté seguir un minucioso trabajo sobre las mismas, que me precedía. La urbanización se constituía en el cruce entre lenguajes.

Cuarto, la foto fue tomada la única vez que llevé una cámara al barrio. Pronto se la pasé a Graciela, la esposa de José. Ella se había negado a una entrevista, alegando que no le gustaba hablar, que era José quien hablaba. Sólo entendí cómo acercarme a ella hacia el final del trabajo de campo. Solía acompañar las movilizaciones con sus hijos y filmar o sacar fotos de los acontecimientos importantes en el barrio. Por eso, le di la cámara. Sus fotos me ayudaron a comprender los sentidos del festival y de mi tesis. Porque el proyecto de urbanización en Villa Torres es tomado como modelo de las políticas públicas vigentes, la fotografía (y el recorrido por el barrio) forma parte de las formas de presentar la urbanización a profesionales, políticos y dirigentes barriales. Comprender este modelo implica dar cuenta de su singularidad en el contexto posterior a diciembre de 2001.

Finalmente, el objetivo general de esta tesis es construir un “modelo etnográfico” (Borges, 2007) de la política a partir de la urbanización en Villa Torres, La Matanza. ¿Cómo se constituye y sostiene Villa Torres como modelo de urbanización? El festival de los diez años, como evento, logró condensar el recorrido de la misma, marcando el cierre de mi trabajo de campo. Con él, comienza este texto. Con él, terminará. Entre medio, intentaré dar cuenta del recorrido.

Presentación

Llegué a Villa Torres con un grupo de científicos sociales contratados por el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires para realizar un “diagnóstico” sobre el barrio en vistas de la elaboración de “políticas de inclusión social”, en julio de 2007. Se trataba de una villa de La Matanza², prueba piloto de un proyecto municipal de urbanización de villas y asentamientos, constituido a partir de la articulación de programas nacionales, provinciales y municipales. Las políticas públicas focalizadas eran centrales en la configuración del barrio, e incluso dieron origen a mi relación con él.

Vistos como “profesionales del gobierno”, fuimos recibidos por José y presentados en una ronda a algunos miembros de la organización barrial que presidía, la “cooperativa madre”. Él, que “no entendía nada de política” cuando empezó en 1999, se había erigido como dirigente barrial a medida que la urbanización se fue construyendo como problema y solución para el barrio. Desde su creación en 2005, se desempeñaba como funcionario en el Programa de Urbanización de Villas y Asentamientos municipal. José fue nuestro primer contacto en el barrio. Las personas que nos presentó cuando llegamos serían nuestros guías a lo largo del recorrido. Es decir, nuestra llegada al barrio estaba orientada por tramas políticas previas que conectaban gobierno provincial, gobierno municipal y organización barrial, a través de algunas personas claves que desconocíamos.

Además, nuestra llegada al barrio se producía pocos meses antes de las elecciones nacionales. Alberto Balestrini, el jefe distrital, se presentaba como candidato a Vicegobernador provincial por el oficialismo, apoyando la candidatura de Cristina Fer-

² Ubicado al sudoeste de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, La Matanza es el municipio más extenso del Gran Buenos Aires (325,71 Km² de superficie), y el más populoso. Según el Censo 2001, registra una población de 1.253.921 habitantes (aproximadamente el 9% de la población provincial, y el 3% de la nacional). Según los funcionarios del programa de urbanización de villas y asentamientos municipal, el distrito registra más de cien de estos barrios informales. Entre ellos, Villa Torres es uno de los más antiguos, remontándose sus orígenes a fines de la década de 1950. Ubicado frente a la Ruta Provincial 4, el barrio cuenta con 7.500 habitantes. (Para una definición descriptiva de la villa como forma de hábitat urbano informal, véase Cravino, 2006).

nández de Kirchner a la presidencia. Como en los comicios previos, La Matanza era considerado un distrito electoral clave y el lugar elegido para los cierres de campaña del oficialismo. El distrito más populoso del conurbano bonaerense suele estar caracterizado por la continuidad del peronismo como fuerza política gobernante así como por una persistente presencia de organizaciones territoriales que, originadas a partir de los asentamientos ocurridos a mediados de la década de 1980, se configuraron como organizaciones piqueteras hacia fines de los '90 combinando movilización colectiva y gestión de políticas sociales focalizadas –especialmente “planes” (subsidios a los desocupados)- (Merklen, 2001; Entin, 2004; Manzano, 2005; Rocca Rivarola, 2006; Colabella, 2009).

El contexto electoral signaba nuestra presencia en Villa Torres, el “barrio mimado de Balestrini” (según palabras de nuestro director). A la vez, marcaba la propia vida en el lugar. En varias ocasiones, las mujeres que nos guiaban por sus calles contaban que estaban “rastrillando para las elecciones” o veíamos dos o tres micros esperando al lado de la escuela con gente subiendo para ir a un acto. Pero estas mujeres insistían. Eso era sólo parte del trabajo. Nosotros teníamos que ver todo lo demás: los pibes que demolían viviendas viejas, los hombres y mujeres que trabajaban en las cooperativas, o las vecinas que elogiaban las casas nuevas. Para ellas, el eje consistía en mostrar la urbanización como un logro, colocando al barrio (y a su trabajo en él) como centro.

No elegí Villa Torres para investigar etnográficamente la política sino que me dejé llevar hacia allí por una serie de vínculos y acontecimientos en los cuales la política ya estaba presente. La selección del lugar, mi propio papel en el diagnóstico y cómo era percibido por los otros, la trama de presentadores y guías que nos recibieron, y el contexto en que se desarrolló el diagnóstico, constituían un punto de partida denso para preguntar por la política. Pero la pregunta era previa. Se había constituido a partir de un análisis etnográfico en una “organización piquetera”, y de los debates en torno del mismo: las devoluciones de mi tesis de maestría me mostraban que académicos, militantes y yo misma discutíamos qué era política (Ferraudi Curto, 2007). Esa fue mi pregunta en Villa Torres, a partir de las premisas de la antropología de la política brasileña. Después del diagnóstico, volví para realizar un trabajo etnográfico prolongado. Aquí relataré la primera visita al barrio.

Cuestión de saberes

Entramos a Torres en micro por medio de lo que luego conoceríamos como “casco viejo”. En principio, no difería demasiado de otras villas históricas del conurba-

no: casas bajas de material sin revocar o chapa, calles de tierra, pasillos sinuosos.³ Entre medio, resaltaba una manzana de chalecitos. Luego de avanzar dificultosamente por una calle angosta de barro, debimos detenernos frente a un montículo de tierra. Al bajar del micro observamos. Más allá de la excavación de lo que sería la avenida central, había una construcción de media manzana sin edificaciones aledañas: la nueva escuela. Cruzamos el barro a pie mientras empezamos a ver el “casco nuevo”: chalecitos de material color pastel de dos plantas, con patio al frente y techo de tejas. Luego de pasar la escuela, un muchacho se acercó y nos pidió que esperáramos... que José estaba llegando.

José es el presidente de la cooperativa que organiza la urbanización en Torres. Nuestra coordinadora había estado hablando a su celular durante el trayecto, para avisarle a qué hora llegaríamos. Nos habíamos retrasado.

Mientras lo esperábamos, comenzamos a charlar con Tincho, el muchacho que nos recibió. Tenía cerca de 30 años. Parecía interesado en conversar con nosotros pero, a la vez, hablaba con timidez. Nos contó que él es del barrio, que empezó arquitectura pero dejó, que es maestro mayor de obras y verifica el trabajo de las cooperativas. Dijo que eran nueve, con dieciséis miembros cada una, y que aparte está la gente del PRO-MEBA (Programa de Mejoramiento de Barrios), a quienes denominó como la empresa. También mencionó los equipos de demolición, de paredón... Habló de esponjamiento (entendí que se refería a solucionar el superpoblamiento) y traza (entendí que aludía a las calles programadas), las dos razones por las que tienen que “convencer a la gente para que se mude”.⁴

A poco de haber comenzado la charla, vimos aproximarse a José con otros dos hombres jóvenes. Tincho se corrió a un costado, y permaneció escuchando. Apenas llegó José, varias personas que estaban trabajando en las inmediaciones se acercaron para presentarse. No era la primera vez que lo hacían y conocían el procedimiento.

José es un hombre de treinta y largos, alto y delgado, de ojos pequeños e inquietos. Vestía jeans y una campera de polar oscura. Sonreía al hablar. Dijo que la urbanización era un proyecto muy grande, que había mucha gente y cada uno hacía muchas cosas. Contó que venía de hablar con una mujer para que se mudara, que accedió después

³ El término “villa” (“villa miseria” o “villa de emergencia”) corresponde en Argentina a lo que se conoce como “favela” en Brasil, “cantegril” en Uruguay o “callampa” en Chile. Para un análisis histórico del debate de las ciencias sociales y del sentido común alrededor de la villa (y los “villeros”), véase Cravino (2008:175 y ss.).

⁴ Ambos términos técnicos definen criterios para demolición de viviendas en el casco viejo, siguiendo un plan de organización de manzanas conformadas por lotes de 7,50m x 14m y separadas por calles y pasajes.

de tres años, que ellos ya sabían que era así y esperaban. Nos mostró su casa, a pocos pasos de donde estábamos. Aún estaba sin terminar. “Para que la gente no deje de creer en el proyecto”, explicó. También se refirió a los “profesionales”, que ya vinieron muchos, que no conocen lo que quiere la gente y quieren venir a decir lo que hay que hacer. “Nosotros vivimos acá toda la vida y sabemos”, aseguró. Pidió que cada uno de los que participaba se presentara ante nosotros y, luego de que lo hacía, agregaba información y decía que los compañeros siempre cuentan una parte nomás de lo que hacen, que trabajan tanto y en tantas cosas que es difícil contar.

Primero habló el técnico. Fede es un hombre bajo, de hablar pausado. Relató los inicios del proceso, cuando se reunían en la parroquia. Dijo que él siempre había insistido en la importancia de hacer planos, que hablaba mucho con términos técnicos y que fue todo un trabajo transmitir su saber a los otros. Enseguida José lo interrumpió: “Nosotros no entendíamos. Así fue con todo. También aprendimos palabras nuevas...”. El técnico contó que ahora estuvieron peleando para conseguir el paredón (una pared baja entre casa y casa). José agregó que el problema era que las casas estaban muy lindas pero cuando alguno se mudaba, ya ponía alambre o cualquier cosa para separar con el vecino. Eso no estaba pensado y había que hacerles entender a los profesionales por qué era importante.

El técnico se excusó diciendo que tenía trabajo y partió. Mientras, José contaba que una palabra nueva que aprendieron fue “estrategia”. “No sabíamos la palabra pero ya lo hacíamos”. Explicó: “Lo que hacemos es ir por varios caminos a la vez... Se cierra uno. No importa. Seguimos por el otro. Ya va a aflojar. Un año, dos años... Así seguimos y al final resulta. Como la señora de hoy. ¡Tres años llevó que aflojara! También con los funcionarios, para que entiendan, por ejemplo, lo del paredón o lo del techo de tejas. Está todo listo para empezar y les decimos que sin eso, no se hace nada. Entonces nos escuchan”.

Convencer, trasladar, tirar

Después hablaron Guillermo Gómez (el responsable de los pibes de demolición) y Mirta (quien está a cargo de los traslados). También se presentaron brevemente el presidente de una de las cooperativas (a cargo de las obras) y la arquitecta (que hace los planos y certifica los avances de obra desde el municipio).

Gómez contó cómo armó el grupo a partir de un pibe que había pasado como diez años en [el penal de] Olmos, conocía varias cárceles y tenía una historia larga.

Volvió al barrio y les dijo que quería ayudar en la urbanización. Él lo puso al mando: “O se roba todo o nadie va a robar. Resultó que juntó a todos los pibes. Eran noventa en un momento. Ahora son treinta y pico. Muchos consiguieron trabajo afuera”.

José resaltó el trabajo de Mirta, que siempre anda de aquí para allá. Mientras tanto, ella nos mostraba la carpeta (que siempre lleva) y el picaporte (que debía colocar en una casa antes de entregarla). Mirta es petisita y muy delgada. Usa el cabello largo y teñido de rubio. Para comenzar, dijo que nació en el barrio. Alguien preguntó cuándo. Después de un silencio (y de una amonestación jocosa de José), ella murmuró 1952. Más tarde entendí la incomodidad. No se trataba simplemente de que fuera descortés preguntar su edad sino que su fecha de nacimiento revelaba una mentirita. El barrio había surgido durante el gobierno de Frondizi (1959-1962).

Mirta se encarga de avisar a la gente cuando está lista la casa y preparar la mudanza. “Me encuentro con cada historia... Porque primero tengo que ir a comprobar los datos del censo del '99. Entonces la mujer me dice que su marido duerme en cuarto separado, si no pueden hacer otra habitación. Para afuera son un matrimonio pero adentro no. Uno se entera de esas cosas. Tengo que ver con cada uno cómo hago. El programa cubre un cuarto para el matrimonio y otro por cada chico. No se puede hacer otra cosa. Lo que sí se hace es que cada uno puede poner plata para que se haga otra ampliación. Tiene que avisar. Hay gente que lo hace, otra ni sabe nada hasta que no viene a vivir. Después voy a chequear la casa antes de entregarla, que todo esté perfecto. Porque la gente puede vivir con una gotera en el medio de la cama pero cuando se muda, quiere todo perfecto”. Esto repitió José también. Ella dijo que se fijan, sobre todo, en el baño. “Entonces voy antes a ver si ya está para entregar. Después le aviso a la familia y preparamos la mudanza. A veces la familia se muda de noche porque no quieren que los demás vean lo que tiene. Los de demolición van enseguida y tiran la casa”.

José contó que a veces mienten para convencer a la gente. “Pero son mentiras por su bien. A la señora, por ejemplo. Ella está donde pasa el asfalto. No se quería mover y no se quería mover. Tres años así. Bueno, no importa. ‘Usted se queda, si es lo que quiere. Nosotros seguimos’. Ahora están haciendo la calle, pasa la máquina. Fuimos y le dijimos que con la máquina y después con el tránsito le iba a pasar que se le iban a quebrar todas las paredes, que nosotros no podíamos hacer el asfalto bien a una profundidad de no sé cuánto porque estaba ahí la casa y así iba a quedar más inestable. Que ella viera lo que quería pero se iba a filtrar toda la casa. Al final, cuando estábamos

yéndonos, me preguntó qué casa le tocaría, que iba a hablar con el marido. Es una mentirita pero por su bien”.

En otro momento dice que ellos andan por todos lados, que cada uno tiene una zona y, si pasa algo, ya se comunican y van todos para ahí. Así hacen para que no ocupen las casas vacías o para charlar con los vecinos. Va caminando y en la cuadra ya le van diciendo todo el problema, charlan cómo van a hacer, entonces llegan y ya tienen una respuesta. También dice que a él no lo vamos a encontrar mucho porque está en la Unidad Ejecutora de la urbanización de las villas de Matanza, en el Municipio. Son como ciento veinte villas y asentamientos. Están en siete. Difícil. Dice que habla con la gente y no le creen hasta que los trae acá. Que vean y hablen con ellos que ya pasaron por la experiencia.

Política

Después José pregunta cómo vamos a organizarnos, qué vamos a hacer. Nuestra coordinadora informa que vamos a venir dos días; cuenta de los grupos en los que nos vamos a dividir: mujeres, jóvenes, adultos y trama política.

“¡Uy, política!”, dice José riéndose. Uno de nosotros aclara que es de la organización, de otras organizaciones del barrio. “Ahora nos van a ver con la camiseta puesta a full, en el colectivo, en los actos, pero después de las elecciones nos la sacamos”, dice Mirta. José continúa explicando: “Siempre estuvimos con Balestrini (y ahora con Espinoza) porque él fue el que nos apoyó desde el principio, que puso para hacer las primeras casas, que visitó el barrio cuando todavía no era intendente”.⁵ “Por ahora estamos con él porque no nos falló pero si falla, nos vamos. Nosotros estamos por esto. Estamos por nosotros”, agrega Mirta. “Ninguno de nosotros es un ‘soldado’. Cada uno tiene sus ideas y lo dejamos. Pero todos estamos por el barrio. Nunca nos van a ver con el chori-pán ni cortando ruta. No lo hicimos antes. Nosotros desde un principio dijimos que queríamos una vivienda digna. Ahí venía lo demás: trabajo, salud... Eso era lo importante”, concluye José.

“Ahora estamos llevando a los pibes a los actos. Siempre les decimos antes dónde vamos y por qué es. No vaya a ser que los agarren de la televisión y justo seamos nosotros, los que decimos todo esto, que quedamos eschachados que llevamos gente que

⁵ Alberto Balestrini había sido el intendente de La Matanza entre 1999 y 2005, cuando nombró a Espinoza como su sucesor. Desde entonces, Balestrini era Presidente de la Cámara de Diputados de la Nación (existían rumores y desmentidas acerca de su candidatura a la vicepresidencia, a la gobernación bonaerense o a la vicegobernación –cargo por el cual fue electo en octubre de 2007-).

ni sabe dónde va. La otra vez fuimos a una cosa de Jubilados con los pibes, ya decíamos que los iban a agarrar porque qué hacen unos pibes acá así que les explicamos. Había choripanes y el señor les ofrecía, un viejito como de ochenta años que trabaja con nosotros y cuenta muy bien. Ellos decían, ‘Mire que no vinimos por el choripán, ¿eh?’ Nos reíamos. El viejo les dice: ‘Cuando yo era pibe...’ ‘Uy, historia... prehistoria’ empezaron a reírse los pibes. El viejo les dijo –sabe contar- les dijo: ‘Sí, hace mucho... Cuando yo era pibe, había cursos de albañilería, carpintería... Yo hice todo eso. Cuando terminé, el maestro me dijo: Ahora podés tomarte el tren y parar en cualquier pueblo, siempre vas a tener trabajo’”. José dice que esa historia es bárbara, lo que le dijo el otro, el viejo lo repite después de no sé cuántos años y ahora lo repite José. Así se pasan las historias... La idea de armar eso no sabe de quién fue, pero les gustó y la tomaron. Y así cada cosa.

Finalmente, José se disculpó porque era hora del almuerzo. Combinamos para volver otro día de la semana. Mientras nos alejábamos, uno de los que había escuchado la charla sin intervenir nos murmuró: “Esto está muy politizado”.

Antecedentes

Ni choripanes ni cortes de ruta : vivienda digna

El contraste marcado por José en la presentación (y resaltado por mí en este subtítulo) vuelve sobre un debate muy actual entre habitantes de Buenos Aires más o menos interesados en política. Se trata de una discusión que involucra los bienes que el Estado distribuye para aquellos que cataloga como “pobres”, y su relación con las prácticas de reclutamiento y movilización de partidos y otras organizaciones. La referencia de José estaba cifrada a través de dos expresiones diferentes.

Como él mismo explicitaba, los choripanes son considerados como los objetos que los políticos distribuyen en los actos, a cambio de la asistencia. Algunos medios de comunicación exponen estos intercambios como ilegítimos, evidenciando la falta a través de una pregunta: ¿por qué es el acto? La persona interpelada que no responde correctamente a esta interrogación (indicando, como en un panfleto partidario, los propósitos de la convocatoria) es considerada como “llevada”, manipulada por intereses turbios de los “políticos” en cuestión. Según esta visión, la buena política es aquella de la opinión pública informada. El modelo de ciudadanía subyacente opera como ideal, señalando carencias. Frente a esta perspectiva, José y Mirta no negaban asistir a actos sino

que sostenían priorizar la urbanización de su barrio (y el trabajo para los pibes). A partir de allí, ellos explicaban el apoyo a Balestrini y, a la vez, subrayaban su autonomía. Sus palabras me ponían ante una situación incomprensible para estas miradas completamente negativas.

Los cortes de ruta, en cambio, constituyen una forma de acción colectiva contenciosa que cobró relevancia en los últimos años de la década de 1990 colocando al problema de la desocupación en un lugar cada vez más central de la agenda pública. Si inicialmente se trató de un reclamo por trabajo (en ciudades periféricas del país), pronto los “planes” (subsidios a los desocupados) se consolidaron como respuesta estatal a las demandas de los (denominados mediáticamente y luego autodenominados) “piqueteros”. Desde el corte de la Ruta 3 en 2000, La Matanza se constituyó en la cuna de las “organizaciones piqueteras” más consolidadas –cuyos orígenes se remontaban a las tomas colectivas de tierra (“asentamientos”) de los ’80-. Llamativamente, la historia de la urbanización en Villa Torres transcurría paralelamente a estos acontecimientos. Originada en una toma colectiva en 1999, en Villa Torres el eje era la urbanización. Mientras aquellas organizaciones tenían a los “planes”, la “mercadería” y luego los “microemprendimientos” (llamados irónicamente “microentrenamientos” por algunos “referentes piqueteros” y por José), la urbanización se constituía como una alternativa diferente: vivienda digna.

Históricamente, en Argentina la producción estatal de vivienda social suele asociarse a los “años peronistas” (1943-1955) (Ballent, 2005:95).⁶ La “cuestión de la vivienda” se había instalado como problema social desde la inmigración ultramarina masiva a fines del siglo XIX. Hacia fines de la década de 1930 ya se reconocía la intervención del Estado como respuesta al problema (rompiendo con el consenso liberal precedente en un contexto marcado por la crisis de 1929). Pero hasta entonces la acción estatal había logrado un alcance reducido, combinándose con iniciativas filantrópicas y emprendimientos del partido socialista y militantes católicos de carácter “experimental”. En un contexto de creciente intervención en materia de política social, el “derecho a la vivienda” fue reconocido entre los Derechos del Trabajador en 1947 incorporándose en

⁶ Es preciso introducir dos salvedades: existieron iniciativas previas “experimentales” de las cuales el peronismo se nutrió (Ballent, 2005:59) a la vez que la política de construcción directa del peronismo tuvo un impacto cuantitativo muy acotado en el marco de las migraciones masivas desde el interior del país (Aboy, 2005). El crecimiento de Buenos Aires se dio, antes bien, a través del loteo popular (sin servicios ni espacios planificados de uso común) en la periferia. El ocaso del loteo popular está asociado al Código de Planeamiento Urbano (1977), que prohibía la venta de suelo urbano sin infraestructura básica (Torres, 1993).

la Constitución Nacional dos años más tarde (Ballent, 2005). Su introducción puede comprenderse en el marco de la democratización del bienestar: mientras un modelo de vida de clase media se volvía accesible (y deseable) para los trabajadores, se establecía una fractura política entre éstos (cuyo epítome eran los migrantes internos vistos como “cabecitas negras”) y la “ciudad blanca” (Torre y Pastoriza, 2002).

Al congelamiento de los alquileres (continuación de la medida tomada por el presidente Castillo en 1943), el gobierno peronista sumó otras medidas que operaron sobre el mercado inmobiliario: Ley de Propiedad Horizontal (1948), crédito barato a través del Banco Hipotecario Nacional y construcción directa de viviendas. Esta última medida (la única que tomo aquí) estuvo especial, aunque no exclusivamente, dirigida a los trabajadores. Más allá de su relevancia numéricamente limitada, fue importante como autoimagen del peronismo (Aboy, 2005:45). Entre las iniciativas más resonantes, Ciudad Evita (en La Matanza) y el Barrio Los Perales (próximo al mercado de hacienda de la Ciudad de Buenos Aires) no sólo se diferencian por su localización sino que muestran dos perspectivas en pugna a través de las tipologías edilicias. La casa individual de estilo californiano, propugnada por el catolicismo como ámbito de la familia (y promovida por la Fundación Eva Perón), se oponía a la vivienda colectiva en monobloc, heredera de la experiencia alemana y sostenida por los antiguos socialistas (Aboy, 2005).

En su estudio del barrio de Los Perales, Aboy (2005) subraya una serie de características del proyecto tal como se concretó: la cesura urbana respecto del entorno barrial (y de la grilla de la ciudad), el tamaño reducido de las viviendas y la importancia (y modernidad) del equipamiento comunitario. El barrio resaltaba frente a la ciudad circundante marcando una separación, a la vez que se orientaba a crear una red de lazos densa hacia dentro del mismo a través de un espacio colectivo orientado al confort y al tiempo de ocio de los trabajadores.

En Los Perales, el peso de lo comunitario contrastaba con el modelo de sociabilidad familiar que suele asociarse al peronismo a través de su prensa: la imagen de la familia reunida en el salón, donde el papá está leyendo el diario, la mamá realizando sus labores de costura (cada uno en su sillón) y los dos hijos ocupados con sus tareas escolares sentados en el piso (Torre y Pastoriza, 2002:305). La tensión entre ambos mostraba las ambigüedades constitutivas del peronismo, materializadas en diferentes acciones de gobierno. Como señala Aboy (2005), Los Perales constituía un extremo.

En Villa Torres, no sólo es posible observar una ruptura con el modelo del mo-

nobloc (asociado hoy a los barrios FONAVI originados en la década de 1970⁷) sino que el proyecto de urbanización apunta claramente a la continuación de la traza urbana desde el modelo de la grilla, a la vez que sostiene la importancia de los vínculos locales que constituyen a la villa como barrio en su singularidad. Más aún, la casa es especialmente valorada por sobre los espacios comunes, desde un modelo que apunta a la familia como eje. Pero, en la práctica, esta no se constituye en oposición a lo común: la sociabilidad local preexiste a la urbanización y se actualiza en ella. Además, aquí es sostenida como un valor: como decía José en la presentación, quienes vivieron toda su vida en el barrio son quienes concretan la urbanización y, a diferencia de los profesionales, saben lo que quieren sus vecinos y cómo convencerlos.

En un sentido, la urbanización de Villa Torres aparece en continuidad con las políticas focalizadas y descentralizadas que caracterizaron al Estado luego de la denominada reforma neoliberal de la década de 1990. Pero el conocimiento local de nuestros guías en Torres no se reduce a la “participación” promovida por dichos programas. Tampoco el Estado se reduce a un rol de regulador, como en la década de 1990.

Como en Los Perales, el Estado construye vivienda social. Pero en Los Perales la separación entre Estado constructor y barrio habitado era tajante. La sociabilidad era un elemento a constituir a partir de un lugar nuevo. Hoy, si bien los elementos de la sociabilidad común están presentes en los recuerdos de los habitantes de Los Perales, sus memorias revelan también el peso de una leyenda que ha circulado extensamente acerca de los barrios construidos por el gobierno peronista: que sus habitantes usaban el parquet para hacer asado, plantaban en las bañeras y vendían canillas y herrajes (Aboy, 2005:115). En la urbanización de Villa Torres, también entran a jugar los estereotipos del “villero” tal como se han actualizado a lo largo de los años.

Según Ratier (1971), la “leyenda negra de los monoblocs” justificó gran parte de las políticas habitacionales vigentes luego del derrocamiento de Perón: erradicación de villas y (no siempre) construcción de viviendas “transitorias” como herramienta de educación de los “villeros”.⁸ Villa Torres nació como núcleo habitacional transitorio duran-

⁷ Creado en 1972 (y efectivo desde 1977), el Fondo Nacional de la Vivienda centralizó la construcción de vivienda social bajo un esquema de “llave en mano”. Entre los prototipos de vivienda en Buenos Aires, se destacó la construcción de grandes conjuntos habitacionales (“tiras” y “torres”), conocidos como “barrios FONAVI”. Este esquema perduró hasta la descentralización del FONAVI en 1992. Desde entonces, las políticas habitacionales se orientarían hacia la regularización *ex post*, en un contexto tendiente a la privatización de la cuestión urbana en el marco de la reestructuración del Estado (Cravino, Fernández Wagner y Varela, 2002).

⁸ La política de erradicación orientada a las villas de Capital alcanzaría su embestida más fuerte durante la última dictadura militar (1976-1983) (Oszlak, 1991). Una política diferente se intentó durante el gobierno

te el gobierno constitucional de Frondizi (1958-1962). Sus primeros habitantes provenían de erradicaciones en las villas de Capital.⁹ Luego, se constituyó como villa, marcando una frontera fuerte en su límite: se habla de entrar y, sobre todo, de salir. En ese sentido, la urbanización es vista como una esperanza, una oportunidad abierta luego de la crisis de 2001. Por eso, como suele decir José, “participar políticamente es bueno en la medida en que sirve a la urbanización”.

Aquí se trata de explorar esta alternativa desde una concepción que busca romper con las perspectivas puramente negativas a partir de una construcción etnográfica que, guiada por mis anfitriones, he elaborado en el diálogo con la bibliografía académica sobre temas afines.

Sectores populares y política

Desde la cuestión del “clientelismo” hasta el surgimiento de las “organizaciones piqueteras”, el debate académico se reconstituye señalando la transformación del mundo del trabajo, la reconfiguración del papel del Estado y la territorialización de la política entre sectores populares urbanos. Estas tradiciones de análisis han sido interpretadas en continuidad crítica con el campo de debates abierto durante la llamada ‘transición democrática’, actualizando la discusión fundante del campo disciplinario.¹⁰

Como señala Merklen (2005), las lecturas que predominan durante los ’80 se agrupan en torno al problema de la “ciudadanía”. “La representación debe ser articulada por los partidos. El acto político por excelencia es el voto. El actor político es necesariamente un ‘sujeto’ capaz de imprimir nuevos significados en el horizonte de la democracia” (Merklen, 2005:33). Desde esta concepción, la política transcurre a través de las instituciones, obstaculizando la comprensión de las prácticas políticas de las “clases populares”. Frederic (2003) reconoce, sin embargo, una forma de abordar estas prácticas durante los ’80. Según su argumento, sociólogos, historiadores y politólogos se vuelcan hacia el análisis de la “cultura popular” en el “barrio”, buscando “aquellos aspectos de la sociedad argentina que tendrían el potencial de alcanzar la vida democrática”

de Arturo Illia (1963-1966). Sin embargo, las desavenencias entre el gobierno nacional y el municipal (en un contexto políticamente inestable) impidieron su concreción (Ziccardi, 1983).

⁹ El primer censo de las villas de Capital se realizó en 1956. Aunque la cuestión de las “villas de emergencia” se remontaba a los años 1930, el gobierno peronista no tuvo una política específica dirigida hacia las mismas (Ballent, 2005:93).

¹⁰ En Argentina, la “invención” del peronismo como objeto puede ser visto como uno de los ejes centrales en la configuración del campo académico local (Neiburg, 1998). Según James (1990:13), las “antino-mias” en que se fundaba dicho debate opacaron la comprensión de la experiencia de los trabajadores y su relación con la política.

(2003:247) en el contexto de una “reflexión implícita” sobre la propia responsabilidad de los intelectuales en la violencia política de los ’70.¹¹

Durante los ’90, el desarrollo crítico de ese campo conduce a una mayor sistematización conceptual y a una revisión de los supuestos morales del análisis: la especificidad de las prácticas políticas de los sectores populares es desvinculada críticamente de una asociación idealizada con la democracia. Más aún, el papel privilegiado de lo local se articula analíticamente a un proceso de cambio radical en los vínculos sociales y políticos que, siguiendo la línea de Halperín Donghi (1994), podría comprenderse a partir de la crisis resolutive de la Argentina peronista.

Dentro de este marco, una pregunta central que organiza el debate académico remite a la supuesta paradoja del menemismo: “La existencia de un proyecto gubernamental de reestructuración de la economía y de la sociedad que produce efectos de deterioro de las condiciones de vida de una parte importante de los sectores sociales que le brindan apoyo político” (Sidicaro, 1995:122). El peronismo y sus transformaciones retornan al centro de la escena intelectual.¹²

En este contexto de discusión, el tema del “clientelismo” es recuperado y reelaborado. Es posible distinguir tres formas principales de abordar la cuestión. En primer lugar, una propuesta heredera de los abordajes institucionalistas de la ciencia política se centra en la transformación de la organización partidaria del PJ, marcando el desplazamiento de un movimiento sindical a una máquina electoral –definida por el acceso significativo a recursos estatales combinado con una organización descentralizada que da relativa autonomía a sus bases locales- (Levitsky, 2003). En segundo término, un enfoque orientado a las formas subjetivas en que aún se vivencia (problemáticamente) el peronismo define el “clientelismo afectivo” como la forma de vínculo político (utilitario y afectivo) que predomina en “la villa”, marcando el distanciamiento entre condiciones objetivas y experiencia subjetiva de la política: “La vida cotidiana aparece invadida por la política, pero la política ya no permite comprender y organizar más la experiencia social” (Martuccelli y Svampa, 1997: 402). Por último, un análisis etnográfico de una red de resolución de problemas en una “villa muy peronista” del conurbano bonaerense

¹¹ Dentro de esta línea de análisis, Frederic (2004) sostiene una crítica a la noción de sectores o clases populares en tanto conduciría a reificar la separación entre alta y baja política. A mi modo de ver, la noción de sectores populares, históricamente relevante en Argentina (y en las ciencias sociales locales), resulta un punto de partida que abre la investigación, colocándola en un contexto de discusión académica históricamente situado.

¹² Si las ciencias sociales (y especialmente la sociología) se conformaron en la discusión del peronismo, tal como argumenta Neiburg (1998), el “peronismo infinito” al que refiere Svampa (2005:272) indica la continuidad (y profundidad) de esta inquietud.

que permite dar cuenta del clientelismo como lazo moral, visible tanto en las formas de dar y recibir como en las de oponerse localmente a esas prácticas. “Los beneficios otorgados, los favores hechos deben ocurrir con una presentación que no separe al resolvidor de problemas y a quien tiene esos problemas sino que los una en una comunidad imaginaria: la comunidad solidaria del peronismo” (Auyero, 2001:157).

Tanto Merklen como Frederic resaltan las continuidades entre estos análisis y el enfoque dominante en los '80. Para el primero, “invoca el carácter «prepolítico» del voto de los ‘pobres’ así como la heteronomía propia de esa situación” (Merklen, 2005:40), constituyendo la contracara negativa de las posturas idealizadas de la ciudadanía. Para la segunda, el concepto de clientelismo no sólo pierde densidad en tanto se desplaza del campo analítico al de las disputas políticas sino que puede cristalizar la división (jerarquizada) entre alta y baja política (Frederic, 2004:27-28).¹³

Las consecuencias de dicha separación entre alta y baja política puede confirmarse desde su contracara. Como señalan Rinesi y Nardacchione, la ciencia política como disciplina y profesión constituida en la Argentina en torno de la “transición a la democracia” conduce a una concepción de la política confinada al régimen político que se extiende a lo largo de las dos últimas décadas del siglo XX: “en la medida en que la política fue pensada en la Argentina, durante todo el período que consideramos, como una esfera autónoma, separada y *distinguida* de las esferas de la vida social, de las corporaciones y de las fuerzas económicas, y en que la democracia fue concebida, en la más clásica tradición liberal, no como gobierno del pueblo, sino como el de sus representantes, al entusiasmo inicial sólo podía seguir (...) el más completo desencanto” (2007:35).¹⁴ Esta situación “estalló” ante los acontecimientos de diciembre de 2001.¹⁵

¹³ En un sentido similar, Masson sostiene: “La consideración del clientelismo como una relación dotada de una cierta autonomía y racionalidad también es importante para pensar que los intercambios clientelares no son propios de un partido político específico (peronismo), que no están necesariamente ligados a problemas de subsistencia (pobreza) y a un territorio geográfico particular (la villa), ni pueden ser explicados solamente como ‘elementos culturales residuales’” (2002:77). Desde una perspectiva un tanto diferente, la crítica de Semán (2006) al concepto de “clientelismo” apunta a los supuestos normativos respecto del agente político (concebido en oposición al ideal de ciudadano) en tanto invisibilizan la positividad y las formas históricamente específicas en que la política es experimentada por personas determinadas.

¹⁴ Los problemas que enfrentó la ciencia política para responder ante diciembre de 2001 pueden comprenderse mejor a la luz de la crítica a los abordajes institucionalistas que proponen Nun (2000) y O'Donnell (2000).

¹⁵ En diciembre de 2001, luego de una larga crisis económica y política, en el marco de las medidas para paliar la crisis bancaria –un “corralito” que limitaba la extracción de depósitos–, cuando, ante saqueos en el Gran Buenos Aires, el presidente De la Rúa decretaba el estado de sitio, se produjo un gran “cacerolazo”. La consigna “¡Que se vayan todos!” fue interpretada como un repudio generalizado a la denominada “clase política”. Era el 19 de diciembre. Al día siguiente, tras despliegues represivos y nuevas movilizaciones, De la Rúa presentaba su renuncia. Luego de una sucesión de presidentes, Duhalde asumió el cargo el 2 de enero de 2002.

Finalmente, la “sorpresa” de los analistas luego de las protestas de dicho diciembre podría comprenderse en relación con la discusión sobre las concepciones académicas de la política. Si bien algunos reconocen modalidades de protesta específicas (Farinetti, 2000; Schuster y Pereyra, 2001) e importantes grados de autonomía en los niveles más bajos de la organización clientelista del PJ (Levitsky, 2003), se trata de protestas episódicas y grados de autonomía que permiten la adaptación a los cambios en la cumbre. Ante lo que se presenta como “novedoso”, los analistas elaboran diferentes respuestas. Mientras algunos politólogos señalan la “crisis de representación” (Cheresky y Pousadela, 2003:24), el devenir de organizaciones piqueteras se constituye en un eje central de debate, abordado desde la pregunta por las continuidades y las discontinuidades.

Esta interrogación asume las premisas del debate sobre clientelismo, mientras permite discutir con ciertas lecturas miserabilistas y normativas sobre las organizaciones piqueteras (Svampa, 2005:280-282). En esta línea, Svampa y Pereyra (2003:13) parten de un balance de la situación que acentúa la ruptura que el “neoliberalismo” introdujo en una sociedad altamente integrada a través del trabajo. Las organizaciones piqueteras son vistas como respuesta colectiva frente a la ausencia de redes de contención estatal o sindical y a la ya histórica debilidad del tejido comunitario local, entonces muy permeado por las estructuras clientelares del PJ. Desde allí, el peso positivo de la explicación recaía sobre las tradiciones organizativas y sus “(nuevos) representantes”. A partir de ellas, los autores avanzan desde una historia de las organizaciones hacia un mapa del mundo piquetero en su presente. En este recorrido, el concepto de “lógica de construcción política” da forma al problema.

Entre las críticas a su abordaje, un punto central se vincula al marco comparativo. Al trabajar sólo con organizaciones piqueteras (y especialmente con los discursos públicos de sus dirigentes), tenderían a exagerar su excepcionalidad: ya sea como discontinuidad respecto de las formas de acción colectiva existentes en las décadas previas (Merklen, 2005) o por comparación con las redes políticas que habitan los mismos territorios y las tramas sociales implicadas entre ellas (Cerrutti y Grimson, 2004; Quirós, 2006).¹⁶ De este modo elaborarían una noción de política estilizada.

Merklen (2005) desarrolla este argumento desde el proceso de desafiliación social. Para ello, propone un punto de partida amplio: la politicidad de las clases populares desde 1983. A partir de allí, no enfatiza aquello que distingue a las organizaciones pi-

¹⁶ Otro abordaje alternativo se constituyó en la comparación entre diferentes localizaciones de la misma organización, reconociendo el peso de lo territorial en la configuración de las mismas (Calvo, 2006).

queteras entre sí, sino lo que los piquetes comparten con otras formas de acción colectiva (asentamientos, saqueos y estallidos) conformando un “nuevo repertorio” –que se especifica por su relación con las políticas sociales (asistenciales) y con la inscripción territorial-, enmarcado en una “nueva politicidad”.¹⁷ Por un lado, se afirma la importancia de las políticas sociales y el papel de las organizaciones en la gestión de recursos escasos e inestables dispuestos (por un Estado reformado) ante la urgencia. Por otro lado, se sostiene que organizaciones e individuos se orientan hacia proyectos de integración más amplios. En esta tensión, las organizaciones recrean tradiciones de gestión y protesta (ya presentes en los sindicatos) a partir de la inscripción territorial. Es decir, se entran en lazos de solidaridad locales mientras operan por fuera, a través de los laberintos del sistema político, para captar recursos. Así como los individuos, actúan como “cazadoras” que buscan la ocasión.

A partir de una metáfora potente, Merklen propone un desplazamiento en el eje de análisis. Su investigación da cuenta de ciertas condiciones estructurales, enfatizando su “novedad” a partir de los ’80. Desde la crítica a los debates sobre ciudadanía y clientelismo, elabora una noción de politicidad que responde al problema de la integración. Pero, ¿puede resolverse desde la integración la pregunta por la política?

Si el análisis de Svampa y Pereyra quizá tienda a estilizar la noción de política, la propuesta de Merklen parecería englobar a individuos y organizaciones en una lógica común, arriesgando generalizar una definición de politicidad. Mi tesis de maestría retomó el diálogo entre ambas perspectivas para distanciarse a través de la etnografía (Ferraudi Curto, 2006). Desde la sede local de una organización piquetera reconocida como dura intenté mostrar cómo la política se imbricaba en la vida de las personas que habitualmente circulaban por la misma, más acá de la dicotomía entre clientelismo y resistencia.

Mi trabajo formaba parte de un cuadro más amplio de investigaciones que, desde el análisis del clientelismo propuesto por Auyero (2001) (y generalmente en discusión con él), proponían un abordaje etnográfico de los procesos y las tramas políticas en Buenos Aires. Entre los mismos, se destaca la tesis de Frederic (2004).

Situado en un municipio del conurbano, su análisis parte de una pregunta por la relación entre moralidad y política, vinculándola con el proceso de división del trabajo

¹⁷ Dentro de este encuadre, la “nueva «politicidad»” es definida como “una nueva forma de política construida en la tensión entre la «urgencia» y el «proyecto», así como en la relación de las clases populares con las tradiciones políticas” (Merklen, 2005:45).

político. Durante los '80 los "políticos" (peronistas) se habían definido en relación a los "villeros" a partir del Proyecto de Tierras que pretendía regularizar la tenencia dominial de los pobladores postergados a la vez que abría el acceso a la carrera política para sus referentes. Una vez agotada la "causa villera" hacia 1990, los políticos (también peronistas) debieron redefinir su tarea. La categoría "vecinos" da cuenta del cambio en la "comunidad de referencia" de los "políticos".

De este modo, Frederic discute con las perspectivas centradas en el concepto de "clientelismo" en tanto concibe esa categoría como una acusación que emerge del proceso de profesionalización de la política como justificación moral de la exclusión de los antiguos "militantes políticos villeros" durante la década de 1990 (Frederic, 2004). Luego de 2001, "vecinos" y "piqueteros" pueden ser comprendidos como alternativas para responder a este proceso de desplazamiento a partir de la "estatalización del barrio" (Frederic, 2009).

Otras etnografías han enfocado hacia las tramas sociales y políticas orquestadas territorialmente en torno de los "planes" en el conurbano luego de 2001 (Colabella, 2009; D'Amico y Pinedo, 2009; Cerrutti y Grimson, 2004; Manzano, 2005, 2007, 2009; Quirós, 2006) y las prácticas de los funcionarios de gobierno vinculados a las políticas sociales desde mediados de la década de 1990 (Masson, 2004; Pantaleón, 1999; Perelmiter, 2009; Schavelzon, 2006).

La comparación con estos diferentes análisis contribuirá a comprender el modelo etnográfico planteado aquí en su singularidad histórica. En principio, esta tesis aborda una alternativa diferente, abierta a partir de las políticas habitacionales vigentes luego de 2004. Más aún, en tanto se desplaza de la dicotomía que había guiado mi análisis previo, la urbanización de Villa Torres me coloca ante un desafío.

Desde la antropología de la política brasileña, me ha sido posible revisar mi posición para afinar el objeto de análisis. "Perspectiva anticipada en los clásicos de la disciplina, una antropología de la política parte de la suposición básica de que la categoría 'política' es siempre etnográfica –sea para quienes son observados o para el propio investigador" (Peirano, 1997:22). A partir de un malestar con las definiciones disciplinares de política, esta perspectiva retoma el concepto de "hecho social total" (Maus, 1971) para resituar la política como categoría etnográfica. No se trata de partir de una definición dada sino de comprender los sentidos de política en juego en contextos (etnográficos) específicos para dar cuenta de su singularidad histórica y, en el mismo proceso, desmenuzar los supuestos sobre la política implícitos en la perspectiva del investi-

gador.

La política como categoría etnográfica

¿Qué se entiende por política? Este concepto es de tal amplitud que implica toda índole de actividades directrices autónomas. Suele hablarse de política de divisas bancarias, de política del *Reichsbank*, de la política que rige en un sindicato en huelga; asimismo puede aplicarse a la modalidad educativa de un país o de una población determinada, a las directivas de una comunidad y hasta la habilidad que emplea una mujer sagaz para manejar a su esposo.

Max Weber, *La política como vocación*

La frase del epígrafe sintetiza uno de los problemas fundamentales que enfrenta la pregunta por la “política” como categoría etnográfica: la diversidad de sentidos de dicho término en el lenguaje habitual. Weber (1991) resuelve este problema elaborando una definición de política históricamente informada que, a partir del concepto de Estado, se constituye en el análisis de la conformación de la política como *Beruf* (profesión/vocación), vinculada a la delimitación de una esfera orientada por un *ethos* específico (y sus tensiones). Dentro de la antropología, la pregunta por la política se elabora en diálogo con su abordaje.

Como se suele argumentar (y desarrollaré muy sintéticamente aquí), el campo de la antropología política se constituye como tal a partir de los análisis de los africanistas británicos en las décadas de 1930 y 1940. La compilación de Evans-Pritchard y Fortes, *African Political Systems*, es reconocida como el texto fundador de la especialidad. Retomando una distinción entre sociedades estatales y sin estado ya presente en obras clásicas de la disciplina, estos autores se preguntan por la función política en sociedades sin una organización centralizada territorialmente dotada de autoridad que detenta la posibilidad de apelar a la violencia física legítimamente (Radcliffe-Brown, 1940:xiv). Según argumentan, esta función es ejercida a través de un sistema segmentario que se expresa en el lenguaje del parentesco (Evans-Pritchard y Fortes, 1940), cuyo modelo analítico más destacado es el de *Los Nuer* (Evans-Pritchard, 1977). Retomando la concepción weberiana de estado, estos autores la proyectan a otras sociedades asumiendo allí una estructura análoga. Aquello que Weber muestra como un proceso de separación de esferas de valor específico del occidente moderno, es asumido como punto de partida en el análisis de otras sociedades (y es esa distancia la que funda la pregunta por la política). Este punto ha sido criticado entre sus lectores. El problema del “modernocentris-

mo” es un eje central que la antropología de la política brasileña retoma de este debate.¹⁸

Herederos críticos de los africanistas, otros autores han intentado proponer en la década de 1950 una concepción no estatalista de la política centrándose en análisis minuciosos de comunidades locales –comprendidas dentro de un estado (pero distantes de su centro)- (Pitt-Rivers, 1971, entre otros). Desde allí el énfasis ha sido colocado en la tensión entre “dos sistemas conflictivos de conducta” (Pitt-Rivers, 1971:217): moralidad (el individuo en tanto miembro de la comunidad, regida por la vergüenza) y ley (el individuo en tanto miembro del estado, ambigüamente constituida en torno del secreto), introduciendo el concepto de clientelismo para comprender la relación entre ambos. A la vez que se les atribuyó una concepción demasiado cerrada de la comunidad, estos enfoques fueron criticados por la imprecisión de su definición de política. Sin embargo, hoy existen análisis que revalorizan la amplitud de la definición antropológica de política, que tendió a prevalecer antes y después del primado de la antropología política británica.¹⁹

La antropología de la política brasileña revisa esta cuestión. No se trata ni de partir de una definición de política recortada como esfera ni de universalizarla como relación de poder. Antes bien, la tarea consiste en comprender la política como categoría etnográfica (Peirano, 1997:22). Partiendo de asumir que la política (como la religión o la economía) se ha distinguido (separado) a lo largo de un proceso de configuración característico de la modernidad, se trata de reconocer su especificidad y, a la vez, evitar el modernocentrismo para así dar cuenta positivamente de las diferencias propias de un contexto etnográfico determinado. Esto supone un ejercicio de descentramiento y de relativización de la propia perspectiva. Antes que dirigir la atención hacia partidos, elecciones, parlamento o políticos profesionales, se parte del concepto maussiano de hecho social total (Peirano, 1997:19) para reconstruir desde allí los sentidos etnográficos.

¹⁸ Otras críticas significativas se han desarrollado alrededor de la perspectiva sistémica y su noción de equilibrio. Especialmente, considero aquí los análisis de Gluckman (que introduce una mirada procesualista e incorpora centralmente la situación colonial) y Leach (quien propone dar cuenta del cambio social introduciendo un modelo analítico de equilibrio no estático a través de dos tipos ideales nativos). Esta historización se basa en el análisis de Balbi y Rosato (2003).

¹⁹ “La definición antropológica de política y su contenido político ha resultado invariablemente tan amplia que es posible encontrar política en cualquier lado, subyaciendo casi todos los intereses disciplinares. En una época, los colegas de ciencia política criticaban a los antropólogos por ver la política como un simple problema de poder y desigualdad (Easton, 1959). Hoy, los antropólogos políticos consideran la sensibilidad a la ubicuidad del poder y lo político es una fortaleza clave” (Vincent, 2002:1).

cos de política. Como enseña Borges (2004), este enfoque permite mostrar cómo la política está imbricada en los modos de vida nativos.²⁰

Dentro de esta perspectiva, Goldman (2006) introduce una aclaración: esta propuesta no implica tomar el punto de vista nativo abstractamente sino, antes bien, producir teoría etnográfica. Es decir, no se trata simplemente de reconocer que la concepción académica de política es nativa sino de considerar que las concepciones observadas también pueden constituir un modelo de comprensión del mundo, y un modelo para actuar en él, que se despliega en acto. Según sostiene Goldman, el trabajo de producir teoría etnográfica es semejante al que Lévi-Strauss concibe como pensamiento salvaje: “emplea elementos muy concretos recogidos en el trabajo de campo –y por otros medios- a fin de articularlos en proposiciones un poco más abstractas, capaces de conferir inteligibilidad a los acontecimientos y al mundo” (2006:28). A través de este planteo, Goldman se propone tres objetivos: evitar las preguntas extrínsecas, eludir los abordajes negativos y recusar la distinción entre objetos políticamente centrales y periféricos (2006:41-42).

En Buenos Aires, es posible establecer un diálogo entre este abordaje y otros análisis que ya se han preguntado por los significados de política entre sectores populares. En ese sentido, las concepciones de la política analizadas por Jelin y Vila proveen algunas pistas para esta interrogación:

“¡Nosotros íbamos por lo nuestro, no íbamos por un partido político! (...) ¡Nosotros para pedir un aumento no podemos salir gritando por los peronistas, por los socialistas, nooo! Eso se tiene que acabar.”

“Lo que trasuntan estos testimonios nos va acercando a la concepción que los sectores populares urbanos tienen sobre lo político, anclado principalmente en la política partidaria y secundariamente en el aparato del Estado. La política es visualizada, además, como perteneciente a otro plano de la realidad, muy distante de la cotidianeidad. ‘pienso que los funcionarios, sea del bando que sea, no... yo siento que no interpretan las necesidades de uno...’”

(Jelin y Vila, 1987:27).

Las concepciones analizadas por estos autores a mediados de la década de 1980 pueden ser revisadas hoy. Varios análisis actuales señalan que “acá no conseguís nada si no estás en política” (Vommaro, 2006), “acá todo es política” (Quirós, 2008) o, como me dijo el párroco de Torres, “yo le digo a los jóvenes del barrio que se metan en política (y que dejen que yo diga que no me meto)”. Mientras Jelin y Vila reconocen una

²⁰ Reconstruyendo una serie de lugares-eventos del modo de vida en Recanto (como el asfalto, el lote, la invasión y el tiempo de Brasilia), Borges intenta “llamar la atención para la génesis concomitante (Elias,1989) de la política, del espacio y del tiempo en el contexto etnográfico de Recanto y, consecuentemente, para la constancia de esa imbricación en la vida de sus habitantes” (2004:179).

concepción de la política asociada a partidos y estado, que es vista como distante y vivenciada negativamente (y la oponen entonces al lugar de los “movimientos sociales” en la cotidianeidad de los barrios), hoy es posible partir de una ambigüedad en torno de la política (también asociada al estado, a los partidos y a los movimientos) que, más que implicar simple distancia, juega con una valoración negativa que opera como acusación de los otros y excusación (más o menos irónica).²¹ Llamativamente quizá, también los intentos de positivización se construyen desde estos supuestos. Por eso, para dar cuenta de esta complejidad, es preciso reconstruir las concepciones de política a partir de un trabajo de campo prolongado (intrínsecamente comparativo) que permita elaborar modelos etnográficos. En ese mismo movimiento, es posible poner en cuestión ciertos supuestos (normativos) de algunas concepciones académicas. Como ya señaló Goldman, aquí se ponen en juego las propias creencias (y valores).

“Aquí todo parece tener lugar en una forma muy diferente de lo habitual, puesto que son nuestros informantes quienes suelen ser escépticos respecto de la política y los antropólogos quienes son más o menos crédulos” (Goldman, 2001:159). Según Goldman, los antropólogos solían trabajar con personas que creían mientras ellos se mantenían escépticos. Esta relación se invierte cuando, una vez *at home*, abordan el tema de la política. Pero no siempre es así. Althabe (2006) critica a los antropólogos franceses por mantenerse en temas marginales por miedo a perder la distancia que garantiza su noción de objetividad. Quizá en este punto la Argentina se parezca más a Brasil (Guber, 2002). Sin embargo, no siempre las personas con quienes los antropólogos (y otros científicos sociales) trabajan son tan escépticas como la ironía de Goldman supone.

Un recorrido etnográfico

De las organizaciones piqueteras a la urbanización

La pregunta que origina esta tesis surge en el trayecto de investigación que vengo realizando desde 2003. Este recorrido etnográfico ha tenido diferentes momentos de sistematización y reelaboración conceptual.

Desde un interés forjado a la luz de los acontecimientos de diciembre de 2001, mis primeros abordajes se centraron en las “organizaciones piqueteras”. En la tesis de maestría (Ferraudi Curto, 2006), la cuestión de la política es analizada a partir de una

²¹ Quizá sea preciso recordar una advertencia (señalada por Borges (2004:13) a través de una cita a Elias): “la palabra política desvitaliza la experiencia”.

etnografía en la sede central del MTR (Movimiento Teresa Rodríguez) en Florencio Varela, mostrando cómo la organización se constituye diariamente en las reuniones, en el merendero, en las marchas. Desde la discusión con el par ‘clientelismo’/‘resistencia’, mi trabajo intentó desandar los caminos de la esperanza y el desencanto que siguieron a diciembre de 2001 para comprender las nociones de política que se constituían entre los “planes”, la “mercadería”, el “dar de comer rico y variado”, los “chismes”, la “familia”, el “compromiso”, la “lucha” y el “trabajo” en una sede local de un movimiento piquetero reconocido como “duro”. Siguiendo a quienes transitaban por la sede, la tesis pretendía comprender a la organización en el día a día.

Al presentar la tesis, una serie de preguntas se sucedieron (entre sociólogos, antropólogos y militantes del movimiento en cuestión): ¿por qué no se analizan las matrices ideológicas?, ¿cómo se define política?, ¿la tesis habla de política?, ¿cuáles son las conclusiones sobre el problema de la politización?... Aunque provenientes de ámbitos diferentes, los interrogantes me permitieron elaborar un campo desde el cual volver sobre los supuestos de mi trabajo. Desde una inquietud por la “politización”, los militantes del movimiento veían en la tesis una confirmación de sus presunciones (reformuladas recientemente): la forma de política a la que aspiraban no estaba presente en la trama relacional de la sede. Los interrogantes de los investigadores, por su parte, llamaban la atención sobre una posible disolución del concepto, y apuntaban a acotarlo (y redefinirlo). Mi visión, en cambio, pretendía acentuar la imbricación de la política en el modo de vida local. En otras palabras, aún intentando situarme ‘más acá’ de los debates, mi propio trabajo no era ajeno a la disputa por definir qué era político y qué no (Ferraudí Curto, 2007b). Las implicancias de esta revisión del análisis fueron diversas: implicaron un salto en mi trabajo de campo; a la vez, condujeron a una reelaboración de mi perspectiva analítica.

Por un lado, los debates que se sucedieron a la presentación de la tesis entre los militantes del MTR en Varela me ayudaron a entrever cómo la situación era revisada por sus propios protagonistas a lo largo del tiempo. El regreso a Varela luego de dos años de haber finalizado el trabajo de campo intensivo me permitió observar cómo eran procesados los cambios asociados al fin de los denominados “tiempos extraordinarios” (Svampa, 2005:271 y ss.). Para el dirigente máximo del movimiento, el problema de la politización era leído a la luz de una historia más larga, la de su propia vida como militante. Así como era preciso dar cuenta de esas historias para entender las formas actuales de hacer política, las formas de concebir los acontecimientos de 2001 debían ser

revisadas porque, según él mismo argumentaba, “lo que estamos haciendo no es tan nuevo”. Esta conclusión tuvo dos derivas: por un lado, las formas de narrar la propia historia fueron incorporadas más fuertemente como un elemento central de la etnografía a fin de repensar mi propia forma de temporalizar a la luz de las perspectivas nativas; por otro lado, la posibilidad de comprender procesos más amplios implicaba también la búsqueda de diversidad: si las personas que participaban en las organizaciones piqueteras (fueran dirigentes o bases) no podían comprenderse centrandó la mirada en los acontecimientos posteriores a 2001, tampoco mi mirada sobre el presente podían circunscribirse a las organizaciones piqueteras. Entonces, comencé a buscar otros escenarios de análisis desde los cuales ampliar mi perspectiva.

Por otro lado, la elaboración de la tesis doctoral no sólo supuso la inmersión en un escenario diferente sino también una profundización del trabajo conceptual en torno de lo que ampliamente denominé sentidos de la política. Comprendiendo la charla sobre mi tesis de maestría como una discusión por definir qué era político y qué no en la cual yo misma participé, el marco conceptual propuesto por la antropología de la política se me presentó como fundamental para reelaborar mi propia perspectiva (Ferraudí Curto 2007). En ese sentido, la comprensión de la política como categoría etnográfica implica no sólo reconocerse como ‘nativo’ sino también de reconocer a los otros también como investigadores, como interlocutores. Más aún, se trata de conformar un tríptico entre las propias concepciones, las de las ciencias sociales y las de nuestros anfitriones (Borges, 2008:28). Como muestra Borges (2004, 2006) –siguiendo el argumento de Peirano (1995, 1997)-, el punto de llegada de este tipo de investigación implica construir un modelo etnográfico de la política.

Finalmente, mi perspectiva asume las premisas de la antropología de la política como líneas que orientan el *modus operandi* de esta investigación. Aquí no se trata tanto de buscar reciprocidad o segmentariedad en Villa Torres sino de intentar producir un modelo, parcial y provisorio, de la política a lo largo de la etnografía misma. De allí la importancia del recorrido.

Etnografía en Villa Torres

En julio de 2007, realicé la primera visita a Villa Torres, relatada en esta introducción. Mi llegada al barrio se inscribía dentro del programa “Seguridad = Ciudadanía e Inclusión”, desarrollado por el Ministerio de Seguridad de la provincia de Buenos Ai-

res.²² La tarea consistía en realizar un “diagnóstico socioeconómico”. El equipo de trabajo estaba conformado por doce científicos sociales (políticos, sociólogos, trabajadores sociales, antropólogos y licenciados en política social de diferentes universidades), bajo la dirección de Gabriel Kessler y Pablo Semán. No era la primera vez que trabajábamos juntos. Más allá de que varios nos conociéramos como compañeros de cursada o cátedra, ya habíamos realizado una investigación similar en el Barrio Ejército de los Andes/Fuerte Apache como equipo.

Dicho brevemente, el objetivo del programa se orientaba a identificar los “problemas sociales” más relevantes del barrio a partir de entrevistas y observaciones con los habitantes. Nuestro objetivo, en cambio, era más amplio. Tratábamos de desarrollar un trabajo de campo colectivo que también despertara nuestros intereses cognoscitivos. Casi todos éramos también tesistas. Pero nuestras curiosidades eran variadas.

Al principio fue el caos. En términos un poco exagerados, ésa era mi sensación al intentar captar un proceso complejo, atendiendo a las diferentes perspectivas de anfitriones, compañeros y propias, cumpliendo con los objetivos del programa y reconociendo cómo las condiciones en que se desenvolvía el trabajo (donde éramos vistos como “profesionales del gobierno”) impactaban sobre el conocimiento que producíamos.

A veces, la situación se me presentaba como un vacío: si poco conocía otras villas, menos sabía de políticas habitacionales y urbanización. En otras ocasiones, vivía una plétora de interrogantes cruzados entre las búsquedas mías y de mis compañeros. Se combinaban temas como música, delito, política, cooperativas. Algunos enfatizaban más en los jóvenes o en las mujeres. Unos trabajaban más en Villa Torres; otros, entre el barrio y las oficinas municipales.

La primera clave para ordenar el material fue la entrevista a José, que sirve como eje para el capítulo 1. Su relato del proceso de urbanización no sólo constituyó un fragmento privilegiado para comenzar a organizar registros y apreciaciones sino que, para mí, resultó iluminador por sus conexiones con mi trabajo anterior. A partir de él, inicio la tesis porque fue mi puerta de entrada.

En este sentido, la cooperativa se me presentó como un lugar clave para mi etnografía. Sin embargo, la relación estaba habitada por una incomodidad. Mientras realizamos trabajo grupal, percibíamos que nuestros guías vigilaban atentamente nuestros pasos por el barrio. No eran todos. No era siempre. Pero algunos permanecían durante

²² Bajo la gobernación de Felipe Solá, el Ministerio de Seguridad estaba a cargo de León Arslanián. El proyecto se proponía como una articulación entre diferentes instancias ministeriales.

las entrevistas, hablaban extensamente o incluso reprendían a nuestros interlocutores. Los supuestos recíprocos conducían a una relación de desconfianza. Sometida a esas condiciones, la investigación corría el riesgo de un tono monocorde y superficial. Pero nuestras tretas para burlar la vigilancia resultaron fructíferas. La reunión en la unidad básica de Fierro despertó las preguntas que ayudaron a dar vida a mi etnografía. A partir de esta reunión, comencé a pensar la urbanización no sólo como causa colectiva sino también como gestión diferenciada de derechos. A partir de allí, pude formular una pregunta que es el eje etnográfico de esta tesis: ¿Cómo se constituye y sostiene Villa Torres como modelo de urbanización?

Con esos elementos esboqué una estructura de tesis. Con ellos, realicé la presentación del proyecto en el Doctorado. A la luz de los comentarios del jurado, elaboré dos capítulos que buscaban conectar entre los anteriores. El capítulo 2 (Proyecto urbanístico Villa Torres) fue pensado como un mapeo de las políticas públicas vigentes, orientado a movilizar el concepto de Estado. El capítulo 3 (Torres y Torres VIP) se elaboró como una forma de comprender las concepciones del barrio en urbanización.

Entre ellos, es posible cargar la mochila para echar a andar. Desde la pregunta por la política, es preciso pasar por la relación entre Estado y sociedad local para llegar al problema de los derechos, y retornar a su politización. Con estas herramientas (más o menos claras), retomé el trabajo de campo individualmente. A ellas volví al terminar, para afinarlas. Los capítulos son el resultado de ese doble trabajo.

De regreso en Torres, mi mochila estaba cargada con un primer modelo de la política construido en el diálogo con anfitriones, colegas y profesores. Pero no se trataba de probarlo sino de jugar con él. El gran desafío sobrevino al tensar mis dos máximas: seguir una pregunta por la política y dejarme llevar por mis anfitriones.

La primera respuesta está escrita en el capítulo 5 (¿Qué es política?). Allí confronto diferentes definiciones académicas y locales de política, para dar cuenta de su carácter relativo, situacional, subordinado (porque impuesto como disvalor) de la política en Villa Torres.

La segunda respuesta correspondió al Capítulo 6 (¿Estas nervioso? Las elecciones desde Villa Torres). Ése fue el lugar de mi sorpresa. A pesar de todos los indicios, no pude anticipar los resultados electorales porque mi imagen de la “maquinaria” se constituía en otro registro respecto de las personas con quienes hacía etnografía (y las subordinaba a él). El desafío fue conectar esos mundos desde Villa Torres.

La respuesta final fue registrar un evento que sintetizó mi etnografía. Se trató del festival de los 10 años. Ayuda a cerrar la tesis y, a la vez, a seguir pensando...

Trabajo de campo

El trabajo de campo comprendió dos etapas: entre julio y diciembre de 2007 (los primeros tres meses como parte del equipo contratado por el Gobierno de la Provincia), y desde julio de 2008 hasta junio de 2009. Mi trabajo se centró en la organización barrial que coordina el proceso. Las tareas realizadas consistieron en acompañar a las personas más importantes para la urbanización a través de su trabajo habitual en las obras y en los traslados en el barrio, en las citas con vecinos en las oficinas municipales (donde parte del grupo se desempeña como funcionario), en actos partidarios, en elecciones, en presentaciones de la urbanización ante profesionales o miembros de organizaciones sociales y en diferentes reuniones del equipo. A la vez, implicó la realización de la historia de vida del dirigente barrial que encabeza la urbanización, y de la complementación de las observaciones y charlas informales con entrevistas grabadas con el equipo técnico del programa, con los miembros de la organización barrial, con otras figuras políticas del barrio y con habitantes más o menos cercanos a la organización que tomo por eje.²³ Por último, el trabajo de campo también comprendió la recopilación de material escrito de las diferentes políticas públicas que comprende el programa siguiendo el proceso de obra y de adjudicación, planos y fotografías elaborados por los miembros de la organización como parte (y registro) de su propio trabajo.

²³ Aquí se citan las entrevistas y los registros de campo. Si las primeras son desgrabaciones textuales, los segundos son reconstrucciones de las charlas realizadas al volver a mi casa.

CAPÍTULO 1. No entendía nada de política

En enero de 2004, Villa Torres fue el lugar elegido por el Presidente Kirchner para anunciar un plan nacional de construcción de viviendas para “paliar la pobreza” (según los titulares de un matutino porteño): desde “el corazón de La Matanza”, el acto implicó la entrega de subsidios a distintas “organizaciones sociales y piqueteras” del distrito más populoso del conurbano bonaerense. Las fotos del evento aún hoy se encuentran en la oficina de José, junto con las de la última visita de Balestrini al barrio, un plano de Villa Torres y un retrato de Evita.

A lo largo de estos años, diferentes programas nacionales, provinciales y municipales se combinaron para la edificación de viviendas e infraestructura en Villa Torres, dando forma al “proceso de urbanización”. José, que “no entendía nada de política” cuando comenzó en 1999, se desempeña como funcionario responsable del Programa de Urbanización de Villas y Asentamientos de La Matanza desde 2005.

En este capítulo me interesa analizar cómo José cuenta su “salida política”, en comparación con las “entradas en política” que propone trabajar Offerlé (1996). Para ello, parto de una entrevista realizada por un grupo de científicos sociales en 2007, en el marco de un diagnóstico del barrio en vistas de la elaboración de políticas de inclusión social (interrogada en relación con el resto del trabajo de campo). Durante la misma, José relata su salida política como una consecuencia no buscada de una serie de acciones felizmente encadenadas desde el reclamo de los “jóvenes del barrio” de una casa para su familia hasta el “agradecimiento” a Balestrini (entonces intendente), pasando por la “urbanización” de Villa Torres. El rastreo se orienta a comprender algunos sentidos de la política desde la perspectiva de José, asumiendo sus presentaciones como un elemento importante de su propia forma de hacer política.

Entradas en política

El punto de partida de este capítulo se sitúa en “La política como vocación [Beruf]”. ¿Cómo comprender la forma en que José actúa a partir del análisis de Weber (1991)? ¿Es posible establecer un diálogo entre ambos? ¿Cómo compararlos? El problema es doble: por un lado, la traducción de la palabra alemana *Beruf* al castellano es imprecisa; por otro lado, la situación en Torres no es igual a la del Parlamento alemán, ni a la del estadounidense ni... ¿Cómo hacer?

Mi lectura de este texto de Weber se realiza a partir de una doble aproximación. Por un lado, este capítulo alude a la discusión sobre la profesionalización de la política, en diálogo con un campo bibliográfico predominantemente francés. Por otro lado, abordo esa discusión intentando seguir una lectura etnográfica de Weber que, orientada por cierta corriente de la antropología de la política brasileña, apunta a comprender un concepto de política en su singularidad histórica a partir de la etnografía.

El camino elegido ha partido del concepto de campo político (Bourdieu, 1981), y del diálogo con sus lectores. En el artículo citado, Bourdieu desarrolla el problema de la representación política, en discusión con la mirada institucionalista dominante en la ciencia política así como con una perspectiva rígida del concepto de clase heredera de cierto marxismo. Retomando su concepto de campo político, Offerlé (1999) se centra en torno de la figura del político profesional para pensar la constitución histórica de dicho campo. Este camino de discusión es planteado a partir de una pregunta inicial:

‘Políticamente Charles Offerlé está muerto.’ Esta frase extraída de un bonito artículo polémico dirigido a mi abuelo en *La vie ouvrière* de 1921 me intrigó siempre. ¿Qué es morir políticamente? ¿Qué es morir en la vida? Sólo comprendemos bien un espacio estudiando los entrantes y los salientes. Los trenes que parten son tan bonitos como los que arriban. Pero los cambios de nivel...
(Offerlé, 1996:5).

A partir de su recuerdo de este fracaso político, Offerlé lanza la pregunta por las entradas en política que guían su análisis (y el mío): ¿cuáles son las vías de acceso a la política?, ¿cómo se legitiman los recién llegados frente a los antiguos?, ¿cómo se recrean las propiedades valoradas que autorizan la representación de otros?, ¿cuáles son las condiciones de posibilidad del éxito?²⁴ Una vez allí, Offerlé propone un análisis atento al *background* social de los hombres políticos y, a la vez, intenta dar cuenta de las formas en que la profesionalización de ese campo se actualiza históricamente en Francia, vinculando prácticas de monopolización, intentos de acceso y búsquedas de legitimación. De este modo, su análisis apunta a historizar la concepción del campo político propuesta por Bourdieu (1981), dando cuenta de las condiciones que lo hicieron posible y de algunas de sus redefiniciones.²⁵

²⁴ Para un análisis etnográfico de una muerte política en Argentina, véase Boivin, Rosato y Balbi (2003). Como Balbi (2007) analiza, las evaluaciones morales que orientan a los *peronistas* están elaboradas a partir del campo semántico de la lealtad, tal como fue elaborado y reelaborado históricamente.

²⁵ Como señala Sawicki (1999:149), los análisis franceses sobre la profesión política tienden a subrayar el tema de la representación de clases y los efectos del *social background* (por contraste con los enfoques norteamericanos centrados en los mecanismos específicamente políticos de selección y las diferentes formas de ejercer el rol). En esa línea, el artículo de Dogan (1967) resulta clave. No sólo describe el origen social de los políticos sino que distingue también diferentes vías de entrada (*filières*) en la carrera

Dentro de este marco, la pregunta por las entradas en política sigue dos ejes: mostrar cómo diferentes profesiones se vuelven afines a la política (dando lugar a cierta especialización que puede tensionar otros sentidos de la profesión y modificar a la vez los modos legítimos de hacer política) y analizar las vías de socialización formal que algunos partidos abren para quienes no poseen títulos sociales legítimos. La escolarización universitaria y la militante, entonces, aparecen como las vías privilegiadas analíticamente (accesibles diferencialmente de acuerdo al origen social). A través de este contraste, finalmente, los análisis muestran la importancia del capital escolar para el desempeño político en Francia. Sin negar su papel aquí, se trata más bien de mostrar otras formas de valorización personal a partir de la presentación de un “dirigente barrial”, implicando en ellas otros recorridos de socialización política. No intentaré una comparación exhaustiva con el análisis propuesto por Offerlé, debido a que correspondería una reformulación del objeto de análisis que pretendo trabajar aquí. En cambio, su propuesta servirá de puerta de entrada para desplegar un modelo etnográfico de política (y aportar a la comprensión de su singularidad histórica).

Por un lado, si para Offerlé (1996:2) la narración de la entrada en política aparece como un intento de naturalización del presente del hombre político (o de tratar de entender el fracaso), aquí será posible distinguir una modalidad específica de legitimación de sí a partir de la comparación entre la historia de José y los relatos biográficos que Auyero (2001) analiza entre las “punteras” peronistas de una villa del conurbano hace diez años. A diferencia de Francia, la Argentina constituyó un horizonte político de institucionalidad democrática recién a partir de 1983 en el marco de una profunda reconfiguración del tejido social que horadaba las condiciones sociales de dicho régimen político (Nun, 2000; O’Donnell, 2000). Mientras algunos análisis tienden a destacar la crisis de representación y la creciente mediatización de la política en un contexto de “déficit republicano” (Cheresky y Poussadela, 2004), la perspectiva propuesta por Auyero (2001) permite dar cuenta de modalidades históricamente específicas en que se compone una comunidad moral en torno del peronismo a partir de una red de resolución de problemas conformada en un barrio periférico del conurbano bonaerense en base a un programa focalizado de distribución de alimentos organizado por el gobierno provincial durante la década de 1990. Desde allí, las mujeres que encarnaban dicho programa

política (según época y origen social): escuela, funcionariado local, periodismo, militancia partidaria, sindicalismo, herencia y oposición al régimen anterior (especialmente en el caso de la Resistencia). Treinta años más tarde, Dogan mismo enfatiza un proceso de “funcionarización”, dando cuenta de un cierre social mayor, que seguiría las líneas señaladas por Bourdieu en su artículo de 1981.

(“manzaneras”) realizaban una *performance* que retomaba el modelo de Evita, enfatizando la separación entre “trabajo social” (femenino) y “trabajo político” (masculino).²⁶ Como estas manzaneras, la figura de José puede pensarse en relación con una modalidad focalizada de intervención estatal (del gobierno nacional) que se concreta barrialmente. A diferencia de ellas, José encara la urbanización de su barrio, presentándose a sí mismo como un *joven* que “no entendía nada de política” cuando empezó, pero está *aprendiendo*. Así como cambiaron (parcialmente) los programas estatales en la última década, es posible notar una redefinición de los actores que los llevan a cabo que requiere ser analizada detalladamente.

Por otro lado, tanto la historia de José como la de las manzaneras dan cuenta de formas de hacer política que permitirían interrogar la noción de dicho campo que propone Offerlé como emergente de un proceso de profesionalización acontecido en Francia desde fines del siglo XIX: “La profesionalización política conlleva una separación entre los profesionales y los profanos y, a la vez, el desarrollo de prácticas, creencias, referencias e intereses propios de este entramado [*entre-soi*] de hombres políticos. Conlleva, primero, una disminución del costo social de entrada en el espacio político previa a su autonomización, y su cierre relativo por la institucionalización de la competencia política democrática” (1999:15).²⁷ No se trata de negar que en Argentina la apertura del horizonte democrático dio lugar a la conformación de diferentes grupos expertos asociados a la política –desde especialistas en sondeos y marketing electoral que prometían volver previsible (y manipulable) la incertidumbre (Vommaro, 2008) hasta ONGs vinculadas a la formación de una “cultura ciudadana” (Malagamba Otegui, 2009), pasando por el papel central de los economistas profesionales legitimados desde un discurso técnico durante los ’90 (Heredia, 2007) y la introducción de novedosos modelos de administración de la política social a través de dispositivos técnicos tales como el “formulario” elaborados y manipulados por especialistas (Pantaleón, 2005)-. Estos procesos de despliegue y legitimación del discurso experto en política tuvieron lugar junto con una redefinición de los sentidos de la militancia barrial. En ese sentido, Frederic (2004) muestra cómo la profesionalización de la política en un municipio del conurbano durante la década de 1990, dio lugar al desplazamiento de los “militantes políticos” (asocia-

²⁶ Otro análisis de esta red de manzaneras organizadas alrededor de la figura de Chiche Duhalde (esposa del entonces gobernador) puede encontrarse en Masson (2004).

²⁷ Dentro del contexto francés, se han reconocido modalidades diferenciales de “modernización” asociadas a la reconfiguración de modos de dominación locales regidos por “notables”, asociándola a “formas clientelares de politización” en distritos periféricos, como Córcega (Briquet, 1997).

dos a la “causa villera” durante los ’80) y su conversión en “militantes sociales”, vinculados a un proyecto municipal a través de la “organización de la comunidad” en los barrios periféricos del distrito pero excluidos de la carrera política en un contexto de ampliación de las desigualdades sociales. Esta dinámica se vio renovada a partir de diciembre de 2001. La crisis económica y política, y su concreción en diferentes protestas, encontraron una síntesis en el reclamo contra la denominada “clase política”, “Que se vayan todos”. En general, los análisis posteriores se centraron en organizaciones piqueteras, asambleas, saqueos, o planes. Inicialmente, los análisis enfatizaron las discontinuidades. Para responder a ellos, Merklen (2005) propone el concepto de “nueva ‘politicidad’ de las clases populares”, constituida en la tensión entre la urgencia y el proyecto a partir de la inscripción territorial, la desafiliación del trabajo y la reformulación del Estado (hacia políticas sociales focalizadas en la pobreza) a partir de 1983. Estos análisis permiten repensar la “sorpresa” de 2001 (Merklen, 2005; Rinesi, Nardacchione y Vommaro, 2007).

Aquí, sólo intentaré dar cuenta de un punto de vista específico, reconstruyendo su historia. Para responder qué es política en Argentina después de 2001, antes me centré en una organización piquetera (Ferraudi Curto, 2006). Ahora, intentaré analizar cómo José relata la urbanización de su barrio como proceso que conduce a su “salida política”. Esta presentación, realizada frente a unos científicos sociales que estaban trabajando para el gobierno de la provincia de Buenos Aires, forma parte de un repertorio que José pone a jugar en diferentes contextos: en oficinas públicas, en charlas en diferentes universidades, frente a profesionales que visitan el barrio. Para José (y los de Torres), estábamos entre “profesionales” y “gente del gobierno”. José nos recibió en Torres y nos invitó a su oficina. Allí transcurrió la entrevista.

El punto de partida de mi aproximación se constituye desde las premisas de la antropología de la política brasileña tal como han sido postuladas por Peirano (1997), mostradas por Borges (2004) y revisadas por Goldman (2006). Constatado el malestar de diferentes científicos sociales con las definiciones disciplinares de política, Peirano (1997) propone comprender la categoría política como categoría etnográfica, comprendiendo a observadores y observados como nativos. Goldman (2006) retoma este postulado para enfatizar un punto: comprender a unos y a otros como nativos es comprenderlos también como analistas. Borges (2004) los muestra así, mostrando la política imbricada en la vida. A diferencia de Offerlé (1999), su análisis (como el de otros en Argentina) apunta a pensar la política como trabajo. Ese punto resulta fundamental para com-

prender continuidades a lo largo del tiempo. Pero José muestra algo más. ¿Cómo pensar la política después de 2001? ¿La política es profesión, oficio, trabajo... o vocación?

Esa palabrita mágica

El 2 de octubre de 1999 un grupo de habitantes de Villa Torres tomó los terrenos del “fondo del barrio”. Hoy, ese momento es conmemorado por quienes llevan adelante la urbanización como su propio origen. Aunque las versiones sobre cómo se produjo la toma son diversas, los relatos actuales coinciden en enfatizar el carácter espontáneo de la misma, apelando al descontento hacia la “vieja cooperativa” como su justificación. Según José, en esos tiempos, “el problema central era la casa para las familias jóvenes del barrio; la urbanización fue algo que aprendimos en el camino”. Aquí intentaré analizar dicho proceso de construcción de la urbanización como problema.

El barrio, surgido por un programa habitacional del gobierno de Frondizi (1958-1962), se había extendido y luego densificado a lo largo de cuatro décadas, consolidándose como villa. A lo largo de su historia, diferentes modalidades de acción colectiva se llevaron a cabo para lograr los servicios y la infraestructura básicos. Ante límites rígidos (los muros de tres fábricas y la ruta), las posibilidades de crecimiento barrial fueron restringiéndose. Según José cuenta hoy, “salir del barrio” era una alternativa sólo para un grupo reducido de habitantes que disponía de mayores recursos. ¿Qué podían hacer los demás?

El “problema del hacinamiento”, como José aprendió a denominarlo más tarde, es considerado en su relato como fundamentación de la toma. Son los jóvenes del barrio quienes son reconocidos como sus actores principales, justificando su rol a partir de la conformación de sus familias y la imposibilidad de salir de las casas de sus padres. Por último, el relato permite justificar también el lugar elegido para la ocupación colectiva, en tanto son terrenos del barrio. A partir del Programa Arraigo (vigente desde 1992), el gobierno nacional implementó una política de regularización dominial orientada a las villas del conurbano. En Torres, la delimitación del barrio incluía el “campito del fondo” (entonces ocupado con desechos por una empresa lindante y cercado). La “vieja cooperativa” se había conformado como institución barrial a partir del programa. Liderada por un maestro de la escuela barrial, se debía encargar de censar a la población, instrumentar el pago de las cuotas y lotear los terrenos disponibles entre los socios que tuvieran al día sus chequeras de pagos. En sus siete años de existencia, sin embargo, sólo había logrado adjudicar una manzana libre (para que los socios seleccionados auto-

construyeran allí sus viviendas).²⁸ Aunque José no participó activamente de los momentos iniciales de la toma ni era socio, su relación con la cooperativa ya tenía algunos antecedentes.

- Yo tengo 36, pero siempre la tuve clara: si querías progresar te tenías que ir de acá o el desafío de quedarse y hacer algo para progresar todos juntos.

- **¿Vos vendías diarios, no?**

- Sí, a mí me conocían por el fútbol, y de chico, a los 7, 8 iba a la cancha y como nuestro show era la cancha, iba toda la gente; era un lugar muy convocante. Después empecé con los diarios. Ahí empecé a ir casa por casa, y sabía bien, cómo vivían, de lo que se quejaban... sabía que todos estaban de acuerdo con el cambio. Yo tuve el primer chico, Diego, y tuve que ir a vivir con mi vieja a una pieza. Ahí empecé a reflexionar lo difícil que era tener la casa, y a medida que se casaban iban todos a vivir al mismo lado, entonces empezaba el hacinamiento. Yo sabía que en el futuro iba a ser peor: no había trabajo, proyección, estudio, entonces el futuro era o vivir con tu vieja o no tener salida. Entonces, yo me acerqué a la cooperativa. Había una comisión de la época de Menem y Cavallo. Ellos eran una comisión de gente que no era del barrio, hacían obras para el plan Arraigo. En ese momento usaban a las organizaciones para dar la cara con los vecinos. Te asociabas por un peso, para poder tener acceso al Plan. Mi vieja se asoció, yo no. Cuando empiezo a tener problemas fue cuando al más grande se le cayó una olla de agua hirviendo, porque mi pieza era comedor, cocina, todo...pero no era por un problema de él ni de mi señora, era por el encierro, no podía con tanta energía. Cuando le cayó el agua en la espalda, a mí me marcó. Cuando me pasó, vendía diario, facturas y veía que nunca me iba alcanzar para tener mi casa. Entonces fui a la cooperativa y le propuse marcar los terrenos de atrás, que nosotros, los de mi generación, que éramos muchos, les dábamos el respaldo. Entonces, vinieron las excusas, y yo les decía: “Nosotros somos 100”. Él no vivía las necesidades nuestras porque venía de afuera. Yo hice la primera reunión en el 99, volcaba la necesidad aprovechando las reuniones del fútbol. En esa reunión nos pusimos de acuerdo en pagar 7 pesos, que era lo que yo había arreglado. Después, me pidieron 17 y los pibes casi me matan.

(Entrevista a José, 8 de agosto de 2007).²⁹

En octubre de 1999 José tenía 28 años. Se había casado con su mujer hacía siete y tenía dos hijos. Se dedicaba a vender diarios y facturas por el barrio, y durante los fines de semana viajaba al interior de la provincia para jugar al fútbol en un club de Primera C. Por eso no estaba en Torres cuando los pobladores comenzaron a ocupar el campito y su mujer fue a marcar un terreno. Sin embargo, tampoco era ajeno a lo que estaba sucediendo allí. Como resalta durante la entrevista, unos meses antes él mismo había organizado una reunión en la cooperativa, convenciendo a los vecinos de aportar

²⁸ Las características que adquirió el Programa Arraigo en Torres parecen similares a las encontradas en otras zonas del conurbano. Dentro de un proceso de privatización más amplio, se destaca la “deconstrucción de la vivienda social” y el eje en la regularización dominial ex post (muchas veces encarado desde políticas erráticas y puntuales). Para un análisis de las políticas urbanas en el AMBA durante los '90, véase Cravino, Fernández Wagner y Varela (2002).

²⁹ Entrevista realizada por Martín Cortés, Damián Fau y Cecilia Ferraudi.

una cuota para activar la cuestión de las adjudicaciones. Según su relato, él había comprendido el problema cuando a su hijo de dos años se le cayó una olla de agua hirviendo sobre la espalda: no era culpa del nene ni de su mujer, era consecuencia de la falta de espacio, de vivir encimados en una pieza. Para él, la prioridad eran él y su familia, después venía el barrio. Por eso había ido a la cooperativa y había armado la reunión (que se concretó en junio). Pero la reunión fracasó. Su explicación es rotunda: los que estaban al frente de la cooperativa no eran del barrio, no entendían la necesidad y no supieron cómo tratar a la gente. El problema adquiriría otra complejidad a partir de la toma.

Las primeras reuniones fueron organizadas en la parroquia barrial, bajo la coordinación del padre Tuchi. El cura hacía dos años que estaba a cargo de la parroquia, pero había crecido en el barrio y su familia seguía viviendo allí.³⁰ Hoy es el Vicedirector de Cáritas San Justo.³¹ En 1999, el trabajo del párroco se volcó hacia la organización de la toma. Como asegura hoy en día, su consejo a los jóvenes del barrio era “meterse en política” (y dejar que él diga que no se mete). Desde entonces, la “gente de Derechos Humanos” (la seccional Matanza de la APDH y especialmente Pablo Pimentel) brindó asesoramiento al grupo. El padre Tuchi fue quien contactó a Pablo, mientras insistía para que José se hiciera responsable de las gestiones.

- ¿Y por qué José iba a ser?

- Porque consideré que era un líder innato, había que pulirlo, pero... yo lo veía como un... primero que tenía carisma, vendía el diario entonces estaba en todo el barrio y yo sentí que tenía carisma.

(Entrevista al padre Tuchi, 30 de agosto de 2007).³²

Así se armaron las primeras reuniones. Entonces también se sumó Fedé, un técnico (maestro mayor de obras) que se había criado en el barrio. Pablo y Fedé fueron quienes empezaron a hablar de urbanización. Desde diferentes trayectorias, ambos traían encima la experiencia del asentamiento 17 de marzo.

Cuando le pedí a Pablo que me contara de la urbanización de Villa Torres, él enseguida comparó con la historia del asentamiento. El 17 de marzo de 1986 había enca-

³⁰ Apenas arribado como párroco, comenzó su búsqueda de recursos para el barrio tomando contacto con quienes distribuían diferentes planes estatales. Según narra hoy, su conclusión fue rotunda: “en Torres había punteros pero no dirigentes”. José retoma esta distinción terminológica para definirse, oponiendo “rosca” frente a “trabajo” (o la “chiquitita” frente a la “urbanización”).

³¹ Cáritas es una organización de la Iglesia Católica que, como su nombre lo indica, está dedicada a la caridad. En Argentina, su trabajo se desarrolla en un vínculo estrecho con el Estado, aunque también recibe donaciones privadas. Entre sus principios centrales, se destaca una virtud que cultiva entre su voluntariado: “Dar sin esperar nada a cambio” (Zapata, 2005:20). Este principio puede presentarse como diferenciación de la política. Frente a esta visión, el padre Tuchi enfatiza más bien el “carisma” como “don de gente”, pudiendo así aconsejar a los jóvenes que “se metan en política”.

³² Entrevista realizada por Martín Cortés y Cecilia Ferraudi.

bezado la movilización de un grupo de novecientas familias para tomar un predio sobre la avenida Crovara. No era la primera vez que esto ocurría en La Matanza. Una serie de asentamientos tuvo lugar a mediados de la década de 1980, retomando la experiencia en Quilmes a partir de una organización vinculada a las Comunidades Eclesiales de Base en el contexto de la apertura democrática (Merklen, 1991). Más específicamente, parte de las familias que conformaron el 17 de marzo provenía de otra toma fallida lindante con El Tambo (el primero de la serie analizada por Merklen) así como también los organizadores (entre ellos, Pablo) recibieron el respaldo del grupo dirigente del mismo, encabezado por Luis D'Elía. Veinte años después, no sólo Pablo sino también D'Elía se hacía presente en Villa Torres para orientar a los tomadores. A diferencia de Pablo, la trayectoria de Luis se había constituido en torno de la organización de los asentamientos, fortaleciéndose significativamente desde entonces. Concejal por el FREPASO desde 1997, y fundador de la FTV en 1998, buscaba continuar articulando diferentes iniciativas colectivas en el distrito. Pablo, en cambio, se definía más bien como “animador”. Esta diferencia reeditaba viejos conflictos... Poco a poco, entendía por qué su historia comenzaba tantos años antes.

Fede, por su parte, narra su relación con la toma en Villa Torres a partir de una doble “vocación”: “técnica”, por un lado; e “intelectual o social”, por otro. “Ya cuando empecé a estudiar como maestro mayor de obras viviendo ahí, me planteaba cómo se podía generar un proyecto de interés social y de interés... gubernamental”. Durante sus estudios secundarios, fue becado por la iglesia, repartiendo su tiempo entre el industrial y el seminario jesuita. Se aproximó al 17 de marzo por su contacto previo con Pimentel y con la Pastoral Social, para colaborar. Ambos se alejaron de allí con cierta frustración: Pablo, porque, considerándose un apoyo externo, dice haber rechazado la insistencia de D'Elía para encabezarlo; Fede, porque la idea de urbanización se habría ido diluyendo en el camino. Ahora parecían haber encontrado una oportunidad para corregir los errores. Por eso cada uno asegura haber insistido con la urbanización. En ese sentido, Pablo rememora la reunión en que dijo que urbanizar también es demoler, que tenían que aceptar que iban a “tirar sus casas”.³³ Fede, por su parte, enfatiza una consigna que José hizo suya: “la urbanización es Torres, no la toma”. Si en los asentamientos de la década de 1980 la consigna había sido formar un barrio, por oposición a la villa (Merklen, 1991), en Torres el tema sería urbanizar la villa.

³³ Al entrevistarlos hoy, Pablo marcaba dos diferencias con las experiencias de los asentamientos: aquí no se partía de cero sino de una villa histórica; aquí el reclamo implicó la acción directa del Estado.

Aunque se trataba de un proyecto ideal (y ni sabía qué significaba), para José urbanización era una “palabrita mágica”: implicaba agua, cloaca, asfalto... “Era como tener esperanza”. Sea porque ya antes le había armado una reunión a la cooperativa para marcar los terrenos (como relata él mismo), porque los demás lo señalaron cuando llegó la policía a la toma (como narra su prima) o porque se destacaba en las reuniones (como cuenta el párroco) –o por todo ello junto-, José comenzó a encabezar al grupo en las “gestiones” por las oficinas municipales, provinciales y nacionales.

A medida que José iba emergiendo como dirigente barrial, la urbanización se consolidaba como proyecto en tanto permitía incorporar a toda la población barrial bajo una bandera común que resultaba significativa a la luz de la propia historia. Allí radicaba su magia, su fuerza. La toma constituía inicialmente una respuesta colectiva orientada por los parámetros del Programa Arraigo: los jóvenes del barrio se habían asentado sobre un terreno del barrio (cedido a la cooperativa de acuerdo con dicho programa) para lotearlo y disputaban la legitimidad a los representantes de la vieja cooperativa apelando al argumento de que estos no eran del barrio para explicar su ineficiencia (a la vez que reclamaban para sí una validez frente a los socios de la cooperativa, apelando a la necesidad de una casa propia para sus familias). La reformulación del problema como *urbanización* (y sus implicancias en términos de asfalto, cloaca, agua, luz, tenencia y casa), en cambio, excedía el marco inicial del Programa Arraigo (centrado en la regularización dominial) a la vez que daba un soporte más firme al discurso colectivo desmontando la oposición socio/no socio... ¿quién podía oponerse? Pero si esto quizá ayuda a explicar su encanto, no da cuenta de su surgimiento. La mediación de personas formadas en la experiencia de los asentamientos quince años antes constituyó la piedra inicial de dicho desplazamiento.³⁴

Sin embargo, aún cuando los asentamientos pudieran servir como modelo (y como advertencia), nadie negaba que se trataba de un contexto distinto. Y la propia presencia de D’Elía contribuiría a marcar esa diferencia...

No entendía nada de política

³⁴ Entre 1995 y 1999, la seccional distrital del FREPASO (construida alrededor de la CTA) propició un armado territorial por oposición a la conducción nacional del partido –orientada hacia un posicionamiento mediático (Corral, 2007)-. Una forma en que se concretó esa propuesta fue a través del apoyo a procesos organizativos articulados en torno de diferentes demandas urbanas. Según sostenía una de sus principales referentes distritales entonces, Mary Sánchez, consideraban que era la única forma de ganarle al PJ en La Matanza. Entre sus principales actores, se encontraba también Luis D’Elía, concejal por el partido en 1997 y fundador de la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (incorporada a la CTA) en 1998. Agradezco este aporte a Virginia Manzano.

Aunque en las charlas con quienes participaron de la toma esto no es directamente referido como disparador de la misma (se mencionan rumores de invasión por parte de gente de fuera del barrio como detonante) resaltando así su espontaneidad, pronto la atención se dirigió hacia el escenario político municipal.³⁵ Como José enfatiza durante la entrevista, el “momento político” era clave. “Gracias a Dios, yo no entendía nada de política. A ver quién viene...” En plena campaña electoral, los sondeos mostraban incertidumbre sobre los resultados entre los dos candidatos principales a intendente: Pinky, por la Alianza, y Alberto Balestrini, por el PJ.³⁶

Yo ya podía salir. Mi compromiso ya estaba identificado. Yo estaba con nueve mil habitantes. Para afuera era llamativo que empezara a tratar con la iglesia, con grupos políticos, con referentes. Era algo incomprendible porque yo no tenía a nadie que me dijera qué hacer, sólo respondía a lo que la gente me decía. A partir de ahí, nos dimos cuenta que un presidente se iba y que había muchos postulantes para ocupar los cargos. Hoy sé muchas más palabras, por ejemplo estrategia. Empezamos con reuniones y ya no podía vender más diarios hablaba dos horas y no vendía nada. Me di cuenta que era el momento político del país clave. Pasé de leer *Crónica* para ver cuántos muertos había, a leer *Clarín* para entender la política.

(Entrevista a José, 8 de agosto de 2007).

Si bien ellos buscaron la promesa de todos, sólo Balestrini recibió al grupo y visitó el barrio.³⁷ José narra haber vivido esas elecciones “como un partido de fútbol”. Aunque “no entendía nada de política”, sostiene haber seguido los noticieros porque veía allí la “esperanza para el barrio”. A la noche, se fue a dormir apesadumbrado ante las estimaciones que daban a Pinky por triunfadora. La sorpresa llegaría recién al día siguiente. Hoy Balestrini es reconocido como el político que ayudó sin pedir nada (o, como dicen los más lejanos, el que supo ser pícaro). José, que está aprendiendo, dice tomarlo como ejemplo, por lo que pudo hacer.

³⁵ Es común reconocer las coyunturas electorales reñidas como un momento propicio para acciones colectivas de protesta, comprendiéndolas en términos de las oportunidades políticas abiertas por “alineaciones inestables” en las elites (Tarrow, 1999:90).

³⁶ Si bien el triunfo de la Alianza era anticipado a nivel nacional, los vaticinios sobre las elecciones municipales en La Matanza eran menos claros. En el distrito más populoso del conurbano, donde el peronismo había ganado todas las elecciones desde 1983, los sondeos mostraban una leve ventaja de la candidata de la Alianza (luego del triunfo de Balestrini en las internas partidarias frente al intendente pierrista Cozzi). Aunque la posibilidad de triunfo de la Alianza en La Matanza era la gran noticia para los medios de prensa nacionales, resulta importante no minimizar los cambios que, desde el retorno de la democracia, tuvieron lugar en la conducción del PJ en este distrito. Para un seguimiento de la organización del PJ en La Matanza desde 1983, Levitsky (2005). Para un análisis de las organizaciones territoriales más importantes del distrito, Merklen (1991; 2005); Manzano (2004; 2009). Para un análisis más reciente de la dinámica electoral, Entin (2004).

³⁷ El referente de la APDH, apoyado por algunos militantes de izquierda que también participaban del proyecto, propició un contacto con Graciela Fernández Meijide (antigua militante de Derechos Humanos y candidata a gobernadora provincial por la Alianza). Pero, según cuentan, no obtuvieron una respuesta. De todos modos, ella perdería las elecciones ante el candidato del PJ, Carlos Ruckauf.

Mientras aquí José enfatiza ese momento inicial del vínculo con Balestrini, su relato a lo largo de la entrevista también da cuenta de las formas en que esa “confianza” se cimentó a lo largo de los años en la concreción del proyecto y en su posición actual como funcionario, introduciendo algunos soportes claves de esa mirada retrospectiva.³⁸ Pero el relato de José no constituye simplemente una sociodicea que legitima una jerarquía de posiciones dada, naturalizándola en términos de dones. Auyero (2001) recurre a este concepto bourdiano para dar cuenta de la perspectiva de una “puntera” de una villa muy peronista del conurbano, tal como tenía lugar a mediados de la década de 1990. Matilde, “peronista de toda la vida”, presentaba su “trabajo social” como la realización de un llamado, despolitizando su actividad como mediadora de una red clientelista que vinculaba al intendente con los pobladores de una zona postergada del distrito.³⁹ Como Matilde, José parece buscar mostrarse distante de la política como forma de jugar en ella a través de un vínculo estrecho con el líder distrital (hoy vicegobernador de la provincia).⁴⁰ A diferencia de ella, en su historia recurre a la ignorancia del neófito como punto de partida. Con ello introduce (en voz baja) su propia movilidad. Volveré sobre este punto en un momento posterior de su relato, cuando quede más explicitado el sentido de sus palabras (ante lo que es percibido como un cambio en su propia situación). Pero no entender nada de política implica algo más.

José narra así un camino de aprendizaje. Para justificar su posición actual, no remite a una naturalización directa de sus dones sino, más bien, apela a un trabajo sobre sí mismo, logrado a través del tiempo. Esta presentación de sí valida su posición actual diferenciándolo de sus competidores. A pocos meses de las elecciones de 2007 (y ante un grupo de profesionales del gobierno provincial, como él nos veía entonces), el relato

³⁸ Su vínculo con Balestrini también tomó forma en la ayuda a su madre cuando estaba enferma o al aceptar ser padrino de su hijo menor. Pero esto no es mencionado durante la entrevista.

³⁹ Este planteo ha recibido diversas críticas. Masson (2002) apunta hacia los peligros de la ecuación entre pobreza, peronismo y clientelismo. Soprano (2003) propone sostener el concepto sobre el análisis de relaciones triádicas. Frederic (2004) discute la división entre alta y baja política a partir de la cual el concepto de clientelismo ha funcionado como acusación hacia abajo (al igual que corrupción hacia arriba), comprendidos a partir de la evaluación de la política en términos morales ajenos al campo. Desde una perspectiva un tanto diferente, la crítica de Semán (2006) al concepto de clientelismo apunta a los supuestos normativos respecto del agente político (concebido en oposición al ideal de ciudadano) en tanto invisibilizan la positividad y las formas históricamente específicas en que la política es experimentada por personas determinadas. En esta última línea, se sitúa el análisis aquí propuesto. No se trata tanto de apuntar contra los análisis normativos sino de analizar una situación etnográfica en su historia.

⁴⁰ Estas formas de jugar con la distancia han variado a lo largo del tiempo, aunque no dejan de estar ausentes y ser eje de disputas. Como mostré en la introducción, durante la presentación inicial del barrio, tanto José como otros miembros de la cooperativa resaltaron que apoyaban al gobierno actual porque no les había fallado, pero su prioridad era el barrio. Así como una mujer insistía con que “ahora nos vas a ver con la camiseta pero es hasta que pasan las elecciones”, un técnico del proyecto nos lanzó por lo bajo que esto estaba “muy politizado”.

de José resalta el reconocimiento a Balestrini, enmarcado en un relato canónico del proceso de urbanización de Villa Torres. Si, por un lado, ese vínculo se fue consolidando a lo largo de años a través de las acciones de Alberto, también conllevó una serie de “pruebas” para José, poniendo a jugar sus habilidades para constituirse en “dirigente barrial”. Enfatizando este aspecto de su historia, él mismo propone legitimar su trayectoria como un aprendizaje ajeno al molde del “partido”, donde sólo se aprende a “rosquear”. Más aún, la narración de la urbanización constituye un eje central de su actividad política en la actualidad, mostrando lo que es “trabajo” por oposición a “la rosca”. A lo largo de este relato, él muestra cómo está aprendiendo a hacer política... haciendo.

Los tiempos iniciales implicaron un intenso ir y venir entre las oficinas de Capital, La Plata y San Justo, junto con el armado de planos, la realización de un censo y el desplazamiento de las autoridades de la vieja cooperativa. José no era socio. El padre Tuchi se atribuye el armado de la lista opositora con gente cercana a la parroquia (entre ellos, su propia cuñada). José recuerda la asamblea grande, la batalla (cuando alguien tiró gases lacrimógenos para frenar todo) y el triunfo.

A partir de reconocer el centro en el armado barrial, las diferentes voces se diferencian. Mientras José enfatiza la relación con Balestrini, el técnico considera que, en un principio, no era tanto en el Municipio sino en Nación donde los recibían. Arraigo era el marco desde el cual ellos encontraban una ventanilla para su reclamo. Para él, de todos modos, fue la propia “viveza” del grupo lo que encaminó la cuestión. Según cuenta, las gestiones eran lentas. En las charlas con varios funcionarios, ellos empezaron a ver que los diferentes ámbitos de la gestión pública parecían poco comunicados entre sí. Así fue que una vez hicieron firmar unos planos a un funcionario del Programa Arraigo para dejar asentado que los había visto. Luego, se dirigieron a las oficinas municipales y allí “dejaron creer” que se trataba de la aprobación técnica del proyecto. Finalmente, los malentendidos condujeron a una reunión entre las tres partes: Arraigo, Municipio y ellos, en representación de la cooperativa del barrio. Los funcionarios del municipio recurrieron a la cooperativa para realizar una presentación ante las autoridades nacionales del programa. Según cuenta, ambos planos (armados por Fede mismo) eran casi idénticos.

Paralelamente, la toma había desencadenado un conflicto con un grupo de vecinos del barrio lindante, amenazado ante lo que veían como una extensión de la villa hasta la puerta de sus casas. Ellos, nucleados en el club del barrio, contaban con el apoyo de un concejal y el párroco del lugar. Parte del conflicto se tramitó por vías legales,

conduciendo a un “no innovar”. En charlas comunes, José y otros miembros de la cooperativa recuerdan con una sonrisa esos momentos: hacían guardia de noche, prendían fuego neumáticos para figurar que eran muchos cuando no eran más que “cinco gatos locos”... Intentaban así amedrentar a “las viejas de C. [nombre del barrio vecino]”.

Gandhi y el Che

Gómez es un hombre de menos de cuarenta años, alto y corpulento. Suele acompañar a José en sus diferentes actividades. Según dice, algunos lo toman como su “guardaespaldas”. A la vez, ha organizado el “escuadrón de demolición”, aunque ahora comparte (y delega) el “manejo de los pibes” con Lili. Ambos están a cargo de los traslados en un sector del barrio (dividido en dos por el asfalto, la Tucumán de la foto inicial). Más aún, él se ocupa de coordinar al grupo de detenidos que obtuvo un permiso de trabajo en la urbanización de Villa Torres. Por último, Gómez es quien dirige el equipo de fútbol de los pibes, y los acompaña en sus viajes anuales a Santiago del Estero para jugar un torneo.

Mientras esperábamos una presentación de la urbanización “en la universidad” (ante un auditorio de arquitectos en un encuentro latinoamericano sobre vivienda social), fui a tomar un café con Gómez, Lili y Mirta. Lili contó de sus inicios en la cooperativa hacía seis años, de la invitación de José, del vacío que le hacían las demás mujeres, de la alegría de reconocer a Mirta entre ellas (porque Lili había sido compañera de colegio de su hija) y de su comienzo con “el famoso Gómez” a quien todos tenían miedo. Gómez interrumpió para contar por qué era tan famoso: “tenía una manera de arreglar las cosas que iba a las piñas enseguida”. Contó cómo calmó a unos bolivianos que se querían hacer los duros con José en el asentamiento, y cómo echó a los del sindicato cuando intentaron entrar en Torres. Lili comparó con el modo en que le enseñó a lograr el respeto de los pibes.

“En un momento”, sigue contando Gómez, “los de C. se habían metido en la casa que es de José. Estaban ahí y no se iban. No querían que construyéramos. ‘¿Me dejás hacer una cosa, José?’ Él ya desconfiaba de lo que pudiera hacer. ‘Los vamos a asustar nomás.’ Nos fuimos de noche y nos escondimos en los pastizales con una escopeta con mira. José estaba conmigo. Les apuntábamos con la mira, se movían y los buscábamos por la otra ventana, del otro lado. Los volvimos locos. Como una semana estuvimos así. Hasta que decimos, ‘Tenemos que entrar.’ Entonces vamos a la puerta, que tenían que salir, que no. Con el arma en la mano. ‘¿No? ¿No salen?’ Los sacamos a los empujones. Se fueron y entró José, que iba a vivir ahí. Se quedó y yo me fui a la escuela. Enfrente nomás. Desde ahí miraba. Resultó que le fueron a pegar con palos a José entre varios. Él se quedó sin hacer nada. Si me llamaba, yo iba enseguida. Pero él no quería hacer lío.” “¿Y dejaba que le pegaran? ¿No se defendía?”, pregunto. “No, eran mujeres. Lo que pasa que José tiene todo eso de Gandhi, de la no violencia. Se sentaba en el piso y que le peguen. Yo no, yo soy más Che Guevara, yo vengo de otro lado. ¿Entendés? Pero, como no me llamaba, tampoco fui. Al final no pudieron sacarlo y se fueron. Eso se ganó. José no dijo nada. ¡Después ellas salieron a decir que había intentado violar a una!”

(Registro de campo, 2 de octubre de 2008).

Más tarde, Gómez me contó a solas que, de adolescente, había militado en el grupo que hizo el copiamiento a La Tablada (aunque no le permitieron ir porque era menor).⁴¹ “Por eso, decía lo de Gandhi y el Che”, aclaró.

Para mí, su historia mostraba otras tradiciones políticas que confluían en el proceso de urbanización (y en la historia de Villa Torres). Pero no sólo eso. Su propia forma de valorar sus actividades en la cooperativa (y conectarlas con una experiencia breve en una organización vinculada a la lucha armada) permitía entender mejor cómo se ganaba el respeto localmente: cómo poner el cuerpo, ostentar el posible uso de armas de fuego, y jugar con las imágenes de peligrosidad asociadas a los villeros, constituían recursos valiosos (aunque menos legitimados socialmente, y desdibujados –no omitidos– en la entrevista con José).

En la entrevista con José, el énfasis estuvo puesto más en la diversidad de “frentes” que en uno en particular. “Mientras un frente estaba trabado, se avanzaba por otro frente”. La aprobación del anteproyecto como ordenanza municipal en septiembre de 2000 –y la promesa de edificación del colegio– estuvo acompañada de un “apriete” para José por parte de la “gente del municipio”: “decirle a toda la gente que me acompañó por todos esos años que volviera para adelante”. Los terrenos de la cooperativa, tomados por los vecinos uno año atrás, debían quedar libres. Las negociaciones fueron arduas. Parte de sus habitantes formaron entonces el actual asentamiento, organizado con el apoyo de la propia cooperativa en un terreno adyacente (no incluido dentro del barrio de acuerdo a los planos del Programa Arraigo) respetando la traza municipal. Algunos fueron cediendo lentamente ante la presión de la máquina prestada por el municipio para empezar con los pozos.

Hubo un largo “tiempo muerto” entre el proyecto y su concreción. José recuerda de esa época la cantidad de reuniones. En ellas, el técnico presentaba diferentes prototipos de vivienda, y planos del barrio. Después, salían a caminar por el asentamiento para ver dónde querían sus casas.

- Entonces, los punteros empezaron a actuar. Y yo seguía con mi estrategia, laburaba y nada más. Si yo me hubiese puesto a pelear, no hubiese urbanizado...
- ¿Cómo te atacaban?
- Diciendo que era mentira, que yo estaba haciendo política, que pasadas las elecciones se terminaba... a mí me interesaba que el barrio creyera en la urbanización. Se trataba de creer sin ver.

⁴¹ Se refiere al copiamiento del cuartel, llevado a cabo por un grupo del Movimiento Todos por la Patria, en 1989. La Tablada se encuentra a 200 metros de Villa Torres.

(Entrevista a José, 8 de agosto de 2007).

Como él y otros integrantes de la cooperativa señalan, José (entonces diariero del barrio) se paraba con unos y otros para convencerlos del proyecto. “Mucha gente tiene que ver para creer. Lo que nosotros hacemos es al revés: creer para ver”, me explicó una vez otro miembro de la cooperativa.

Creer para ver

Inicialmente el nombre de Javier apareció asociado al proyecto de trompos y baleros que armaron con José mientras esperaban que se aprobara el proyecto de urbanización. Hasta llegaron a regalarle uno al presidente cuando “bajó”, contaban en las primeras charlas mostrando la foto del momento en que José se lo entregaba. Luego, Javier nos contó que vivía “al otro lado de la ruta”, que su mujer era de la villa y hacía seis años que él se había mudado allí cuando fue la toma. Pero él no participó. Trabajaba como contratista y ganaba bien, hasta que José lo fue convenciendo del proyecto.

Javier es presidente de la cooperativa de trabajo “Proyectando el futuro”, una de las siete que se conformaron a partir del Programa de Emergencia Habitacional en 2004. Desde entonces, la antigua cooperativa del barrio (ahora presidida por José) recibió el nombre de “cooperativa madre”. Durante el primer año de trabajo de campo, “la cooperativa de Javier” funcionaba en uno de los núcleos construidos con los materiales del municipio, a pocos metros de la casa de José. Allí solíamos ir cuando teníamos un rato libre. Era un lugar donde siempre había alguien para charlar. Después de más de un año de conocerlo, volví a preguntarle cómo llegó allí.

- Yo me crié en el campo, en Santiago, desde los cuatro años. Me crió mi abuela. Nací acá. Mis papás vivían acá. Se habían ido a Santiago a visitar a mi abuela y yo me enamoré de los animales. Eso dicen. Yo no me acuerdo. (...) Fui a la escuela hasta tercer grado nomás. Estaba a kilómetros. Iba y venía caminando. Cruzaba dos ríos a nado. En invierno. Así tres años nomás. Pero ahí no pasabas porque eras lindo o porque sí. Había que saber. Una vez cuando tenía ocho o nueve años, no sé por qué, me llevé una revista de la escuela. Yo no leía libros, no miraba películas, nada. Ni sabía lo que era una ciudad. Iba al pueblo a la escuela nomás. Se me dio y me llevé la revista. La tuve así, sin mirarla, hasta que me voy con las ovejas y me la llevo para hojear. Ahí encontré edificios, autos, calles. Cosas que yo nunca había visto. Quiero eso, dije. No sabía cómo hacían pero hacía fuerza para imaginar. Arranqué las hojas y las colgué en la pared, y las miraba para sacar cómo se hacía, imaginaba. Busqué en libros en la escuela, en otros lugares pero mucho no encontré. Así seguí. Hasta que a los once o doce, llega mi viejo con una mano atrás y otra adelante a la casa de la abuela. Con todos mis hermanitos. Con el bebé que era el último pañal que le quedaba. Sin nada. Había estado en la ciudad y volvía sin nada. Yo no podía entender. Así pasó un tiempo. Le preguntaba a mi hermano cómo era todo, sin decirle que no conocía. ¿Cómo hacen los autos para no chocar en las esquinas? Ah, hay semáforos... Nada sabía. Pero no me acomodé a esa situación. A los trece me fui de mi casa. A Córdoba. Yo no podía soportar que mi papá hubiera vuelto sin nada. Si yo lo aceptaba, iba a terminar siendo como él. Yo después

le escribí. Que yo no sentía orgullo por él, que le había perdido el respeto, que no había sido un ejemplo para mí. Por eso me fui. Para no terminar como él. Estuve en Córdoba, después en Mar del Plata... y después vine acá.

(Registro de campo, 14 de agosto de 2008).

El relato de Javier se teje como un recorrido personal, a partir de la oposición entre campo y ciudad. Del enamoramiento con los animales pasa a la fascinación con la ciudad como obra, tal como es imaginada a partir de fotos de revistas. Pero la ciudad aparece también como oportunidad de progreso, desperdiciada por su padre. La clave consiste en no acomodarse a la situación. Como señaló en otra ocasión, “para crecer, hay que mandarse”. La imaginación es clave en su propia forma de conducirse en la vida. Como me aconsejaba respecto de mi escritura, su historia muestra “sentimiento”.

- Pero yo hay muchas cosas que no sé. Lo que hago es hacer creer para que otro lo haga. Así con el técnico. Hací esto. Ahora esto. Pero no puedo, Javier. Dale, que no hay tiempo. Poné ahí y listo. Y lo termina haciendo. ¿Vos sabías? Yo no, pero hice creer para que él creyera que podía y lo hiciera. Así también con Analía [su secretaria]. Ella vino de la escuela directo acá. No sabía nada. Yo le hice creer. Ahora ella habla con el contador, con los bancos. Si está mal, ya te van a decir. Si no, tenés que mostrarte segura para que los demás crean que sabés. Aunque no sepas. Así te dan las cosas.

(Registro de campo, 14 de agosto de 2008).

Así aseguraba convencer a otras personas para que hicieran cosas que él mismo no sabía cómo encarar, haciéndoles creer que sabía. Poco a poco, fui entendiendo que hacía lo mismo conmigo para que escribiera.

Quizá esa forma de ver el mundo retuviera algunas enseñanzas de Jorge Bucay (un escritor usualmente clasificado como de “autoayuda”), aún cuando, habiendo concurrido a sus clases, Javier las desestimara.⁴² Pero, más importante que ello, constituía una forma de experimentar el proyecto de urbanización, y de llevarlo a cabo.

- Mucha gente tiene que ver para creer. Lo que nosotros hacemos es al revés: creer para ver. De eso se trata el proyecto. Yo hago creer a la gente que algo que no existe, existe, y así se hace realidad. La gente dice que es mentira pero no es que sea mentira, es que hay que hacerlo.

(Registro de campo, 14 de agosto de 2008).

Con una sonrisa apenas esbozada en sus labios, José dice que en este tiempo aprendió la palabra estrategia, aunque antes ya lo hacían sin saber la palabra. A lo largo

⁴² Probablemente este parecido pueda asociarse a una concepción más amplia en que lo sagrado es considerado positivamente como parte del mundo, como argumenta Semán (2006) en su análisis de los lectores de Paulo Coelho. A diferencia de ellos, Javier no parece encontrar en las enseñanzas de Bucay una orientación para la vida. Interpretándolo en esa clave, rechaza su eficacia:

Eso es para gente que no es consciente de su propia vida. Vive como si nada hasta que un día se da cuenta de que no hizo lo que tenía que hacer. Entonces necesita esos mitos y cuentos para entender lo que le pasa. Pero yo soy más de reciclar todos los días.

(Registro de campo, 16 de octubre de 2008).

de sus presentaciones públicas, siempre menciona una serie de palabras que se incorporaron a su vocabulario a lo largo de este proceso. Esta es la que más repite. En otra charla me contó que entendió qué significaba cuando vio la película Troya, que fue uno de los filmes que le recomendaron (junto con 4400 o Bichos) en los talleres a los que asistió en el año 2000. Se trataba de una actividad promovida por “la gente de Derechos Humanos” (Pablo Pimentel) a través de sus contactos con organizaciones territoriales de Quilmes.⁴³ Pero no sólo allí la escuchó. Él asocia la palabra estrategia a los “intelectuales de café” del grupo, vinculados a cierta militancia de izquierda (y antiperonista). Aunque el discurso de José enfatiza la unidad sobre las diferencias, estas divisiones continúan hoy presentes en la cooperativa (y se actualizan en diversas disputas).

José ya es un político

El Ruso era uno de los personajes enigmáticos durante los primeros momentos del trabajo de campo. Si bien algunos lo mencionaban en las entrevistas, nuestros guías eran renuentes a contactarnos con él. Copiamos furtivamente su teléfono cuando fuimos a la unidad ejecutora y lo llamamos.

Entonces el Ruso era tesorero de la cooperativa madre. Además, era el presidente de una cooperativa de trabajo, “El Progreso”. Al igual que José, Javier o Gómez, tenía poco menos de cuarenta años cuando lo entrevistamos. A diferencia del resto, era rubio y de ojos claros; de allí su apodo. Como nos contó en la entrevista, provenía de Misiones y había tenido militancia en la izquierda desde joven. Según decía, ya en su pueblo se hizo antiperonista por ver lo que hacía el intendente. Vino a Buenos Aires cuando tenía menos de veinte años. Siempre trabajó en la construcción. Como José, él también nos contó los inicios del proceso:

En el 99 tomamos la tierra. La anterior cooperativa, había señalado con 45 mil dólares la tierra. La toma se produce porque dos familias toman la tierra, eran jóvenes... Yo ese día no estaba. Cuando vuelvo y me entero, fui y marqué mi lugar. Formamos una comisión. Tratamos de hablar con el intendente, que era interino, y nosotros queríamos que nos firmen el papel que la tierra nos pertenecía. Tomamos un 2 de octubre y el 24 había elecciones. Como no teníamos respuesta, nos fuimos al Municipio y nos sentamos en la plaza. Nadie hacía nada, pero hicimos una gran cruz frente al Municipio. Llevamos mate, agua y empezamos a decir que Villa Torres no votaba (era un viernes y el domingo se votaba). A las dos horas teníamos el papel firmado por el presidente del Concejo Deliberante, del presidente de la Cámara de Diputados... fue la única protesta que hicimos. Después se hizo un intento de corte de ruta con el conflicto de C. [el barrio vecino], y como nadie se jugaba, porque tenían votos de un lado y del otro hubo que convenir. Tuvimos peleas, denuncias, juicios, mujeres que se tiraban delante de los tractores... de todo. José decía que no sabía qué era una táctica o estrategia pero no le podíamos cortar la ruta a dos días de las elecciones porque la intendencia nos estaba ayudando. Entonces nos paramos doscientas personas con bombos y redoblantes al

⁴³ Además, su formación también comprendió recorrer distintos emprendimientos colectivos en Santiago del Estero, Mendoza y Buenos Aires.

costado de la ruta, pero no la cortamos. A veces el silencio vale más que mil palabras... Yo tenía un poco de experiencia porque venía de una militancia; hicimos quemadas de goma, hicimos fogatas, cantamos canciones. Son anécdotas muy ricas. Nosotros grabamos y escribimos todo, después mucho se perdió, pero fue rico en crecimiento y en diálogo. Nosotros lo que no pudimos fue consensuar la política.

(Entrevista al Ruso, 4 de septiembre de 2007).⁴⁴

Entre sus recuerdos, el Ruso resaltaba una cuestión clave: cómo José había aprendido las palabras táctica y estrategia, a través de las enseñanzas prácticas del mismo Ruso. Así recordaba dos momentos: una sentada en la plaza de San Justo y una amenaza de corte de ruta, como herramientas para hacerse oír en el Municipio.

El Ruso es uno de los integrantes del grupo que José denomina “los intelectuales de café”. Como mencionaba en su entrevista, la distancia política entre ambos se había ampliado a lo largo de los años. Según me dijo en otra oportunidad, “José ya es un político. No se olvida de la gente porque no lo dejan. Cualquier problema, los tiene en la puerta de su casa”. Él prefería seguir los consejos de Sábado en La Resistencia: ¿por qué no habré tomado más mates con mi vieja en la puerta de casa?

Volví a visitar al Ruso en varias oportunidades. Una vez, me invitó a comer con su familia. Acababa de ser expulsado de la cooperativa de trabajo y tenía muchos problemas económicos: “lo que pasa es que nosotros nos acostumbramos a comer asado y ahora tenemos que volver a comer guiso”, me dijo cuando su hija trajo la olla para servir. Sin embargo, me mostró orgulloso cómo estaba construyendo su casa. En la sobremesa, trajo varias fotos para mostrarme. Se trataba de la inauguración de la escuela nueva. El palco contaba con la presencia del gobernador Felipe Solá, el intendente Alberto Balestrini, José y el Ruso, en el frente; Fernando Espinoza, y otra gente, detrás.

Me explica que Solá le dijo que subiera al palco, que fue ahí cuando José cambió con él. Como que pensó que le iba a robar el lugar. Ya no fue lo mismo. Dice que Solá lo conocía del acto de Kirchner, que habían hablado y lo reconoció y le dijo que subiera. Que no sabe si fue eso o fue que querían a uno disfrazado de trabajo para la foto. Observo: José está con jean y remera negra, los demás de traje y Solá con camisa pero sin corbata, Ruso con overol cremita y visera blanca (al lado de José). Solá a la izquierda (en un podio con micrófono). Después en primera fila de pie: Ruso y José, al lado Balestrini. Atrás, unos cinco funcionarios más que no conozco (excepto Espinoza con la cabellera frondosa, primer concejal de Balestrini intendente). Son como seis fotos, hechas en tamaño grande. Él me dice que quería mostrarme lo flaco que era, como me dijo la vez pasada.

(Registro de campo, 16 de octubre de 2008).

Finalmente, José resalta la palabra estrategia, incorporando aprendizajes de sus adversarios (como forma de reconocerlos pero también de situarse por encima de la

⁴⁴ Entrevista realizada por Natalia Verón y Cecilia Ferraudi.

disputa). Pero su uso de estrategia puede entenderse a la luz de otras palabras claves. Paciencia, viveza, esperanza, fuerza, creencia... magia, constituyen un lenguaje desde el cual tanto él como el técnico y algunas personas más de la cooperativa relatan la historia del grupo. Tomar palabras de otros, nutrirse de sus historias, es parte importante de la construcción oratoria de José, de su arte de convencer. Claro que es posible ver este relato como una expresión derivada de un presente exitoso en el cual la Torres es presentada como un modelo, validando al grupo que encabeza el proceso a partir de un pasado mitificado. Pero eso no lo vuelve ficticio. A lo largo de este tiempo, se fueron tejiendo los lazos que luego permitieron construir a Torres como modelo a través del rearmado de la cooperativa, de los vínculos con figuras relevantes en el barrio y fuera de él, del aprendizaje de José y del reconocimiento que fue adquiriendo.

Se abren todas las puertas

En 2001, el municipio financió los materiales de las primeras doce casas. Durante la entrevista, José relata esta cuestión en términos de cómo logró esa “marca de Balestrini” que lo habilitaba para sus gestiones en las oficinas municipales.

Una vez lo encuentro a Alberto [Balestrini] y le pido aunque sea una vivienda. ‘Bueno, Josecito... Porque yo era recontra pesado, pero recontra pesado bien, nunca le fui a pedir sin una propuesta. Yo me sabía todo: dónde llegaba, a qué hora, dónde estacionaba, qué auto tenía. Le tenía toda la logística. Él venía por una esquina y yo ya venía por la otra. Yo no estaba de casualidad ahí. Pero nunca lo apreté. Siempre fui con una propuesta. Y lo que me daba, se lo cumplía. En ese momento me pidió: ‘Bueno, José, traeme un proyecto’. Como yo tenía gente profesional que me ayudaba, Fede [el técnico que se había criado en el barrio] me hace un proyecto. Yo siempre digo a los profesionales, cuando me toca hablar en la Universidad, que ellos sueñan a lo grande. Fede me hizo un proyecto de una casa de ¡110 m²!... 110 metros siendo que yo vivía en una pieza. A mí me asustó. Fede me dijo: ‘Llévale, qué te va a decir’. Al yo no entender nada, le mostré como si fuera una casilla prefabricada. Ese día no me olvido nunca. Alberto entra en el estacionamiento y yo justo había ido a Planeamiento. Estoy por entrar pero veo el auto blanco y digo: ‘Ésta es la mía’. Poco más le abro la puerta del auto. ‘¿Cómo está, Alberto? ¿Se acuerda que usted me pidió el prototipo de una casa...? Acá se lo traje’. ‘A ver’. Imaginate en ese momento, Matanza era un quilombo. Lo mira: ‘¡Pero esta casa es inmensa!’ ‘Bueno, deme la mitad, por lo menos la mitad’. ‘Bueno, dale’. Es un tipo fenomenal. Como persona. Es un tipo ejecutivo y capo, un tipo común que resuelve. ‘Dale, habla con tal. Decile que te dije yo’. Yo ya tenía la marca de Balestrini y de ahí empecé. La forma que yo laboraba con Alberto era así: me diste el OK, lo sabés, chau; de ahí se abren todas las puertas.

(Entrevista a José, 8 de agosto de 2007).

Como él mismo indica, el contexto fue fundamental. Mientras La Matanza era un quilombo, José resalta aquello que lo distingue: sus formas de conseguir el aval de

Alberto no eran apretando sino pidiendo, proponiendo y cumpliendo. En estas frases, se distancia –sin nombrarlos– de “los piqueteros”. En 2000, La Matanza fue el centro del mayor corte de ruta en el conurbano bonaerense. Una modalidad de protesta surgida en el interior del país ante la falta de trabajo era reapropiada desde organizaciones territoriales cuyos orígenes se remontaban a los asentamientos de la década de 1980, ante al consolidación de los “planes” (subsidios a los desocupados) como respuesta estatal.⁴⁵ Si bien Balestrini había logrado posicionarse como mediador entre los representantes de las organizaciones (entre ellos, D’Elía) y los funcionarios del gobierno nacional (crecientemente debilitados), se trataba de un equilibrio inestable que volvería a llevarse a la ruta al año siguiente. Si antes José podía “no entender nada de política”, ahora ya no era tan fácil continuar evitando tomar partido.

El niño mimado de Balestrini

Mónica formó parte del grupo inicial luego de la toma. Pablo Pimentel la recuerda siempre, porque fue quien se paró, con su gran cuerpo y su enorme fuerza, y dijo “¡Sí!” cuando él sostuvo que había que tirar las casas para urbanizar. Luego Mónica se alejó de la cooperativa, cuando “se politizó”. Hoy tiene un locutorio sobre la ruta. Su idea era emigrar a Estados Unidos, como uno de sus hijos, pero no consigue la visa porque no tiene domicilio legal. Por eso abrió el negocio enfrente de la villa. Pero también pensaba en tener su casa.

Como dijo el Ruso, es una “referente del barrio”: organizaba los días del niño, era conocida y los políticos la fueron a buscar en 2005. Querían una “cara nueva”:

La gente decía que yo quería ser puntera política. Pero yo nunca quise saber nada con la política; es más, cuando la cooperativa se politizó, yo me fui de la cooperativa porque me sentía incómoda. Yo tengo mi corazoncito, mi ideología, no soy un parásito. Pero tendría que armar una política de acuerdo a lo que a mí me gusta. De lo que hay no me gusta ninguno. Pero en algún momento hay que elegir por uno. Justicia social, poder y política, hay que decidirse por uno de esos. Hace dos años vino gente importante a pedirme que participara. La gente de López Murphy, de Curto... vinieron pero a mí no me interesa. Estaban buscando caras nuevas y me dijeron que como yo era una referente en el barrio, que era bueno que participara.

Yo regalaba juguetes y tenía muchas fotos de eso. Y los políticos me pidieron esas fotos y después las mostraban por todos lados. Yo no quería saber nada, nunca dejé que ningún político me diera nada, sólo uno me dio leche, pero la gente cree que yo hago

⁴⁵ Mientras Svampa y Pereyra (2003) encuentran allí un punto fundamental en la conformación del “eje matancero” del “movimiento piquetero” (encabezado por D’Elía y Alderete, como dirigentes de la FTV y la CCC respectivamente), Merklen (2005) permite tejer analíticamente la línea histórica desde los asentamientos de los ’80 a partir de una forma específica de “politicidad” que combina acciones colectivas de protesta, gestión de políticas sociales focalizadas (elaboradas por un Estado reformado) e inscripción territorial. Manzano (2009) resalta el papel central del Estado en la configuración de dichas organizaciones y sus “referentes barriales”. Quirós (2009) diferencia piqueteros y peronistas de acuerdo a las formas en que interactúan con los funcionarios públicos (como reclamo o como pedido). José parece coincidir con dicha distinción, pero su historia muestra que la separación es un momento de un proceso más largo en que él desplegó su sentido del juego (su forma de desenvolverse en la vida).

política y a mí eso me desgasta. Yo me leo todos los libros de autoayuda. Yo colaboraría con los políticos sólo cuando no tenga otra manera de conseguir cosas para este barrio. Al único que llegaría a votar es a José.

(Entrevista a Mónica, 19 de septiembre de 2007).⁴⁶

Para Mónica, la prioridad era el barrio. No negaba la política como sentimiento e ideología pero rechazaba a los políticos existentes. A la vez, sostenía que el hecho de que la gente creyera que quería hacer política la desgastaba. ¿Por qué? Durante la charla, Mónica narró su papel en el desplazamiento de quien fuera “la puntera más fuerte del barrio”: juntó firmas para que tirara el galpón que había levantado en la canchita del barrio cuando todos tenían miedo y José prefería no meterse (porque la puntera era sostenida por uno de los hombres fuertes de Balestrini, Hugo Fernández).⁴⁷ Poco después, ella se alejó de la cooperativa:

Yo me fui de la cooperativa porque me sentía muy incómoda. Estábamos dejando de funcionar como correspondía. Habíamos hecho mucho trabajo social y todos creían que yo quería ser una puntera política. Yo me llevaba muy bien con el Ruso, pero había una competencia muy fuerte para ganar lugar en la cooperativa. Con el Ruso podemos hablar de cosas que no puedo hablar con otros, podemos comentar un libro. La cuestión es que había mucho chisporroteo, había que votar y decidir quienes iban a formar parte de la comisión. Yo salí electa para formar parte. La gente pensaba que yo quería figurar pero el interés mío se basaba en el sueño de tener mi tierra. En las reuniones era como que nosotros hablábamos distinto, nos expresábamos de manera diferente y la gente pensaba que lo hacíamos a propósito para que ellos no nos entendieran. Hoy hay gente que viene y me abraza. Cuando me fui, me fui bien, pero a la vez me fui muy dolida, no enojada, triste.

La política de la cooperativa empezó cuando se acercó Luis D’Elía, después Balestrini que absorbió a Juan y ocuparon el lugar de Hugo Fernández. Por acá pasaron muchos políticos que le daban todo servido a la gente. Pero enseguida supimos despegarnos de Luis D’Elía. Él realmente quería manipularnos, manejanos como títeres. Balestrini tenía toda la voluntad política pero dando y dando, cambiando figuritas. José decía sí pero no. Daba vueltas pero después venía con algo mucho más definido, tenía una relación mucho más estrecha con Balestrini, empezó a darle y a darle, era el niño mimado.

(Entrevista a Mónica, 19 de septiembre de 2007).

Mónica se alejó de la cooperativa cuando notó un cambio. Relataba la división dentro del grupo como un fenómeno que se remontaba a los inicios y que Pimentel había logrado mitigar por un tiempo. La política también había estado presente desde un principio, aunque antes habían sabido alejarse de quien la encarnara porque sólo quería manipularlos. Finalmente, esta frágil situación cambió cuando, luego del desplazamiento de Hugo Fernández, José se fue convirtiendo en el niño mimado de Balestrini. Porque él empezó a dar y a dar...

El momento exigía definiciones, pero también gestos que las justificaran. Los cortes de ruta aparecían como alternativa en el escenario, concretada en las presiones e

⁴⁶ Entrevista realizada por Marcelo Ribero, Natalia Verón y Cecilia Ferraudi.

⁴⁷ Volveré sobre este punto en el capítulo 3.

incentivos del propio D'Elía.⁴⁸ La propuesta de Balestrini, a la distancia, puede resultar irrisoria. Su exaltación por parte de José podría justificarse en relación con la coyuntura de la charla (la entrevista tuvo lugar en un momento en que Balestrini acababa de definirse como candidato a Vicegobernador en 2007 pero, como aclaró José enseguida, “no es porque sea candidato que lo digo”). Sin embargo, José encuentra en este acto una llave que abrió la oportunidad para lo que vendría.

El municipio aprobó la construcción de diez viviendas. Los materiales provinieron del área de Acción Social. Junto con ellos, llegaría el arquitecto que hasta hoy se encarga de la coordinación profesional del proceso. La construcción estuvo en manos de vecinos, considerándola como contraprestación del plan. En tiempos de fuerte desocupación, era posible contar con la mano de obra de los mejores (y viejos) albañiles del barrio. La parroquia daba entonces la mercadería para armar una olla popular. “Ahí vienen los saqueos y nosotros los veíamos pasar y seguíamos laburando. Para nosotros, el tema eran las casas, el agua y la cloaca. Tenía un casete grabado”.

Los saqueos son una marca temporal en su relato: diciembre de 2001. Se trataba de un contexto más amplio de crisis económica y política, que precipitó la caída del gobierno de De la Rúa en el marco de un amplio ciclo de protestas –cacerolazos en diferentes ciudades del país, marchas de ahorristas y piqueteros que concentraban en el centro porteño, cortes de ruta en el interior y saqueos en el conurbano bonaerense (y en otras grandes ciudades). La consigna general del acontecimiento era un llamado contra la denominada clase política: “Que se vayan todos”. Entre todas estas acciones, José resalta la más significativa para su relato: la marca del quilombo. Esto es, una forma clara en que todos percibimos la caída de Alfonsín en 1989... y de De la Rúa, doce años más tarde.⁴⁹

En sus relatos, 2001 aparece como momento culminante del “quilombo”. Ya no era sólo un problema de La Matanza sino que la situación crítica se había nacionalizado.

⁴⁸ Como me narró en otra charla, “D'Elía me quiso llevar muchas veces”. Por lo que me contaron le ofreció un horno eléctrico (José vendía facturas amasadas junto con el hermano) a cambio de llevar gente a los cortes. Una vez más, consultó al padre Tuchi y a Pimentel antes de decidir. No aceptó para no quedar atado. Según justifica hoy, ellos estaban por la *urbanización*, no por los planes ni los “microentrenamientos” (es el mismo vocablo que utiliza D'Elía para referirse irónicamente a los “microemprendimientos” que sustituyeron parcialmente a los planes en 2003). Por ello se jacta de no haber cortado nunca una ruta (aunque un par de veces grupos más o menos distantes del núcleo de la cooperativa se reunieron con bombos en la vera de la ruta 4, mientras José y su grupo llevaban horas esperando ser atendidos por algún funcionario municipal).

⁴⁹ Auyero (2007) analiza los saqueos ocurridos a fines de 2001. Como epígrafe de la conclusión, retoma unas palabras de la entrevista con Luis D'Elía: “‘Cuando los funcionarios y los políticos hablan de gobernabilidad (...) están hablando de la capacidad de generar ‘un gran quilombo’ en el conurbano.’” (Auyero, 2007:193).

El quilombo propició que se multiplicaran los recursos (a través de políticas estatales focalizadas ante lo que los funcionarios definían como “emergencia”). Fuera de la grabación, José duda: “no sé si será porque eran otros con otras ideas o porque no les quedó otra que darnos bolilla a nosotros, a las villas”. Como tantos otros grupos, en 2002 las mujeres de la cooperativa armaron una copa de leche. Planes y mercadería también circularon a través de los diferentes “punteros” del barrio y de los “piqueteros”. Pero esto no era todo.

En 2002, la situación dio un vuelco importante para la cooperativa. El PROMEBA (Programa Mejoramiento de Barrios) comenzaría a implementarse en el conurbano luego de una ardua negociación de las autoridades nacionales con los funcionarios del BID (Banco Interamericano de Desarrollo) que tomó a la emergencia social como contexto de oportunidad (Di Virgilio, 2003:15). Seis proyectos serían incluidos en la prueba piloto. Según José, La Matanza recibiría \$12 millones y Alberto había decidido que Torres fuera el lugar donde bajarán los fondos. “Fijate cómo lo organizás”, fue lo único que el intendente le dijo a José.⁵⁰

El arquitecto se encargó entonces de armar un “preproyecto real”, que conservaba parte del barrio (ya consolidado). Se construirían 310 viviendas e infraestructura en Villa Torres. Para ello, el BID requería el aval de las familias comprometiéndose a demoler sus casas, una vez construidas las nuevas. El arquitecto recorrió el barrio con las mujeres que se encargaban de la parte social dentro de la cooperativa para determinar en qué zona era más factible, según la respuesta de los vecinos. Todos actuaron para convencer a las familias. Para lograr la factibilidad del proyecto (según los criterios del BID), también fue preciso concretar un acuerdo con el Club del barrio vecino, dando marcha atrás con su presentación judicial. La negociación se selló como acuerdo entre las partes, avalado como ordenanza por el Concejo Deliberante: la franja lindante se destinaría a usos institucionales y comunitarios (no a viviendas). Finalmente, el proyecto fue aprobado por el BID.

Antes de su implementación, otros programas de Nación y Provincia (recientemente creados) ya eran negociados para Villa Torres. José, que “no tenía jefe” (y podía

⁵⁰ Esta situación abriría el conflicto más frontal con los “punteros” del barrio. José sostiene que el apoyo directo del “jefe de todos” fue clave para desarmarlos. En ese sentido, quienes ya militaban (mal que mal) en la agrupación Ramón Carrillo (liderada por Balestrini) mantuvieron una competencia larvada con José. Otro de los punteros importantes prefirió tomar distancia. La disputa más encarnada se desarrolló con una puntera que “trabajaba para Hugo Fernández” (ex secretario de obras públicas, históricamente vinculado al pierrismo). La embestida de José consistió en ocupar su base, en lo que era antiguamente la cancha del barrio, construyendo casas allí. Este punto será desarrollado en otro apartado de la tesis.

recorrer distintas dependencias oficiales) pero “ya entendía que no eran del mismo palo”, cuenta haber consultado a Balestrini antes de aceptar. Según José, su respuesta fue contundente: “Vos traete todo. Me chupa un huevo lo político... Que la gente tenga la casa”. Si no entender nada de política permitía burlar estas reglas relativas a divisiones y subordinaciones otorgando movilidad, ¿entender implica simplemente resignarse a ocupar un lugar subordinado o salir del juego? Si esto pudiera ser así para otros (Frederic, 2004; 2009), no fue así para José. La “marca de Balestrini” fue para él una forma de ampliar la movilidad, “jugar con la imaginación” del resto.

Con los programas Techo y Trabajo (200 viviendas) y Dignidad (60 dúplex y 160 viviendas), llegarían las empresas constructoras y se conformarían las cooperativas de trabajo (bajo el ala de la “cooperativa madre”): tres, a cargo de los socios principales de la cooperativa madre; tres, bajo el ala de la parroquia; una, entre ambos grupos. En enero de 2004, Kirchner anunciaba la construcción de 360 viviendas del Programa de Emergencia Habitacional, desde un palco improvisado en Villa Torres.⁵¹

Las fotos de este acto continúan hoy detrás del escritorio de José, en la Unidad Ejecutora del Programa de Urbanización de Villas y Asentamientos municipal. Según cuenta, tuvo ofrecimientos de muchos lados pero retrasó su “salida política” porque temía que la gente dejara de creer en el proyecto.⁵² Durante tres o cuatro años, contestó ni. Pero Balestrini lo ayudaba sin obligarlo a que fuera a trabajar para él. Empezó a participar como forma de agradecimiento. “Hace dos años (2005) me llama Alberto: ‘Bueno, José, te vas a tener que hacer cargo de las villas. ¿Viste que ahora se ponen de moda todas las villas? Hace años que estamos trabajando con vos ese tema, hacete cargo de eso’”. Desde entonces, se conformó la unidad ejecutora donde trabaja. Su tarea consiste en preparar a la gente de otros barrios, siguiendo el modelo de Villa Torres. Pero ahora es más fácil: “Hoy los paro en Torres y listo. Me ahorro tres años de hablar”.

Poco a poco, José pasó de no entender nada de política a constituirse como *dirigente* barrial y funcionario municipal. En ese tiempo, también se incorporaron otras actividades a su rutina habitual: comenzó a concurrir a las reuniones de la agrupación, a coordinar las reuniones de política en el subcomando que abrieron en el barrio, a movilizar gente para actos, marchas y elecciones (internas y generales).⁵³ Pero, sobre todo, Villa Torres se constituyó en modelo de urbanización que José muestra ante organiza-

⁵¹ Para comparar con otras áreas del Estado nacional en la actualidad, véase Perelmiter (2009).

⁵² Si la creencia era un presupuesto (véase supra), lo era para “cinco gatos locos”.

⁵³ Wilkis (2009) analiza esta dinámica a partir del concepto de capital moral, comprendiéndola como parte de un entramado más amplio que engloba lo religioso, lo económico, lo político.

ciones sociales, en universidades, frente a profesionales y funcionarios. Como intenté argumentar, la propia entrevista puede ser entendida entre dichos contextos. Mostrar la urbanización en Torres no sólo constituye parte fundamental de su trabajo sino que, al mismo tiempo, permite justificar su propio lugar, desplegando el aprendizaje, las lecciones, las pruebas y los logros que condujeron a su propio reconocimiento como dirigente barrial. Es a partir de este recorrido que es posible entender su salida política.

¿La política como vocación?

Este capítulo partió de una pregunta vinculada con el debate académico francés sobre la política como profesión. Más específicamente, apuntó a un eje de dicha bibliografía constituido en torno de las entradas en política. ¿Cuáles son las diferentes vías de acceso a la profesión política? ¿Cómo se legitiman los recién llegados frente a los más antiguos? ¿Cómo se recrean las propiedades valoradas que autorizan la representación de otros? ¿Cuáles son las condiciones del éxito? En Francia las respuestas a estas preguntas suelen partir de un mapeo del campo político que da cuenta del *background* social de los actores y se orienta a comprender la dinámica estructural del mismo. Dentro de este marco, los análisis concentrados en los recién llegados muestran el reconocimiento otorgado a la instrucción formalizada como vía de acceso a la política (Offerlé, 1996), en un campo fuertemente monopolizado por herederos (Le Bart, 1997).

Vista desde allí, la historia narrada por José introduce varias singularidades. En principio, él señala una acción colectiva barrial como punto de inicio fuerte de su relato. A partir de este acontecimiento, engarza su propia trayectoria con la de su barrio mostrando los diferentes desafíos y reconocimientos que lo condujeron a constituirse como dirigente barrial. Sus aprendizajes transcurren a medida que la urbanización se consolida como problema y como solución para Villa Torres. Se demuestran a partir de diferentes pruebas que arroja la puesta en práctica de la urbanización: a través del rearmado de la cooperativa, del desplazamiento de la toma, de las negociaciones con el barrio lindante, de la consecución de las primeras obras, de la aprobación del proyecto por parte del BID. A la vez, se valorizan a partir del reconocimiento de figuras significativas a lo largo del tiempo: la insistencia del párroco para que se hiciera responsable de las gestiones, la creencia del grupo formado en torno de la cooperativa en el proyecto de urbanización, el convencimiento de sus vecinos para trasladarse, la marca de Balestrini y finalmente la visita del presidente son las formas en que José muestra dichos reconocimientos. Por último, no se trata tanto de un camino lineal y fijo sino, más bien, el rela-

to busca dar cuenta de algo mágico. La oportunidad surgiría a partir del quilombo en torno de 2001. Como señaló José en otra ocasión, lo importante era “estar preparado”.⁵⁴

Aquí los saberes parecen adquirirse en la propia actividad (si bien orientada por otros más experimentados).⁵⁵ Pero no es tanto a la socialización escolar o familiar a lo cual su énfasis en el ‘*savoir-faire*’ se opone (como podría derivarse de su puesta en diálogo con la situación francesa) sino, más bien, al aprendizaje en el seno del partido.⁵⁶ Su relato intenta marcar un distanciamiento de una forma de hacer política: no sólo “no entendía nada de política” cuando empezó sino que su socialización se ha realizado por vías diferentes a las del partido. José busca diferenciarse explícitamente de una trayectoria que asocia a los “punteros” y a una vieja forma de hacer política. La distinción es explicada a partir de la contraposición entre “trabajo” y “rosca”. Según explica, “los punteros rosquean, arman chusmerío y se quedan en la chiquitita. El trabajo rompe con la rosca, le pasa por encima al mostrar que lo que dicen no es cierto”. De allí la importancia de mostrar la urbanización durante la entrevista, y de mostrarse trabajando. “Participar políticamente es bueno en la medida que sirve para la urbanización”, argumenta. Dentro de este marco, su “salida política” abre a una tensión.

A lo largo de la etnografía en Torres, encontré diferentes expresiones que aluden a cierta relación con la política que podrían compararse con las entradas en política propuestas por Offerlé (1996). José habla de participar políticamente (en la medida en que sirve a la urbanización). El párroco asegura aconsejar a los jóvenes del barrio meterse en política (y dejar que él diga que no se mete). Ambos resultan bastante similares a la fórmula propuesta por Offerlé. Sin embargo, muestran una ambivalencia respecto de la

⁵⁴ Estos elementos se podrían profundizar a partir de la historia de vida que José me relató posteriormente para mostrarme “por qué estoy donde estoy hoy”.

⁵⁵ Comencé a entender la importancia de este discurso a la luz de las discusiones académicas francesas en torno de la política como oficio (Lagroye, 1994) y sus críticas a la concepción de la política como profesión (Briquet, 1994). Como sostiene Briquet, el concepto de profesión política ha conducido a sobredimensionar la autonomía de la esfera política, enfatizando la construcción conceptual sobre la práctica cotidiana. Frente a estos problemas, el concepto de oficio es propuesto en continuidad con el enfoque interaccionista y los aportes de Goffman (1971) en torno de la presentación de sí (haciendo hincapié en las carreras políticas y en el *savoir-faire*). Para Lagroye (1994), el oficio de político implica no sólo describir las “prescripciones de rol” sino también “ver actuar a algunos de ellos [*élus* (funcionarios electos)] en situaciones de interacción variadas en las cuales se encuentran comprometidos” (1994:5-6), mostrando que la autonomía del campo es relativa.

A diferencia de estos análisis, sin embargo, intento mostrar cómo juega en la propia presentación de José como dirigente la valoración de la política como actividad, a distancia de la formación partidaria (desprestigiada).

⁵⁶ Para comprender qué implica el partido en el discurso de José, es preciso tener en cuenta que la organización del PJ (durante la década de 1990) ha sido descrita como la de un “partido informal de masas” con una amplia organización de bases caracterizada por el bajo nivel de rutinización, la descentralización, el alto nivel de autonomía en dichas bases y el primado de vínculos territoriales fuertemente asociados a los recursos estatales (Levitsky, 2005).

política que un análisis demasiado atado al de Offerlé podría oscurecer, al resaltar la naturalización del propio lugar desde alguien que ya ha sido consagrado (o excluido) del juego. Dicho más claramente, para Offerlé, las valoraciones desde las cuales se miden éxito y fracaso se elaboran desde los actores que forman parte del campo político (Bourdieu, 1981), dando cuenta de las disputas que lo constituyen como tal. Las formas de distanciamiento respecto de la política desde las cuales las personas hacen política en este contexto etnográfico, en cambio, parecen regirse por una lógica que cuestiona la política como campo autónomo (sin negarla como tal, la mira negativamente) para pensarla, en cambio, como actividad entre otras. Cuando José se refiere a su salida política y a las dudas en torno de la misma, sus palabras pueden comprenderse dentro de estas ambivalencias respecto de la política. Pero, en su contraste con la frase tomada por Offerlé, deja ver algo más.

La pregunta es sencilla: ¿por qué José habla de salida? No tengo una respuesta suya a esta pregunta ni es lo que pretendo. Sí he intentado dejar una serie de pistas a lo largo de estas páginas que ayudan a revisar algunas premisas del enfoque de Offerlé que podrían resultar problemáticas para este contexto etnográfico. ¿La “salida política” de José puede entenderse a la luz de otras salidas que él menciona en su relato? Más precisamente, ¿se trata de otra forma de “salir del barrio”? ¿En qué sentido? ¿Por qué está asociado al “miedo a que la gente deje de creer en el proyecto”? ¿Qué valoraciones de la política están implicadas en su afirmación?

Quizá sea posible comprender las palabras de José a la luz de la separación (disputada) entre “trabajar para el barrio” y “trabajar para la política” que, según Frederic (2004, 2009), da cuenta en términos nativos de una lógica de constitución del campo político que tuvo lugar a lo largo de las últimas décadas en Buenos Aires, a partir de lo que denomina “estatalización del barrio”. Si una distinción similar entre “trabajo social” y “trabajo político” ya podía encontrarse en la forma en que las punteras se definían de acuerdo con la investigación de Auyero (2001), esta etnografía permite mostrar un desplazamiento respecto de dicha distinción. ¿Por qué, en lugar de concebir que pararse fuera es una forma de jugar dentro del campo político, no tomar en serio las palabras de José (y de sus compañeros)?

A diferencia de las entradas en política que analiza Offerlé, José se plantea la salida política situándose desde el barrio. En Buenos Aires, la importancia del barrio co-

mo categoría de la práctica política ha sido señalada por diversos analistas.⁵⁷ En la narración de José, el punto de partida es una acción colectiva organizada localmente en la que el mismo barrio es la apuesta del reclamo. En ese sentido, la comparación con los asentamientos, ocurridos a mediados de los años 1980 en La Matanza, emergía de las propias experiencias de quienes comenzaron a hablar de urbanización. Como señaló Pablo Pimentel, había dos diferencias claves: se trataba de una villa ya consolidada, y el Estado jugó un papel diferente en Torres. Volveré sobre estos puntos en los próximos capítulos.

Si allí es posible observar una forma específica de “estatalización del barrio”, esta singularidad se muestra también en la forma de referir a la política. Contrariamente a quienes separan entre “trabajar para el barrio” y “trabajar para la política” (desde un contexto en que la carrera política aparece cerrada), como analiza Frederic, José encuentra el desafío de transitar de un lugar a otro como posible (pero costoso e incierto). La “salida política” implica una tensión en relación con las otras formas en que se procesa la relación con la política en este contexto etnográfico. Quizá sea posible ver en la apelación a su condición de joven que está aprendiendo una forma que José encuentra para construirse legitimidad propia, diferenciándose de las viejas formas de hacer política. Retoma así discursos vigentes sobre la política.

Quizá esto habla también de otras formas en que los contextos resultan histórica y geográficamente cambiantes. Si Frederic (2004) encuentra el tópico de la moralización de la política como central en otro municipio del gran Buenos Aires durante la década de 1990 y Levitsky (2005) da cuenta del pasaje de un modelo tradicional de peronismo a otro empresarial en La Matanza entre la década de 1980 y la de 1990, José mos-

⁵⁷ Sus orígenes suelen remontarse a la expansión de la ciudad en los años 1930, conectando grandes procesos inmigratorios, formación de los barrios y elaboración de formas de ciudadanía asociadas a los reclamos urbanos y a la socialización política barrial a través de bibliotecas, partidos y sociedades de fomento (Gutiérrez y Romero, 2007).

Según dicho análisis, esta forma de socialización “popular” había cedido lugar frente a la figura del “trabajador” como eje de la expansión de la ciudadanía durante el peronismo. Mientras James (1990) reconstruye la historia del peronismo hasta inicios de la década de 1970 alrededor del sindicalismo, Levitsky (2005) argumenta su transformación en una “maquinaria electoral” organizada territorialmente durante la década de 1980. Desde una pregunta por la integración de las “clases populares” y su relación con la política, Merklen (2005) elabora el concepto de “inscripción territorial” (en relación con las políticas públicas focalizadas) para dar cuenta de una transformación estructural que condiciona las formas de hacer política registradas desde el retorno de la democracia.

A partir de una mirada cultural sobre la espacialidad, Grimson (2009) propone otra línea de análisis: resaltar la singularidad histórica del barrio como categoría de la política en Buenos Aires, desde una “tradicción que valorizaba el espacio local y, a diferencia de otras ciudades, los integraba en una trama formalmente homogénea, la grilla” (2009:11).

traría otra forma de situarse que puede resultar más atractiva después de 2001 en un contexto en que las posibilidades también pueden resultar distintas.

Luego de la crisis, algunos científicos sociales sorprendidos (e ilusionados) encontraron en las organizaciones piqueteras la posibilidad de la novedad. Pronto esas esperanzas se volverían desencanto, mientras se alzaban las voces que ponían en cuestión los supuestos normativos sobre la política que tales perspectivas ponían a jugar en el análisis. Quizá la discusión quedó demasiado atada a los avatares de las organizaciones piqueteras. Mientras tanto, otras formas de comprender ese proceso, y de jugar en él, quedaron opacados. Un análisis del proceso de urbanización en Villa Torres, y de la perspectiva de José en él, permite conocer al menos una de esas otras historias.

En el relato de José, su camino hacia la política se fue concretando a lo largo de un largo proceso, que fue definido como urbanización de Villa Torres. En cada momento su historia da cuenta del llamado de otros que afina su propia voz y la potencia. Según sus palabras, todo empezó cuando su hijo se quemó con la olla hirviendo. Pero cada vez se fue agrandando por las acciones de sus parientes, de sus vecinos, del cura, de un militante de los derechos humanos, del intendente, de otros funcionarios... Y él se vio obligado a responder.

La conclusión de este capítulo vuelve sobre las palabras de Weber, y los problemas para traducir *Beruf*. En una extensa nota al pie de *La ética* ... Weber juega con diferentes acepciones posibles del término: profesión, trabajo, oficio... Concluye:

“En las lenguas románicas, sólo la palabra española ‘vocación’ (en el sentido de ‘llamamiento’ interior hacia algo), proveniente del oficio eclesiástico, posee un matiz parcialmente análogo al sentido literal de la palabra alemana; pero no se usa en el otro sentido meramente externo, de ‘profesión’, que ésta posee.”
(Weber, 1999:83).

Como muestra José, este problema no sólo afecta a un hipotético traductor. Su presentación de sí durante las entrevistas, como parte de su trabajo habitual, da cuenta de ello. La política (como la vida) es complicada y existen diferentes modos de transitar por ella, sea que uno viva para ella, viva de ella o sólo la practique ocasionalmente.

CAPÍTULO 2. Proyecto urbanístico Villa Torres

La urbanización de Villa Torres se presenta a primera vista como un cúmulo de políticas públicas. Los nombres de programas se superponen en la producción de viviendas e infraestructura: PROMEBA, Techo y Trabajo, Dignidad, Federal, Urbanización de Villas, Mejor Vivir... ¿Cómo ordenarlos?

En principio, la urbanización es anunciada como un proyecto urbanístico municipal. Existe un relativo consenso entre los científicos sociales respecto a los procesos de descentralización, focalización y privatización que han caracterizado a la reformulación del papel del Estado durante las últimas décadas, y respecto a su vinculación con cambios en el régimen de acumulación que impactaron en el mundo del trabajo como desafiación creciente. Si desde la década de 1980 la “pobreza” es definida como problema social desde el Estado implementando políticas compensatorias, es a partir de los ’90 que se elaboran formas de intervención descentralizada que privilegian lo local (Prévot-Schapira, 1996). Merklen (2005:131 y ss.) enfatiza la “inscripción territorial” de las clases populares como emergente significativo de estos procesos. Los lazos que vinculan a las personas por habitar cerca se constituyen como soporte de la vida en los márgenes. A través de este soporte, también transita la movilización colectiva y la relación con lo político, como forma de captación de recursos escasos (una “politicidad” constituida entre la urgencia y el proyecto). Para Frederic (2009) el eje fundamental para habitantes y organizaciones no estaría tanto en el control territorial sino en la inscripción del barrio en el Estado, en la “estatalización del barrio”. “Esta forma de la estatalización no es independiente de quien gobierna, pero la última no existe sin la primera” (Frederic, 2009:259). Considerada la estatalización del barrio como punto de partida, aquí se intentará explorar una modalidad singular: la urbanización, tal como tomó forma en Villa Torres.

En este capítulo, abordaré la urbanización en Villa Torres como articulación de políticas públicas implementadas localmente. Este recorrido continúa temporalmente (y complementa) el relato de José. Mientras allí la pregunta clave era por la política (y así llegué a José y a la urbanización), ahora comenzaré a transitar una pregunta un tanto diferente: cómo se hace “Estado” en esta urbanización.

Enfocada hacia las políticas habitacionales, esta pregunta se orientará hacia la cuestión de los saberes técnicos en juego y hacia quienes, desde el punto de vista local,

encarnan dichos saberes, observando los instrumentos desde los cuales los ejercen así como sus usos. A partir de allí será posible analizar algunas complejidades de una frontera que es constitutiva de este proceso: la que distingue barrio y Estado, dialogando con el concepto de estatalización del barrio.

De la emergencia social a las políticas habitacionales

Una amplia gama de políticas habitacionales se dispuso a partir del gobierno de Kirchner, apuntando tanto a la situación de “emergencia” social como a la reactivación económica a través del sector de la construcción (Rodríguez et al. 2007:58). Si la década de 1990 ha sido caracterizada por la ausencia de políticas habitacionales sólidas enmarcada en un proceso de reforma del Estado orientado a la mercantilización (Cravino, Fernández Wagner y Varela, 2002), la crisis de 2001 abrió a una cierta reformulación de la situación.

Inicialmente, las políticas habitacionales se enmarcaron dentro del Plan de Emergencia Social implementado por Duhalde en 2002. Ante la grave crisis social, económica y política, el gobierno nacional (provisorio) convocó a una “mesa de diálogo social” conformada por miembros de la iglesia católica, de ONG, de sindicatos y de organizaciones piqueteras, para discutir y legitimar una respuesta que tuvo al problema de la desocupación (vinculado a la pobreza) como eje (materializado en la masividad del Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados). En dicho contexto, tomó forma el Programa de Emergencia Habitacional (PEH) mientras el PROMEBA era negociado para aplicarse en el conurbano bonaerense. Ambas iniciativas sólo llegarían a concretarse después de la asunción de Kirchner.

El PEH (también conocido como Techo y Trabajo) sostenía la construcción de viviendas para grupos “vulnerables” a partir de la conformación de cooperativas de trabajo (obligatoriamente integradas por al menos doce receptores de planes, de un total de dieciséis miembros).⁵⁸ De acuerdo al modelo organizativo que requería, “tendría mejor desempeño donde hay organización social consolidada (con apoyo técnico) capaz de asumir el desarrollo del proyecto” (Rodríguez et al. 2007:69).

El PROMEBA (Programa Mejoramiento de Barrios) era un programa financiado (parcialmente) por el BID para “la provisión de infraestructura social, el acceso a la propiedad de la tierra y el fortalecimiento de la organización comunitaria” (Di Virgilio,

⁵⁸ Según señalan Rodríguez et al., “el punto de entrada es el ‘eje trabajo’ y se resigna toda definición sobre el habitar, lo cual incluye, primero, los sujetos habitantes y, segundo, la vida cotidiana ‘después de la llave’” (2007:72).

2003:7). Aunque su diseño inicial databa de 1995 (y era ejecutado desde 1999), su implementación en el conurbano fue posible a través de una trabajosa renegociación que tuvo a la crisis (y el enmarcamiento dentro del Plan de Emergencia Social) como contexto de oportunidad (Di Virgilio, 2003:15). La prueba piloto comprendería sólo seis proyectos dentro del área metropolitana, elaborados por los equipos de los municipios seleccionados a partir de un acuerdo entre funcionarios locales y nacionales. En La Matanza, Villa Torres sería el barrio elegido.

Sostenida en estos antecedentes, la orientación hacia la cuestión habitacional se fortaleció a partir del gobierno de Kirchner. La obra pública aparecía en el centro de una estrategia económica y social tendiente a revertir la crisis. Enmarcada en un discurso de distanciamiento con la “vieja política” (asociada a “los noventa”), la cuestión social fue abordada a partir de la crítica del “asistencialismo” sostenida en su conexión con tres males: el “neoliberalismo” (la primacía de unas reglas de mercado excluyentes y la sospecha del estado asociado al clientelismo y la corrupción), la implementación de “programas enlatados” (basados en concepciones homogéneas derivadas del punto de vista de los organismos internacionales de crédito —y específicamente el Banco Mundial-) y la “estigmatización” de la población (su abordaje en términos de pobreza, tomándolos como beneficiarios). Ante este diagnóstico, las respuestas implementadas por el gobierno de Kirchner fueron diversas —dando lugar a divergencias entre la retórica, las normas y la implementación— (Perelmiter, 2009).⁵⁹ La centralidad dada a las políticas habitacionales se inscribió en este contexto. A inicios de 2004, Kirchner anunciaba la implementación del PEH desde un podio en Torres.

A mediados de 2004, sin embargo, el eje pasó a constituirse en torno del Programa Federal de Construcción de Viviendas (aún cuando las políticas previas continuaron vigentes), bajo el ala del Ministerio de Infraestructura y Planificación Federal de la Nación (a partir de recursos provenientes del superávit fiscal). También orientado a la producción de vivienda nueva para “sectores desprotegidos”, este programa se diferenciaba de Techo y Trabajo (PEH) en un punto importante: las obras estaban a cargo de empresas constructoras. En 2005, este programa concentró el 70% de la inversión en política habitacional dentro del AMBA (Rodríguez et al., 2007:57). En ese sentido, esta política kirchnerista ha sido comprendida como un “giro recentralizador” (í.d.:56). Den-

⁵⁹ Para un análisis de la redefinición de la cuestión social durante la década de 1990, Acuña, Kessler y Repetto (2002); Armony y Kessler (2004) y Repetto (2000). Para un análisis de las continuidades antes y después de 2001, véase Perelmiter (2007), Soldano (2009).

tro de este marco, se articularon otras políticas de menor alcance: entre ellas, el Subprograma de Urbanización de Villas y Asentamientos Precarios. José, el dirigente barrial que nos recibió en nuestra primera visita, coordina la unidad ejecutora municipal de dicho subprograma desde su implementación en 2005.

En resumen, la estatalización del barrio es reconocida como un proceso más general que comprende las diferentes políticas públicas vigentes para enfrentar la pobreza desde la década de 1990, en la medida en que lo territorial ha operado como criterio clave de focalización. Sin embargo, la centralidad de las políticas habitacionales a partir del gobierno de Kirchner podría dar cuenta de una modalidad específica de dicho proceso que no sólo se constituye discursivamente por oposición a “los ‘90” sino que privilegia formas centralizadas de operar. Dentro de este recorrido, la urbanización de Villa Torres aparece como diferencial. Para mi investigación, una pregunta surge de este análisis: ¿Por qué los diversos programas se han concentrado específicamente en Villa Torres? Para responder esta pregunta, es preciso cambiar el punto de mira.

Proyecto ideal/Proyecto real

Era un juego, una hipótesis si se quiere, porque no había nada concreto... se hablaba con los vecinos y se llevaba la propuesta a Nación, y en Nación te decían si Torres estaba entre los cinco proyectos que iba a aprobar el BID (dentro de los 123 proyectos que se presentaba) o no.

(Entrevista a Sanmartín, 30 de agosto de 2007).

Una forma de comprender las políticas públicas es seguir el recorrido descendente desde el diseño a la ejecución. Como proponen Chiara y Di Virgilio (2006) en el subtítulo de su libro, se trataría de ir “de los escritorios del Banco Mundial a los barrios del Gran Buenos Aires”. A partir de allí, este libro insiste sobre la importancia de las tramas locales de implementación. Sin negar el peso de los contextos locales, su centralidad aparece confinada a un momento posterior del proceso. A diferencia de este enfoque, el concepto de estatalización del barrio elaborado por Frederic (2009) se centra en el trabajo que los habitantes de un barrio (en su caso, vecinos y piqueteros) emprenden para ser “reconocidos” por el Estado y así recibir diferentes recursos (planes, alimentos, medicamentos, becas). El relato de la urbanización narrado en el Capítulo 1 puede ajustarse mejor a este cuadro. Pero si Frederic (2009) muestra una situación en que Estado y gobierno parecen distinguirse, aquí José resaltaba la “marca de Balestrini” como definitoria. Para José, la urbanización en Torres se explicaba por dos fuerzas: “la decisión del

barrio” (unificada como “urbanización”) y “la decisión política” (elaborada frente al “quilombo”), que confluían gracias a las “gestiones” (encabezadas por él mismo). Para explicar por qué Torres, habría que poner atención sobre esta conjunción.

La presentación del proyecto para PROMEBA puede considerarse como un momento clave en que esta intersección se hizo efectiva. Como programa con financiamiento de un organismo multilateral de crédito, el PROMEBA implicaba una amplia gama de requerimientos de factibilidad técnica, legal y social que el BID imponía para aprobar los proyectos. Dada la celeridad con que se debió resolver la cuestión, sólo pudieron concretarse los casos en los cuales ya había un trabajo previo (Di Virgilio, 2003:23).

En Villa Torres, existía un trabajo previo tanto de la cooperativa como del municipio así como una relación aceptada con los funcionarios nacionales del Programa Arraigo. Apenas ocurrida la toma, se había realizado un censo de la población del barrio.⁶⁰ En 2000, el Concejo Deliberante había emitido una ordenanza sobre la urbanización. Mientras tanto, las gestiones realizadas en Arraigo y en el municipio habían dado como resultado la aprobación de los planos del proyecto y el inicio de obras. De hecho, la propuesta fue realizada por un funcionario del Programa Arraigo al arquitecto que coordinaba la edificación de las diez viviendas financiadas por el municipio, vía el entonces Subsecretario de Servicios Públicos municipal.

En un momento nos quedamos sin materiales y justo llega una persona de Nación que estaba trabajando en Arraigo, a ver si queríamos promover el proyecto de urbanización del Barrio Arieta⁶¹ con PROMEBA. (...) Me llama en ese momento el que era Subsecretario de Servicios Públicos y me dice si yo me quería hacer cargo de Torres. Entonces yo dije al principio que no y en mi casa estuve recapacitando. (...) En base a la charla que tuve con la gente de Nación y Provincia, les dije que sí, que no había problema.

(Entrevista a Sanmartín, 30 de agosto de 2007).⁶²

Para efectivizar la propuesta, el trabajo previo era clave, pero también implicaba un desafío. Para Di Virgilio (2003), el problema central para los equipos municipales

⁶⁰ Manzano (2007:109) considera la acción de “censar”, junto con la de “movilizar”, como aquellas que constituyeron el espacio de disputas en torno de la desocupación en La Matanza a mediados de los años 1990. Ambas acciones pueden comprenderse en relación con una forma modular: la “toma” u “ocupación” (realizada en los asentamientos, en las dependencias municipales y en la ruta). Estos elementos también aparecieron combinados en Villa Torres. Pero, a diferencia de la situación en los barrios analizados por Manzano, aquí el censo no fue un mecanismo para objetivar una disputa con las autoridades municipales (buscando el reconocimiento público de un problema social) sino que, en un contexto político diferente, fue realizado por los mismos trabajadores sociales del municipio.

⁶¹ Villa Torres también lleva el nombre de Barrio Arieta, asociado a sus orígenes como barrio planificado estatalmente.

⁶² Entrevista realizada por Natalia Verón y Cecilia Ferraudi.

consistía en cumplir con los requerimientos técnicos del BID. En el caso de La Matanza, dos puntos fueron mencionados:

Matanza trae desde el inicio, desde la primera reunión, un único barrio que es Villa Torres o Barrio Arieta. Nosotros les pedíamos que presentaran otras alternativas de barrios, para que fuera lo más amplio posible y para poder evaluar cuál era el que cumplía el mejor perfil. Y Matanza, en todos los casos, siempre trajo nada más que este barrio. Y traía un proyecto: ‘una cuadrícula perfecta, con las manzanas abiertas’, como que se hiciera un loteo prácticamente nuevo, donde había 1300 lotes perfectamente dibujados.

Uno veía la foto aérea que teníamos en ese momento de Torres y no entendías cómo iban a hacer; eran 1300 movimientos, tanto para correr un poquito como para correr a un montón y que a cada uno le quedara el lote de la misma exacta medida.

(Entrevista a funcionario de PROMEBA, citado en D’Angeli, 2008:8).

Mientras la elección de Villa Torres como único lugar se mantuvo firme, el arquitecto municipal comenzó a trabajar en la reelaboración del proyecto.⁶³ El plano inicial replicaba el presentado por Fede ante los funcionarios de Arraigo y del municipio. Se trataba de una división cartesiana del territorio que había sido largamente discutida en las reuniones de la cooperativa.⁶⁴ Según contaba, presentar planos había sido la manera de captar la atención de los funcionarios. A la vez, había resultado un recurso gráfico importante para las reuniones en el barrio: permitía hacer visible lo que entonces sólo estaba en la imaginación. Más que un instrumento estrictamente técnico, actuaba simbólicamente validando la urbanización, y a quienes pretendían encarnarla (operando entre posiciones enfrentadas). Como contaba Federico:

Si me preguntás cómo se convenció a la gente con un plano (porque todo lo que había era un plano), yo no sé mucho tampoco. Yo creo que la discusión fundamental con José influyó mucho. Después Pablo [Pimentel] entendió. Él es más voluntarioso, más utópico. Yo soy más constructor, más técnico. Pablo va mucho por el derecho. Yo creo que el derecho está adquirido. Los papeles aguantan mucho. Vos tenés derecho, yo tengo derecho, vamos a ver cómo construir la casa.

Hay dos puntos que ayudaron a pelear: por un lado, la importancia de proyectar de tus padres a tus hijos, el servicio (por eso era tan importante el proyecto, no era simplemente el papelito) y, por otro lado, yo en ese tiempo trabajaba con Autocad, yo le traía a cada reunión y ellos se asombraban con qué velocidad se hac-

⁶³ Si bien no es un punto mencionado por el funcionario del PROMEBA, también fue preciso regularizar la situación de los terrenos. De acuerdo a la documentación del Programa Arraigo, la tenencia de las tierras del barrio había sido cedida a la cooperativa, de allí la importancia de esta institución en las negociaciones. Pero los representantes del club del barrio lindante habían presentado una demanda por el usufructo de varias hectáreas. El acuerdo se firmó como ordenanza municipal en 2002.

⁶⁴ Esta visión del barrio ideal como grilla puede conectarse con una forma específica en que el barrio fue históricamente concebido en Buenos Aires (Gorelik, 1998), y cómo es apropiada localmente hoy en día (Grimson, 2009).

ían los proyectos. Mi primo lo ploteaba⁶⁵ a escondidas en el trabajo y lo traía en colores... Primero la tierra y el plano. Después las calles. Cada delegado traía sus inquietudes, después iban a medir si estaba bien... Participaban de la construcción. Así fueron entendiendo el sentido de la cloaca, del servicio, sin querer. Discutíamos cuál iba a ser la calle principal: Tucumán, La Rioja... discusiones tremendas. Discutíamos dónde iba a ser la escuela. No había plata, no había nada. Era todo mentalmente. Construcciones mentales. Miles de discusiones.

(Entrevista a Federico, 7 de octubre de 2008).

Sanmartín, el arquitecto municipal, no había participado de ese proceso pero, a partir de las primeras obras en el barrio, había comenzado a conocer y a ganar la “confianza” de “la gente de Torres”.⁶⁶ Visto inicialmente como alguien “de afuera”, esta convivencia fue importante para redefinir el proyecto. Este desafío no sólo implicaba exigencias técnicas. Sanmartín distingue tres actores en juego: la cooperativa, los vecinos (o el barrio) y los distintos organismos de financiación.

Siempre traté de preservar lo que la gente de Torres tenía y por lo que había luchado y hasta donde habían llegado. Ellos tenían un proyecto urbano que era ideal, es decir la cuadrícula de esas manzanas regulares que vos ves acá atrás [en la parte nueva] se replicaban arriba del barrio [en la parte vieja]. Entonces lo primero que se me presentó era que cómo yo les explicaba a ellos que un proyecto así era imposible de presentar ante distintos organismos nacionales, provinciales, internacionales porque el costo económico-social iba a ser muy alto para semejante intervención. Entonces yo les propuse respetar el casco histórico, porque si vos caminás ahora por Torres vas a ver casas que están consolidadas, que no hacen falta tirarlas abajo. Entonces empezamos a caminar con ellos y empezamos a ver esas cosas. Bueno, al principio no entendían y me plantearon algo muy claro: que ellos no querían que les pavimenten la villa, “Si vienen a querer pavimentar la villa, deciles que no queremos y que la seguimos nosotros como podemos”. Y esas son cosas que te marcan... hasta dónde ellos están dispuestos a llegar como comunidad y ahí empezaron los debates constantes.

Se hacían sondeos. Desde la cooperativa, todas las mañanas, lo que hacíamos era ver qué sector del barrio estaba más afectado, ver cuál era el sector del barrio que estaba más predispuesto a hacer el diagnóstico, cuál era el que tenía más carencias, más problemas y bueno, todo eso se fue haciendo con la ayuda de las mujeres que estaban conmigo a la mañana. Ellas me ayudaban a hablar con el vecino, a caminar, porque para percibir qué es lo que la gente necesita para transformar, para generar el cambio de vida, [lo que hace falta] es caminar el barrio y percibir a cada paso las sensaciones extrañas que vos vas incorporando y después vas transformando el reclamo informal de ellos en el reclamo formal

⁶⁵ Plotear significa imprimir los gráficos trazados con el programa Autocad (en hojas de gran tamaño).

⁶⁶ En la entrevista, Sanmartín acentuó las diferentes “estrategias” que articulaba con José: mientras él usaba su conocimiento de la trama municipal, José aprovechaba su relación con Balestrini. “Lo conocí a José que coincidimos un poco en la estrategias de las cosas porque cuando yo necesitaba algo, él como tenía llegada a Balestrini y demás... si bien yo ahí tenía 18 años de antigüedad en la Municipalidad, sé cómo se funcionaba en las distintas reparticiones de la municipalidad. Entonces yo le decía: José andá por acá, golpea por acá y yo mientras voy por acá... entonces así fuimos cocinando las distintas estrategias que nos servían para continuar con lo poquito que teníamos que eran esas diez casas”.

que vos vas haciendo, porque para eso hay ordenanzas, ver lo que es conveniente, el ancho de las calles...

(Entrevista a Sanmartín, 30 de agosto de 2007).

Una vez a cargo de la presentación, su trabajo consistió en producir un “proyecto real” tomando en cuenta la historia del barrio y la situación presente para que fuera aceptado técnicamente por los organismos de financiación. En ese sentido, Provincia, Nación y BID eran entidades comparables en tanto evaluadores (y a diferencia del Municipio). La definición de urbanización se ponía a jugar en este diálogo. Mientras Sanmartín aquí reconoce el “proyecto ideal” elaborado por Federico y la insistencia de “ellos” en que no fuera simplemente pavimentación de la villa, en otras ocasiones aseguraría que el proyecto que tenían era un simple loteo, que no se trataba realmente de una “urbanización”. Frente a ello, Sanmartín propone respetar las edificaciones consolidadas y diagnosticar el sector del barrio más afectado para realizar allí la intervención (el BID exigía el consentimiento firmado de cada uno de los jefes de hogar). En términos más generales, suponía entenderse con “ellos”, en la tensión entre preservar la lucha (incorporando sensaciones extrañas) y formalizar el reclamo (ajustándolo a la normativa vigente). Para concretar su tarea, debía caminar el barrio.

En la cita anterior, Sanmartín señalaba la tarea de incorporar sensaciones extrañas, conversando con los vecinos junto con sus guías locales. Como indica Perelmiter (2009), los funcionarios que trabajan “en terreno” suelen dudar de la efectividad de los métodos de objetivación oficiales, apelando al “método vista”. Pero si en su etnografía (en el Ministerio de Desarrollo Social) los trabajadores privilegian la aproximación impresionista frente a los parámetros objetivistas para detectar la pobreza (y distinguir la real de la fingida), aquí Sanmartín busca combinar ambos métodos para formalizar el proyecto de urbanización. En este trabajo se incorporaron trabajadores sociales y agrimensores.

El conocimiento técnico sirvió para hacer legible el territorio. Por un lado, los trabajadores sociales que ingresaban a las viviendas para entrevistar a sus habitantes permitieron contabilizar el número de familias total y su distribución. Por otro lado, los agrimensores desarrollaron un trabajo “titánico”: mapear las viviendas, marcando los límites entre ellas (o vértices) y realizar “el hecho existente”. Ambos apuntaron a localizar, medir y diferenciar las situaciones de pobreza y hacinamiento dentro del barrio. Se trataba de producir un conocimiento sobre la totalidad del mismo, simplificando la maña de pasillos. A la vez, se trataba de producir un conocimiento individualizado, que

permitiera actuar sobre las diferentes situaciones. De este modo, Sanmartín logró trazar las calles y señalar las prioridades. Pero tenía una “doble intención”...

Al principio no había una gran participación del barrio. Eran quince, diez personas que querían llevar adelante la urbanización. Pero la mayoría de la población estaba impávida. No creían en esto porque había 50 años de mentiras en Torres y entonces te veían, te saludaban, muy amable, muy cordial la gente pero te miraban como distantes, ¿me entendés?... A este pobre loco lo mandaron en pleno 2001 a preguntarle a una persona si se quería cambiar de casa mientras el Presidente se estaba yendo con un helicóptero. Era muy poco creíble. Entonces era poco creíble y la gente te miraba distante, y yo me preguntaba cómo hago yo para captar la atención de esta gente, al menos que se interioricen y, a estos diez, sumar quince o veinte, para que fuera mayor la participación de ellos ¿no?

Y bueno, agarrábamos y concentrábamos a todos los trabajadores sociales que mandaban de La Plata, de la Municipalidad porque es ahí cuando yo te digo que son puntos clave del país porque, como no había obra pública, los agrimensores estaban todos en la municipalidad; al haber tantos conflictos sociales, los trabajadores sociales se preservaban dentro de Acción Social; y, como Torres estaba todo más o menos tranquilo, tomábamos como centro de reunión la cooperativa y los mandábamos a hacer trabajos a cualquier lado. Entonces todas las mañanas había ebullición en la cooperativa, y veían que había trabajo: que los agrimensores iban, que había que definir las casas...

(Entrevista a Sanmartín, 30 de agosto de 2007).

Así como la declaración de la emergencia social había abierto la oportunidad de implementar el PROMEBA en el Gran Buenos Aires, la misma situación crítica había contribuido a definir Villa Torres como territorio para la prueba piloto en La Matanza. Como argumenté en el capítulo 1, La Matanza fue un territorio especialmente conflictivo durante los meses que rodearon a diciembre de 2001. No sólo allí estaban localizadas las organizaciones piqueteras más consolidadas y masivas sino que también fue una de las zonas de más saqueos en el conurbano bonaerense. En este contexto, ser calificado como barrio tranquilo resultó fundamental para la selección. Como señala Cravino (2008), las políticas públicas focalizadas territorialmente distinguieron entre barrios organizados y desorganizados, orientando la intervención hacia los primeros. “Si vos no tenés una organización de base fuerte en el lugar, es imposible”, señalaba el responsable de PROMEBA La Matanza. La cooperativa lograba “representar” al barrio frente al municipio y a otras instancias estatales.

Sin negar esto, Sanmartín permite establecer una visión más compleja del proceso. En 2002, la clave era la tranquilidad, además de la organización (o por sobre ella). Aunque Torres fuera concebido como barrio tranquilo, la participación en la organización colectiva era mínima. A la vez que existía un trabajo previo de “la gente de Torres”, “el barrio” descreía del proyecto. Los profesionales no sólo cumplían con un pa-

pel técnico en la elaboración del mismo sino que también contribuían a una tarea de escenificación. De este modo, Sanmartín destaca el papel de los profesionales dentro de la urbanización en Villa Torres.

El “profesionalismo” (como lo denominaba José) es la carta que Sanmartín juega frente a la “gente de Torres”. Así como José había resaltado el conocimiento local de los habitantes frente a los profesionales a nuestro arribo al barrio, Sanmartín mostraba el valor de su conocimiento específico. Así como Federico y José insistían en la importancia de los primeros planos como objetos que simbolizaban la urbanización (y les daban prestigio) frente a funcionarios y habitantes del barrio, Sanmartín mostraba cómo la propia figura del profesional jugaba como símbolo en el barrio a la vez que su conocimiento técnico volvía al proyecto viable.⁶⁷

Mientras José insistía en separar la decisión del barrio y la decisión política unificando barrio y organización, Sanmartín distinguía entre estos últimos acentuando el papel de los agentes estatales (y especialmente el suyo). Todos ellos enfrentaban un problema: ¿Cómo hacer para que los recursos se orientaran a Villa Torres? Asociado a ello, ¿cómo hacer para que los habitantes de Villa Torres creyeran en el proyecto? Si José hablaba de creer sin ver a través de las palabras y Federico se refería a construcciones mentales a través de planos, Sanmartín aludía a una escenificación del Estado a través de sus funcionarios. Como señala en la cita del epígrafe, actuaban como en un juego y esperaban a ver si salía. Todos compartían la incertidumbre, y la apuesta.

Tiempo infinito

Así como José hablaba de un “tiempo muerto” entre el proyecto y su concreción, Sanmartín se refirió a un “tiempo infinito”. Una vez aprobado el PROMEBA en 2003, los requisitos de su implementación condujeron a una espera que, para algunos, se volvió insostenible. Como señalaba un trabajador social contratado para ordenar y depurar los censos, el mismo equipo técnico que debía sostener la “confianza” de los vecinos a

⁶⁷ Este análisis dialoga con el texto de Scott (1998). Como él señala, hacer legible el territorio es uno de los rasgos claves que definen el Estado moderno. Según su perspectiva, este Estado alcanza su forma extrema en la planificación modernizadora que opera buscando reducir la complejidad vivida a una cuadrícula. Aquí, en cambio, es importante comprender cómo los agentes estatales incorporan la historia en la planificación (frente al proyecto ideal local) y, a la vez, no sólo viabilizan el conocimiento estatal del territorio sino que encarnan el Estado como símbolo a través de su acción en el terreno y su “profesionalismo”. En ese sentido, este análisis permite observar también la pretensión de constituir el Estado como una entidad superior y abarcadora a través de prácticas cotidianas relativamente fragmentadas entre sí, en un contexto donde conviven diferentes escalas de “gubernamentalidad” (Ferguson y Gupta, 2002).

través de su presencia, enfrentaba inseguridad, incluso respecto de su situación laboral.

¿Cómo dar confianza en la incertidumbre?

Si vos ves un papel que dice que va a haber una mejora en el barrio y durante tres años no ves nada absolutamente nada, es algo complicado. Fueron pasos muy lentos, que tienen que ver con los concursos. Incluso laburando de adentro era un poco desesperante, las cosas que presentabas no salían como querías, había problemas adentro de los distintos ministerios, en la propia burocracia nuestra. (...) Fue fundamental el trabajo de la cooperativa y fue fundamental el apoyo y toda la voluntad de parte del Estado que hubo, porque también hubo otros programas que colaboraron en el proceso total, o sea, tanto de urbanización como de construcción de las casas. Nosotros también como equipo pasamos por etapas idealistas, por etapas más realistas y por etapas de frustración porque lo que se quería hacer no se podía (a veces por cuestiones del barrio, otras por internas del Gobierno nacional, provincial, municipal). Yo dejé el equipo antes que se termine mi contrato porque no reeditaba profesionalmente, había muchos problemas con el tema de los contratos. Cuando llegaba el quinto mes sin cobrar, los equipos empezaban a trabajar menos, no le inspiraban tanta confianza a la gente.

(Entrevista a Miguel, septiembre de 2007).⁶⁸

La tramitación del PROMEBA llevó varios años en concretarse. Luego de la aprobación, comenzó el proceso de licitación. Estaban los papeles y estaban los profesionales pero no había obras. Quienes encarnaban esa cara del Estado (y estaban “adentro”), se distinguían entre los de planta (como Sanmartín, con dieciocho años en el Municipio) y los contratados. Mientras todos sentían la presión de la espera (y Sanmartín no sabía cómo “distraer” a la población), estos últimos dudaban del valor del propio trabajo en términos de reconocimiento profesional o monetario. ¿Por qué entonces Miguel resalta la voluntad del Estado, junto con el trabajo de la cooperativa? Sanmartín incorpora otros elementos en el relato:

- Ahí se larga PROMEBA, hay una licitación de PROMEBA que se da en el 2003 por el monto de 11 millones y pico, pasa un tiempo infinito desde que se anuncia la apertura de las obras y se adjudica a la empresa y se inicia la obra. En todo ese transcurso, se larga el Programa Federal. Entonces quieren dar de baja a la licitación del PROMEBA y quieren largar con el Federal porque es un programa del gobierno y está de moda. Entonces ahí yo le digo a José que eso no lo podemos permitir porque vos estás trabajando con la población y un plan de viviendas vos lo hacés en cualquier terreno llano, pero cuando vos estás trabajando con un programa de urbanización estás involucrando a toda una comunidad, a la expectativa y otra vez mentirle a la gente yo no estoy dispuesto. Entonces fuimos a hablar con el Secretario de Obras Públicas y después con Nación y ahí se crea el Proyecto Federal de Urbanización de Villas y Asentamientos Precarios. Esto era un buen síntoma.

- ¿Y Plan Federal cubría sólo viviendas?

⁶⁸ Entrevista realizada por Damián Fau.

- Claro, pero no sólo eso sino que después íbamos a estar dos años más porque hasta que licitás... y la población ya se encuentra defraudada y yo ya no tenía más cómo distraer a la población. La tierra la llevábamos de un lado para otro y allanamos todo, todo liso y ya estaba todo limpio, todo listo para recibir las casas y la presión de la gente ya la tenía arriba. Entonces fuimos, hablamos. En el 2004 baja Kirchner a Villa Torres a anunciar el Techo más Trabajo y baja las primeras 200 viviendas que se empiezan a hacer en Torres y se tienen que formar cooperativas.

(Entrevista a Sanmartín, 30 de agosto de 2007).

El problema clave era lo que Sanmartín denomina aquí trabajar con la población. Una vez liberado el campito del fondo del barrio (los ocupantes habían cedido los terrenos, desplazándose al asentamiento planificado por la mediación de la cooperativa, y se había firmado el convenio con el club del barrio lindante), una tarea importante para Sanmartín había consistido en evitar que los terrenos se volvieran a tomar. Todos esperaban las obras (y algunos “desesperaban”). Por eso, el tiempo era el factor clave.

A través del relato de Sanmartín, es posible observar cómo el gobierno nacional buscó recentralizar la política habitacional. En septiembre de 2003, representantes del gobierno nacional, de los gobiernos provinciales y municipales involucrados, y de las organizaciones locales a cargo de las obras se reunieron en la Casa Rosada para la firma del convenio del Programa Federal de Emergencia Habitacional. José firmó como representante de la cooperativa. El Presidente Kirchner “bajó” a Villa Torres para anunciar el lanzamiento del programa en enero siguiente.

En julio de 2004, el gobierno nacional presentó públicamente el Programa Federal de Construcción de Viviendas. La política habitacional era colocada en un lugar clave por el gobierno de Kirchner. Los recursos se destinaban a las jurisdicciones de acuerdo a la cantidad de viviendas deficitarias censadas. El conurbano bonaerense concentraba el aporte central (alcanzando el 25% del total presupuestado para el programa). La situación dio lugar a una renegociación para Villa Torres. Los programas se reformularon en la relación con los actores locales.

A lo largo de 2004, el proyecto urbanístico Villa Torres fue delineándose como tal. Desde 2005, la coordinación general del proceso está a cargo de la Unidad Ejecutora del Programa de Urbanización de Villas y Asentamientos de La Matanza, encabezada por José y conformada por un equipo de profesionales (arquitectos y trabajadores sociales, funcionarios municipales de planta y pasantes) y varios integrantes de la cooperativa barrial bajo el ala de la Secretaría de Obras Públicas municipal. A la vez que se ha orientado a la replicación de la urbanización en otras villas y asentamientos del distrito

tomando a Torres como modelo, la unidad ejecutora ha operado centralmente en la captación y distribución de variados recursos estatales para la urbanización de la misma Torres.⁶⁹

En otras palabras, si bien las diversas políticas habitacionales pueden considerarse como parte de un “giro recentralizador” del gobierno de Kirchner, el proceso que tuvo lugar en Villa Torres muestra la importancia de los entramados locales no sólo en la implementación de políticas públicas focalizadas (Chiara y Di Virgilio, 2006) sino también en su proyección (a la vez que da cuenta de sus limitaciones en cuanto a recursos). Finalmente, la urbanización en Villa Torres tomaba forma.

¿Cómo ordenar las políticas públicas? Según Meronio (referente institucional de PROMEBA en La Matanza), el aporte inicial se ha concentrado en cuatro programas: un programa municipal creado en 2001 para la edificación de diez viviendas (combinaba materiales de la Secretaría de Desarrollo Social municipal, el aporte técnico de diversas áreas municipales y mano de obra de beneficiarios de planes, bajo la coordinación del arquitecto que aún hoy organiza técnicamente el proceso); el PROMEBA, orientado a la construcción de 310 núcleos habitacionales (de 32 m²) con provisión de infraestructura y equipamiento social; Techo y Trabajo, dirigido a la edificación de 168 viviendas (de 43 m²); y el Programa Dignidad que sumó 220 viviendas más (de 52 m²) a partir del financiamiento del Instituto de la Vivienda provincial.⁷⁰ Mientras él contabilizaba los programas según la producción de viviendas actual, Sanmartín permitía mostrar los avatares del proceso.

Entonces, repito: ¿Cómo ordenar las políticas públicas? En la relación entre cooperativa y municipio, se orquestó un trabajo que sentó las condiciones previas para que Torres fuera visto como barrio tranquilo, organizado y susceptible de intervención. El PROMEBA fue el puntapié inicial para la elaboración del “proyecto real”, a la vez que comprendió no sólo viviendas sino también equipamiento básico y servicios. Aunque la presentación al PROMEBA se había realizado en 2002, el proceso desde la aprobación del proyecto hasta su concreción condujo a quienes ya estaban inmersos en la urbaniza-

⁶⁹ Dentro de este marco, otros programas son utilizados para fines específicos (según Sanmartín, el arquitecto a cargo en la unidad ejecutora). El Federal es usado para las familias no “contempladas” en el censo que se utiliza como base (confeccionado en 1999), y que viven en la casa de parientes: pueden optar por una ampliación en la vivienda nueva (en Torres) o trasladarse a los barrios construidos a partir del Plan Federal en la periferia de La Matanza (“los kilómetros”). El Subprograma de Urbanización financia la construcción de “ampliaciones” (de acuerdo a la composición familiar). El Mejor Vivir se comenzó a implementar recientemente para las ampliaciones, y para las viviendas del “casco viejo” que están consolidadas pero deterioradas, ya sea por el tiempo o por las obras de la urbanización (cicatrización).

⁷⁰ Entrevista realizada por Damián Fau y Natalia Verón.

ción a buscar otros recursos y mostrar la presencia estatal en el barrio. En un contexto en el cual las movilizaciones públicas eran frecuentes y masivas, Sanmartín insistía con las dificultades de “distraer” a la población. Los recursos eran clave. El PEH implicó la conformación de cooperativas de trabajo entre los habitantes de Torres para la construcción de viviendas. Finalmente, si la urbanización requería el apoyo del Estado y de la organización barrial (como sostenía Miguel), la unidad ejecutora significó la incorporación de los representantes de la cooperativa como agentes municipales. ¿Cómo se tramitaban esas fronteras?

Estado/barrio

Dependiente de la Secretaría de Obras y Servicios Públicos, la Unidad Ejecutora del Programa de Urbanización de Villas y Asentamientos de La Matanza funciona en San Justo, a una cuadra del edificio municipal (y de la plaza central). Sus oficinas pasan desapercibidas para un foráneo. Junto a un quiosco, una puerta blanca de metal abierta con un cartel sobre la misma: Gestoría. La dirección es la correcta. Sólo al subir la escalera y toparse con la reja, uno puede ver un pequeño papelito junto al timbre de la unidad ejecutora, con los horarios de atención. Una gestoría ocupa una oficina dentro del lugar (otro timbre). El resto está ocupado por las diferentes dependencias de la unidad ejecutora, donde trabajan arquitectos, trabajadores sociales, abogados, otros funcionarios municipales y miembros de la cooperativa de Villa Torres, en diferentes tipos de contratos laborales más o menos estables dentro del municipio. Fuera, está la sala de espera: un banco y coloridas cartulinas con el trabajo en diferentes barrios (con fotos), recomendaciones sobre el cuidado de las casas (electricidad, cloacas, agua y basura) o el anuncio de alguna campaña de vacunación en los barrios.

Allí tuvo lugar la entrevista con José. Allí también transcurrió la entrevista con Sanmartín. Cada uno dispone de su oficina. La oficina a la calle, sin embargo, es ocupada por Sandra. Entre los habitantes de Torres que trabajan allí, sólo José y Sandra reciben un contrato de trabajo municipal. El resto cobra como pasante o José les “paga de su bolsillo”.

Sandra es la secretaria de la cooperativa madre. Como es maestra, siempre se encargó de los papeles. Su historia es bastante diferente a la del resto de las personas que conocí en Torres. Nació en un barrio de Capital, usualmente considerado de clase media (el mismo en que nací yo). Desde joven, realizaba tareas sociales en la parroquia del barrio. Así conoció Villa Torres, y a quien sería su esposo. Se mudó allí en 1989

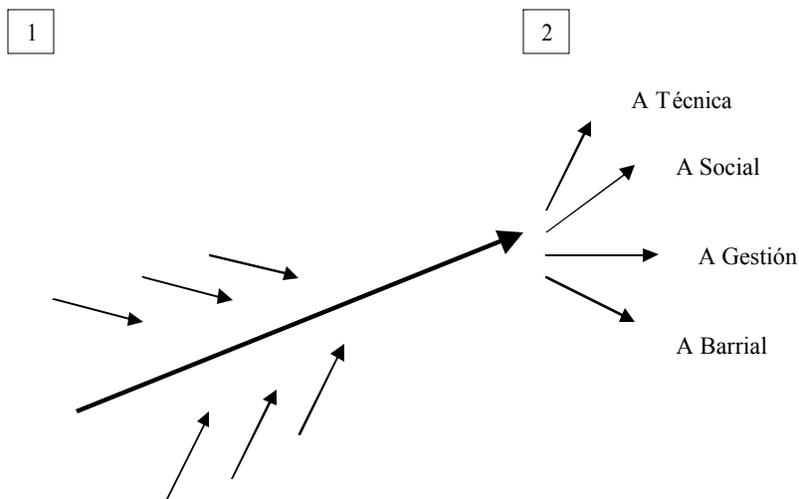
cuando se casó con Jorge, el hermano del padre Tuchi (entonces seminarista).⁷¹ Cuando tuvo lugar la toma en 1999, su marido y ella estaban a punto de meterse en una cooperativa de compra de viviendas en Ciudad Evita. El padre Tuchi los llamó para que, como miembros de la vieja cooperativa, participaran y respaldaran la toma. Desde entonces, ella se incorporó a las reuniones llevando las actas. Hoy se ocupa de revisar la documentación de las adjudicaciones, tramitar traslados y atender a quienes van a la unidad ejecutora con quejas (cuando no piden hablar con José).

Cuando yo visitaba la unidad ejecutora, solía pasar por su oficina a tomar unos mates. Una vez que fui, ella me mostró unas encuestas realizadas por el PROMEBA en el barrio. Estaba preocupada porque nadie había mencionado a la cooperativa como institución en la cual participaban. Entre las “chicas” que trabajan con ella y yo, Sandra pretendía obtener explicaciones: una decía que lo veían más como trabajo, la otra no opinaba y yo dije que podía ser que, como cada uno iba más por su situación particular, quizá no lo viera tanto como participación. Ella concluía que era un asunto más económico, mientras participación era una cuestión más política, religiosa o recreativa. Entonces llegó Federico y se sumó a la discusión:

“Nosotros somos los que citamos a los vecinos del barrio y buscamos acuerdos. ¿Pero como qué hacemos eso? ¿Como unidad ejecutora o como cooperativa? Porque somos nosotros, los mismos de siempre, pero es acá que lo hacemos, porque es donde tenemos un lugar, donde estamos... ¿Cuándo lo que hago es como una cosa o como la otra?”, se pregunta Sandra en voz alta. Yo ya estoy confundida y no sé qué contestarle. Le comento a Federico que el tema surgió por una encuesta del PROMEBA, que preguntaban si participaban en asociaciones por el beneficio común y no hubo nadie que mencionara a la cooperativa. Sandra agrega qué mencionaron: apareció lo político, lo religioso, el CIC, el SUM, la murga, el grupo de demolición, pero la cooperativa no la menciona ni uno. Yo le muestro el papel. Sandra explica que es el inicio de la nueva etapa [del programa], que siempre arman así. Que hacen una encuesta a doscientas cincuenta personas. Le digo que Sandra está preocupada porque eso tiene que ver con que la gente los ve como un lugar para reclamar, más que un lugar donde participar. Sandra dice que lo que a ella le preocupa es que no se sabe muy bien cuál es su lugar, que ese lugar cambió con el tiempo y que a ella le gustaría poder tener tiempo para charlarlo mejor y reflexionar a ver si hace falta que hagan otra cosa, si lo que están haciendo está bien o no. Federico hojea los papeles. “El tema”, dice Federico, “es que ustedes son todos contratados del municipio. O sea, tampoco es que son empleados municipales. Esta unidad ejecutora es un invento de acá. Esto no existe en otros municipios. El programa de urbanización de villas se implementó de otra manera en otros lados. Entonces acá están uste-

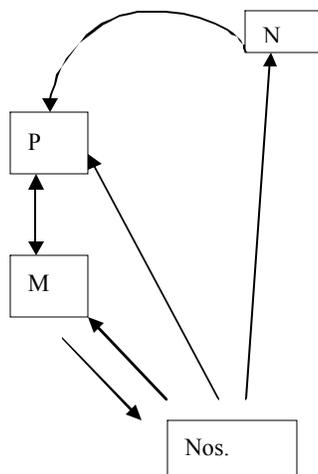
⁷¹ En ese momento la capilla de Villa Torres estaba a cargo de una “pastoral villera” que seguía los lineamientos de la “teología de la cultura” (jesuítica) y se diferenciaba expresamente de las CEB por apelar a la totalidad del barrio y poner el énfasis en los “modos villeros” (Forni, 1991). Esta diferencia es significativa a la luz de la comparación con los asentamientos analizados por Merklen (2001).

des pero claro, ni siquiera se sabe qué tareas tienen exactamente, si siguen, si no, cómo viene la mano... hay superposición”. “Lo que pasa es que uno se tiene que adecuar al Estado y ahí perdés...”, dice Sandra. Federico dice que el Estado puso los recursos sin los cuales esto no se podría haber hecho, no habría cobrado esta magnitud. Y con los recursos vinieron exigencias técnicas, exigencias sociales. Que no les quedó otra, pero fue para llevar a cabo el proyecto, que es lo que ellos querían. Sandra dice que tuvieron que hacerlo pero igual ellos adaptaron eso al proyecto, que el proyecto no se modificó. Sandra agarra el papel con el que me estaba dibujando los cuadraditos de los lotes, las líneas de las calles y círculos, cruces y flechas con intervenciones, demoliciones y traslados, para hacer otro dibujo que imito a continuación:



Dice que el proyecto (la flecha grande) sigue siendo el mismo, que lo que pasó es que entró a jugar fuerte el Estado con recursos, con profesionales, con técnicos, con asistentes sociales, con una serie de gestiones (las flechas chiquitas que nutren la grande). Pero que ellos encaminaron todo eso en el sentido del proyecto, que a ella le gustaría que eso se reconociera, que todo lo que se hace es siguiendo acuerdos con el barrio. Federico dice que eso implicó que todo cobrara otra magnitud, y también implicó que tuvieran que ocuparse de otras cosas. Sandra reflexiona un poco y agrega la segunda parte. Lo que sí tuvieron que repartirse las tareas y cada uno se ocupa de un área. Entonces enumera las áreas hasta que se detiene un minuto para la última [la suya]... porque sería también social... o barrial, anota.

Sandra dice que le gusta hablar con nosotros porque le ayuda a reflexionar, que no hay tiempo de hacer estas cosas y son importantes. Federico continúa. Que todas las gestiones que ellos hacen son importantes para que las obras salgan, porque si no se pueden demorar seis, ocho meses en firmar un papel. Que ellos descubrieron en todo esto que no hay un entendimiento claro entre Nación, Provincia y Municipio. También él lo dibuja:



“Y nosotros tenemos que tratar con los tres. Ver dónde está la carpeta, si ya fue autorizado en Nación, pero por ahí quedó parado en Provincia, porque Provincia actúa de garante en todo lo que viene de Nación, entonces por ahí quedó ahí, y ni saben. O incluso en Municipio. A veces hasta Municipio te para algo. ¿Cuántas veces en contable no sacan los cheques? Tenemos que correr ahí para que nos den bola. Suerte que nos conocen en todos lados. Si no, sería interminable”.

Sandra dice que antes no hubiera salido así la encuesta; hubiera salido que participaban mucho más. Federico responde que igual eran diez los que realmente participaban. Sandra agrega: “Nosotros somos los mismos pero estamos en otro lugar. Lo que pasa que el Estado te pone una serie de requisitos y vos te tenés que adecuar a eso, y ya estás más ocupado de otras cosas: acá tuvimos que dividir las tareas”.

Antes de salir, me da los cuadros que tiene armados con la periodización del proceso: las columnas son Actores, Acción barrial y Acción del Estado; las filas, los distintos años desde 1999 hasta 2008.

(Registro de campo, 24 de abril de 2009).

La incomodidad de Sandra volvía sobre la relación entre barrio y Estado. Al concebirlos como dos entidades separadas, su propia situación resultaba confusa. ¿Actuaba como cooperativa o como unidad ejecutora? ¿Cómo era vista su tarea? Alrededor de la cuestión, aparecían las distinciones entre participación y reclamo, por un lado, y entre participación y trabajo, por otro. Para Sandra, los resultados de la encuesta despertaban una sospecha: si los encuestados no se veían participando en la cooperativa pero concurrían asiduamente a las citas con ella en la oficina (o la abordaban en el barrio), para ellos Sandra no encarnaba a la cooperativa sino a la unidad ejecutora.

Sin embargo, otros indicadores complicaban la situación. En otros momentos de la charla, Sandra mencionó que algunos vecinos habían acudido al intendente para quejarse, pasando “por encima” de la unidad ejecutora. “Pero entonces nos tomarían como cooperativa y no como unidad ejecutora, ¿no?”, repreguntaba. En definitiva, no se trata-

ba simplemente de que la unidad ejecutora pudiera haber desplazado a la cooperativa sino que, en la superposición, ambos espacios resultaban desvalorizados: uno como lugar para participar y el otro como lugar para reclamar, uno como organización del barrio y el otro como oficina municipal. Al plantearlo como trabajo, Gabriela (una de las chicas) daba cuenta de una continuidad entre ambos espacios, más allá de la escisión planteada por Sandra.

Mientras Federico sopesaba el lugar de la unidad ejecutora como herramienta local y provisoria de un programa estatal, Sandra hablaba de adecuarse al Estado en términos más abstractos y monolíticos. Cuando Federico aceptaba su respuesta para sostener lo inevitable de acudir al Estado por recursos y de incorporar sus exigencias para concretar el proyecto, ella insistía en la continuidad inalterada del mismo. Allí el Estado ya no aparecía como unidad sino como una multiplicidad de flechitas que alimentaban el proyecto: profesionales, recursos, procedimientos. En ambas situaciones, intervenía desde fuera. Sin embargo, la consecuencia había sido la división de tareas y la obligación para ella de ocuparse de otras cosas. Por su parte, el gráfico de Federico mostraba un conocimiento adquirido en la práctica de gestionar, de recorrer las oficinas públicas siguiendo las carpetas de cada programa, cada convenio, cada etapa: Nación, Provincia, Municipio y nosotros eran casilleros similares. El Estado no operaba como unidad. Según el dibujo, la relación parecía comprometer centralmente a Nación y a ellos: uno arriba y el otro abajo. Provincia y Municipio actuaban lateralmente, como cadena de transmisión. Sin embargo, ellos eran los únicos que se movilizaban en diferentes sentidos gracias a su conocimiento previo, adquirido a lo largo de los años.

Ambos discursos se elaboraban en referencia al proyecto, y a una memoria alrededor del mismo. En parte, Sandra parecía evocar un pasado más idílico de lo que lo veía Federico. Como Sanmartín antes, él ponía en cuestión la existencia de una organización fuerte y masiva previa. A diferencia de Sanmartín, ninguno de ellos se refería a la escenificación del Estado en el barrio.

Pero si la incomodidad de Sandra partía de la (elusiva) separación entre barrio y Estado, se trataba de una separación informada por las propias exigencias de una política pública y elaborada a través de sus instrumentos. Como otros programas financiados por organismos multilaterales de crédito, el PROMEBA insistía en la “participación” de

los beneficiarios y elaboraba mecanismos para medirla.⁷² Era a partir de su encuesta que la duda de Sandra se manifestaba.

Estatización del barrio

Desde el gobierno municipal, el proyecto urbanístico Villa Torres es promovido como una iniciativa de un “grupo de vecinos” (nucleados en la cooperativa) que el municipio apoyó. En principio, una marca clave del proceso de urbanización en Torres –que suele aparecer resaltada por los propios protagonistas (así como por los funcionarios estatales y los medios de prensa que abordan el tema)- consiste en que se trata de una urbanización encarada por gente del barrio, ya sea que se evoquen sus orígenes o se apele al lugar de algunos de ellos en su gestión.

Este discurso puede asociarse a la focalización de las políticas públicas vigentes desde la década de 1990 para enfrentar la pobreza. Desde una concepción territorial de la focalización, el barrio fue definido como la unidad de implementación. Dentro de este marco –y siguiendo a Cravino (2008)-, uno de los rasgos de las políticas implementadas desde entonces se vincula con la apelación a la noción de comunidad, que tiende a proyectar una imagen relativamente homogénea y armónica de un espacio local (diferenciándolo del resto de la sociedad), junto con un énfasis en la idea de participación de los vecinos –previamente seleccionados por su situación de extrema pobreza-. Este esquema, tal como fue implementado en las políticas habitacionales, suponía la conformación de actores colectivos. A diferencia de los programas llave en mano previos, las políticas de regularización dominial vigentes en los ’90 (como el Programa Arraigo) apuntaron a dos “unidades de intervención en la transferencia de dominio: a) el *barrio* como totalidad; b) *familias por lote* . En ambos, se necesitaron consenso de todo el barrio para estas acciones” (Cravino, 2008:64). Finalmente, los programas se regían por criterios fuertes de inclusión o exclusión guiados por la distinción entre barrios organizados y barrios desorganizados (Cravino, 2008:68). Estas cuestiones permitirían remarcar las continuidades con el programa de urbanización, más allá del “giro recentralizador” que asumen las políticas habitacionales durante el gobierno de Kirchner (Rodríguez et al. 2007) en un doble sentido.

Por un lado, la urbanización en Villa Torres constituye un ejemplo de políticas habitacionales focalizadas territorialmente. No sólo el barrio opera como unidad de im-

⁷² Para el papel de la “participación” en la redefinición de la misión, el mandato y las operaciones de los organismos multilaterales de crédito en Argentina (y sus limitaciones), véase Casaburi, Riggirozzi y Tuozzo (2000).

plementación sino que el peso de la organización barrial, el discurso participativo y localista, y la centralidad de la municipalidad en la orquestación e implementación de los programas contribuirían a definirlo en esos términos.

Por otro lado, la continuidad entre las políticas habitacionales vigentes desde la década de 1990 y las actuales se encuentra también en la propia historia de la cooperativa como organización clave de este proceso. Constituida a partir del Programa Arraigo, la cooperativa no sólo fue el primer lugar donde el problema habitacional fue planteado entre los habitantes de Villa Torres sino que esa inscripción previa en el marco del programa, y esa etiqueta, permitieron abrir hacia las negociaciones con los funcionarios públicos una vez producida la toma. Más aún, la tenencia de las tierras del barrio fue cedida a la cooperativa a través del Programa Arraigo. De este modo, la cooperativa dispone de un recurso clave. Así como el programa Arraigo supuso barrios organizados, contribuyó a crearlos. Dentro de este contexto, los cuestionamientos sobre la participación, repuestos insistentemente a lo largo del tiempo a partir de las mismas políticas públicas, no niegan el peso de dicha organización en el barrio pero introducen un parámetro para medirla que la condena. Así la fortaleza se trueca en debilidad. Pero si la cooperativa ya existía desde mediados de la década de 1990, la urbanización fue una producción más reciente.

Mientras los análisis suelen enfatizar un largo proceso de deterioro del Estado intervencionista que culminó en la reforma neoliberal durante la década de 1990 y eclosionó en la crisis de 2001 (Sidicaro, 2001), la declaración de la emergencia social también puede ser considerada como un contexto de oportunidad (Di Virgilio, 2003). Incluso, ha contribuido a subrayar la presencia del Estado en los barrios. Ésta se hizo especialmente notoria alrededor de la masificación de los planes durante el gobierno provisional de Duhalde en 2002 (Cerrutti y Grimson, 2004).

En Villa Torres, este proceso adquirió una forma singular. No sólo los planes fueron utilizados para la construcción de viviendas (con materiales municipales) sino que, al ser identificado como barrio tranquilo en el contexto marcado por diciembre de 2001, concentró a los funcionarios (trabajadores sociales, agrimensores, arquitectos y técnicos) que permitieron hacer legible un territorio complejo y, a la vez, mostrar el Estado en acción, simbolizarlo como forma de sostenerlo en un contexto crítico. A través de acciones locales y gestiones en Nación, Provincia y Municipio, se fueron tejiendo los contactos con las diferentes agencias estatales y se fue elaborando un trabajo pre-

vio que permitieron que Villa Torres fuera seleccionada como prueba piloto del PRO-MEBA.

Cuando los funcionarios negociaron que el conurbano fuera incorporado al programa financiado por el BID en el contexto de la emergencia social, La Matanza fue definido como territorio clave. Villa Torres fue el único proyecto presentado por dicho municipio. Pero la aprobación del mismo condujo a una larga espera.

A partir de la asunción de Néstor Kirchner a la presidencia en 2003, los programas habitacionales cobraron una relevancia central como política de gobierno. El eje centralizador se constituyó en torno del Programa Federal de Construcción de Viviendas. Dentro de este marco, el relato de Sanmartín muestra cómo estas políticas públicas se fueron componiendo y apropiando relacionamente a lo largo del tiempo. Así surgió el Subprograma de Urbanización de Villas y Asentamientos, en el marco del Programa Federal de Construcción de Viviendas. Así se ajustaron varios programas para su implementación en Villa Torres, desde la urbanización como eje. Así se incorporaron algunas figuras claves del barrio en la gestión del Programa de Urbanización municipal.

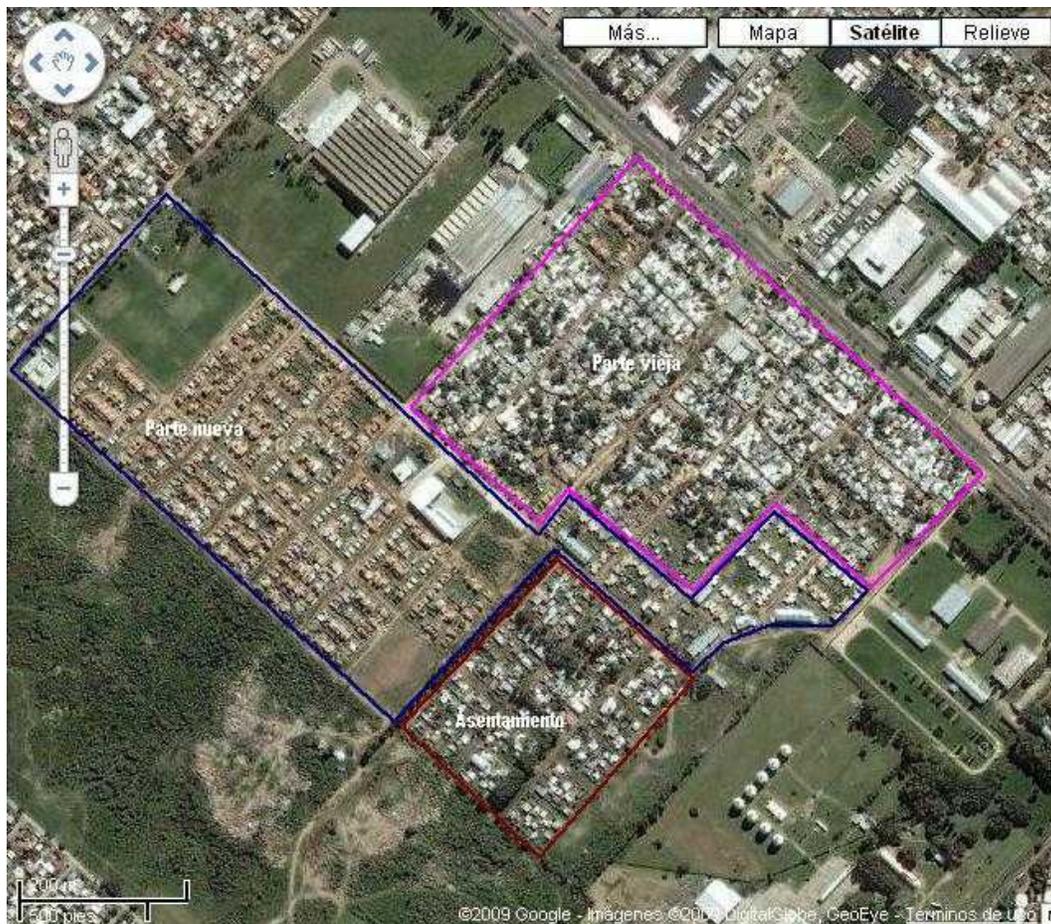
La unidad ejecutora sintetizaba el proceso, encarnándose en tres personas claves: José, el dirigente barrial que no entendía nada de política cuando empezó; Sanmartín, el técnico que había elaborado el proyecto real de urbanización; y Sandra, quien, por su saber de papeles y su cercanía con el padre Tuchi, se ocupaba y preocupaba por lo barrial. Federico, quien diseñó el proyecto ideal y hoy dirige las obras de la cooperativa madre, constituía la contracara de estas figuras.

Finalmente, el proceso mostraba que el Estado se constituía como tal en una multiplicidad de acciones y, a la vez, se sostenía como unidad. La urbanización de Villa Torres puede considerarse como un proceso de inscripción del barrio en el Estado (Frederic, 2009) así como de inscripción del Estado en el barrio. El Estado, como marco de la acción, la constituye. En lugar de la pregunta sobre la crisis del Estado, Sandra nos enfrentaba a otros interrogantes: ¿El Estado sostiene el proyecto o se impone sobre él?

CAPÍTULO 3. Torres y Torres VIP

La primera parte de mi trabajo de campo se desarrolló en el marco del diagnóstico para el gobierno de la provincia. Una de las preguntas iniciales en nuestra guía rezaba: ¿Cómo es el barrio? La primera entrevista que realicé fue a Analía, una muchacha que, luego de terminar el colegio secundario, había comenzado a trabajar como secretaria en una de las cooperativas que efectúan las obras de construcción (por insistencia de un vecino, presidente de la cooperativa). Ante mi pregunta, ella respondió: “Tenés dos partes: Torres y Torres VIP”. Luego, lanzó una carcajada.

En un sentido, su respuesta resultaba evidente. El proceso se había desplegado a partir de la toma del campito en el fondo del barrio en 1999, llevada a cabo por algunos “jóvenes del barrio”. El reclamo se había consolidado como urbanización de toda Villa Torres, entramándose posteriormente en una amplia gama de políticas públicas vigentes a partir del gobierno de Kirchner. Las obras habían implicado demoler algunas casas del “casco viejo” (planificando redistribuir los lotes por manzanas y trazar calles, reemplazando los pasillos) y, a medida que se construían los chalecitos en el “casco nuevo”, trasladar a las familias. No sólo las edificaciones y el trazado urbano resultaban diferentes “acá” y “allá” sino que un gran pozo de barro, donde sería la avenida central, separaba ambos sectores cuando fui en 2007. Es decir, la división entre “parte nueva” y “parte vieja” era algo directamente visible, y reconocido por todos.



Elaboración propia a partir de Googlemaps.com, extraído en mayo de 2009.

En el mapa, las divisiones del barrio son fácilmente distinguibles: la parte nueva está a la izquierda del mapa, la parte vieja del centro a la derecha y el asentamiento en el centro inferior. Las nominaciones bromistas de Analía omitían al asentamiento pero también permitían ver algo más de los sentidos atribuidos a Villa Torres, y a la urbanización. En este capítulo, intentaré seguir la preocupación por las formas de clasificación social nativas a partir de una categoría central en el proceso de urbanización: la de barrio.

Villa/Barrio

Entre *ser villero* y *ser de barrio* se extiende una frontera no territorial sino social y simbólica.

(Ratier, 1991:9).

“Cambiar una villa por un barrio” señalaba una nota periodística en 2007 en referencia a Torres. ¿Es posible pensar la urbanización en esos términos? En todo caso,

¿cómo se atraviesa la frontera que indica Ratier en el epígrafe? Comencé a elaborar una primera aproximación a dicha cuestión a partir de la respuesta de Analía.

Su caracterización del barrio se iniciaba marcando la fractura. La descripción de ambas partes llevaba a un neto contraste que no sólo comprendía los aspectos materiales del espacio sino que se extendía hacia las personas que allí residían y sus hábitos. Una mujer que también vivía en Torres y trabajaba en la urbanización pero, a diferencia de Analía, se había mudado a la parte nueva, se sumó a la entrevista. Entre ambas, comenzaron a enumerar los rasgos distintivos:

- ¿Cómo le explicarían a alguien que no es de acá cómo es el barrio?

A: - Tenés dos partes: Torres y Torres VIP... (Risas) Sí, yo le digo así...

Marcela: - Acá no ves a los pibes en las esquinas, no sé si porque no hay pasillos... pero acá es la una de la tarde y no ves gente en la calle, pibes en las esquinas. Allá sí, todo el tiempo, no sé por qué... El tema de la limpieza... Yo creo que es porque hay menos gente, o porque es distinta...

A: - Acá te cambia la manera de vivir...

M: - Respetás más a tu vecino... Allá se escuchaba la música a todo volumen y acá no, tratás de no hacer tanto ruido porque las casas están apareadas y si no, por ahí molesta...

A: - Cambian un montón de cosas de la manera de vivir, me parece más lindo... ¿Sabés lo que daría yo por tener una casa acá? No renegás con el agua, con la luz, tenés tu casa, con cerámicas, que no se llueve, no tenés humedad... Cambia en muchas cosas. Allá si el vecino está peleándose, vos estás escuchando todo porque estamos todos pegados. No podés hablar fuerte en tu casa porque están escuchándote. Creo que es muy distinto.

M: - Es como que tratás de superarte más, de tenerlo más lindo, la gente trata de no tener basura en su casa... no tener el frente feo. Porque mi vecina que lo tiene feo, para mí está arruinando su casa. Todos dicen lo mismo. No querés arruinar tu casa. Está tan linda cuando te la entregan...

(Entrevista a Analía y a Marcela, 12 de julio de 2007).⁷³

En principio, la división en sectores del barrio contribuye a mostrar los logros de la urbanización, espacializando dicotómicamente un proceso. Para marcar ese contraste, el primer indicador resulta iluminador: los pibes en las esquinas. Esta cuestión suele ser vista como uno de los problemas centrales del barrio, asociado al consumo de drogas, a los pequeños robos en la ruta contigua (que dan mala fama al barrio) y al riesgo de muerte.⁷⁴ Como señala Kessler (2004:239), la esquina está asociada al “bardeo”, pero

⁷³ Entrevista realizada Cecilia Ferraudi.

⁷⁴ Esta cuestión no sólo aparece enunciada en las entrevistas. Sin entrar en el proceso por el cual logra reconocimiento como problema barrial, es posible notar diferentes iniciativas orientadas al mismo. Mientras desde la parroquia se fueron desplegando formas de internación local a partir de un grupo de madres coordinadas por el cura (entre las cuales participa una hermana de la mujer entrevistada) que recibe apoyo de diferentes instancias estatales y especialmente del programa de urbanización, desde la cooperativa se han dispuesto diferentes grupos de trabajo orientados a los jóvenes del barrio (demolición, paredón, limpieza), a partir de un discurso que pone el eje en el trabajo como salida. Ambas propuestas tienden a arti-

no siempre implica actividades vinculadas a la ilegalidad sino que la música fuerte hasta tarde, las borracheras o las bromas a los transeúntes pueden ser formas de desafiar las reglas básicas de convivencia barrial. Para Marcela, la ausencia de este problema en la parte nueva quizá podría explicarse por la inexistencia de pasillos (que les permiten ocultarse). Pero remite a algo más general, a otro uso (menor) de la calle que involucra no sólo a los pibes. Así como las calles están más vacías, se busca evitar que lo que ocurre en el interior de la casa irrumpa hacia fuera. A la vez, la propia casa es un espacio valorado.

Enseguida, el diálogo comenzó a girar en torno de la vivienda. Implica mejores condiciones de vida. Aún cuando la mirada de Analía parece más idealizada que la de Marcela (que reconoce algunas semejanzas en las edificaciones entre ambas partes), ambas coinciden en resaltar el cambio, y las obligaciones que supone: hacia la casa, que debe ser cuidada, mantenida limpia, linda; y hacia los vecinos, respetándolos más. El cambio de lugar conlleva un cambio en la persona, y es a partir de allí que se justifica.⁷⁵ Implica superarse, progresar... aunque hay excepciones, como la vecina de Marcela.

- Igual hay algunos...

M: - Sí, hay algunos... Gente que le decís pero igual... gente que cartonea, que tiene sus cosas. A mí me tocó la señora de al lado. Fui la primera que levantó la pared bien alta y así levantamos todos la medianera por la basura. Pero hay gente que la tiene igual.

A: - Acá hay gente que cambió y otra que no, que sigue en lo mismo, pero son muchos más los que cambiaron...

M: - Además el hecho de tener tu casa, es tan difícil. Hay personas jóvenes que tienen su casa. Y tener una propiedad es tan difícil, tenés que ahorrar tantos años plata, una posibilidad que no se da... Mi hermana tiene treinta y ya tiene su casa. A veces no lo puedo creer...

(Entrevista a Analía y a Marcela, 12 de julio de 2007).

cularse entre sí. A la vez, existe otra iniciativa más distante de esta red central en el barrio (que recibe el apoyo del Consejo de Niños, Niñas y Adolescentes de La Matanza), orientada a la realización de talleres de salud reproductiva, recreación y contención.

⁷⁵ La valoración del cambio también aparece en otras entrevistas:

Me pareció que al venir acá, el cambio venía más rápido. Allá iba a tardar más. Allá sigue siendo todo igual. Pero acá es como que estás en otro lado. Se siente el cambio en la gente misma, muchas cosas que se van notando: la esquina, la música, los chicos que se drogan... era todo un tema. Allá no hay horarios, es todo el tiempo; acá a las 10 de la noche y escuchás más despacio, allá no respetan que tengas que trabajar. Al venir acá, vienen con otra mentalidad, saben que van a tener que cambiar algunas cosas. Es respetar al vecino, allá parece que no te podés ir, nadie manda, todos hacen lo que quieren. No son todos, pero siempre hay uno. Por eso siempre hay más gente que se quiere ir, porque ven que está cambiando.

(Entrevista a Patricia, 16 de julio de 2007).

La casa continúa siendo el eje. Desde la oposición entre limpieza y suciedad, Marcela se diferencia de un grupo dentro del barrio: quienes cartonean.⁷⁶ Todos los días es posible observar hombres, mujeres y chicos que salen del barrio con carros tirados a caballo para recolectar lo que otros desechan. Aparte de cartones y papeles, juntan barras de metal, alambrado usado, campanas de parrillas desarmadas, sillas desvencijadas, que son apiladas en algunos fondos, esperando para ser usados, donados o vendidos.⁷⁷ Al tildarlos de basura, Marcela omite estos usos, despreciando a los objetos y descalificando a quienes los acumulan. Pero también da cuenta de la categoría inferior en la escala social local. Frente a su vecina, Marcela levantó un muro. ¿Quizá distinguirse tenga que ver con encerrarse?⁷⁸

Finalmente, tener la casa propia es el mayor logro posible. Horizonte del ascenso social, que se había vuelto imposible a través del ahorro, se convirtió en realidad gracias a la urbanización. Incluso (y sobre todo) para los jóvenes. Aunque el programa no incluye los títulos de propiedad (supuestamente se habilitará un sistema de cuotas a 50 años –y otros vecinos usan este argumento para protestar por la calidad de algunas construcciones-), Marcela ya asume ese espacio como propio.⁷⁹ Pero si Marcela lo observa como meta, otros, en cambio, combinan la valoración de las casas con la aspiración de “cambiar”, irse, mejorar...

Mi futuro no es quedarme acá. Porque ya tanto que conocés a la gente, ya querés cambiar. Mirá que cambié en la villa... Me vine acá [a la parte nueva]. Acá estoy mejor, mucho mejor, y quiero mejorar: quiero recibirme, conseguir laburo, irme con mis hijos a otro lado. Me gusta, me gusta la organización, porque ya te digo que mucha gente nunca hubiera esperado... yo tampoco, yo en mi vida hubiera pensado que iba a tener una casa, una loza. Siempre una casa de material ¡pero una loza! Esa situación que tenés pieza, dormitorio, baño adentro, es muy lindo. Ya te digo, lo que nos costaba a nosotros tener un cemento, de repente te-

⁷⁶ En un barrio periférico de Moreno, Soldano (2009) encuentra tres categorías de otros internos: piqueteros, cartoneros y chorros, todos ellos asociados al fondo del barrio (donde habitan “los más pobres entre los pobres”). Pero si en su caso aparecen vinculados a la “barrera de la legalidad” (y en ese sentido similares entre sí), aquí en cambio estas tres categorías no resultan tan emparentadas. A la vez, los cartoneros específicamente no están asociados tanto a la ilegalidad como a la suciedad.

⁷⁷ Para un análisis minucioso de estas prácticas, véase Gorbán (2009).

⁷⁸ Esta situación podría compararse a la “vida en sandwich” analizada por Fonseca (2000). Su análisis permite mostrar la convivencia diferenciada dentro de un barrio marcado por la ambivalencia entre la pertenencia residencial y el ascenso social. “En vez de separarse geográficamente de sus vecinos [porque las condiciones no lo permiten], accionan una serie de tácticas para separarse *simbólicamente* de los vecinos. En la construcción de las casas, encontramos un ejemplo, por excelencia, de esas tácticas” (Fonseca, 2000:93-94). ¿Aquí la urbanización constituye un mecanismo igualador o, más bien, trastoca las tácticas de diferenciación y a sus protagonistas?

⁷⁹ “El reintegro será a 50 años y se piensa legislar para que se abone un 40% del valor de la vivienda, otro 40% sería como reconocimiento por el valor de la casa demolida y un 20% de reconocimiento histórico” (Entrevista a Sanmartín, 15 de abril de 2009).

ner todo, es un cambio bastante grande, cerámica, es una forma de diseño buena de todas las cosas que tenés, más cuando tenés chicos.

(Entrevista a Irene, 10 de julio de 2007).⁸⁰

Aquí he comenzado por la oposición entre Torres y Torres VIP para abordar el proceso de urbanización a partir de los sentidos atribuidos al barrio y sus divisiones. El desplazamiento del barrio a la casa resulta significativo a la luz de los discursos que ven la urbanización como un pasaje de villa a barrio. La frase de Ratier en el epígrafe ya alertaba contra una visión lineal del proceso, resaltando el peso social y simbólico de dicha frontera. Para Marcela y Analía, el pasaje requiere validarse apelando a nociones estéticas, higiénicas y morales. De todos modos, sus palabras pueden indicar también algo diferente. En las charlas habituales, la parte nueva del barrio es nombrada como “las casitas del fondo”.⁸¹ Aunque poco a poco comenzaron a cobrar vida, a medida que más familias se mudaban allí y se abrían algunos negocios (no contemplados en la urbanización), la diferenciación entre ambos sectores (y la valoración de las casas nuevas) no desmiente que el centro del barrio esté asociado a la parte vieja (y a un sector de ella). A la vez, el vínculo hacia fuera es valorado, y la aspiración de irse también existe como horizonte, sea realizable o soñado. Para eso, la cercanía con la ruta es fundamental. Como los padres de Analía, muchos habitantes no se quisieron trasladar a las casitas, esperando que les edificaran en el lugar. Actualmente, las cooperativas han comenzado a realizar obras “*adentro* del barrio”. En otras palabras, es preciso entender a Villa Torres como barrio para comenzar a desentrañar los sentidos de la urbanización (y cómo el proceso implica una lectura compleja de su larga historia).

Barrio Arieta/Villa Torres

Cuando querés presentarte para un crédito decís: vivo en Arieta. Si vos querés impactar, decís: vivo en La Torres.

(Entrevista al párroco, 19 de julio de 2007).⁸²

Los orígenes del barrio se remontan a fines de la década de 1950. Las primeras casas, denominadas “medio caño”, formaron parte de un plan de viviendas provisorias

⁸⁰ Entrevista realizada por Martín Cortés y Damián Fau.

⁸¹ Borges (2004) da cuenta de una diferenciación similar en la periferia de Brasilia. “En Recanto das Emas, los gobiernos local y federal construyeron recientemente una serie de viviendas semejantes a conjuntos habitacionales destinada a servidores públicos mediante el Programa Servir. Antes incluso de que estuvieran terminadas, las unidades habitacionales recibieron el apodo de ‘casitas’. Cuando comenzaron a ser ocupadas, muchas de las casitas se transformaron en casillas, conforme la apreciación de los habitantes más antiguos de Recanto; otras, en casas” (Borges, 2004:80).

⁸² Entrevista realizada colectivamente. Extracto tomado del informe preliminar elaborado por Florencia Gentile.

diseñado para erradicar las villas de Capital durante el gobierno constitucional de Frondizi (1958-1962).⁸³ Luego el Barrio Arieta se fue ampliando con pobladores erradicados de villas porteñas y migrantes (provenientes del interior del país o de países limítrofes) que ocuparon paulatinamente tierras poco valoradas, en cuyo fondo se localizaba un basurero municipal.

Ubicado frente a una ruta y rodeado por fábricas, el barrio surgido por un programa habitacional se fue extendiendo y densificando durante más de cuatro décadas consolidándose como villa. A esa duplicidad parecen encadenados sus dos nombres: Barrio Arieta y Villa Torres. A lo largo de la historia, diferentes modalidades de acción colectiva se llevaron a cabo para lograr los servicios y la infraestructura básicos. Según cuentan hoy, el tendido se extendía desde la ruta (y, sobre todo, desde la franja del barrio planificada por el Estado –donde se localizaban la capilla y la escuela como instituciones centrales-), dando cuenta de un degradé interno en términos de condición social.⁸⁴ Ante límites rígidos, este tejido urbano se densificaba a partir de la subdivisión de los lotes para recibir parientes, acoger a las nuevas generaciones o ganar unos pesos en momentos difíciles. Así llegó Analía hace diez años.

A: - Antes vivía en Rafael Castillo y nos mudamos acá por tres meses, provisoriamente dijeron mis viejos... Venía de un barrio y a una villa... decía 'yo no voy. A la Torres no...' Allá nos habían robado muy feo, adentro de casa, y nos mudamos provisoriamente... y acá estamos.

- **¿Acá tenían familia?**

A: - Mi papá tenía a su hermana acá y dijo que era tranquilo, que nos conseguía una casa y bueno, por tres meses... pero hasta el día de hoy no nos fuimos porque están tranquilos acá. Nunca nos pasó nada. La otra casa quedó para uno de mis hermanos, cuando decidan formar familia e irse. Pero yo no me quiero ir. Me gusta. Me acostumbré a este lugar, a la gente. No me quiero ir.

(Entrevista a Analía y a Marcela, 12 de julio de 2007).

Como señala Cravino (2008:95), el tema de mudarse provisoriamente suele aparecer como argumento justificatorio frente a los estigmas asociados al estereotipo de

⁸³ Algunos entrevistados sostenían que el barrio había sido construido por Perón, o por Evita. Quizá esto se pueda entender en relación a la amplitud y visibilidad que adquirieron los barrios planificados estatalmente durante dicho gobierno (véase Aboy, 2005), así como a la cercanía de uno de los más renombrados, Ciudad Evita.

⁸⁴ Según las narraciones de los primeros pobladores, la escuela fue edificada por soldados del ejército, provenientes de los cuarteles de La Tablada, en la década de 1960. La primera capilla, en cambio, fue levantada por un grupo de migrantes paraguayos unos años más tarde. Aunque hay algunos chilenos (y uno o dos bolivianos) entre la población del barrio, los paraguayos constituyen el grupo más significativo. Su peso se prolonga hasta la actualidad.

Por último, los reclamos colectivos vinculados al tendido de agua y luz se concretaron hacia principios de la década de 1980, por la mediación de un afamado dirigente barrial peronista y sus "gestiones" en el municipio. Quienes encabezan actualmente el proceso de urbanización suelen recordar a este hombre como su antecesor.

villero. Viviendo en un barrio cercano (y conociendo Torres por las visitas a su tía), la primera reacción de Analía, según su narración, fue el rechazo. Ante la burla de Marcela, enseguida pasó a justificarse: era lo mismo que ellas ahora pensarían de Puerta de Hierro (otra villa de La Matanza) o los de Puerta de Hierro sobre la Torres, a la vez que desde entonces habían mejorado (cuando llegó, debía acarrear agua de una canilla pública y su familia vivía en un pasillo frente al alambrado de la fábrica). Marcela, en cambio, no había necesitado “acostumbrarse” a vivir allí porque, habiendo llegado de Santiago a los tres años junto con su madre, llevaba más de treinta y cinco en Torres.⁸⁵

Para explicar la permanencia, Analía contrastaba la situación en Torres con la vivida en un barrio periférico de Buenos Aires. Mientras en el barrio les habían robado en varias oportunidades, en la villa siempre estuvieron tranquilos. “Acá adentro nunca pasó que lastimen a la misma gente de acá adentro”, me explicó Marcela más tarde. La distinción entre adentro y afuera marca una frontera fuerte. A diferencia de lo que ocurre en otros barrios de la ciudad por los que uno pasa, va y viene, en Torres se entra y se sale.⁸⁶ A la vez, la frase de Marcela daba cuenta de una regla generalmente asociada a la profesionalización delictiva: la de “no robar en el barrio y de no robar a la gente pobre, que en términos concretos implica a veces lo mismo: no robar a los vecinos en similar situación a la propia” (Kessler, 2004:104).⁸⁷ En principio, Torres no era peligrosa en

⁸⁵ En su análisis de las trayectorias de vida de los habitantes de villas en Capital, Cravino muestra que “pasaron por muchos lugares y formas de habitar la ciudad antes de ir a vivir a la villa” (2008:162). En Torres, en cambio, existe un grupo numeroso de pobladores que vivió gran parte de su vida allí (aún cuando hayan partido por temporadas para probar suerte en otros lugares). Claramente esto está vinculado a las erradicaciones que sufrieron las villas porteñas durante la última dictadura militar, y al posterior repoblamiento. Más allá de las causas, el peso de la larga historia común es apropiado como forma de legitimar la urbanización, y a quienes la encabezan.

⁸⁶ Retomo aquí un análisis de Segura (2009). Desde una etnografía en un barrio de San Martín, el artículo da cuenta de tres ejes metafóricos que espacializan relaciones sociales: adentro/afuera, delante/detrás y arriba/abajo. En Torres, sólo he encontrado los dos primeros. A la vez, la urbanización conlleva un cambio de perspectiva. Mientras el límite entre adentro y afuera parece fijo (aunque más o menos intenso según el momento), la distinción entre delante y detrás suele operar desplazándose constantemente. Es decir, el fondo siempre está más atrás que uno –y peor- (véase también Kessler, 2004:232). En ese sentido, ¿“las casitas del fondo” podrían implicar una redefinición de las metáforas por las cuales se da cuenta de la estratificación social local? A la vez, la urbanización ha implicado un acercamiento (y una separación negociada) con el barrio lindante, conformándose diferentes vías de acceso (y una avenida asfaltada que atraviesa Torres) que continúan con la trama urbana del entorno (véase anexo).

⁸⁷ En este tramo de la entrevista, mis preguntas giraron en torno del miedo, a raíz de los robos que Analía relataba. Entonces, ellas volvieron a hablar de los pibes en las esquinas y la droga. Ellas no sólo negaban tener miedo sino que sostenían “cagarlos a pedos” porque los conocían. Sólo Analía reconoció que quizá “los viejitos” estuvieran asustados, pero más que nada porque vivieron en un barrio distinto y les costaba acostumbrarse a ver a los pibes tirados. Según afirmaban, jugaba más la sensación que el riesgo efectivo. Es decir, creo que ellas no coincidirían con Saraví (2004) en que los pibes controlan el espacio público barrial. Más bien, la situación parece semejante a la que indican Kuasñosky y Szulik (1996) o Kessler (2004). Los pibes se encuentran frecuentemente desplazados de las esquinas, ocupando espacios marginales dentro del barrio. En 2007, solían “ranchear” (reunirse a tomar y divertirse) en los núcleos habitacionales que permanecían vacíos, cerca de la cancha de fútbol.

términos absolutos sino que dependía del punto de vista, diferenciando entre la gente de acá y la de afuera. Esto podría comprenderse como una regla básica de convivencia pero, para Marcela y Analía, se tornaba una cualidad valorada en comparación con otros barrios más o menos cercanos que parecían más lindos pero resultaban más peligrosos para vivir: donde no había gente en las calles, los vecinos ni se conocían entre sí y cada uno llevaba “una vida más solitaria”. La comparación servía para desplazar la imagen de peligrosidad hacia otro lugar. Llamativamente, los criterios usados para diferenciar a la parte nueva reaparecían aquí pero negativamente. Por último, la diferenciación entre la gente del barrio y la de afuera resultaba una distinción central de la vida en Torres.⁸⁸

A partir de allí, Analía insistía con que ella no quería irse del barrio. También Marcela sostenía un discurso similar. Lo explicaba por la cercanía de toda su familia y, además, porque conocía a todos, sabía quiénes eran buenos y quiénes no. Mientras el cura daba cuenta de una ambivalencia vinculada a la fama brava de Villa Torres tal como era referenciada hacia fuera (diferenciando contextos para apelar o no a la misma), ellas privilegiaban los vínculos hacia adentro del barrio.⁸⁹ El énfasis en la voluntad de quedarse puede entenderse también frente a la perspectiva de salir de la villa como horizonte de progreso. Marcela concluyó: “Yo nunca me quise ir pero si hubiera querido, no hubiese podido”. De una forma similar, la toma del campito del fondo en 1999 se justificó como una acción de los jóvenes del barrio que no querían (ni podían) salir y no tenían un lugar propio donde formar sus familias. Esa imposibilidad condujo a buscar otros horizontes, a través de la acción colectiva (articulada con políticas públicas). Como ya he mostrado, este proceso fue lento y dificultoso. Aquí resalto cómo ciertas imágenes del barrio son actualizadas en su transformación.

Para ello, he intentado esbozar cómo algunas facetas simbólicas de la relación entre barrio y villa en Buenos Aires se concretan en Torres. Una discusión común en la

⁸⁸ Entre las personas que trabajan en la urbanización, saber que yo pretendía escribir sobre ellos conllevaba un intento de “mostrar lo lindo”. En ese sentido, la apelación a los “códigos del barrio” servía para marcar límites (y distinguir entre qué se muestra y qué no). Si bien esto podía haberse sensibilizado en el contexto de la urbanización, no sólo operaba aquí. Diez (2009) da cuenta de un drama social local a partir del cual esos criterios morales locales (y la frontera entre gente de adentro y gente de afuera del barrio) se ponen en juego conflictivamente ante una acusación legal de asesinato en el Bajo Flores.

⁸⁹ González Carvajal (2008) aborda el proceso de urbanización en un barrio de Morón desde la pregunta por el barrio. El título de la ponencia, “El barrio son los vecinos”, coloca esta dimensión como central, vinculada a una división fuerte entre quienes son y quienes no son del barrio (2008:11) donde entran a jugar estigmatización, “cultura del aguante” juvenil y redes de parentesco. Aquí se podrían reconocer algunas diferencias de énfasis, vinculadas a los diferentes momentos de la urbanización en que se realizaron ambos estudios. Sin embargo, es importante destacar que, a diferencia de lo que ocurre en Torres, en este barrio de Morón el proceso se desplegó desde los agentes municipales, convocando la “participación” de los vecinos. Esto condujo a una relación diferente con el barrio ya edificado. Es decir, se reconstruyó de cero.

bibliografía al respecto se vincula con la centralidad del estereotipo de villero (Ratier, 1971; Guber, 1991; Cravino, 2008, entre otros). Según esta línea de análisis, la distinción entre villa y barrio no es tanto una cuestión de las condiciones de vida (que varían significativamente entre diferentes zonas de la ciudad, sean loteos, asentamientos o villas) o de estilos de vida (que distan de ser homogéneos localmente) sino de status, de prestigio. Ratier (1971) historiza el planteo, asociándolo a una cuestión de poder: desde el insulto de cabecita negra al mote de villero, transcurre la caída de Perón y la pérdida de poder de sus seguidores que, entonces, comienzan a ser vistos como pobres (o marginales) pasibles de ser estudiados y socorridos en los gobiernos constitucionales (o erradicados, en los gobiernos de facto). Guber (1991) plantea el contraste entre la mirada de fuera y la mirada de dentro de la villa sobre la identidad villera en la década de 1980. Ambos textos discuten con el concepto germaniano de marginalidad (Germani, 1967). Por último, Cravino (2008) actualiza el debate, concibiéndolo en el marco de una discusión sobre segregación urbana (y específicamente contra el uso del concepto de gueto): “las villas son barrios con pretensión de ser ‘barrios’ similares a los formales. En otras palabras, fragmentos de ciudad sin status de ciudad” (Cravino, 2008:50). Para ella, el estereotipo de villero está asociado al pobre indigno, semejante al retratado por el concepto de “cultura de la pobreza” (Lewis, 1972).

En relación con este planteo, la charla con Analía y Marcela ha ayudado a mostrar que la villa es también barrio (no sólo porque Villa Torres puede ser también Barrio Arieta sino porque lo es como Torres). A la vez, sus habitantes suelen responder al estigma, sea para reivindicarlo (para impactar), para relativizarlo (según uno sea de acá o de afuera) o para desplazarlo hacia otros internos (los pibes o quienes cartonean – aunque de manera distinta, separando lo que el estigma de pobre reúne-). Quizá se pueda dudar más de la pretensión de ser barrios formales, en tanto no parece existir una imagen única de barrio formal, y aquellos que se ven como posibilidad no resultan especialmente atractivos. Quizá esto contribuya a sostener la hipótesis de que la oposición villa/barrio capta sólo un nivel muy general y tiende a oscurecer tanto las trayectorias como los sistemas de clasificación que se ponen en juego cotidianamente. Si pudo servir en la organización colectiva de los asentamientos en la década de 1980 (Merklen, 1991), quizá sea menos pertinente analíticamente pretender su traslación a otros contextos. Para pensar la especificidad de la situación aquí planteada, es preciso considerar el peso que la urbanización ha adquirido en Torres (y especialmente entre mis interlocutores), su singularidad y cómo eso la distingue de otras villas de la ciudad (más explícita aquí

en la separación entre Torres y Torres VIP). Por último, es importante reconocer que la cuestión de la dignidad no sólo opera distinguiendo entre pobres dignos e indignos sino que actúa como reclamo de mejores condiciones de vida, dentro de un campo de posibilidades que es reconocido como limitado. Como lo detalló Marcela:

Algunos me dicen que deje cerrado pero yo no tengo miedo, porque me conoce todo el mundo, no creo que se animen a entrar a mi casa. Capaz que un día entran pero hasta el día de hoy jamás tuve problemas con nadie... Por eso digo que no me gustaría irme de acá. Sí me hubiese gustado vivir mejor, en una casa linda, bien hecha, con agua, luz, vereda donde podés caminar y no en medio del barro... pero tampoco podemos pedir mucho, nacimos pobres y pobres nos vamos a morir, a lo sumo se nos va a dar para vivir un poquito mejor. No es que uno sea conformista, pero con la edad que tengo, tengo tres hijos, no estudié, no puedo pretender que la plata me llueva y tener todo lo que quiero... Hay que luchar para tener.

El asentamiento

- Todos le ponen... para allá es “6 de Enero”, “2 de Enero”, por las fechas de...

- **¿Así que este se llama “2 de Octubre”?**

M: - No... Se llama Villa Torres (risas). Sí lo festejamos... porque peleamos por todo esto. A mí me decían que estaba loca.

(Entrevista a Patricia con Mirta como guía, 16 de julio de 2007).⁹⁰

En Villa Torres, la urbanización era valorada como logro de una lucha colectiva. La toma que le dio origen tuvo lugar el 2 de octubre de 1999. Esa fecha podía ser conmemorada pero no dar nombre al barrio, como ocurría en varios asentamientos de la zona. El barrio remitía a una historia más larga como Villa Torres. El asentamiento, en cambio, había quedado reducido a un espacio marginal. Se ubicaba en la esquina más alejada de los accesos al barrio. Ocupaba un terreno no incluido como parte de Villa Torres según el Programa Arraigo. No figuraba en los planos que nuestras guías locales nos habían provisto para nuestras recorridas (aunque sí en el que José tenía en su oficina). Tampoco era referido en la caracterización dada por Analía.

Constituirse (y mostrarse) como un barrio organizado, especialmente (pero no exclusivamente) ante alguien que era visto como parte “del gobierno”, resultaba clave en la continuidad de Torres como modelo de urbanización. El énfasis en el orden existente en el barrio estaba presente en la charla con Marcela y Analía. ¿Pero eso podría explicar por qué ellas olvidaban el asentamiento? El mismo no era ajeno a la urbanización. Por el contrario, había sido planificado como parte del mismo proceso (como negociación con quienes se rehusaban a levantar la toma). El terreno había sido alisado y

⁹⁰ Entrevista realizada por Natalia Verón y Cecilia Ferraudi.

loteado respetando las normas urbanísticas vigentes, con el asesoramiento técnico del personal municipal. Sus habitantes eran parientes de quienes vivían en el barrio viejo o en las casitas. Como las casas en el barrio viejo, los terrenos en el asentamiento eran objeto de cambio entre vecinos de toda Torres. Quizá antes que la noción de orden, el asentamiento pusiera en cuestión una perspectiva lineal sobre el progreso del barrio combinando estética, higiene y moral. Mostraba, más bien, el ajeteo de los inicios: las casillas de chapa y madera, los montículos de basura quemada, y el trabajo de autoconstrucción.

Como acá hay mucha gente a la que le dieron la vivienda nueva, a nosotros que estamos acá [en el asentamiento] nos discriminan mucho. En eso cambió mucho. Porque nosotros vamos para aquel barrio [parte nueva] y mucha gente nos mira como diciendo “¿qué hacen acá?”, “¿ustedes no son de los ranchitos del otro lado?”.

(Entrevista a Daniela, 26 de julio de 2007).⁹¹

Daniela resaltaba la discriminación de sus antiguos vecinos a quienes, como ella, vivían en los “ranchitos” frente a las “viviendas nuevas”. Ella y su familia ejemplificaban una de las situaciones más desdichadas dentro del barrio: su casilla de madera se había quemado hacía un par de meses y estaban viviendo en un galpón lindante, cedido por la cooperativa (donde hasta entonces había funcionado el merendero). Según contaba, corrían muchos “chusmeríos” también entre sus propios vecinos: que ella y su madre habían quemado la casa a propósito para que la cooperativa les construyera una de material. Su tía, que era enfermera y vivía en una casita nueva, lo había escuchado en el colectivo y en la verdulería. Mientras, Daniela iba a hablar con José, Gómez y otros miembros de la cooperativa que le habían prometido la mano de obra si ella recolectaba ladrillos de las demoliciones en el barrio viejo. Eso hacía después de salir de su trabajo en un peladero. Ya le habían prometido chapas y tirantes para el techo en Acción Social.

Hacia diciembre del año siguiente, visité nuevamente a esta familia. Según me contaron, tres cooperativas habían cedido los materiales para construir la casa (cocina, baño y dos piezas) y estaban pagando a un vecino por la mano de obra. Todavía faltaban las aberturas y los techos. Mientras, Daniela y su familia continuaban en el galpón. Cerrado el merendero, el único comedor que funcionaba en el barrio era el de la parroquia. Allí también se repartía “mercadería” (alimentos no perecederos), que Daniela o su mamá solían retirar. Si no, recurrían a la carnicería del hermano de la mamá en el barrio viejo.

⁹¹ Entrevista realizada por Damián Fau y Marcelo Ribero.

Para entonces el asentamiento había mejorado mucho. Unos decían que era porque vivían muchos paraguayos y trabajaban más que los argentinos, sabían construir y se hacían casas lindas. Otros decían que estaban mejor porque allí se habían mudado los transas (vendedores de droga). Estas explicaciones no eran suficientes. Como para arreglar la casa de Daniela, la cooperativa también estaba presente en el asentamiento. Así me contaba Pedro:

P: - Ahora también tenemos agua corriente y luz en la calle. Y la gente ya empezó a creer más, porque vio lo que estuvimos haciendo. Ya hablamos que no es nada más para los que están en la política, es para todos igual. Lo que falta es la vivienda. Pero se va a hacer. Nosotros ya lo hablamos. Esté este gobierno o venga otro. Primero se termina en este barrio y después se hace en el nuestro.

C: - ¿Para cuándo calculan?

P: - 2010.

C: - ¿Con quién hablaron?

P (marcando que es obvio): - [José] Domínguez.

(Registro de campo, 4 de diciembre de 2008).

Pedro trabajaba en política con la delegada del asentamiento. Ellos habían reunido las cuotas para que la cooperativa pusiera las luminarias y conectara el agua corriente. A contrapelo de lo señalado por José o Javier en el Capítulo 1, para él la gente empezaba a creer más porque veía lo que ellos hacían. Cuando charlamos, estábamos comiendo un choripán después de un acto en el barrio. A la tarde Pedro tenía que reunir a los pibes de la murga⁹² y llevarlos a otro acto en Casanova, una localidad cercana en La Matanza. Trabajaba políticamente para José. Trabajaba por mejoras en “su barrio”, y por la promesa de que la urbanización también llegaría a sus viviendas. A diferencia del resto de Torres, allí la urbanización no era un derecho reconocido en proceso de concreción sino algo a conseguir, trabajando políticamente.

Entre los habitantes de Torres, el asentamiento era parte del barrio y estaba fuera de él. Recibía diferentes nombres: el asentamiento (por su formación), el Federal (por la propiedad de los terrenos) o el barrio de los paraguayos (por el origen de muchos de sus habitantes). Una primera mirada podría concebir al asentamiento como el espacio de los *outsiders* frente a los establecidos (Elias y Scotson, 2000). Mientras Merklen (1991) reconocía la categoría “asentamiento” como forma novedosa del hábitat popular que se constituía en oposición a la “villa” y en referencia al modelo de “barrio” a partir de la acción colectiva a inicios de la década de 1980, aquí estas categorías se veían trastoca-

⁹² Las trompetas, los redoblantes y especialmente los bombos, son parte central de la participación del público en los actos peronistas. Mientras se espera a los oradores o al entonar la marcha peronista, los diferentes grupos (agrupados por sindicatos o por barrios) buscan lucirse con sus murgas (bandas).

das por el peso de la urbanización y su reconocimiento de la historia de Villa Torres como fundamento. Desde esta perspectiva, el asentamiento aparecía más bien como un lugar relegado dentro (y fuera) del barrio. Pero, a diferencia del análisis de Elias y Scotson, la división entre asentamiento y barrio no se mantenía estable a lo largo del tiempo ni constituía dos categorías sociales separadas entre sí. Más bien, el asentamiento contribuía a que la estatalización del barrio pudiera sostenerse, desplazando algunas de sus tensiones.

Tres clases

El maestro mayor de obras que antes hacía los planos, hoy coordina los trabajos de las cooperativas. Como narré en el Capítulo 2, él había diseñado un proyecto ideal de Villa Torres donde todo el barrio era homogeneizado a través de una grilla perfecta. Charlando sobre las casas que habían construido a lo largo del tiempo, Fede volvió sobre el mapa del barrio, pero ahora no como proyecto ideal sino como espacio social existente. Para él, había tres “clases” en el barrio, como en todos lados. Acá se dividían así: los que podían salir (porque sus padres trabajaban en fábricas y ellos habían podido estudiar), los hijos de titular que no podían salir (que históricamente habían vivido de changas, generalmente en la construcción) y los más pobres (que eran cirujas... cartoneaban). Estas capas se ordenaban por su distancia respecto de la ruta. Las primeras casas que ellos hicieron fueron para los del fondo, que cartoneaban. Cuando los demás no confiaban en el proyecto (y no querían saber nada con mudarse al campito del fondo), ellos habían accedido porque, aún si no era perfecto, les significaba una mejoría en su situación. Es decir, las casas no estaban tan bien como las actuales (estaban aprendiendo a hacerlas, para qué mentir...) pero eran mejores que las casillas donde vivían antes. “Ahora, en cambio, todos quieren mudarse porque ven que las casas son buenas”, concluía Fede. De todos modos, la posibilidad de lograr apoyo se ponía en juego a cada paso.

S: - Lo que nosotros hacemos tiene mucho de artimaña. No es que a la gente la vas a convencer con la idea de bien común, de que es para el barrio y para los demás. Nosotros ya aprendimos que la manera es hacer que vea su propio bien en lo que estamos haciendo. Por eso, artimaña.

C (sonríe): - Uy, esa palabra me gusta: “artimaña”. ¿Me darías un ejemplo?

S (sonríe, creo que le gusta jugar con las palabras, así también me pareció la vez pasada): - Una artimaña, por ejemplo, es aprovechar la envidia sana. Nosotros hablábamos del vecino que mira desde el balcón. Nosotros necesitábamos que se corriera para abrir calle, le decíamos pero no le hacíamos ver que necesitábamos porque si no, se aprovecha y te tira hasta ver cuánto podés dar. ¿Viste a ese que

no se quería salir de la vuelta de la Tucumán, que le tuvimos que hacer una casa de dos pisos en el asentamiento? Si saben que necesitás, sonaste. Como vos sos el que necesitás, ven hasta dónde te pueden sacar. Porque no es que porque sean pobres son buenos, es como todo el mundo: hay pobres buenos, hay pobres normales y hay pobres jodidos y verdaderos hijos de puta. Y acá hay de todo. Tampoco es que porque sean pobres son más miserables. Acá se pelean por un plato de guiso, y en otro lado se pelean por un avión pero es lo mismo.

(Registro de campo, 24 de abril de 2009).

El consenso, supuesto por la focalización de las políticas públicas en la figura del barrio organizado, debía ser alcanzado (negociado y renegociado periódicamente) en el terreno, a través de diferentes “artimañas” para lidiar con las tensiones. Aunque José pudiera hablar de “estrategia” para referirse a estas operaciones, la palabra de Federico me resultaba más acorde a la imagen decerteauiana que yo misma venía forjando para comprender sus actividades.⁹³ Para ello, uno de los caminos fue ir por partes, y comenzar con la “clase” más necesitada. Como antes Analía y Marcela, él se refería a quienes cartoneaban. Pero, a diferencia de ellas, no se trataba de señalar a quienes no cumplían con el modelo de Torres VIP sino, por el contrario, mostrar cómo la construcción de la parte nueva los tuvo como primeros adjudicatarios. El proceso de legitimación de la urbanización, materializado en la parte nueva (y expresado graciosamente en la nominación dada por Analía), implicaba un desplazamiento simbólico de quienes habían sido sus primeros habitantes pero hoy no cumplían con la calificación moral para representarla.

Por último, Fede presentaba un modelo de la estratificación social en Torres que permitía volver sobre las palabras de Analía y Marcela, así como sobre el discurso de José. Sus alternativas posibles y sus elecciones se justificaban en relación con esta otra clase (que el propio Fede parecía encarnar): quienes habían salido del barrio. En las tensiones entre las alternativas encarnadas por ambos, se había forjado la urbanización.

Vivir en Torres

Lo que digo es que la gente de afuera nunca va a entender cómo es vivir en una villa. En cambio, nosotros sí podemos saber cómo es vivir como ellos. Te puede tocar un golpe de suerte y vivís como ellos. Pero ellos no van a terminar acá nunca, por más que les vaya mal. Cómo es acá sólo lo sabemos nosotros porque nacimos acá. Y lo que pasa

⁹³ El término de Federico me evocaba esas “artes de hacer” que, ingeniosamente, logran trazar atajos jugando con el tiempo (táctica), ante la imposibilidad de aislarse de un ambiente y construir un lugar propio (estrategia) (de Certeau, 1996).

es que hay que saber enfrentar la pobreza. Es duro. Y hay gente que no la sabe enfrentar. Por eso pasan estas cosas.

(Registro de campo, 6 de noviembre de 2008).

A lo largo del trabajo de campo, mi capacidad de comprensión fue desafiada recurrentemente, por observaciones propias y palabras de mis interlocutores. La cita del epígrafe evoca una de tales circunstancias. Según esta perspectiva, mi incompreensión se debía a la imposibilidad de que yo atravesara, y supiera enfrentar, circunstancias similares a las de vivir en una villa. Para ellos, en cambio, salir de la villa y “vivir como ellos” (aunque fuera por un golpe de suerte) era una posibilidad.

En ese momento, trataba de balancear la sensación de fracaso personal como etnógrafa con la confirmación de algunas hipótesis sobre la frontera entre adentro y afuera, especificándola a través de la diferencia entre entrar y salir. Casi por casualidad (o mejor dicho, por experiencia), capté mejor el peso que “vivir en una villa” tenía para entender algo que me interesaba: cómo hacían política. Nunca habité en Villa Torres. Pero, tratando de hacer política en mi facultad, me di cuenta de la importancia que ese conocimiento local tenía para el sentido del juego, la anticipación de las jugadas y, en un buen jugador, la “artimaña”. Ahora bien, ¿qué puedo decir sobre lo que significa vivir en Villa Torres?

Fede me brindó una clave para entender, mapeando. Caminando por Villa Torres, y visitando a algunos de mis anfitriones, pude seguir los recorridos (y los chusmeríos) que elaboraban un conocimiento minucioso sobre las personas que allí habitaban y sus relaciones. Ese conocimiento también era parte del acervo que, como una “palestra de recursos conflictivos” (Thompson, 2000), se ponían a jugar en “artimañas” y “estrategias”.

Arturo era una de las personas que yo solía visitar en el barrio. Lo conocí porque en la galería de su casa funcionaba el subcomando del PJ. Él prestaba el lugar, ofrecía mate e iba a algunas manifestaciones. Mientras, trabajaba todas las mañanas en el Municipio a cambio de un plan. Era un hombre de más de cincuenta años, con un hijo que vivía en el fondo de su vivienda con su familia. De origen tucumano, hacía cerca de cuarenta años que Arturo se había instalado en Torres luego de enviudar. Enfrente de su casa habitaba su hermano. Su madre y su hermana también estaban en La Matanza, en los kilómetros. Cada vez que yo iba a Torres, lo encontraba sentado a la sombra de un árbol en la puerta de su casa, con la radio encendida. Ubicado sobre la Tucumán (la calle principal), tenía un lugar privilegiado para observar el ir y venir de coches y transe-

úntes. Enseguida entraba a prepararnos unos mates. Ese día nos acompañaba una vecina.

Estábamos cerca de las fiestas, pronto serían las internas del PJ y nosotros esperábamos a que llegaran las mujeres que trabajan en política con José para comenzar a doblar boletas y llevárselas a los afiliados. Mirábamos la gente pasar. Ellos comentaban las últimas novedades. La noche anterior habían visto a un pibe baleado dando vueltas, y a sus persecutores.

V: - ¿Sabe algo del chico que no sé si lo mataron ayer, el Lolo? Estaba herido.

A: - Pasó uno corriendo preguntando por el Lalo, dijo el Lalo. Yo no lo había visto.

V: - Estuvo andando por el barrio todo ensangrentado. Terminó caído en una zanja.

A: - Lo vi en calzoncillos, lleno de sangre.

V: - Era el hijo de Andrea, un nene de 12 años. Estaba mal hace tiempo, por la pasta base.

A: - No, no sé...

V: - El nieto de Jorge, el peluquero.

A: - ¿El hijo de la Andrea?

V: - Sí. Parece que fue a robar a la ruta y le dio dos tiros el policía de la Costera [la empresa de transportes que tiene terminal enfrente].

A: - Le sacaron los pantalones y lo dejaron venir para acá. Los otros lo estaban buscando. El alto ese que mató a otro pibe hace unos meses. El de Correa, que el tío es gendarme.

V: - Ese me parece que es policía.

A: - Sí. Lo estaba buscando. Se habrá robado un bolso... Eso es la droga, que les quema la cabeza.

Pasa un muchacho por enfrente.

V: - Este salió ahora.

A (a mí): - Estaba preso. Es amigo de lo ajeno. Lo agarraron en Casanova. Dice que no tenía nada, pero quedó dos años.

Mientras, la señora lo llama y sale corriendo para hablarle. Cuando vuelve, nos explica.

V: - Le pregunté si pueden sacar el auto que está ahí tirado. Es de él pero no sirve para nada. Está lleno de basura. Todos los vecinos tiran ahí. Ayer estaba con un olor que parecía que había un muerto adentro. Nadie se preocupa por limpiarlo ¡y viven ahí adelante! Yo vivo más lejos y limpiaba hasta que me cansé de que los demás tiren y yo tenga que limpiar. Ahora le voy a decir a Patón [José] para que lo saquen. Él entró [a la cárcel] con el Barba.

A: - Decían que iban a salir los dos juntos pero todavía no vino.

V: - Por ahí lo largan ahora. ¿Se acuerda de los chilenos? Ahora no se ven tantos. Éste nomás.

A: - Y... están todos guardados [presos]. Pero seguro que ahora vuelven. [A mí] Muchos salen para las fiestas. Van a volver unos cuantos al barrio.

V: - ¿Dónde está viviendo él ahora?

A: - Con Yuly, con su mujer.

V: - Porque él tenía dos mujeres.

A: - Sí, pero la otra se fue del barrio.

V: - Ah, no sabía. ¿Y la gorda [Yuly]?

A: - A esa le dieron casita en el fondo.

V: - Algunos tienen suerte. Hace tres meses que vinieron al barrio y ya les dieron vivienda. Se trasladaron al barrio de atrás. Nosotros, en cambio, estuvimos toda la vida acá...

A: - Yo llegué hace 40 años.

V: - Yo cuando tenía 13 y ahora tengo 51.

A: - Antes no había nadie. Tomaban terrenos grandes y les ponían el alambrado. Después vendían. En el asentamiento hicieron lo mismo. Ahora se llenó de paraguayos.

V: - Hasta la bandera pusieron.

A: - Tienen sus negocios, todo.

V: - Y ellos consiguen casa antes que los argentinos porque compran en el barrio. Lo que pasa es que son más trabajadores que los argentinos, que son unos vagos.

A (a mí): - Estos terrenos son de 30 metros de largo. El señor de enfrente vendió la mitad, el de la carnicería. La señora de acá atrás vendió su terreno y puso almacén al lado. Le va bien.

V: - A Luque le iba bien y después fundió, ¿no?

A (asiente): - El de la carnicería va a fundir porque está lleno de borrachos. No se puede pasar a comprar. Ayer me fui para el otro barrio [la parte nueva] a comprar porque acá no se podía entrar. Pero éste vende más barato: la semana pasada le compré carne para puchero, estaba a \$9 dos kilos; allá estaba a \$9 el kilo.

V: - En el barrio nuevo todo es más caro.

A: - Todos vienen a comprar acá. Será porque pagan impuestos. Pero a veces en el barrio de enfrente [cruzando la ruta] está todo más barato que acá, ¿por qué?

V: - Para mí que son los proveedores que se aprovechan.

Después se acerca un señor a preguntar si ya están con los padrones.

V: - No, todavía no vinieron.

Sr.: - Si van a estar más tarde, vuelvo. José me dijo que venga.

Asienten. Cuando se va, ellos me dicen que él roba autos, que también estuvo preso.

A: - Yo nunca estuve en una comisaría. Por nada. Una vez me llevaron pero no quedé adentro.

V: - Yo fui a sacar al de la quiniela una vez que se lo llevaron. [Nos reímos. Hablan de la quiniela. Si jugaron o no. A qué números juegan, qué número salió, que ahora no tienen plata]. Mi marido siempre me dice que él le compró el auto a Rolo, el de la quiniela. Yo me acuerdo cuando se lo llevaron, en la época en que estaba prohibido jugar así, sólo se podía en la oficial.

A: - Con los militares no se podía joder tanto. Ahora con la democracia no pasa nada.

Pasa otro a preguntar por los padrones. La señora está extrañada de que las chicas aún no hayan llegado.

A: - Tienen que poner una caja de luz en la Tucumán. No hay y cruzan los cables que es un peligro.

V: - Pasan chicos y lo tienen así de cerca. A la gente no le importa nada, es muy cómoda.

A: - ¿Cómo están enganchados de la luz ustedes? ¿También cruzan desde acá atrás?

V: - No, estamos con mi hermana. Nos enganchamos del lado de La Rioja.

A: - Nosotros estamos con el de atrás. Es un cable que viene del fondo, no de la ruta.

C: - ¿Y ahí bien? Porque antes lo tenía por el pasillo y un día, chau.

V: - ¿Le robaron el cable?

A: - Claro. Ahora está bien. Pero son muchos que sacan de ahí. No va a aguantar.

Luego, comentan dónde se mudó gente que no conozco. Hasta que llegan las chicas.

(Registro de campo, 28 de noviembre de 2008).

Este registro es citado extensamente porque permite mostrar algunos elementos recurrentes en las charlas que presencié en Torres, y la forma en que eran abordados en tales circunstancias. En primer lugar, aborda la inquietud en torno de las vidas de los pibes, el riesgo permanente de muerte asociado a los pequeños robos en la ruta, a las disputas entre grupos y a la relación con la policía (también presente en el barrio y en su entorno más cercano), y su explicación asociada al consumo de drogas. Así como Ana-lía y Marcela mencionaron la ausencia de pibes en las esquinas como la primera característica distintiva del barrio nuevo durante la entrevista, en las charlas habituales este tema reaparecía bajo otro cariz. Arturo y su vecina comentaban hechos recientes como observadores, buscaban identificar a los actores (apelando a trayectorias, parentescos y ocupaciones) y señalaban antecedentes en los cuales este acontecimiento se volvía comprensible (y en un punto previsible). Eso no implicaba que no se vieran afectados por la situación. Un sobrino de Arturo, un “pibe tranquilo”, había sido acuchillado por otro pibe del barrio (que estaba preso por ello) al volver de un boliche. El otro sobrino estaba viviendo en la “casita del padre” (y, para sorpresa de su tío, cobraba para seguir con el tratamiento). El tema resultaba cercano y doloroso para él. Pero era la familia la que se esperaba que respondiera en tales casos. El padre Tuchi era la persona a la que los parientes solían apelar.

Luego, la charla discurrió sobre las novedades, siguiendo el ir y venir de la calle. Entre los habitantes de Torres, quienes son “amigos de lo ajeno” suelen ser conocidos y respetados. Un grupo de “chorros históricos” dentro del barrio es el de “los chilenos”. Para poder sacar el auto abandonado que era depósito de basura entre los vecinos, la señora debía esperar a que su dueño volviera al barrio y pedirle permiso; después, correspondía hablar con José para que alguien de la cooperativa lo corriera de allí.

Este tema reaparecía a raíz de la visita del hombre que preguntó por los padrones (a instancias de José). Pero ahora Arturo buscaba marcar una diferencia que lo enorgullecía: que él nunca había sido detenido. Como respuesta, la mujer recordaba un mo-

mento específico. La aprehensión del quinielero era la señal de un pasado más controlado, el tiempo de los militares por oposición a la democracia.

Por último, ambos esperaban una vivienda nueva. Las diferentes “suertes” para recibir la casa se medían de acuerdo al tiempo de residencia en el barrio. Ellos contrastaban su situación con respecto a la mujer del muchacho o a algunos recién llegados, especialmente “los paraguayos”. En referencia a estos últimos, Arturo y su vecina aludían a un camino de éxito rápido asociado al trabajo: la llegada al asentamiento, la compra de una casa en el barrio viejo y la adjudicación de una vivienda en el barrio nuevo. Tanto en el barrio viejo como en el asentamiento encontraban mecanismos de ocupación, subdivisión de los terrenos y venta similares a lo largo del tiempo. Las comparaciones entre espacios también comprometían otros aspectos claves de la vida diaria: dónde hacer las compras y por dónde colgar los cables de luz. La distinción entre barrio nuevo y barrio viejo volvía a surgir en la comparación de precios entre los diferentes comercios, contrastando también con la situación en el barrio de enfrente de la ruta. Las casitas tenían los precios más altos (sin explicarse claramente por qué). Por eso, muchos seguían comprando en el barrio viejo. Con respecto a la electricidad, en cambio, los recorridos de cables diferenciaban ambas veredas de la Tucumán: mientras enfrente venían de la ruta, Arturo traía su línea del fondo. Ya próximos al verano, preveían cortes de luz y pretendían que la cooperativa instalara una caja nueva en su calle.

Mientras tomábamos mate en la puerta, Arturo y su vecina encontraban una ocasión para comentar las últimas novedades. Ambos mostraban un conocimiento pormenorizado del barrio y de sus habitantes, que iban chequeando y actualizando en la charla común. Allí se podían distinguir problemas centrales, personas a quienes recurrir en cada caso, personajes conocidos dentro del barrio, seres cercanos y distantes, y formas de categorizar espacios y habitantes que se superponían con las “clases” señaladas por Fede, operando a través de tramas relacionales que tenían al parentesco y a la etnicidad como criterios claves.

Como ellos, los integrantes de la cooperativa también solían hacer comentarios acerca de sus vecinos. Pero, sobre todo, este conocimiento aparecía asociado con sus tareas. Podía utilizarse directamente como respuesta ante un problema:

“Usted me va a disculpar por lo que le voy a decir, porque no tengo por qué decirle, pero usted reclama y yo soy muy autocrítico, entonces también le quiero decir algo a usted... Pero usted me va a perdonar porque no tengo por qué meterme. Nosotros nos equivocamos, sí, falta un cuerito o un foco, sí, puede ser, pero son cosas menores... Ahora usted me reclama y fíjese qué hace usted por

su familia, por su casa. Tiene zapatillas de \$500, le compra a sus hijos zapatillas de \$500 pero duermen en el piso. Eso les hace mal'. '¡Eh, no tiene derecho a decirme así!' 'Por eso le pedí disculpas pero es algo que uno ve y no me lo podía guardar. Toma Coca-Cola. El sábado estaba haciendo un asado con sus amigos. Yo pasé y lo vi. De casualidad pasé. Pero acá es así. Se sabe todo. Y no tiene para una cama. Así los chicos se enferman. ¿Por qué en lugar de comprar una zapatilla de \$500 no compra una de \$100 y le compra una cama a sus hijos? ¿Qué ejemplo les da a ellos? Usted me pide que haga por su familia pero ¿qué hace usted por su familia?'", contaba Javier que había contestado en una ocasión.

(Registro de campo, 14 de agosto de 2008).

Entre las quejas habituales, los miembros de la cooperativa solían insistir con que ellos debían responder por todos los problemas de las casas, aún cuando su responsabilidad legal caducara a los seis meses de firmar la entrega de la vivienda o se tratara de cuestiones menores, como en este caso. Javier citaba este ejemplo para mostrar cómo él evaluaba las responsabilidades recíprocas en el cuidado dado a la casa y, sobre todo, a la familia. La crítica se elaboraba a partir de los bienes consumidos. Zapatillas, asado y Coca-Cola son marcas de distinción en el barrio, que Javier contraponía con las condiciones de vida dentro de la vivienda y, en especial, con el hecho de que sus hijos durmieran en el piso. Su discurso se desplegaba en un registro moral y se justificaba en un conocimiento local: "acá se sabe todo".⁹⁴ En su caso, se trataba de una intromisión que exigía una disculpa. Pero el conocimiento local no sólo contribuía a fundamentar acusaciones o a acallar reclamos. También podía ser usado para convencer a los descreídos. Como Fede se refirió a la comparación entre casas (por sus balcones), José mencionaba una forma de atraer a los pibes:

La teoría que nosotros usamos en las esquinas es: Podés salir a robar un banco. No cualquier perejil roba un banco. Robás, ¿cuánto podés robar? 2, 3 millones hasta que te agarran. La mitad queda para vos, la mitad para el otro... Vos terminás en cana. Son pocos los que no terminan en cana. Ésta es la posibilidad de comprometerte. Ahora en Torres entran 40, 50 millones y tiene la casa él, la hermana, el pariente... Todos tienen y son 50 millones. ¡Qué mejor posibilidad que ésta para ayudar! Por más que vos seas el chorro más fatal que hay. El ladrón va a robar por la posibilidad de crecer, de mejorar. Acá crecemos todos, él y todos.

(Entrevista a José, 8 de agosto de 2007).⁹⁵

⁹⁴ La explicitación del conocimiento detallado de la vida del otro como parte de un enjuiciamiento moral no es exclusivo de la sociabilidad barrial. Así muestra un volante elaborado por un obrero de una importante empresa de calzado en ocasión de su cierre en 2003, dirigiéndose a los empresarios como "la familia Takopian": "Ya los conozco, sé cómo se mueven, lo que comen, cómo duermen, y mi bronca se transformó en lástima hacia ellos. Pero los perdono por no ponerse en mi lugar (humildemente)" (Balladares, 2009:13). Aquí, Balladares resalta "la familia como símbolo dominante" en dicha "empresa nacional" para comprender los sentidos del volante.

⁹⁵ Entrevista realizada por Martín Cortés, Damián Fau y Cecilia Ferraudi.

A diferencia de Arturo y su vecina, José buscaba una forma de interpelar a los pibes. Más que observarlos, juzgarlos o excusarlos, él apuntaba a convencerlos. A diferencia de Javier, no trataba de confrontarlos sino de persuadirlos. Para ello, había que entenderlos o, en términos de Federico, “saber cómo piensan”. Como José decía (más precisamente), se trataba de “hablarles en su mismo lenguaje”. Del mismo modo, Gómez contó en la presentación inicial que había llamado a un chorro reconocido para comenzar con el grupo de demolición. Así también apuntaban al problema que Arturo, su vecina, Analía, Marcela y el párroco veían: los pibes en las esquinas. Pero, en lugar de recurrir a las familias, atendían a los vínculos que hacían a la propia barra.⁹⁶

De este modo se desplegaban diferentes “artimañas” o “estrategias”, recurriendo al conocimiento sobre el barrio y sus habitantes implicado en vivir ahí, y a los modos diferenciales de hacerlo. Mientras Javier remitía más claramente a un cuestionamiento moral en términos de “dar el ejemplo” (disculpándose por entrometerse), Fede aseguraba sostenerse en la “envidia sana”, Gómez recurría a figuras destacadas dentro del barrio y José apelaba a los diferentes “lenguajes”. Uno buscaba evitar reclamos. Los otros pretendían movilizar a los reticentes. Durante la entrevista, José mostró una tercera posibilidad al relatar la “pulseada” por la canchita.

La canchita

“Acá empezó todo”, anunció Tincho. Estábamos en una esquina del barrio, frente a lo que había sido la cancha de fútbol, ahora convertida en una manzana de chalecitos recién estrenados. Según Tincho, ése era el lugar de reunión en el barrio cuando él era chico, y ahí empezó toda la “cuestión política”.

Tincho tiene treinta años. Nació en el barrio en una familia de origen paraguayo. Pero, como sus hermanos, ya no vive allí. Todos estudiaron. Su hermano mayor es Fede. Hoy Tincho trabaja con él en la cooperativa. Pero se siente incómodo con lo que hace: “me quema la cabeza, no me banco este tema de la práctica”. Él es maestro mayor de obras, como su hermano, pero también cursó parte del profesorado de historia. Para José, es uno de los “intelectuales de café”. Ante nuestra visita, siempre se mostró interesado en charlarnos. Como en otras ocasiones, Tincho generaba intriga y sospechas. Lo-

⁹⁶ Como enseña Whyte (1955), estos lazos pueden comprenderse como una forma de integración, que introduce barreras generacionales y de género. Quizá ello contribuyera a que José y Gómez pudieran elaborar puntos de contacto mayores que Arturo o su vecina. La especificidad del lenguaje de los pibes puede encontrarse analizada magistralmente en la tesis de Diez (2006) sobre un grupo de “rescatados” en el Bajo Flores.

graba así atraernos, iluminando nuestros propios prejuicios sobre la política y su lado oscuro. Para ello, teníamos que entender qué había pasado en la canchita.

En Villa Torres, la cancha de fútbol es un lugar importante. Durante los fines de semana, se suceden torneos entre equipos locales (o contra barrios de la zona). Los equipos perduran a lo largo de temporadas. Cada uno tiene un nombre y (a veces) un escudo. Los Perros, El Ombú, La Fragata, Los Rubios son los nombres de algunos de ellos. Los Perros reúne un grupo de paraguayos que vive en el asentamiento. El Ombú reunía a unos pibes que paraban bajo uno de esos árboles al fondo del barrio (compuesto por dos grupos de hermanos). La Fragata es el equipo de la manzana 22. Los Rubios es un equipo nucleado alrededor de una familia del barrio (a quienes se suele aludir como ejemplo de quienes cartonean). Los criterios de agrupamiento son diversos: localización, parentesco y etnicidad se combinan.

El público se aglomera más o menos según la importancia del partido (y la cercanía con quienes juegan). Se arman apuestas (y a veces trifulcas). En ocasiones los equipos arreglan antes de la final y se reparten el dinero. A veces todo termina en un gran asado que se prolonga hasta la madrugada. A fin de año, se suele jugar un partido entre los futbolistas más destacados de la temporada: el River-Boca. Aunque los pibes son el centro de la actividad, los demás (hombres, mujeres y niños) acompañan tomando mate alrededor, charlando, vendiendo cosas y (luego) contando las historias de los partidos (y peleas) más memorables.⁹⁷

Hoy la cancha está en la parte nueva, junto al asentamiento. Antes, ocupaba una manzana a una cuadra de la ruta. Para José, Tincho y otros de su generación, hoy la cancha es una sombra de lo que era antes. Para ellos, la época gloriosa se extendió hasta inicios de los '90 (coincidiendo con su propia niñez y juventud). “La cancha era el teatro”, sostiene José. Pero los mayores también marcan la diferencia: “El barrio se quedaba vacío”, sostiene Arturo. En el clásico de fin de año, todos se reunían alrededor, formando hinchada. El público se amontonaba. Cada hinchada llevaba un animal (un chanchito o una gallina) para la fiesta posterior. José mismo jugó durante cinco años seguidos.

Según José cuenta hoy, eso no sólo contribuía a que él fuera conocido dentro del barrio (así como ser diariero y provenir de una familia trabajadora) sino que él mismo apelaba a esa memoria colectiva cuando, en las asambleas luego de la toma, buscaba consenso.

⁹⁷ Aunque las chicas también juegan al fútbol en Villa Torres, es un deporte que aparece asociado a la masculinidad (véase Garriga Zucal, 2008).

- Entonces en las asambleas grandes, yo le decía a la gente: “¿Se acuerda cuando peleó éste y éste?” Así le llevaba a la gente a que vuelva veinte años atrás para explicarle que era la única forma de que mantengamos la historia de nuestro barrio porque si urbanizamos, dentro de treinta años íbamos a encontrarnos en una esquina y acordarnos: “¿Te acordás cuando el hermano del Negro le pegó a Franny y lo tiró?” Era como decirle El Circo Tihany en la época del Circo Tihany. Era todo un sentimiento. Era la forma de decirle: “una de dos: o urbanizamos el barrio o vamos a comprar casas en otros lugares y perdemos todo lo que vivimos acá”.

(Entrevista a José, 8 de agosto de 2007).⁹⁸

Para José, la cancha permitía entrelazar el pasado con el futuro, colocando al barrio como actor colectivo. La toma se validaba como continuación de una historia barrial, resaltando el protagonismo de los jóvenes (antes jugadores y luego padres de familia) mientras José quedaba en el centro, como actor y narrador de esa historia. Urbanizar era continuar con esa historia, en lugar de salir del barrio. ¿Por qué hacer casas en la cancha entonces?

- Cuando yo hablaba de todo eso y quiero hacer casas en la cancha, no entendía nadie. “José, ¿vos hablás de todo eso y querés sacar la cancha?” Pero detrás de la cancha había dos cosas: una pulseada política y una pulseada de decir acá no hay más cancha, acá hay otra cosa detrás, jodida.

(Entrevista a José, 8 de agosto de 2007).

El lugar de la cancha en Villa Torres es similar al del club en la etnografía de Frederic (2004).⁹⁹ Como ella narra, Artemio era un militante de Villa La Rosa, un barrio desplazado del sur del conurbano, a mediados de la década de 1990. Su historia como referente barrial estaba asociada a dos instituciones claves del lugar: el matadero y el club. Era a través de esa combinación que él había logrado reconocimiento entre las dos generaciones de hombres de Villa La Rosa. Mientras él recurría a un antiguo delegado sindical del frigorífico como su “padre” político para pedirle consejo, reconocía la lucha por sostener el espacio de la cancha como su emblema. La fama del equipo, conocido como patotero, era algo que lo enorgullecía. Defender al club como espacio en un contexto en el que los terrenos libres eran ocupados por los recién llegados era una lucha que él valoraba. “Pero, fundamentalmente era una lucha emblemática, porque había sido

⁹⁸ Entrevista realizada por Martín Cortés, Damián Fau y Cecilia Ferraudi.

⁹⁹ Otra comparación también fue clave para que yo apreciara la importancia de la cancha en Villa Torres. Mi tía es directora de una escuela en un barrio de Capital que, por su cercanía con el límite de la ciudad, recibe muchos alumnos de una villa del conurbano. En 2009, el equipo docente de la escuela decidió realizar una “investigación sociológica” para mejorar el desempeño escolar de sus alumnos, con la convicción de que las desigualdades no eran naturales. Para explicarme por qué surgió esa idea (y pedirme ayuda), mi tía relataba una historia. En primer grado, la maestra había pedido a los chicos que dibujaran el lugar del mundo donde más les gustaría estar. Un nene había dibujado la cancha de fútbol, en el centro de la villa donde vivía.

doblemente ganada a ‘la política’: a los políticos que durante los ochenta habían alentado la ocupación de lotes en el barrio, y a los que pretendían usar la cancha para ‘la política’” (Frederic, 2004:187). De este modo, Frederic avanzaba sobre una pregunta: ¿la cancha era el espacio de la autodeterminación política? En Villa Torres, la historia era diferente.

De un modo similar a Artemio, José también combinaba trabajo y fútbol para ser conocido en Villa Torres. A diferencia de él, José resaltaba su papel como diariero local. Acá no había una fábrica que fuera símbolo del barrio. Más que una trayectoria de militancia sindical, la historia de José estaba anclada en la sociabilidad barrial. Pero su relación con la cancha también era diferente. José resaltaba como futbolista (y, en su relato, goleador), no como dirigente del club barrial. Por oposición a la situación en Villa La Rosa, aquí la canchita había sido ocupada hacia fines de los años ’90. También aquí se trataba, como había dicho Tincho, de una cuestión política.

Enfrente de la cancha vivía “la puntera más fuerte” del barrio. Su casa de dos pisos resaltaba entre el resto. Ella trabajaba políticamente para Hugo Fernández, entonces Secretario de Obras Públicas municipal (y hombre fuerte del distrito). Cuando fue la toma, ella estaba a cargo de los “chalequitos amarillos”. Es decir, se ocupaba de organizar la contraprestación de quienes recibían un plan. Para guardar los materiales correspondientes, levantó un galpón que ocupaba parte de la cancha. Mónica, quien entonces formaba parte de la cooperativa, juntó firmas (a pesar del miedo de muchos) para hacer una presentación en el Municipio. Según cuenta, Balestrini la llamó por teléfono: “Me dice que Huguito es un amigo y que no podían hacer eso. Yo le dije que si no cumplían con eso lo íbamos a tirar nosotros, porque esa era la voluntad de Villa Torres” (Entrevista a Mónica, 19 de septiembre de 2007). Su presentación tuvo efecto. De arriba, la mujer recibió una orden: desocupar la cancha. Luego de eso, según Mónica, José empezó a ser “el niño mimado de Balestrini” y ella se alejó de la cooperativa. De todos modos, la mujer continuaba usando la cancha para la política. Pero estaba debilitada.

José, que hasta entonces había evitado un conflicto abierto, vio su oportunidad: “Entonces la estrategia ya cambió: hacé casas en la cancha. Nosotros le cerrábamos la pista de aterrizaje ahí y la partíamos” (Entrevista a José, 8 de agosto de 2007). Para justificar este cambio, José subrayaba la ruptura con el pasado. Hasta principios de los ’90, la cancha había sido el lugar de juego de los pibes. Después se había ido constituyendo como lugar de la política “punteril” y de algo “jodido”. Sin nombrarlos, José aludía a

los transas. Frente al grupo de transas, José recibió el apoyo de un grupo de chorros. Por eso, fue una “pulseada política” y una “pulseada entre pesados”.

- La cancha era el lugar donde, si hay una elección, entran cincuenta remises. Si hay una elección, entran los colectivos. Si hay día del niño, lo hacía ahí. Si ella a los de afuera no les muestra que puede defender la cancha, no existe más. Era para todos lados: para adentro y para afuera. No podíamos hacer la cancha. De nuevo buscamos la estrategia de la gente más, más pesada del lugar donde... en realidad, fueron a mi casa.

(Entrevista a José, 8 de agosto de 2007).

Según cuenta, José negoció con este grupo: él sólo les pedía que dijeran que las casas se iban a hacer y a cambio les ofreció que fueran ellos quienes entregaran la vivienda a sus vecinos. Las obras ya estaban firmadas en Nación. Las cooperativas comenzaron a trabajar en la manzana. Pero recibían amenazas telefónicas, las herramientas eran robadas durante la noche, los apedreaban desde las casas vecinas mientras trabajaban o escuchaban tiros al aire. El clima se fue caldeando.

- Se arma esta pulseada. Pum, pum, pum. Nos robaban, nos tiraban piedras. Entonces vino una persona que estaba conmigo y puso un auto espectacular en el medio. En el medio de las piedras, tiros, todo. Acá se hace casa. Si no, a ver quién sale a decir que no se hace casa. Nadie salió. Se hizo casa. La mina esta mandó un montón de gente para que rompa y ahí fue el funeral de esta mujer. Donde hicimos casas, plantamos la política que nosotros dijimos y ella perdió para afuera y perdió para adentro. Qué iba a ofrecer. Esa fue la más fuerte. Después hubo un montón. Hoy decís: la política la hacemos nosotros.

(Entrevista a José, 8 de agosto de 2007).

El apoyo de un grupo de pesados importantes en el barrio fue clave para sostener la urbanización. El conocimiento local no sólo operaba para eludir la crítica de un vecino o para convencer a incrédulos. También constituía una forma de jugar en las relaciones de poder locales y sus conflictos, para “hacer la política” del barrio. Así como los recursos eran importantes, la definición clave se constituyó midiendo fuerzas en una “pulseada”, un enfrentamiento. Bajo la disputa entre José y la puntera, jugaba el conflicto entre chorros y transas. Pero si unos tiraban piedras (literalmente), sólo los otros se atrevieron a poner el auto, el cuerpo y la cara. El desafío directo fue lanzado y rechazado, condenándose a la ignominia. La pulseada se jugaba en términos de honor. Para unos, se confirmó una diferencia histórica.¹⁰⁰ Para otros, allí se definió el reconocimiento tanto adentro como afuera del barrio. Más que una historia oculta (como conjetura-

¹⁰⁰ La oposición entre transas y chorros en una villa del conurbano (y sus matices) es abordada detalladamente por Alarcón (2003), para relatar la vida, la muerte y la canonización popular de un “pibe chorro”. Allí se resalta el respeto al chorro (sobre todo, si es generoso con sus vecinos) frente al deshonor del transa (que lucra dañando a su entorno), a la vez que se muestran algunas de sus ambivalencias.

mos por las palabras de Tincho), se trataba de algo que José contaba con orgullo (omitiendo la historia de Mónica).

Como narra Frederic (2004), Artemio tomaba a un antiguo delegado sindical como su padre político. José, en cambio, solía reconocer múltiples apoyos. Podía mencionar el apoyo del padre Tuchi, las enseñanzas de Pimentel o la marca de Balestrini. Pero había alguien que lo había aconsejado para manejarse en política en Torres, protegiéndolo cuando le hizo falta: Arnaldo, uno de los grandes “chorros históricos” del barrio.

La pulseada marcó el “funeral” de la mujer, su muerte política. Al poco tiempo, ella abandonó el barrio (aunque su familia continuó viviendo allí). A mi modo de ver, su partida marcaba cuán potente era el anclaje de la política en los vínculos locales. Perder políticamente implicaba irse del barrio. Si José aludía a la política como salida, su perspectiva estaba habitada por esta ambigüedad.

Como enseñaba la cita de Offerlé (1996) en el capítulo 1, nacimientos, crecimientos y muertes políticas están asociados entre sí. A diferencia de la historia relatada por Boivin, Rosato y Balbi (2003), aquí el desafío no se produjo luego de una derrota electoral ni implicó una acusación de traición. Se trató más bien de una disputa por el territorio, simbolizado en la canchita como centro del barrio. Desde una memoria que idealizaba ese lugar de la sociabilidad barrial (donde se enfrentaban periódicamente y ganaban alternativamente unos u otros), se había dado una pulseada entre dos formas de hacer política: una simbolizada en el galpón de los “chalequitos amarillos” y la otra, en las casas. La cancha operó como metonimia del barrio.

El plano

Al iniciar este capítulo, coloqué una fotografía satelital de Villa Torres para señalar las diferentes secciones: parte nueva, parte vieja y asentamiento. A lo largo de estas páginas, he ido armando otro plano del barrio que complementa el anterior. Aquí se trata de observar una forma de organizar el espacio que transcurre a través de lugares claves y vías de circulación.

El centro histórico del barrio se estructuraba alrededor de dos calles, La Rioja y Tucumán, en las proximidades de la ruta. Mientras la vieja canchita se ubicaba sobre la primera, la parroquia y la vieja escuela daban a la segunda. Los desplazamientos comprendidos en la urbanización modificaron significativamente esta distribución espacial. Mientras la cancha se ha trasladado al fondo del barrio en el límite entre la parte nueva y el asentamiento, la nueva escuela se ubica en el centro geográfico de Villa Torres en el límite entre la parte nueva y la parte vieja. La localización diferencial de estas instituciones barriales entre parte vieja, parte nueva y asentamiento refiere, de otro modo, a las divisiones espaciales internas, sus sentidos y sus ambivalencias.

La parroquia, en cambio, ha permanecido en su antiguo emplazamiento (el edificio está en proceso de renovación). Más aún, su peso como institución barrial aparece ampliado en términos espaciales: no sólo ocupa un lugar privilegiado (y ahora exclusivo) sino que, a su alrededor, concentra una serie de instituciones claves para el barrio, reguladas por la misma parroquia: el comedor (que ha funcionado históricamente en el tinglado), la Casa del Buen Pastor y la Escuela de Oficios (que han sido inaugurados recientemente como reciclaje del edificio de la vieja escuela).¹⁰¹ En estos lugares, se desarrolla “la obra del padre Tuchi”, comprendiendo a quienes más necesitan (en la distribución de alimentos) y a uno de los problemas sociales reconocidos dentro del barrio, los pibes en las esquinas.

El asfalto permite observar qué se conecta con qué, y qué queda fuera. Ese es el camino que me indicaron para entrar al barrio como el más seguro (aún cuando todavía no estaba asfaltado). Frente al mismo, La Rioja aparecía como la calle peligrosa. Si esta perspectiva podía asociarse a los relatos alrededor de la canchita, también refería a una cuestión clave: la manzana 22 era la manzana más grande del barrio, surcada por pasillos estrechos entre casas de material y casillas. Según cuentan, allí vivían las familias más pobres. Hoy muchos se han trasladado a las casitas.

En la parte nueva, no sólo hay viviendas. También se localizan los diferentes “espacios públicos” propuestos por los programas: escuela, plaza, SUM (salón de usos múltiples, usado como jardín de infantes), CIC (centro integrador comunitario, que reemplazó la antigua salita –ubicada sobre la ruta-). Además, están el predio cedido al club del barrio lindante, la canchita y el galpón de la cooperativa madre. Aunque la co-

¹⁰¹ Mientras la parroquia no ha recibido financiación estatal para su remodelación, la Escuela de Oficios y la Casa del Buen Pastor han sido edificados con aportes de los programas. El sostenimiento de los cursos, además, cuenta con el apoyo del ministerio de educación provincial, del municipio y de UOCRA (el sindicato de los obreros de la construcción).

operativa es la institución barrial que regula la distribución del espacio (en su relación con las políticas públicas), sólo dispone del galpón como lugar propio. Las cooperativas de trabajo, en cambio, suelen funcionar en núcleos deshabitados hasta su entrega (y luego se mudan a otro). El subcomando del PJ, por su parte, funciona en un espacio prestado por un habitante (en la parte vieja).

Los programas incluyen una distinción clara entre “espacio público” y “espacio privado”. La cercanía entre los lugares centrales del barrio y las casas de las personas asociadas a ellos muestra otra forma de organizar el espacio. Por la normativa, las casas sólo pueden ser utilizadas como vivienda. Aunque esto se ha flexibilizado en el uso (dando lugar a pequeños negocios en los frentes), constituye una clara limitación para aquellos espacios que funcionaban como iglesias evangélicas, como unidades básicas o como otras organizaciones sociales (y casa de pastores o dirigentes). En este contexto, la parroquia se consolida como lugar. La cooperativa, en cambio, aparece como más omnipresente en acto, en su movilidad a través de las obras en construcción.

Conocimiento local

- Yo sé lo que va a pasar de acá a cinco meses en tu barrio. Yo la pasé. No te estoy contando de una teoría, la viví.

(Entrevista a José, 8 de agosto de 2007).

En este capítulo, he intentado recorrer el barrio en proceso de urbanización para mostrar esa teoría vivida del barrio que es clave para hacer (y entender) la política en él. En principio, la urbanización (su magia) podría comprenderse a partir de un modelo de estratificación local en el cual la salida operaba como horizonte. La urbanización en Torres era vista como una forma de mejorar sin salir del barrio.

Para comprender algunos sentidos implicados en la misma, partí de una discusión recurrente en la bibliografía sobre el tema: la distinción entre villa y barrio. ¿La urbanización implicaba atravesar ese pasaje? ¿Cómo se lograba transitar por dicha frontera? ¿La relación entre ambas categorías siempre operaba como frontera? La charla con Analía y Marcela, mi primera entrevista en Villa Torres, mostraba las ambigüedades de esta distinción, encadenando dos ejes.

Por un lado, el pasaje se espacializaba a través de la separación entre parte nueva y parte vieja, dando cuenta de los sentidos atribuidos a cada una de ellas. La valorización de Torres VIP se centraba en la casa, más que en el barrio. El cambio de lugar debía validarse apelando a un cambio en la persona, a partir de criterios higiénicos, estéti-

cos y morales. A la vez, se elaboraba en relación con otros internos, diferencialmente comprendidos: los pibes en la esquina y quienes cartoneaban. Mientras los primeros estaban asociados a la villa (y sus pasillos), los segundos afeaban la parte nueva con la basura. Ante estos últimos, la respuesta había sido levantar un muro, encerrarse. Entonces, ¿la parte nueva podía pensarse como barrio? ¿Por qué se le decía comúnmente “las casitas del fondo”?

Por otro lado, el discurso de Analía y Marcela comprendía también una valoración de Torres, a partir de su centro (en la parte vieja). En principio, Villa Torres podía ser también Barrio Arieta. Sus dos nombres, vinculados a su historia, se ponían a jugar hacia fuera: el estigma asociado a la villa podía también prestigiar u ocultarse (según el contexto). Pero ellas mostraban, más bien, una valoración hacia dentro del barrio, donde se ponían a jugar los lazos de parentesco y los vínculos entre vecinos. Una regla básica guiaba su apreciación del barrio: “Acá adentro nunca pasó que lastimen a la misma gente de acá adentro”. Insistiendo sobre la frontera fuerte (en que se constituía también el estigma), ellas querían al barrio porque, contrariamente a lo que un observador externo experimentaría, para ellas resultaba más tranquilo que otros barrios (supuestamente lindos) donde podrían vivir. Su discurso se sostenía en la distinción entre la gente del barrio y la de afuera. Pero mostraba también que no existía un único modelo de barrio al que aspirar. La urbanización implicaba una forma de mejora posible. No se trataba sólo de distinguir entre pobres dignos e indignos sino fundamentalmente de vivir dignamente siendo pobre.

La ambigüedad entre estos dos ejes resulta estructurante para comprender la urbanización como proyecto, y la figura del barrio organizado implicado en ella. Pero la charla con Analía y Marcela era significativa no sólo por lo que decía sino también por sus silencios. El asentamiento quedaba fuera de esta concepción del barrio (así como del plano que nuestros guías nos dieron para movernos en él). Producto de la urbanización (y en permanente cambio), constituía un espacio entramado en la misma como lugar hacia el cual se desplazaban algunos de sus conflictos: recién llegados, no censados, quienes preferían o no podían vivir con todo “legal” (fuera por sus ingresos o por sus actividades), o quienes esperaban la urbanización y trabajaban en política para ello.

El modelo de estratificación local bosquejado en tres clases mostraba los trazos gruesos para entender la urbanización, y la vida en Villa Torres. Pero, como indicaba el mismo Fede, la “artimaña” del conocedor local implicaba algo más. Según José, haber vivido en Torres daba un conocimiento que no era sólo teórico. Ese conocimiento circu-

laba en la sociabilidad local, actualizándose con las novedades diarias. Así se mostraban los temas claves: los pibes, los últimos trasladados (a la parte nueva), los recién llegados y los recién salidos (de la cárcel)... Además, las vicisitudes del día a día: precios, cortes de luz, quiniela, tiroteos. Javier, Fede o José mostraban no sólo apelar a un modelo de estratificación local sino pretender “saber todo” de los demás, “entender cómo piensan” o “hablar su lenguaje”, respectivamente. Y ponerlo a jugar en la urbanización: para evitar reclamos, para convencer a incrédulos o para ascender en las relaciones de poder locales. Así llegué a la canchita. La disputa de José con la puntera más fuerte del barrio se había dirimido sobre una pulseada entre chorros y transas, consagrando a José para “hacer la política” del barrio. La estrategia fue hacer casas en la canchita.

La canchita era un símbolo del barrio que permitía unificarlo en su historia. A partir de ella, José era conocido por sus vecinos (junto con su trabajo de diariero) y valorado. Sin embargo, la historia de la canchita, como historia de Villa Torres, había pasado su momento de esplendor. Desde inicios de los años 1990, había comenzado a cambiar, como lugar asociado a la droga. Hacia fines de los '90, había sido ocupada por “la puntera más fuerte del barrio”, que vivía enfrente, para montar el galpón de los “chalequitos amarillos” (guardando las herramientas de quienes cobraban un plan). La disputa con “la puntera” implicó una presentación al municipio donde era respaldada para demoler el tinglado (allí José no se metió) y avanzarle sobre su “pista de aterrizaje”, haciendo casas. Para ello, José recibió el apoyo de un grupo de “chorros históricos” del barrio.

Así, el proceso de consolidación de la cooperativa como “la política” de Torres había pasado por el sostén de la parroquia (que había consolidado su lugar en el barrio a lo largo de la urbanización) y el desplazamiento de la puntera más fuerte, jugando con otras relaciones de poder en el barrio: la disputa entre transas y chorros. Mientras la cooperativa se volvía omnipresente en Villa Torres a través de las obras, la parroquia lograba ampliar un lugar propio en el centro del barrio.

A la unidad del barrio ante el estado, era preciso complementarla con la complejidad del barrio estatalizado. La legitimidad que constituye el punto de partida de aquella imagen del barrio debía negociarse y renegociarse periódicamente. En ello, el proyecto ideal se transformó en un proyecto real de urbanización, que partía del reconocimiento de la trama social local, y operaba con ella. La urbanización constituía, entonces, una forma de mejorar sin salir del barrio.

CAPÍTULO 4. Estar contemplado

Evita vuelve a sonreír desde este lugar de La Matanza, nuestra patria chica, al ver que se hace realidad lo que ella nos enseñó cuando dijo ‘donde hay una necesidad, hay un derecho’. Yo quiero agradecerles mucho a todos los habitantes lo que están haciendo.

Palabras del Intendente de La Matanza,
acto de inauguración de asfalto y
escuela de oficios en Villa Torres

“No tenés que hablar de derecho porque la gente entiende mal. Tenés que decir que está contemplado, o no está contemplado en esta etapa”, le recomendó Sandra a una de las “chicas”. Hacía unos días se había realizado una reunión imprevista (cuando ella había salido por un asunto familiar). Una pareja joven buscaba “firmar” (para entrar en la siguiente etapa, tal como les habían ofrecido). Según les informaron las chicas, antes ella debía ponerse de acuerdo con sus hermanos porque su mamá, la titular de la casa, había fallecido y tenían que “acordar a quién pasaba el derecho”. Además, la pareja solicitaba un “lugar provisorio” para alojarse después de firmar.

Ahora Sandra y ellas estaban evaluando los resultados. Sandra solía insistir con el uso de las palabras: se trataba de hablar en términos de prioridades, etapas y estar contemplado, evitando el uso de la palabra derecho. Las cuestiones claves involucraban las inclusiones y exclusiones, así como los tiempos de cada obra. Eran temas complejos que requerían mucho tacto. Como había dicho Sandra en la charla con Federico, se trataba de llegar a acuerdos.

En principio, los criterios parecían más o menos claros. Todas las familias registradas en el censo de 1999 tenían derecho a una vivienda. Esto comprendía a los “titulares” y a los “hijos de titular” (o “hijos del barrio”) que hubieran conformado “familia” (en la práctica se consideraba que tuvieran hijos convivientes registrados en el censo). El proyecto propiciaba un modelo de familia nuclear, apuntando a quienes tenían casa en el barrio (no a los inquilinos, que eran tomados como población transitoria) y a su descendencia. Según este registro, “la urbanización de Villa Torres contempla 1.400 derechos”.

A través del censo, el proyecto de urbanización respondía a una demanda tal como se había orquestado en un momento específico. Pero la propia urbanización involucraba una temporalidad en “etapas”, con incertidumbres y esperas diferenciales.

Transcurridos los años, se habían producido varios cambios en las situaciones habitacionales y familiares de los pobladores. El censo se invocaba como criterio inalterado para delinear inclusiones y exclusiones, mientras traza y esponjamiento (dos términos técnicos) eran aducidos como criterios para establecer “prioridades” (a la vez que se tenían en cuenta los casos de enfermedad grave). En la práctica, esta definición general se actualizaba a través de diversos mecanismos: reuniones de manzana, citas en la unidad ejecutora, acuerdos firmados, quejas, ocupaciones... entre otros.

Si la palabra urbanización había favorecido la acción colectiva porque... ¿quién podía estar en contra?, la implementación de esta política pública se desarrollaba por “familia” estableciendo diferenciaciones dentro del barrio. A la vez que se imponía sobre la totalidad de los habitantes de Villa Torres, la urbanización operaba individualizando caso por caso.

En este capítulo abordaré la trama de la urbanización a partir de un concepto clave: “estar contemplado”. Como en el capítulo 2, se trata de una pregunta en torno de los mecanismos a través de los cuales la urbanización como política pública se concreta. Pero, más que observar el barrio como totalidad, atenderé a algunas situaciones particulares.

Analizar los criterios de inclusión y exclusión de esta política pública tal como se desenvuelven en la práctica implica dar cuenta de una concepción específica de derecho y los mecanismos a través de los cuales opera. Esto conlleva reconocer los procedimientos a seguir, especificar las evaluaciones de diferentes alternativas y describir las formas de dirimir conflictos. A estas cuestiones se dedican los primeros cuatro apartados del capítulo.

A partir de allí, es posible revisar la pregunta por la política. Para ello, analizo el camino abierto durante la visita a la Unidad Básica de Fierro. Llegamos buscando una entrevista. Salimos comprometidos para asistir a una reunión con “vecinos”, por las “irregularidades” en la urbanización. En el marco de la implementación del programa, el encuentro con Fierro permite observar la relación entre denuncia y disputa política (como estrategia del débil). Pero ese periplo supone una categoría clave en la urbanización (y sus tensiones): “estar contemplado”.

Los pasos seguidos

Para algunos habitantes, el procedimiento para la adjudicación y el otorgamiento de la vivienda había transcurrido sin dificultades mayores. Entre ellos, Inés se destaca por el detalle con el cual enumera los pasos seguidos desde el censo hasta las diferentes etapas de edificación de su casa.

- ¿Cómo obtuviste vos el tema de la mudanza?, ¿cómo lo tramitaste?, ¿de qué dependía el tiempo?

- El tiempo de mudarme, ¿cómo se tramita eso? Por ejemplo, nosotros nos adjudicamos un lote en una reunión con todos los socios de la cooperativa. Nos elegimos el lote y se construyó lo que es el núcleo, que lo hizo, en mi caso, el PROMEBA. Al adjudicarnos un lote, sabemos que ahí va a ser nuestra próxima casa. Esto fue hace bastante tiempo. Y el año pasado se empezó a edificar lo que es mi casa hoy y lo edificó una cooperativa, San José Obrero. (...) El tema de la mudanza no te entendí ahí. ¿Vos me querés decir cuáles fueron los pasos que se hizo para obtener la vivienda?

- Claro, ¿vos desde cuando tenés adjudicado el lote?

- Entramos en un censo en el año 89, 90 [se refiere al censo del '99], vos fijate el tiempo que hace de esto. Me hicieron la visita con la visitadora social, el censo era un relevamiento de datos: la vivienda, cuánto espacio teníamos, contando lo que es baño y cocina. Y la pregunta era la siguiente: ¿deseás trasladarte a lo que era el campo en ese momento o te quedás en el lugar donde estás? Entonces yo decidí mudarme.

Con el tiempo, por donde yo vivía, justo por ese lugar pasa una calle, entonces sí o sí, yo me tenía que ir de ahí. Pero yo tenía la posibilidad de elegir si me mudaba al barrio nuevo, a las tierras nuevas, o quedarme en lo que es el barrio anti-guo, en el casco vendría a ser. No, yo decidí irme.

- Y la pregunta era también: ¿cómo se decide el tiempo en el que cada uno se muda? Porque hay gente que todavía no se mudó, hay gente que se mudó bastante tiempo antes que vos, vos te mudaste hace poco. ¿Cómo se distribuye eso?

- Siempre tienen la prioridad en mudanza, prioridad entre comillas, aquellas personas que son desponjados. Desponjado quiere decir que por dicha casa, justo donde está la casa se tiene que abrir una calle, entonces para que esto avance, las calles se tienen que abrir, entonces, tienen que salir esas personas de ahí. Quizás justo la persona "x" que está en ese lugar donde va a pasar la calle no tiene su vivienda terminada en realidad, entonces la trasladan a una vivienda provisoria, ya sea en el barrio nuevo o acá. (...) Por ejemplo, en mi caso justo pasa la calle, así que bueno, eso fue también lo que acelera. Si vos caminás por lo que es Manzana 22 y si hay diez casas es mucho ahora, está todo deslindado porque todos se mudaron porque tienen que pasar las calles por ahí. Eso es lo que agiliza, a veces, el tema de mudanza y quizás también para algunas personas, dentro de los que acarrea mi caso, también por algún problema de salud. Yo antes de mudarme, por ejemplo tenía una neumonitis, entonces mi casa, yo vivía más adentro que afuera, la humedad que había, entonces yo no podía vivir más ahí. Entonces por una cuestión de salud como que se agilizó un poco. También se da prioridad a eso de las personas.

(Entrevista a Inés y Blanca, 9 de agosto de 2007).¹⁰²

Inés describe el procedimiento orquestado en torno de las políticas públicas. Explica su situación a través del censo insistiendo en su manifestación temprana de la voluntad de mudarse como clave, apela a la categoría de esponjamiento para delimitar plazos diferenciales y da cuenta de la prioridad otorgada a los casos de enfermedad para incorporar excepciones.¹⁰³ A la vez que remite a su participación en las reuniones de la cooperativa madre para explicar la elección de lote, describe las atribuciones de los diferentes programas en la construcción de su vivienda e identifica a la cooperativa de trabajo a cargo de sus ampliaciones. Finalmente, incorpora algunos parámetros más generales que contextualizan su situación: los cambios ocurridos en la manzana 22 (la más grande del barrio, ubicada al fondo y considerada como la más peligrosa), la forma en que se organizan las cooperativas, la existencia de viviendas provisorias o la alternativa de mudarse dentro del barrio viejo.

Por la manera en que relata el proceso, su discurso podría confundirse con el de alguien a cargo de adjudicaciones y traslados. Pero Inés se centra en su propia situación. Su conocimiento de los vericuetos de la urbanización proviene, más bien, de una profunda inserción en la trama barrial. Según sus propias palabras, ella sólo tiene una “participación social” en la parroquia. Allí, Inés es una de las encargadas del comedor.

De todos modos, cabría delimitar más claramente su excepcionalidad. Como el de Inés, muchos testimonios aluden a los criterios oficiales para justificar prioridades. “Esponjamiento” (“desponjamiento” o “esponje”, según diferentes versiones) es un término técnico cuyo uso se ha generalizado en Villa Torres. En principio, no aparece cuestionado como criterio. Pero tampoco se muestra como una verdad esotérica que anula las capacidades de acción. Como mostraré más adelante, algunos disputan la validez de cierta aplicación específica. Más aún, tanto la posibilidad de mudarse en el barrio viejo como las “artimañas” para “convencer” a algunos habitantes de ceder su terreno para la urbanización (y las negociaciones asociadas a estas situaciones privilegiadas) permiten constatar el valor técnico de los criterios así como las interdependencias que se generan en torno de los mismos. La urbanización se construye en una minuciosa trama de “acuerdos” (y presiones recíprocas). Como señalaba José en la charla de la presentación, a veces ellos mienten “por el bien” de todos. Como él mismo reconocía, una de

¹⁰² Entrevista realizada por Martín Cortés y Damián Fau.

¹⁰³ En el testimonio de Inés, se produce un solapamiento entre esponjamiento (vaciamiento de parte de la manzana para loteo) y traza (apertura de calle).

sus ventajas consiste en poder esperar. Esto es clave, porque la cuestión central para quienes ya tienen un derecho reconocido suele ser la del tiempo de espera.

- ¿Cómo se hace para conseguir una casa entonces?

- A mí me dijeron que tengo que ir a hablar en la cooperativa o con José para ver si me dicen que espere. Porque me dicen también que yo puedo salir, dejar este espacio para el día de mañana si se van a edificar casas para dar lugar a otro. Primero va la gente que sale y por esponjamiento, y después la demás gente.

(Entrevista a Verónica, 9 de agosto de 2007).¹⁰⁴

Así como Inés, Verónica conocía el procedimiento que le concernía y los criterios a partir de los cuales se justificaría su situación. A diferencia de ella, su camino no pasaba tanto por participar de las “reuniones” de la cooperativa (una actividad que había quedado en el pasado) sino por “ir a hablar” allí, y especialmente con José. Para ella, lo importante era que su situación fuera resuelta pronto. Para otros, la situación es un poco más complicada.

Tener el derecho

Mientras Inés y Verónica partían de derechos ya reconocidos en el censo de 1999 centrándose en la secuencia ‘burocrática’ para su concreción, otros habitantes de Villa Torres debían resolver situaciones más complejas. Una cuestión clave se vinculaba a los cambios ocurridos desde el censo hasta la actualidad. Las familias censadas mutaban por migraciones, nacimientos, muertes, uniones y separaciones. Las viviendas censadas cambiaban de titular (ya fuera por venta, por cesión o por fallecimiento, situación en la cual a veces convivían diferentes titulares posibles). Uno de los escenarios más frecuentes remitía a la compra-venta de las casas.

Como muestra Cravino (2006:165-166), en las villas coexisten formas mercantilizadas y no mercantilizadas de acceso a la tierra y a la vivienda. Entre las primeras, las transacciones de compra-venta inmobiliaria se desenvuelven a través de un mecanismo parcialmente distinto del “formal”. En general comprador y vendedor se contactan cara a cara, dado que la información circula localmente. Frecuentemente ambas partes firman un papel como registro de la operación. En ocasiones se desarrolla con presencia de testigos. Además suele existir cierta flexibilidad en el pago.

En Villa Torres, estas condiciones son similares a las analizadas por Cravino. Pero se presentan algunas singularidades. Por lo pronto, las operaciones son registradas por parte de la cooperativa. “El dueño te vendía la casa, te hacía el recibo e ibas a la

¹⁰⁴ Entrevista realizada por Martín Cortés y Damián Fau.

cooperativa y te cambiaban el nombre” (Entrevista a Patricia, 16 de julio de 2007).¹⁰⁵ De este modo la información del censo se fue actualizando con el correr de los años. El derecho se transfería al nuevo titular.

- (...) Yo estoy viviendo allá [parte vieja] pero en realidad me adjudicaron acá [parte nueva]. Cuando me separé, tuve que comprarme una casita para irme. Entregué esa casa a la unidad ejecutora de la cooperativa madre. A mí me va a estar saliendo el año que viene... En esto tenés que tener paciencia. Si no tuviera los problemas que tengo, espero. Pero estoy desesperándome.

- **¿Cómo fue cuando compraste la casa?**

- Con trabajo. Esa casa se va a tirar pero ahora la usan como transitoria. La compré en agosto del año pasado. Pero hay mucha gente que no quiere venir para acá, porque... En realidad la gente que vendió la casa tiene una vida medio... Anda mudándose porque la policía los busca siempre. Por eso no me fui a vivir a esa casa, porque podría haber ido y esperar ahí, pero había ido la policía no sé cuántas veces... Pero la compré porque era un buen precio y estaba buscando una y así ya tenía el derecho. Porque si yo quería una casita acá, tenía que ser dueña.

- **¿Y el trámite?**

- Tenés que ir a la Unidad Ejecutora de la cooperativa madre, mostrar el recibo, se miran los registros, pasa a mi nombre y quedo dueña...

- **¿Cuánto te salió?**

- 8 mil pesos. Ahora no hay casas para comprar (el año pasado sí) y unos precios... Ahora si te venden, te están pidiendo 20 mil, 30 mil por una casita que... incluso ya nadie quiere vender porque saben que van a tener una...

(Entrevista a Adela, 2 de agosto de 2007).¹⁰⁶

Adela compró una casa al separarse del padre de sus hijos.¹⁰⁷ Sin embargo, no la compró para habitar allí, como uno podría imaginar. La compró para tener el derecho que perdió al dejar la casa donde fue censada su familia. Aunque los hijos fundamentan el derecho a una casa, en caso de separación el mismo no está atado a los hijos sino a la casa censada. Para tener el derecho, Adela debía ser dueña.

A lo largo del tiempo, esta relación entre vivienda y derecho ha impactado tanto en las diferentes estrategias de los habitantes para acceder al derecho como sobre la disponibilidad y el valor de las casas en el casco viejo. Por ello, existe cierta independencia entre las condiciones de la vivienda y su precio. Sin embargo, esta separación no es absoluta. De hecho, Adela logró un precio relativamente accesible porque la casa estaba “marcada” por la policía. Por eso mismo, no la habita sino que la cedió a la cooperativa

¹⁰⁵ Entrevista realizada por Natalia Verón y Cecilia Ferraudi.

¹⁰⁶ Entrevista realizada por Natalia Verón y Cecilia Ferraudi.

¹⁰⁷ Desde hacía menos de un año, Adela trabajaba en una cooperativa como secretaria. Antes trabajaba como empleada doméstica. Aunque ya había recibido el ofrecimiento del párroco para conformar una cooperativa en 2004, había desistido por desconfiar del proyecto. Por las mismas redes ahora había logrado entrar en una cooperativa. Estos contactos le permitieron enterarse más fácilmente de la posibilidad de comprar una vivienda así como ahora seguir de cerca su caso (e insistir para que su casa fuera construida pronto). De todos modos, la espera se volvía difícil... y Adela se desesperaba.

para que fuera utilizada como “transitoria” (es decir, habitada por quienes accedieron a demoler sus viviendas como parte del proceso de urbanización pero aún no tienen edificadas sus viviendas definitivas).

En otras palabras, la compra-venta de casas se ha constituido en una forma de adquirir un derecho. Incluso, estas transacciones son referidas por personas involucradas en la cooperativa como “comprar un derecho” o “vender su derecho”. La condición de titular se impone sobre la antigüedad de residencia en el barrio (excluyendo a los inquilinos). “Hay gente que hace años que está alquilando, pasan de un lugar a otro, y reclaman derecho pero no tienen derecho. O tenían y lo vendieron” (Registro de campo, 14 de agosto de 2008).¹⁰⁸ El derecho, expresado en singular y asociado a la persona en tanto titular (dado que cada uno sólo puede disponer de un único derecho), puede ser objeto de operaciones de compra-venta. Pero no es la única forma de transferir un derecho.

A lo largo de la etnografía en Villa Torres, descubrí una serie de usos diferenciales de la palabra derecho para referir a las casas. En principio, la vivienda era reconocida como un derecho. En ese sentido se desarrollaba parte del discurso de José durante la presentación de la urbanización respecto de la vivienda digna o se podía comprender la disputa entre Federico y Pimentel que aparece mencionada en el capítulo 2. Este sentido aparecía como similar al enunciado por el intendente, evocando a Evita. Sin embargo, existían otros usos de la palabra: uno tenía un derecho que podía perder, ceder, dar o vender; o, en caso de no tener, lo podía comprar; en ocasiones las familias debían acordar quién se quedaba con el derecho. El derecho era una posesión asociada a la casa censada. Como le indicaba José a un señor que lo había llamado por el celular:

- Lo que pasa es que el Estado para ubicarte acá, vos le tenés que mandar el censo de la familia del '99. Si no le mandás el censo, no te dan la casa. Es así. Es simple. No le podés mandar un censo de alguien que no estuvo en el '99. Salvo que haya alguien del '99 que le dé el derecho y se vaya. Si hay alguien del '99 que se vaya al 32 o al 28 y le da el derecho a tu pibe y ese se va, ahí sí: saco el censo ese y le mando un reemplazo. Suponete que vos tenés el derecho y te vas al 32, vos hacés una transferencia y le dejás a tu hijo. Ahí sí se puede. Porque el Estado te sac... el derecho tuyo se lo pasa al pibe. ¿Entendés lo que te digo? Siempre se puede pero siempre que haya alguien que se vaya.

(Registro de campo, 28 de septiembre de 2008).

¹⁰⁸ Como señala Cravino (2006), la distinción entre “inquilinos” y “titulares” es un criterio muy importante de división social en las villas que analiza. Aquí esta separación se ve reforzada por el hecho de que los inquilinos están excluidos de la política pública. Aunque es un tema delicado, tampoco es un eje central en las disputas que he conocido a lo largo de los años. Quizá porque su propia condición es reconocida socialmente como “transitoria” (y ocupen una posición liminal dentro del barrio) más allá del tiempo de residencia, como señala Cravino.

Irse al 28 o al 32 significa ceder el derecho a una casa en el barrio e intercambiar el derecho a una ampliación en la casa de un pariente por una casa dentro de los barrios planificados por el Plan Federal de Construcción de Viviendas, que se señalizan a partir del kilómetro de la ruta 3 a cuyos márgenes (más o menos distantes, según el caso) se ubican. Aunque aquí José proponía esta solución a un señor que pretendía que su hijo tuviera el derecho, en general el Plan Federal era utilizado en sentido inverso (para los hijos). Así como José enfatizaba que era un requisito que el Estado les imponía (y controlaba a través del registro censal), evitaba decir que el Estado sacaba un derecho (para darlo a otro). En términos más adecuados, el derecho pasaba de padre a hijo por la acción del propio padre, a través de la transferencia. Así como se puede vender, un derecho se puede transferir, dar o ceder.

Como señalaba Cravino (2006) respecto de las villas de Capital, aquí también existen formas mercantilizadas y no mercantilizadas de acceso a la vivienda. A diferencia de su análisis, aquí media la palabra derecho, constituida como síntesis de una serie de estatutos específicos elaborados como apropiación local de las políticas públicas.

Dentro de este contexto, también tienen lugar formas no mercantilizadas tratadas como ilegítimas. En especial, la ocupación de espacios libres es una cuestión clave (ya sea terrenos demolidos cedidos a la urbanización, núcleos en construcción, casas “prestadas” por sus antiguos habitantes o viviendas “provisorias” cedidas por la cooperativa). Si tanto el poblamiento de la villa como la toma que dio origen a la urbanización remiten a procesos de ocupación de tierras, hoy una parte significativa del trabajo de quienes conforman la cooperativa consiste en evitar acciones similares.¹⁰⁹

“La familia ya está mudada. Se le concedió que la hermana siga viviendo ahí, prestado, porque no tenía adonde ir con su familia. Esto hace uno o dos años. Como todo tarda. Ahora el cuñado reclama derecho. Son todos vivos. Pero ahora él está en Paraguay. Parece que cruza a gente, hoy miércoles los cruzan. Después se traen a todos los parientes y reclaman. Pero los vecinos saben quién tiene derecho y quién no. Nosotros somos vecinos. No nos pueden mentir. Pero muchas veces los problemas son en la misma familia. Uno dice que sí, otro que no. Las separaciones, los hijos y yernos, los hermanos, tienen que arreglar entre ellos. Nosotros ya lo hablamos eso. No nos podemos meter. Quién se queda con el derecho y todo tiene que quedar ahí. Porque si no, quedamos pegados. Pero como está todo por ley ahora, ley del Congreso, nosotros tenemos a la municipalidad y a la policía. Ellos saben que los podemos llamar si hay problema. Tratamos de no hacerlo. Pero acá no quedaba otra”, me cuenta Viviana. “¿Entonces los pesados son la familia esta que él puso? ¿Son pulenta?”, pregunto. “Sí... Bah, no,

¹⁰⁹ Como relata Diez (2006:27), a partir de su etnografía en una villa de Capital, la ocupación de viviendas edificadas por el Estado antes de la entrega a sus adjudicatarios puede resultar legitimada por los vecinos como solución para las “familias jóvenes del barrio”.

pesados no. Porque nadie los conoce. No son gente del barrio así que no pueden decir nada”.

(Registro 14 de agosto de 2008).

La cooperativa no sólo es un lugar donde registrar los cambios de titularidad sino que dirime en las situaciones, delimitando qué es legítimo y qué no (y actuando en consecuencia) en una apropiación de las políticas públicas. A veces José (y los demás) podía apelar al Estado como fuente de una obligación que trascendía a los propios actores; en otras ocasiones leyes y policía aparecían más bien como respaldo. Pero, en lo fundamental, estas situaciones se resuelven recurriendo a los vínculos de parentesco y vecindad entre “gente del barrio”.

Firmar

Este capítulo se inició con una recomendación de Sandra a las “chicas”. Una semana antes, una de las hermanas Ortega se había presentado en la unidad ejecutora sin citación previa. A la unidad ejecutora, uno puede concurrir pidiendo turno con José, o presentarse en el horario de atención para hablar con él, con Sandra o con Sanmartín. En otras ocasiones, uno llega convocado para una reunión. Sandra es quien las organiza, las chicas confeccionan una carta “invitando” a las personas involucradas, José la firma y ellas se turnan para llevarla (en general discuten para evitar poner la cara). En esta ocasión, José estaba ocupado (usualmente quien llega sin turno, debe esperar más de una hora antes de ser atendido por él) y Sandra se había retirado. Elsa, Yeny y Gabriela –las “chicas”- hicieron pasar a la muchacha y a su novio. En la oficina había una mesa larga donde nos sentamos los seis.

Ellos venían para firmar. Antes habían pasado por la cooperativa pero Viviana le había dicho que era “todo legal”, que ella no conocía su situación ni tenía sus papeles para firmar allí. Según contaron entonces, les habían ofrecido incorporar su casa en la próxima etapa de obras, a condición de que decidieran pronto: debían optar por quedarse en el lugar (y entrar en la siguiente etapa) o trasladarse (y esperar a las nuevas adjudicaciones). Como la titular había fallecido, sus hijos debían ponerse de acuerdo para designar un nuevo titular antes de firmar.

A continuación reproduzco un fragmento extenso del registro tomado entonces (y editado). En esta situación, intento ver cómo se ponen a jugar los vínculos de parentesco y de vecindad en la concreción de la política pública, contribuyendo a dilucidar qué significa tratar con “gente del barrio” en la práctica de la urbanización. Más aún,

esta situación presenta elementos para elaborar más claramente el papel de la cooperativa en dicha trama, desplegando una discusión en torno del derecho y la legalidad.

Entran Paula y el novio. Ella dice que están porque quieren firmar para que le hagan las ampliaciones pronto, que se decidieron a quedarse ahí, como ellos le habían dicho que hicieran para que empiecen la obra pronto. Pero que no tienen dónde quedarse hasta que esté, si no hay nada provisorio. Elsa dice que ellos les decían que se decidieran porque estaban armando las listas para la próxima etapa, la octava, que ya están pero igual los pueden agregar y poner para que se haga pronto. Yeny agrega que empezarán en diciembre-enero y tardarán tres meses, como mucho. Entre ambas repiten varias veces que no tienen lugar provisorio para darles. Que tendrían que buscar algo por su cuenta. Ellos dicen que vinieron a hablar con José por eso, que ellos no tienen adónde ir. Yeny va a hablar con José y vuelve. Que no hay lugar provisorio. Pero quieren hablar ellos. Pueden esperar. La charla continúa.

Elsa: - ¿Ya se pusieron de acuerdo entre todos los hermanos? [Y mirándose:] Por que esto es por el fallecimiento de la madre.

Gabriela: - La casa le tiene que quedar a ella, porque ella es la que se ocupó de su mamá cuando estaba mal y la que tiene a su cargo a Adriana.

Paula: - Sí, pero no sé porque también están mis otros hermanos y la casa queda a nombre de Adriana.

Gabriela: - Adriana es la mayor pero tiene deficiencia y está a cargo de ella [señalando a Paula].

Paula: - Lo que pasa es que también está Claudio.

Yeny: - ¿Pero Claudio no tenía otra casa?

Paula: - No, se la dio a Ramiro. De común acuerdo. Entonces él tiene derecho a una ampliación. [Adriana, Ramiro y Claudio son tres de sus hermanos.]

Gabriela: - ¿Por qué la ampliación de Claudio no es entonces en la casa de Ramiro?

Elsa: - Fue una cesión de derecho. Ellos intercambiaron los derechos que tenían. El derecho de Claudio ahora es en la casa de la madre.

Gabriela: - Yo pregunto porque estuve charlando antes con ella, y sé que no puede vivir con Claudio, que se pone loco y no te podés cruzar con él.

Novio: - Sí, ya tuvimos un par de agarradas. No se puede.

Elsa: - Eso es algo que tiene que arreglar la familia. Nosotros no nos podemos meter. Se tienen que poner todos de acuerdo y entonces firman. Nosotros vamos a armar los papeles.

Paula: - Por eso venimos a pedir algo provisorio. Porque no se puede vivir en esa casa. Porque no somos sólo mis hermanos sino que todos tenemos pareja. No nos llevamos bien.

La discusión continúa entorno de estos temas. En un momento, Yeny también interviene diciendo que entonces le corresponde a ella. Elsa la interrumpe señalando que esa es decisión de la familia, que ellos no se pueden meter. Insiste con esto varias veces. Gabriela interviene: “El tema es que Claudio fue declarado insano hace como seis años y entonces él no podía firmar nada”.

Mientras, Elsa le pregunta si ellos no se pueden buscar otro lugar. Barajan diferentes alternativas: la casa del papá de él, la casa de la hermana de ella... Ellos descartan las opciones alegando diferentes razones. Elsa les dice que hay otras familias que hacen mucho sacrificio para que les hagan la casa, que ellos tienen

que hacer un sacrificio. Yeny les trae un turno con José para la semana que viene. Dicen que quieren que les conteste hoy. Entonces tienen que esperar.

Gabriela: - Yo hablo porque conversé otra vez con Paula y sé la situación por la que está pasando. Es ella la que se hizo cargo de la mamá y los hermanos quieren dejarla en la calle.

Paula asiente.

Gabriela: - Perdón que vuelva sobre el tema pero ¿vos sabías que tu hermano iba a ceder su derecho? Ramiro no tendría que haber permitido.

Paula: - No.

Elsa: - ¿Quién de la cooperativa estuvo presente cuando firmaron eso?

Paula: - Gómez.

Elsa: - ¿Tu mamá sabía?

No sé qué contesta pero Yeny va a preguntar a Gómez y vuelve diciendo que la mamá sabía todo y que se firmó aceptando que Claudio tuviera la ampliación en su casa. Yeny insiste un par de veces con preguntar si fue la asistente social, si la situación está registrada. Se fija en una carpeta donde no figuran. Que tiene que hacer un relevamiento para recomendar una solución alternativa. Que ella podría decir que la ampliación de Claudio tenga salida aparte. Elsa también mencionó esa posibilidad antes. Ahora dice que no hace falta que lo diga la asistente social pero se tiene que hablar con el arquitecto. Gabriela pregunta si se puede, si está contemplado en los programas. Elsa contesta: “Se supone que tiene que ser arriba pero, en casos excepcionales, se puede hacer. Ya se hizo en dos casos y no hubo problema”. La pareja vuelve afuera para esperar a José.

Gabriela, Elsa y Yeny siguen comentando la situación. Me preguntan cómo lo vi. Digo que me pareció complicado pero bien cómo respondían ellas, que fundamentaban lo que decían y tratando de no contradecirse entre sí, y también de buscar alternativas para el problema. Elsa asiente. Yeny dice que también es así porque los conocen, o al menos si no los conocen a ellos, saben porque viven en el barrio. En algún momento, Gabriela comenta de los problemas de drogas de Claudio (que estuvo en la casa del padre Tuchi), y Elsa responde que la que sabían que tenía otros problemas era Adriana.

Gabriela (que estudia abogacía) dice que ella no quería decir mucho pero que los papeles que firmaron no tienen validez legal. Elsa dice que no es responsabilidad de la cooperativa, porque no podía saber. Gabriela concede y retruca: “Si fueran a un abogado, habría problemas con eso”. Gómez entra y escucha la última frase de Gabriela.

Gómez: - En el barrio no hay nada más legal que la cooperativa. Es la institución del barrio y lo legal es lo que la cooperativa hace. Puede ser que la ley diga eso pero lo que rige en otros lados, en Torres no rige igual.

Gabriela: - Ellos no van a ir a un abogado pero igual podrían.

Gómez: - Además, si el hermano estaba insano, ella sabía que no podía firmar y no hizo nada. La mamá estuvo presente cuando firmaron. Yo hablé con la familia y ella estaba. Ahora que no se haga la chiquita que no entendía porque fue el año pasado y ya era bastante grandecita, creo yo, para entender. Lo que pasa que cada uno busca la mejor manera de llevar agua para su molino, cada uno busca su propio beneficio. Igual ya llamamos a Tony para que venga él y se aclare todo. Así tenemos una reunión con todos juntos y listo.

(Registro de campo, 6 de noviembre de 2008).

Según entendí, Tony es el hermano de la madre de los Ortega. Además, Tony forma parte de la cooperativa desde sus inicios. Entre sus tareas, lo vi ir y venir entre las obras y la cooperativa de Javier, o llevar a la gente en día de elecciones. Ahora lo llamaban para que estuviera presente en la reunión con su sobrina. Apenas ocurren situaciones complicadas, José es informado y él llama a quien considera que puede mediar para resolver el conflicto (generalmente un pariente de la persona en cuestión) y resguardar a la cooperativa (aunque no siempre forme parte de la misma, se trata de una persona en la que José “confía”). En este caso, Tony era la persona correcta. Definir quién corresponde llamar requiere un conocimiento profundo de la trama relacional local. Ser atendido y obedecido con premura requiere... ser José (o, por decirlo de una manera más apropiada, estar en su posición).¹¹⁰

Esa decisión (y su posibilidad) diferenciaba la respuesta de José con respecto a la de las chicas. Pero ellas también se diferenciaban entre sí. Elsa mostraba mayor destreza en el manejo de las regulaciones centrales de la urbanización para aplicarlas en el caso. Yeny, en cambio, se esforzaba por mostrarse solícita mientras recurría a las idas y vueltas entre oficinas, buscando los reaseguros de José y Gómez e informándoles sobre el devenir de la reunión. Ambas desplegaban así sus habilidades y recursos. Quizá lo más sorprendente fuera cómo Gabriela tomó partido por la muchacha, alegando su papel en el cuidado de madre y hermana enfermas, y luego cuestionando los procedimientos de la cooperativa en nombre de la ley. Todas conocían a la familia pero Gabriela mostraba saber algunos pormenores, por contacto previo con Paula y por participar también de la parroquia (y conocer a quienes fueron “internados” en la casa de recuperación creada por el padre).

Las diferencias en sus formas de actuar frente a la situación podrían asociarse a sus diversas trayectorias. Elsa había entrado en la cooperativa por el plan y hacía muchos años que se desempeñaba informando sobre adjudicaciones y traslados. Yeny, en cambio, había trabajado un tiempo corto en el merendero y hacía menos de un año que estaba en la unidad ejecutora. Su ascenso se justificaba por sus estudios en informática pero, sobre todo, porque es prima de José (y, según dicen, pretenciosa). Gabriela había

¹¹⁰ En la situación relatada al cierre del apartado anterior, mientras llegaba la policía para fotografiar la casa en cuestión, Javier estaba con su celular (radio) llamando a los hombres que estaban en una obra cercana para enterarse de las novedades, y a la secretaria de José para que fuera allí para solucionar la situación. Las mujeres que estaban con nosotros en la cooperativa, además de cargarlo por chusma, le preguntaban por qué quería mandarla al muere a la secretaria de José. Según él, era “su responsabilidad” porque era pariente. Aunque su argumento fuera similar al de José para llamar a Tony, no tuvo el mismo efecto. Según entiendo, esto se justifica por la diferencia en las posiciones relativas.

entrado en la unidad ejecutora por su participación en la parroquia, mostraba mayor cercanía con Sandra y, además, solía subrayar que estudiaba abogacía.

Sin embargo, sus actuaciones tampoco se mantenían constantes a lo largo de la charla. Inicialmente las chicas recibieron a la pareja, escucharon su decisión y le informaron los pasos siguientes. Una vez que Elsa preguntó si los hermanos habían llegado a un acuerdo, la situación se transformó. Gabriela tendió a tomar posición por Paula, Yenny transitaba dubitativamente entre diferentes lugares y posturas, y Elsa trataba de actualizar una solución posible. Cuando la pareja abandonó la oficina, la tensión más o menos implícita en las palabras de Gabriela se desplegó, y Gómez entró en escena para dar un veredicto.

En palabras de Elsa, su tarea consistía en esperar que la familia llegara a un acuerdo sin meterse. Como se verá en el capítulo 5, esa era una orden expresa del mismo José. Pero estaba continuamente amenazada de transgresión. En la situación relatada, Gabriela sabía que arriesgaba sobrepasar el límite, y se disculpaba recurrentemente por ello. Conocer a la gente del barrio no sólo implicaba saber tratarlos y entenderlos sino verse afectado por sus situaciones. En otras ocasiones, las vi discutir para llevar una citación para no ser quien diera la cara ante sus vecinos. Sin explicar demasiado, aquí Gabriela alegaba haber hablado previamente con Paula para tomar partido por ella. Defendía su posición porque “le correspondía” por haber cuidado de la madre y de la hermana enfermas, por “hacerse cargo” de ambas. La situación involucraba un problema de herencia (y otro de “cesión de derecho”). Todos reconocían la voluntad expresa de la madre pero eso no resolvía el conflicto (quizá porque la titularidad era atribuida a una persona considerada incapaz). Los hermanos debían “llegar a un acuerdo”. La situación se complicaba porque todos tenían “pareja” (y, como me aclararon luego, porque no tenían hijos).

De manera singular, su historia mostraba cómo muchas familias no se ajustan al modelo previsto en la urbanización.¹¹¹ Los arreglos familiares son variados dentro del barrio: una mujer que convive con su “nuera” y nietos mientras su hijo se mudó al asentamiento con otra mujer; un hombre y una mujer que van y vienen entre las casas de los respectivos padres y momentos de separación; chicos que son criados por sus abuelos, junto con sus tíos más jóvenes; etc. En general, las ampliaciones son utilizadas para

¹¹¹ Según su tipología, las viviendas perfilan un modelo de familia nuclear. Dichas tipologías pueden considerarse como “modernas”: distinción funcional de ambientes, separación entre área pública y área privada de la vivienda, dormitorio aparte para hijos (según sexo y edad) y para padres, cocina y baño en el interior de la vivienda y provisión de servicios mínimos (Ballent, 2005:60).

albergar este tipo de situaciones (a la vez que tienden a fijarlas en un lugar). En algunos casos, el derecho se convierte en objeto de disputas entre parientes. En muchas ocasiones, la cooperativa (o la unidad ejecutora) es el lugar donde los conflictos quedan expuestos. Como decía Mirta en la presentación, trabajar en la cooperativa conducía a “enterarse” de lo que ocurría en cada casa. Aunque pudiera verse en la política pública un intento de normalización familiar, las respuestas dadas en la implementación de la misma que pude presenciar buscaban, más bien, producir soluciones con los recursos disponibles, minimizando los conflictos.

En este caso, la reunión con Tony presente dio lugar a un acuerdo. No pude presenciarla ni nadie me dio demasiados detalles al respecto. Varios meses después, encontré un día a Yeny en la “cooperativa de paredón” revisando la lista de viviendas “prestadas” y “provisorias” (o “transitorias”). Como mostraré en el próximo capítulo, en esa cooperativa trabajan Mirta, Viviana, Andy y los pibes. En las listas, Yeny encontró una situación rara (entre otras): los Moreira tenían dos casas para tirar (demoler). Mirta, que estaba a cargo de los traslados en esa zona del barrio, le explicó. “Sí, es la mamá de Tony. Ya tiene su casa lista hace unas semanas pero todavía no se mudó. Da diferentes excusas: que le falta el calefón, que una canilla no funciona”... Yeny llamó a José, quien, a su vez, llamó a Tony. Después José también llamó a Andy (quien también estaba con nosotras en la cooperativa) para que arreglara con Tony para tirar las dos casas en la semana.¹¹² Entretanto, nos enteramos que la mamá de Tony se había mudado a escondidas. El problema era que sus nietos seguían viviendo ahí. La historia de los hermanos Ortega volvía a resurgir en otra casa. Al cortar, Andy estaba levemente enfurecido. Bufaba: “No puedo creer que la gente sea así. Encima, alguien de la cooperativa...”.

Para Andrés, ser de la cooperativa debía implicar un compromiso mayor con sus reglas. Tanto Tony como Gabriela ponían en cuestión esta afirmación a través de sus actos, pero se movían de forma diferente. Tony protegía a su familia. Gabriela invocaba la ley. Si uno sólo conociera las palabras de Andy, no podría entender su enojo. ¿Cómo Tony no va a privilegiar a su familia por sobre su lugar de trabajo? ¿Qué más quería decir la cooperativa para Andy? La respuesta de Gómez, en cambio, resultaba contundente: en Villa Torres, la cooperativa no sólo era la guardiana del orden sino que se definía como lo legal mismo. Si cada uno buscaba su propio beneficio, como sostenía Gómez, la cooperativa debía velar por sobre ellos. No se trataba de no respetar la ley

¹¹² La radio es un elemento clave en el trabajo cotidiano en la urbanización, así como en la relación de José “afuera” del barrio.

sino que su tarea era aplicarla en un contexto complejo. Representar a la cooperativa implicaba mostrarse a la altura de las circunstancias. Para Andy, Tony había fallado.

Un lugar provisorio

A diferencia de Paula y su novio, Vicenta consiguió su derecho. Pero no fue tarea sencilla. Aquí relato su periplo tal como lo seguí a lo largo de los años de trabajo de campo. Esta perspectiva longitudinal resulta un contrapunto de la situación anterior.

Vicenta tiene un puesto de comida en los límites del barrio. Por eso la conocimos desde el inicio del trabajo de campo. Solíamos reunirnos allí al terminar la jornada. Su marido es chofer de micro.

En el censo del '99, Vicenta figuraba con el papá de sus dos hijos mayores. Cuando se separaron, ella vivió un tiempo fuera del barrio. Había conseguido trabajo en una fábrica de Capital y alquilaba una pieza por las cercanías. Mientras tanto, él vendió la casa y no le dio nada. Pero sus hermanas seguían viviendo en Villa Torres, y ella las visitaba con frecuencia. Al volver, fue a vivir al fondo de la casa de la hermana con sus hijos. Cuando nosotros llegamos al barrio, Vicenta seguía viviendo allí con sus hijos, su actual marido y la hija de ambos. Entonces, su hermana fue trasladada por apertura de calle y parte de la casa fue demolida. Vicenta y su familia no tenían un lugar adonde ir. En la cooperativa le dieron un tiempo para resolver su situación. También le propusieron diferentes alternativas. En los primeros registros de su historia, mi compañera relató:

Una de las propuestas que le hacen desde la cooperativa es que se compre una casita del barrio viejo que esté censada, así puede acceder al derecho de una casa nueva. El problema con estas viviendas censadas es que han subido significativamente su valor y hoy se venden entre 15.000 y 20.000 pesos y ella no tiene esa plata.

Otra posibilidad es que le den una casa del asentamiento que se está por desocupar. [La dueña, que tiene derecho por una casa de su marido en el barrio viejo, cede el terreno a la cooperativa, a cambio de ser admitida en la próxima etapa de construcción (es decir, para no esperar)]. La contra-oferta de Vicenta y su marido es que la gente de las cooperativas la ayude a mejorar la casa en el asentamiento (arreglar fundamentalmente techos y pisos): ella sacaría los materiales a crédito de un corralón cercano para poder ir pagando por mes, y la gente de la cooperativa debería comprometerse a realizar la mano de obra por el mismo valor que lo hace para el proyecto general.

(Informe preliminar elaborado por Malvina Silba, agosto de 2007).

En Villa Torres, las transacciones en torno de las casas incluían diversos medios de intercambio, además del dinero. No sólo existía la permuta de inmuebles (y terrenos) sino que también se incluía el tiempo de espera, el trabajo y los materiales como formas

de pago (principales o auxiliares). La cooperativa mediaba en muchas de estas relaciones. Vicenta negociaba con la cooperativa siguiendo las diferentes alternativas, y proponiendo.

Hacia noviembre del mismo año, Vicenta había conseguido cambiar el terreno que la cooperativa le dio en el asentamiento por una casa en el barrio viejo. Así, había logrado encadenar las dos opciones que la cooperativa le ofreciera sin dinero de por medio. Luego, se había mudado a uno de los dúplex construidos bajo el Programa Dignidad como vivienda provisoria (por la composición de su familia, le correspondía una casa más grande). Pero en el dúplex tenía problemas:

V: - Tiene una rajadura en el cuarto de los chicos que no sé cuándo se va a caer. Es peligroso. Ya le dije a Gómez. El otro día vino a ver pero todavía no lo arreglaron. También hay problemas de humedad en la pared del baño. Nos ofrecen de mudarnos. Me dijeron que ahí era provisorio. Porque eso es chiquito para nosotros. Nos dijeron que el nene de 16 no puede dormir con la de 3. Que hay mucha diferencia de edad. Eso es algo de la asistente social, qué sé yo. Yo le dije a Gómez por qué no le construían un cuarto en el fondo, ¿no está bien? No necesitamos tanto fondo. Ahí ponemos un cuarto y el lavadero, que los dúplex no tienen. Pero todavía no me contestó. Lo que pasa es que mi marido no quiere mudarse a una casa más grande.

C: - ¿Por?

V: - Porque quiere la cocina aparte, no como viene en las otras. Ahora estamos esperando. Yo pensé que no iban a tener más problemas pero... están tardando en contestar. ¿Viste cómo es que yo fui ahí? No sé si sabés... hice cambio con una señora, que no podía pagar. Le di un terreno que yo tenía en el asentamiento. No es que ellos me solucionaron mi problema. Mi problema me lo solucioné yo. Fui yo la que buscó a la señora y le dijo si quería hacer el cambio.

C: - ¿Y cómo hizo la señora?

V: - Se mudó al asentamiento, no te digo... Es un terreno grande ahí.

C: - ¿Pero tiene casa?

V: - Nosotros ya habíamos armado algo, de chapa, ¿no lo viste? Y le di los materiales que tenía antes, en el fondo de mi hermana, ¿no viste eso? También se llevó cosas de su casa y no sé si no le dieron ladrillos.

(Registro de campo, 20 de noviembre de 2007).

Vicenta estuvo más de un año en ese dúplex. Desde el inicio, tenía dificultades recurrentes (humedad, desborde del pozo ciego o falta de agua) y soluciones provisionarias, como la vivienda. Según los criterios oficiales, su familia no podía habitar allí porque le correspondían más ampliaciones para separar los dormitorios de los padres y de los hijos así como a éstos según sus diferentes edades y sexos. A diferencia de los otros prototipos, los dúplex no admiten ampliaciones (incluyen living comedor, cocina, baño, dos cuartos y un pequeño jardín). Las otras viviendas disponibles, por su parte, tienen la cocina integrada en el living, como forma de economizar espacio (acorde a modelos

más actuales de edificación). Vicenta y su esposo conocían las diferentes alternativas y preferían esperar a que les construyeran en el espacio que habían elegido (al lado de su antigua casa).

A la vez, Vicenta insistía en señalarme que ella misma había solucionado su problema, como si contestara a algún otro. Para eso, ella contaba sólo una parte de la historia: cómo logró intercambiar con una señora que prefería vivir en el asentamiento porque las casas nuevas implican “todo legal” y ella no podía pagar (luz, agua, gas, impuestos y después las cuotas). Así como ahora marcaba que no le debía a los demás la solución a su problema, Vicenta siempre insistía con la cuestión del pago para resaltar que la casa no era un regalo (que estuviera comprometida a agradecer y retribuir).

Como ya señalé, Vicenta y su familia vivieron en el dúplex por más de un año. Aunque a la distancia uno pueda imaginar que la espera implica inacción, la cotidianidad con Vicenta me mostró lo contrario. El tiempo que Vicenta y su familia habitaron en esa vivienda, ella se mantuvo intensamente vinculada con la cooperativa: ya fuera por los problemas recurrentes o por su insistencia para firmar. En general, su contacto más asiduo era con Gómez: ella le conseguía monedas para el negocio de su mujer, él la ayudó a levantar una clausura hablando con la gente del municipio y solía visitar su puesto a diario. Cada tanto, Vicenta iba a la unidad ejecutora a hablar con José. En octubre de 2008, firmó.

Nos ponemos a tomar mate mientras van de un lado para otro. Le pregunto cómo le fue en la reunión con José. Me cuenta que más o menos. Igual está contenta porque ya firmó por el lote que ella quería. Se lo van a hacer en la próxima etapa, que empieza en noviembre, según le dijo José. Ahora hay que ver. Mientras, me cuenta que está anotando a su hija para el jardín. Es uno en San Justo, justo enfrente de la plaza. Que tiene que llevar unos papeles, me pide de mirarlos juntas. (...) Le pregunto por qué la reunión con José estuvo más o menos. Porque José había averiguado por el lote 13. Ella quería el 14. Se confundió porque ella antes estaba en el 13. Pero al final firmó.

(Registro de campo, 16 de octubre de 2008).

Una vez firmados los papeles, restaba esperar su ciclo por las oficinas y luego seguir la obra. Aunque le habían dicho que empezaría en noviembre, ella suponía que se retrasaría. Cuando fui a visitarla al mes siguiente, Vicenta dudaba si cambiar con alguien que tuviera casa del otro lado del barrio, donde ya estaba el asfalto (y, según creía, iban a terminar de construir más pronto). Otra vez había pedido turno con José.

A las dos semanas, Vicenta estaba preocupada porque no había tenido ninguna novedad. Más aún, hacía unos días que Gómez no la visitaba en el local. ¿Por qué? Una amiga que la visitaba en el local y yo intentábamos calmar su inquietud:

V: - Guillermo (Gómez) no pasó más, todos los días pasaba por acá y no viene desde que fue la votación. Se debe haber enojado porque no fui a votar. ¿Pero puede ser? Vino a buscarme ese día y le dije que no podía. No me animaba a ir porque no estaba mi marido y yo nunca fui a votar. No sabía que tenía que ir. ¿Pero pueden saber ellos? ¿Si yo les digo que fui?

C: - Estaban llevando a la gente desde la Tucumán.

A: - Yo fui. Vi en el kiosco que decía de los padrones y me fui nomás. Ellos van a saber porque armaban lista de la gente. Estaban allá.

V: - No puede ser que por una vez que no haya ido que me hagan eso porque cuando fue el acto, me dijeron que necesitaban gente para un micro y yo llevé gente. Siempre cumplo cuando me piden algo. No me pueden decir nada.

A: - Eso ya se sabe que es así. Lo que no sé por qué tanto alboroto si era una lista sola, ¿no?

C: - Sí, pero igual querían mostrar que llevaban mucha gente.

V: - No puede ser que todavía no le hayan conectado la cloaca a los de los dúplex. Que ahora hagan así por eso. Los del asentamiento ya tienen luz en la calle, agua y cloaca, y nosotros no. Siempre se olvidan de la calle Salta. No puede ser. Ellos no tienen derecho, se supone, pero el barrio sí, y por qué se hizo así, ¿eh?

(Registro de campo, 10 de diciembre de 2008).

Entre una visita y otra, las elecciones internas del PJ habían tenido lugar. Se elegían autoridades de partido. La lista oficial era encabezada por Balestrini. José figuraba como consejero partidario. No había lista opositora. Sin embargo, José estaba orgulloso porque había sido el que más gente había llevado a votar dentro de la agrupación.

Vicenta es paraguaya. Aunque hace más de quince años que vive en el país y tiene la residencia, no vota en las elecciones generales. Pero sí puede votar en las internas. Por eso, Gómez había ido a buscarla. Su historia de idas y vueltas con la cooperativa continuaba después de haber firmado. Ahora Vicenta relataba sorprendida lo que su amiga daba por obvio. Pero Vicenta también conocía los mecanismos que vinculaban ser escuchada en sus reclamos con la asistencia a actos y elecciones, y participaba de ellos. Más bien, exageraba ante mí para subrayar una relación que buscaba presentar como espuria. A la vez, dejaba entrever una desigualdad entre (una parte del) barrio y asentamiento, oponiéndola a lo dictado por el derecho.

En ello, transcurría la política. Más precisamente, la delegada del asentamiento tenía una presencia central en las diferentes movilizaciones, a las que siempre llevaba gente. Pero, como Vicenta misma sostenía, también había mediado el pago de cuotas entre los vecinos del asentamiento. Así, pudieron negociar con la cooperativa para, pagando los materiales, obtener los servicios (a semejanza de una de las opciones que ella misma había barajado para hacer su casa en un inicio).

Cuando volví a hablar con Vicenta en marzo de 2009, ya sabía cuál era la cooperativa que estaba a punto de construir su casa. Seguía esperando. Ahora, entusiasmada.

La historia de Vicenta muestra cómo el acceso a la vivienda transcurre a lo largo de una espera activa. Inicialmente, tuvieron lugar transacciones en las cuales la cooperativa operó como mediadora. Así Vicenta y su familia accedieron al derecho pero, a cambio, debieron esperar. Para ello, la cooperativa les asignó una vivienda provisoria. En la explicación de Vicenta, ni la cooperativa ni José ni Gómez eran vistos como “resolvedores de problemas” (Auyero, 2001:157) sino que ella se colocaba a sí misma como tal.

Luego, ella escalonó la espera con visitas a la oficina de José, insistiendo con su problema. A la vez, su situación era acompañada de cerca por Gómez. Él tiene a su cargo la zona del barrio donde vive Vicenta. El vínculo entre ambos se construyó alrededor de ello, pero involucraba otros favores mutuos. Él visitaba casi todos los días a Vicenta manteniéndola al tanto de las novedades. Por eso su ausencia marcó una interrupción de los vínculos que fue vivida como rechazo (ante una falta). La explicación era asociada a otra ausencia: la de Vicenta en las elecciones internas. Pero, más allá de la herida, la casa comenzó a construirse y el vínculo se restituyó.

Aunque la asistencia a movilizaciones y elecciones era parte de la relación de Vicenta con la cooperativa, y con Gómez, el vínculo no operaba desde la linealidad que muchos observadores externos podrían atribuirle: favores por votos. Tampoco se trataba simplemente de un vínculo moral duradero establecido a partir de un “favor fundacional” (Auyero, 2001:109): en este caso, el derecho. Más bien, Vicenta rechazaba esa pretensión. No sólo se colocaba como artífice de la solución a sus problemas sino que los problemas que enfrentaba eran propios de la urbanización, y se dirimían desde un lenguaje específico de los derechos que no operaba simplemente como vínculo con bienes del Estado que un “guardabarreras” (Auyero, 2001:133) monopoliza sino que eran apropiados por los habitantes de Villa Torres, actualizando los vínculos entre ellos a través de las casas. La cooperativa procuraba situarse como mediadora en una amplia red de relaciones dentro del barrio estatalizado, y también inscribirlo en una trama política de gobierno. Pero ¿cómo era la relación entre ambos aspectos?

Trabajar políticamente

A la pregunta por la política en el barrio, una de las primeras respuestas refería a la cooperativa, a José y a su incipiente carrera como funcionario municipal. En un sentido, la relación era obvia. Nosotros mismos habíamos llegado a través de esa red. Pero entender cómo funcionaba era algo diferente. Al insistir con las preguntas, los entrevis-

tados mencionaban unidades básicas (UB) y punteros (más o menos recientes), intentos de corte de ruta y piqueteros, o a un antiguo presidente del barrio que había hecho mucho para mejorarlo (canillas públicas de agua corriente, red de electricidad).¹¹³ Enseguida, varios se excusaban diciendo no saber, no gustarles o no meterse demasiado. Pero nos dejaban las pistas para seguir.

- **¿El tema de la política en el barrio?**

- Y... acá está el grupo de la cooperativa, digamos de José Domínguez. Él es político. Ahora está en política. Yo creo que es la política más fuerte que se maneja en el barrio.

- **¿Él es político ahora?**

- Sí, o sea que él cuando empezó con esto, bueno, se empezó a reunir con gente de la municipalidad y todo eso y ahora está postulado a concejal. ¿Es concejal?, ¿qué era? No sé qué, allá bajito, ¿viste? Ahora va a subir un poquito más arriba [se ríe]. Pero la parte política del barrio es esa, lo que está José al frente, digamos. Y después hay otro señor acá: Carlos Fierro. No sé si es Fierro el apellido porque a él le dicen los Fierro, yo siempre escucho “los Fierro”, pero es un político que no tiene fuerza.

- O sea, son los que tienen las unidades básicas.

- Que tienen unidades básicas, pero no tienen fuerza política. Después creo que otro grupo así...hay un muchacho, politiza, la verdad que no sé qué será, es de pelo largo, ese que una vez quería cortar la ruta, no sé. Por la basura, viste, pero detrás había unos políticos, pero la verdad que no, como no tuvo éxito ahí quedó.

(Entrevista a Inés y Blanca, 9 de agosto de 2007)¹¹⁴.

En diversas entrevistas, Fierro había aparecido nombrado. Algunos tenían el plan a través suyo. Otros simplemente lo mencionaban como político en el barrio porque tenía una unidad básica. Según decían Inés e Blanca, no tenía fuerza política. Queríamos saber su versión. Por eso, preguntamos a nuestras guías si podíamos ir a conocerlo. “Otro día...”. Recorriendo el barrio, llegamos a una casa con una serie de pintadas: “U.B. Los Soldados de Perón. Los Fierro”.¹¹⁵ Sin dudar más, mi compañera y yo golpeamos las palmas. Nadie salía. Eran las dos de la tarde. Había poca gente en la calle. Con más o menos disimulo, observaban qué hacíamos. De repente apareció una mu-

¹¹³ La figura de presidente del barrio responde a la conformación de comisiones vecinales inscriptas en un registro municipal. Por estatuto, deben anunciar su postulación en la oficina municipal, presentarse a elecciones dentro del barrio y cumplir mandato por dos años. Actualmente, dicho cargo estaba vacante.

¹¹⁴ Entrevista realizada por Martín Cortés y Damián Fau.

¹¹⁵ Para mí (y probablemente también para mis compañeros), el nombre de la UB evocaba a los Montoneros, la agrupación política armada peronista de mayor relevancia durante los '70. No se trataba de una asociación libre. Los vínculos con los “estudiantes (como ustedes)” formaban parte de los recuerdos de los más viejos, evocados ante nuestra presencia. Además, algunos mencionaban túneles con armamento encontrado al excavar para construir las viviendas en el campito, y recuerdos de gente que “se habían llevado”. De hecho, el nombre de la UB provenía de aquellos tiempos, asociándose al presidente del barrio que muchos recordaban. Sin embargo, también podía adquirir otros sentidos en el contexto actual. En la presentación inicial, me había sorprendido que, al referirse a su relación con la política, José dijera que ellos no eran “soldados”. Quizá su definición se alejara de esta historia pero es probable que no dejara de lado los conflictos actuales.

jer que habíamos entrevistado. Nos indicó que ahí ya no vivía más Fierro. Era la casa de la madre. Él estaba a la vuelta. Allí nos recibió. Llegamos para entrevistarlo. Terminamos comprometidos para volver. Él no quería hablar mucho de las “irregularidades”. Prefería que escucháramos a los “vecinos”. Buscando llegar a la política por fuera de la cooperativa, volvimos a la urbanización. Primero, la entrevista:

Fierro era su apodo. Era un hombre alto y delgado, de cabello cobrizo, largo, siempre húmedo y una barbita candado. Usaba jeans, buzo y una campera de jean. En la calle solía andar con anteojos de sol. Tenía casi cincuenta años pero se arreglaba como un pibe. Nos hizo pasar. En una casa de material y techo de chapa, con jardincito al frente, su oficina ocupaba una pieza lateral que permanecía con la ventana cerrada. Era un ambiente oscuro y húmedo. Allí Fierro tenía un gran escritorio lleno de papeles, varias sillas y un calentador. Hablaba siempre de “nosotros”. Enseguida anunció que “trabajaban políticamente” para la reelección de Espinoza (mostrándonos el póster colgado), que militaban en la agrupación Ramón Carrillo. Ahora estaban trabajando en una campaña de documentación con Acción Social, por las elecciones. Nos alcanzó las últimas planillas. “A la mañana tuvimos abierto”, aseguró. Se ocupaban mensualmente de repartir la mercadería destinada a la Tercera Edad, ocasionalmente también hacían campañas de vacunación o conseguían medicamentos para quienes les pidieran.

- Esto no es nomás abrir una unidad básica y repartir la mercadería. Es un proceso que es de mucho tiempo... es hasta ser conocidos. Como nosotros somos conocidos acá en el barrio, tenemos que ser conocidos afuera del barrio también ¿entendés?... (...) Si nosotros trabajamos independientemente nunca vas a tener una puerta que se te abra.

- **¿Y ellos qué es lo que piden?**

- Nosotros, o sea ellos ven el trabajo que nosotros hacemos. Nosotros el trabajo que hacemos es político. Esto que hacemos con los documentos es político porque yo te doy un documento a vos y vos venís a mi unidad básica y por ahí vos viste papeles pegados que dicen para hacer la documentación presentarse en la unidad básica de Fierro... y bueno, viene mucha gente y eso entonces es hacer política. A mí me sirve adentro del barrio y a la vez yo le sirvo a la gente que me da una mano a mí, porque es una cadena, es así. Hemos hecho dentro del barrio Arieta un trabajo político y a la vez a mí me sirve que yo como vecino te di una mano y después vos como vecino me das una mano a mí también y después yo esa mano se la doy a aquél y así es una cadena que se va haciendo. Se te van abriendo puertas, hoy nosotros estamos respaldados por la agrupación Ramón Carrillo y la verdad que el intendente se porta espectacular.

(Entrevista a Francisco Fierro, 14 de agosto de 2007)¹¹⁶.

¹¹⁶ Entrevista realizada por Martín Cortés, Marcelo Rivero, Natalia Verón y Cecilia Ferraudi.

Fierro calificaba su trabajo como político. En cuanto tal, era definido como una cadena de personas que se ayudaban. Al ser conocidos, ellos podían conectar entre dentro y fuera del barrio. Al estar respaldados, a ellos se les abrían puertas. De este modo, evocaba una trama de relaciones. A la vez que hablaba como grupo, se inscribía en una red partidaria de gobierno: no era sólo la UB (como aparecía para Blanca e Inés) sino su relación con la agrupación y, a partir de ella, con el intendente (aquello con lo cual pretendía mostrar, a contrapelo de dichas mujeres, su fuerza política). Además, él distinguía entre sus tareas permanentes y aquellas que, como la tramitación de los documentos, se enmarcaban en el contexto electoral. El voto (inicialmente implícito) era la contracara de la relación.

Su historia en la política era larga. Empezó con Quiñones, el presidente del barrio a quien muchos recordaban como quien históricamente más había hecho por Villa Torres. Fierro era uno de los pibes que recorrían casa por casa para cobrar las cuotas del agua, a cambio de unas monedas. De esa época había retomado el nombre para la UB. Luego, estuvo un tiempo alejado (primero por los militares y luego por su familia). Hace siete años volvió.

- ¿Y tu familia también militaba?

- No, yo era el vago. Nosotros somos seis hermanos y mi hermana es la que vieron recién... bueno, todos trabajaban y yo era el único vago, de todo lo que te puedas imaginar, era un atorrante.

(Entrevista a Francisco Fierro, 14 de agosto de 2007).

Su presentación podría recordar a la figura clásica del mediador. Pero él elaboraba una perspectiva irónica sobre su propio papel, apelando a la figura del vago, del atorrante. Así como José se contraponía al modelo del puntero, él jugaba a acentuar algunos rasgos controvertidos. A la vez, apuntaba a desmitificar la urbanización y, a través suyo, a José. Pero sus posibilidades de acción estaban limitadas.

- Lamentablemente hoy yo estoy agarrado un poco de las manos, porque por ahí digo: voy a hacer algo con este tema, pero no puedo porque estamos militando los dos para la misma agrupación... y bueno, nosotros vemos muchas irregularidades, nosotros vemos que las casitas...

(Entrevista a Francisco Fierro, 14 de agosto de 2007).

Aunque no quiso ahondar en las irregularidades, Fierro aludió a la diferencia entre el presupuesto otorgado por el gobierno nacional y el que recibían las cooperativas, para concluir sobre la baja calidad constructiva de las mismas: “Me gustaría que le pregunte a algunas de las personas que le dieron las casitas, quién no tuvo problemas con las casitas”, concluyó. Por eso, él no quería saber nada de la cooperativa.

Fierro había estado en la toma (por “bochinero”). También anduvo por todos lados con José. Pero cuando llegó la plata, todo cambió. Cuando se armaron las cooperativas, a él le ofrecieron una y buscó gente para armarla pero no quiso hacerse cargo: “Lo mío es el trabajo político”, insistió.¹¹⁷ Pero cuando José “creció” (accediendo a un puesto municipal), llevó a otra gente a trabajar con él. Por mucho tiempo estuvieron sin hablarse. Hasta que en la agrupación les dijeron que tenían que trabajar juntos. Por eso, él distinguía: trabajaban políticamente uno al lado del otro pero él no tenía nada que ver con la cooperativa. ¿Política y cooperativa eran cuestiones separadas? No tanto. Como parte de la misma agrupación, Fierro estaba atado. Por un lado, veía los reclamos por las irregularidades en la urbanización como una posibilidad de “agarrar la bandera”. Por otro lado, recibía ofrecimientos de otras agrupaciones para “cambiar de vereda”. Pero ambas alternativas (que en la práctica se combinaban entre sí) mostraban un horizonte restringido. Eran algo puramente “negativo”, y a corto plazo.

- Ellos te ofrecen que militemos para ellos, que les hagamos la campaña que está la posibilidad de integrar la lista y que te dan plata en efectivo. Pero ponete que a mí hoy no me sirve que te den plata por dos o tres meses y vos tenés que evaluar también la posibilidad de qué te sirve tener 3 mil pesos ahora y después... pero como nosotros sabemos que dentro del barrio tenemos un trabajo buenísimo, nosotros estamos re tranquilos. La gente nos llama por teléfono, hay personas que son candidatos y que no sé cómo encontraron mi número de celular pero me llaman a mí, por eso te digo...

- **¿Y quiénes te llamaron?**

- Samid, Ceballos, ahora me llamó gente que según salga el domingo Menem. Si no es Menem, es Rodríguez Saá con Puerta, me parece.¹¹⁸ (...)

- **¿Y vos a quién preferís?**

- Y nosotros con lo que nos ofrecen hoy nos quedamos de esta vereda, hoy. (...)

- **¿Y si te ofrecieran algo mejor pero de una agrupación que no es peronista?**

- Y hay que evaluarlo, porque si te sirve a vos y a la gente de tu barrio hay que evaluarlo. Porque vos decíme, cuántos hoy son representantes del peronismo (...). Y yo ya te digo, nosotros nos sentimos que somos peronistas porque lo fueron nuestro viejos, nuestros abuelos, todos. Pero vos hoy me venís a ofrecer esto y con esto vamos a crecer, y van a crecer los compañeros, y el barrio, y yo te di-

¹¹⁷ Esta cooperativa es la séptima del grupo inicial, presentada a mí como la que estaba “en el medio” entre las de la parroquia y las de la cooperativa madre.

¹¹⁸ En las elecciones de octubre de 2007, se renovaban las autoridades ejecutivas y legislativas nacionales, provinciales y municipales. En agosto, las listas no estaban cerradas. Se rumoreaba que Menem y Rodríguez Saá se presentarían como candidatos a presidente (asociados a sectores opositores dentro del peronismo). En La Matanza, se mencionaban varios postulantes a intendente cercanos al “kirchnerismo”: Ceballos, D’Elía, Ledesma, Samid y el entonces intendente Espinoza. Alberto Balestrini ya había sido confirmado como candidato a vicegobernador por el oficialismo. En septiembre, Kirchner apoyó la candidatura de Espinoza en La Matanza. Samid se presentó por un partido vecinal y Ledesma se alió con Unión-PRO mientras D’Elía y Ceballos renunciaron a sus candidaturas.

(Véase http://www.agencianova.com/nota.asp?n=2007_9_18&id=43770&id_tiponota=4, <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-84396-2007-05-03.html>).

go: puede ser. Yo tengo esa manera de pensar. Porque el peronismo ya está todo dividido.

(Entrevista a Francisco Fierro, 14 de agosto de 2007).

Otros análisis ya han acentuado la persistencia del peronismo como sentimiento residual, asociado a la memoria familiar (Martuccelli y Svampa, 1997; Auyero, 2001). Esas imágenes están cargadas de cierto decadentismo. Fierro reconocía el peronismo como tradición familiar y mostraba un distanciamiento de los representantes actuales pero no elaboraba una historia de deterioro. Incluso la pregunta por el peronismo provenía de nosotros. Su eje se constituía en lo barrial. Ya desde su historia política no evocaba tanto los acontecimientos de la memoria nacional peronista sino su vínculo con quien fuera el más importante político barrial. Tampoco presentaba un pasado glorioso. Tanto antes como ahora, la política era “sucía”, pero la gente “ya no come vidrio”.

Desde una mirada desencantada de la política, él orientaba sus análisis hacia los dilemas de su propia práctica. El problema era encontrar una vía para “crecer políticamente”. Las posibilidades eran restringidas. En agosto de 2007, las previsiones para las elecciones de octubre mostraban varios contendientes pero vaticinaban poco margen para las especulaciones a largo plazo. Las encuestas anticipaban un holgado triunfo del oficialismo, tanto en las elecciones nacionales como en las municipales. Además, las listas se le presentaban a Fierro como un universo cerrado de nombres que sólo giraban entre posiciones, “como una calesita”.

Su descripción me recordó el análisis de Frederic (2004:133 y ss.). Como los ex “militantes políticos” de la causa villera que ella acompañó durante los años 1990, Fierro parecía excluido de una carrera política que ansiaba. Pero él no evocaba el pasado nostálgicamente ni como desafío. Tampoco se encontraba en la disyuntiva entre la “militancia social” o el abandono de la política. Para él, las opciones estaban más bien entre pasarse de vereda, dentro de un campo político que aparecía diversificado (pero localmente débil), o facilitar las denuncias. Otros habían intentando cortar la ruta, como el muchacho pelilargo que recordaban Blanca y Inés. Al igual que en la etnografía de Frederic (2004:179), acá también se podía armar “quilombo”.¹¹⁹ Pero, para Fierro, eso im-

¹¹⁹ Resulta significativo que la asociación entre “perder el derecho” y “hacer quilombo” también opera en las relaciones ‘puertas adentro’. En una entrevista a una mujer separada de su marido por ‘violencia doméstica’, ella narra la situación conflictiva en torno de la mudanza:

Me iba a venir [a vivir a la casita nueva] y él no se quería ir, entonces yo me vine acá a la fuerza, conviviendo con esa persona acá adentro de mi casa. Yo le presté su dormitorio y yo tenía todo el resto de mi casa. Y ya cuando una persona pierde la razón, porque perdió ya el derecho de todo, empezó a hacer quilombo, ¡no sabés qué feo! Pero lo más lindo que tuvo tener ese problema

plicaba un conflicto con la agrupación sin horizontes más atractivos con los cuales hacer “cadena”.

Mientras no surgiera nada mejor, Fierro seguía militando en la misma agrupación que José. “Y ustedes, ¿qué tienen para ofrecer?”, nos preguntó enseguida. Explicamos que éramos estudiantes y egresados de ciencias sociales, de diferentes universidades, que estábamos contratados por el gobierno de la provincia para saber cuáles eran los problemas del barrio, que habíamos entrado por la cooperativa y buscábamos otras voces. Entonces concluyó:

- (...) Yo por ahí no soy la persona indicada para que te hable de la cooperativa sino que sería bueno que te hable un vecino de la cooperativa, pero lo real, no que lo arme.

- **¿Y vos conocés a alguien como para que nos cuente?**

- Sí, yo les traigo.

(Entrevista a Francisco Fierro, 14 de agosto de 2007).

Fierro proponía mostrar lo real frente a lo armado, que asociaba a la cooperativa. Para ello, nos traería a un grupo de “vecinos”. Para la semana siguiente, ya teníamos acordado el encuentro. Nos dejó su celular y nos pidió uno de los nuestros para ultimar detalles. Por teléfono, acordamos fecha y horario de reunión. El lugar, su oficina.

La vieja loca

- A mí me llama “La Vieja Loca”, él. Sí, “La Vieja Loca”.

- Ay, a mí también me dicen, hay un rumor así.
[Bullicio]

(Reunión en lo de Fierro, 16 de agosto de 2007).¹²⁰

Cuando llegamos a la oficina, tres mujeres estaban esperándonos (luego, se sumaría un par más). Fierro nos ofreció su lado del escritorio y se retiró a la casa, aclarándole a una de las señoras que preparara mate (que ya sabía cómo). Ni alcanzamos a presentarnos, y apenas encendimos el grabador, otra mujer ya estaba contándonos su situación:

Yo estoy acá desde que nací. Mi casa es muy precaria (si quieren pueden ir y ver para corroborar): el techo se me está viniendo abajo y no hacen nada. Lo mío es un esponje. Yo soy argentina. Tengo tres nenas: una de 3 años, una de 5 y una de 7 años. A mí por esponje me tenían que haber dado a elegir hace rato la casa y me dan muchas vueltas para darme la casa. Hace poco estuvo el arquitecto Sanmartín. Dije por qué no vino la asistente, porque yo pedí hace como dos años,

acá en el barrio, fue que cuando yo llamé a la Policía entraba. Si yo hubiese pasado todo eso adentro de la villa, no hubiese venido.

(Entrevista a Blanca, 10 de agosto de 2007).

¹²⁰ Reunión presenciada por Natalia Verón, por Marcelo Ribero y Cecilia Ferraudi.

también tengo ahí el papel, la fotocopia como que la asistente tenía que presentar para corroborar lo que yo había escrito en ese papel. Nunca se presentó la asistente social en mi casa (porque se supone que el trabajo de la asistente social es ver las necesidades de la gente, ¿no?). Gómez públicamente salió en un canal, Canal 11, y dijo que a las primeras personas que se le iba a dar la casa era por esponje, por precariedad y que tengan los requisitos que cumplan en el censo. Yo estoy en el censo, yo soy la titular (al fallecer mi papá y mi mamá quedé como titular). Ahora, hay un hombre cerca de mi casa que se corre porque “pasa la calle”, dice. La calle no. Hay una piecita que está atrás, que da al patio de otra gente. Es un esponje. En realidad no se corre por apertura de calle. Es esponje, igual que lo mío. Este hombre es extranjero, es paraguayo. ¿Por qué yo, que vivo hace años, y él que se mudó hace poco, a él le dan más prioridad con el tema de la casa, y él tiene la casa en mejores condiciones, y yo, mi casa que se me está cayendo abajo, siendo que vivo hace rato acá? (...) Mi familia es legendaria acá en el barrio.

(Reunión en lo de Fierro, 16 de agosto de 2007).

Me sorprendí a mí misma sintiendo como si, desde ese lado del escritorio, nuestra obligación fuera responder frente a reclamos y denuncias a la cooperativa. En ese momento tratamos de justificar con torpeza qué era lo que podíamos hacer (incluir esta información en el diagnóstico para el gobierno provincial). Hoy intento volver sobre los relatos para dar cuenta de los criterios de merecimiento que ponían en juego en los reclamos, y de su (nuestra) relación con la política en Villa Torres.

Mientras Fierro (y muchos) se refiriera a problemas constructivos en las viviendas, un eje central de los reclamos apuntaba a mostrar que uno tenía derecho a la casa. Esta señora, además, demandaba que su situación fuera considerada como “prioridad”.

En principio, la señora apelaba a cinco criterios para fundamentar su reclamo: 1- su antigüedad en el barrio; 2- la precariedad de su vivienda; 3- la situación de su lote dentro del proyecto urbanístico (como esponje, o esponjamiento); 4- su nacionalidad; 5- su condición de madre. Su discurso se elaboraba en relación con el de tres personas: Sanmartín, Gómez y el señor que estaba por mudarse. Desafiaba los criterios del técnico para definir qué es traza, qué es esponjamiento y qué no (sabiendo cuál era su respuesta: “El arquitecto dijo que yo no le estoy solucionando nada a él porque el terreno es chico”). Mostraba adecuarse sobradamente a los requisitos explicados públicamente por Gómez (en la televisión). Finalmente, se distanciaba de los criterios del programa urbanístico desde una noción de lo justo. Para ello, comparaba su situación con la del señor: su antigüedad en el barrio, el estado de su vivienda y su condición de argentina eran invocados frente a él. Apelaba a la necesidad y al nacimiento.

Estas comparaciones eran bastante comunes, también en las entrevistas. Pero los rasgos destacados variaban según los casos: “Si ella no cuida ni a sus hijos, ¿cómo va a

cuidar su casa?, ¿cómo va a pagar el crédito?... Si se la dieron a ella que sale a robar, ¿cómo no me la van a dar a mí que trabajo?” (Entrevista a Natalia, 3 de agosto de 2007).¹²¹ Aquí no estaba en juego la prioridad sino el derecho mismo. A diferencia de la señora anterior, Natalia no apelaba a la necesidad ni a la antigüedad en el barrio sino a su desempeño como madre y como trabajadora (frente al robo). De modo semejante, el mecanismo consistía en mostrar por qué a la persona que hablaba “le correspondía” un derecho (o la prioridad), tomando a un vecino como contrapunto negativo para exponer lo que cada una consideraba las virtudes que validaban su reclamo.

En general, estos argumentos eran complementados con ejemplos de las excepciones a las reglas impuestas por el programa: una persona que tenía más de una casa (a nombre de parientes) o accedía a un derecho sin cumplir con los requisitos formales. A veces, las acusaciones se referían a personas vinculadas a la cooperativa, justificando el privilegio por “trabajar para ellos”, “chuparles las medias” o “ser pariente”. En otras ocasiones, sólo se nombraban “familias conocidas” del barrio (como pesadas). La compra de derechos era el mecanismo por el cual los aludidos solían justificar estas excepciones cuando las acusaciones se desplegaban cara a cara (como en alguna asamblea de la cooperativa). Pero las sospechas no se disipaban tan fácilmente.

Otros dos tipos de situaciones nos fueron relatadas durante la reunión. Uno se centraba en los inconvenientes en las viviendas ya adjudicadas asegurando que estaban “mal hechas”. El otro encarnaba el problema que había dado origen al grupo de “madres”: una mujer separada que, habiendo abandonado la casa de la familia del padre de sus hijos (frente a una situación de violencia doméstica), había perdido el derecho. Se trataba de la misma situación por la cual Adela, al inicio de este capítulo, había comprado una casa en el barrio viejo. A diferencia de Adela, estas mujeres no tenían recursos para comprar. Por contraste con Vicenta y su familia, tampoco habían logrado que la cooperativa mediara a su favor (probablemente porque no ocupaban un lugar clave). Las otras soluciones que les proponía la cooperativa eran las siguientes: una ampliación en la casa donde fue censada o una vivienda del Plan Federal. Ante estas alternativas, había surgido el grupo por iniciativa de Sonia, una de las mujeres presentes:

Yo vine un día acá, a comentarle a Francisco (Fierro) cómo podía hacer con mi caso, que yo estoy alquilando. Quién me puede dar a mí una idea, como decir “Andá a Fulano de Tal, andá a Mengano, golpeá la puerta aquí...”. Entonces Francisco me dice: “¿Sabés qué podés hacer? Juntá la gente... Las madres. Hay muchas mamás que están pasando lo mismo o peor situación que vos”. Peor

¹²¹ Entrevista realizada por Florencia Gentile y por Malvina Silba.

porque la chica ésta está sola con sus cuatro hijos en la calle; por lo menos yo alquilo. Bueno, nos empezamos a juntar. Fue un miércoles y un jueves nos fuimos a la Municipalidad y empezamos así, a reunirnos de noche acá, que nos presta Francisco, a juntarnos.

(Reunión en lo de Fierro, 16 de agosto de 2007).

Ante el problema, Sonia había recurrido a Fierro. Otros iban al párroco, o a alguien conocido que trabajara en la cooperativa. En la unidad ejecutora, presencié reuniones en que Sandra, Elsa o Gómez acompañaban a alguien a hablar con José para interceder a su favor. Durante alguna entrevista con José, oí que el padre Tuchi lo llamaba para ver qué podía hacer con alguna familia muy “necesitada”.¹²² La pretensión de Sonia era similar. Buscaba que Fierro le dijera a quién golpearle la puerta. Pero Fierro había sugerido una solución diferente: que las “madres” que compartían una situación semejante se reunieran y buscaran formas de actuar colectivamente, reconociendo un problema común y dándoles un nombre que las congregaba. Para ello, él les prestaba su UB. Luego de la primera reunión, las “madres” habían concurrido a la oficina del intendente para plantearle su situación personalmente. Mientras esperaban en la antesala de su despacho, llegó Espinoza y una alcanzó a darle una carta, narrándole brevemente la situación. Enseguida llegó José. A pedido de Espinoza, su secretaria lo había llamado para que se ocupara de la situación. José las llevó aparte y les prometió una solución. Seguían esperando.

Nuestra reunión se encadenaba con “el pedido de audiencia con el intendente”. Podíamos resultar otra puerta a la que golpear. Si bien Fierro auspiciara la acción común, también buscaba alguien a quién recurrir (que no lo comprometiera en la agrupación). Así como nuestros guías de la cooperativa habían intentado evitar que fuéramos a la UB de Fierro, él enseguida nos había encontrado como alternativa para este grupo de

¹²² En referencia a gente que alquila en el barrio, el padre Tuchi decía:

Entran en el censo pero a ellos los obviaron, yo soy testigo que ellos están ahí hace más de diez años, porque era agente que vivía en la calle y vienen a la Parroquia y yo les alquilo un lugar para que vivan, porque yo se lo que venían sufriendo (...) y es así, más de un año les pagué hasta que ellos pudieron pagar, gestionaron su jubilación. Entonces ellos merecen, no digo las casitas nuevas, pero alguna casa en el barrio, porque por ejemplo gente que tiene plata y que no es del barrio compró y ya tiene... cuestiones que las discutimos y yo se que él [José] después las piensa.

(Entrevista al padre Tuchi, 30 de agosto de 2007).

En otro caso, la cooperativa le cedió un núcleo (monoambiente) transitoriamente a una familia protegida por el padre Tuchi. Más de un año después, cuando ya había sido aprobada la construcción de ampliaciones allí porque otra familia había firmado la adjudicación, esta familia se negaba a salir. Un responsable de la obra se quejaba: “Resulta que lo ocupó otra familia, con chicos, que no tiene derecho en el barrio porque vino después. Eso le decíamos y ahora dice que el padre Tuchi le dijo que ella podía quedarse ahí con su familia. Pero no es así. Eso hace. Ahora tenemos la obra parada y estamos perdiendo plata” (Registro de campo, 18 de marzo de 2009). Pocos se atrevían a hablar del “poder de Tuchi” tan abiertamente.

mujeres. Nuestro diagnóstico se encontraba en la oscilación entre la exaltación de la urbanización y su denuncia.

En principio, las mujeres se presentaban ante nosotros como si fuéramos asistentes sociales: enumeraban penurias y sufrimientos, buscaban que comprobáramos sus relatos con una visita a sus casas y traían sus papeles. Pero esa definición de la situación no alcanzaba a comprender lo que sucedía allí. Como nos aclararon, otras mujeres del grupo no habían concurrido a la reunión porque temían “represalias”. La primera mujer que habló (citada aquí) nos aclaró entonces que ella había venido sin su marido porque a ella no la podían ir a “apretar” como a él. Nuestra visita implicaba algo más que un simple informe de “irregularidades”.

Para ellas, nuestra promesa de incluir sus reclamos en el diagnóstico no era suficiente. Entonces Sonia nos preguntó si no podíamos llevar a los canales. Negamos. Aseguraba que tenían contacto con Crónica pero querían llegar a algún canal de aire. Según decía, era lo que José buscaba evitar haciéndose el amigo. Ante la negativa, Sonia se ofreció a acompañarnos en nuestra recorrida por el barrio. Comentaba que así “ellos” se iban a enterar de que estuvo hablando con nosotros, con la “gente del gobierno”. Antes de salir, las mujeres nos contaron algo más (que aquí cito en el epígrafe): a diferencia del nombre común que les había dado Fierro, “él” se refería a una u otra como “vieja loca”. Así corría el “rumor”.

A mi modo de ver, la denuncia en los medios de comunicación era la contracara de la promoción que la urbanización de Villa Torres recibía en los canales oficiales. Pero la charla dejaba ver algo más. El intendente, los medios de comunicación o nosotros resultábamos alternativas comparables. Todos éramos vistos como vías para difundir un pedido. Pero lo éramos en la medida en que esa difusión adquiriera visibilidad para “ellos”, como forma de hacerlo valer en el barrio (y especialmente ante José) y acceder al derecho. A la vez, nuestro lugar en Villa Torres no sólo era similar al de asistentes sociales que podíamos documentar las situaciones de pobreza sino que jugábamos en la presentación de la urbanización hacia las autoridades. La importancia de Villa Torres como modelo de urbanización también se realizaba como su contrario: la denuncia. Como dijo Sandra, “ellos” se referían a nosotros como “gente del gobierno” y, según me dijo otra entrevistada algún tiempo después, nos tenían “miedo”. Por eso, caminar con nosotros por el barrio era visto como una forma de recibir “su” atención. Pero también implicaba un riesgo que otras mujeres (presentes y ausentes) no estaban dispuestas a correr.

No sé si Sonia y las demás “madres” tuvieron éxito en su empresa. Su forma de actuar colectivamente las diferenciaba de otras formas de buscar una solución a los problemas generados en la urbanización tales como la de los Ortega, la de Vicenta o la de Adela. Sin embargo, existían otras formas de acción colectiva dentro del barrio que lograban éxito.

Cuando se entregaron las casas en una zona del barrio donde había habido problemas serios con la empresa constructora, los habitantes se encontraron ante múltiples dificultades: tomacorrientes por los cuales salía agua, canillas sin conexión a la red, desagües tapados, etc. Luego de ir a la unidad ejecutora sin obtener una solución, buscaron otra alternativa:

S: - Una tarde se juntaron y se fueron todos juntos a tocarle el timbre.

C: - ¿A quién?

S: - A José. Fueron a la casa. Lo querían agarrar. Él prometió que se iba a arreglar. Ahora están mejor. Con problemas pero menos.

(Registro de campo, 6 de marzo de 2009).

Así como las mujeres se sentían amenazadas, otros habitantes (actuando colectivamente) también podían amenazar al propio José y, a diferencia de ellas, obtener una pronta respuesta. ¿Por qué? Como ellos, las mujeres se habían juntado. A diferencia de este grupo, ellas pretendían lograr visibilidad hacia fuera como forma de operar en el barrio. Sobre ellas pesaban las amenazas y los rumores. Quizá su opción fuera consecuencia de una situación más incierta y, por ello, implicara una alternativa más riesgosa y más desprestigiada. Quizá también se vinculara a su posición en las redes políticas locales, sus conflictos y sus formas de dirimirlos (en el marco de la agrupación).

Quirós (2008) distingue dos modelos de acción asociados a los referentes “peronistas” y “piqueteros” respectivamente: uno es el pedido; el otro es el reclamo. Unos y otros concurren a las oficinas gubernamentales para gestionar planes y mercadería, pero sus lenguajes se contraponen. Centrando la atención en la urbanización en Villa Torres, es posible observar una variedad de alternativas que, más que asociarse a la distinción entre peronistas y piqueteros, operan según las situaciones relativas dentro del barrio, del lugar ocupado respecto de la urbanización, y del vínculo personal con quienes encabezan la cooperativa.

Armar chusmerío

Nunca conversé con José sobre el grupo de “madres”. Sin embargo, otras charlas me dieron pistas para entender (al menos parcialmente) su respuesta.

La reunión de política en Villa Torres termina antes porque José tiene que ir a otra reunión en la agrupación. Como ya es de noche, ofrece alcanzarme hasta la parada del colectivo. En el coche (una camioneta de la Municipalidad de La Matanza), le pregunto por la reunión a la que está yendo.

J: - Es porque a la mujer que encabeza la urbanización en el 2 de abril [un asentamiento en Tapiales] la están queriendo bajar porque no es de la agrupación. Ella no quiere participar políticamente en la agrupación. Entonces vamos a hablar para ver qué se puede hacer. El senador Pirozzolo viene a la agrupación porque él entiende como yo. Ya lo tenemos hablado. Ahora yo no sé por qué si arriba se entienden, abajo no se entienden [mientras habla, cruza los dedos con los brazos hacia arriba y hacia abajo respectivamente]. Yo lo puedo hablar porque yo sí estoy en la agrupación.

C: - ¿Pero cómo fue que la elegiste a ella?

J: - Yo no la elegí. Ella ya trabajaba para la urbanización. Yo la elegí porque estaba comprometida con la urbanización. Los otros que trabajaban políticamente no era igual. Se la invitó a la agrupación pero no quiso.

C: - ¿Y cómo la quieren bajar? ¿No le pasan la plata?

J: - No, la plata se la paso yo. No, arman chusmeríos sobre ella y lo hacen correr en el barrio, que es una loca, que esto y aquello, y eso la desgasta y le arma lío con la gente. Pero no le para el proyecto. Lo que pasa es que saben que esto va a salir, y no es darle una leche o un kilo de harina a la gente, entonces ella ahora en el barrio tiene otro lugar que ellos no van a tener nunca. Por eso. Ahora vamos a hablar eso.

(Registro del 15 de septiembre de 2008).

Como en su momento se había charlado de la relación entre José y Fierro, ahora José iba a la agrupación para hablar de la situación de la mujer que encabezaba la urbanización en el barrio 2 de abril. Los otros que “trabajaban políticamente” en el barrio buscaban desgastarla. Para ello, “armaban chusmerío”, tratándola de “loca”. Por un lado, esto se justificaba por la contraposición entre lo que unos y otros podían dar. Llevar adelante la urbanización era diferente que dar harina o leche. Eso modificaba las posiciones relativas dentro del barrio, y los demás actuaban para reposicionarse. Por otro lado, “participar políticamente” en la agrupación era la forma que José había encontrado para lidiar con esos conflictos. La presencia del senador provincial, alguien de “arriba” con quien José ya había hablado previamente, era el respaldo para poder hablar con los otros, que estaban “abajo”. Para sostenerse como barrio organizado, también era clave participar políticamente.

En parte, la situación reproducía la disputa entre Fierro y José, aunque en esta oportunidad José debía mediar por la mujer porque ella no participaba de la agrupación. En sus inicios, José había atravesado otros conflictos con las figuras políticas centrales de Villa Torres, y los había resuelto de forma diferente, en la canchita del barrio (tal como se vio en el Capítulo 3). Una vez consolidado, José lograba llevar las cuestiones a

la agrupación para buscar soluciones de compromiso, a través de la presencia de Pirozolo y del apoyo de Balestrini. Fierro, como quienes se oponían a la mujer (o ella misma), disponía de menores recursos. Ellos podían apelar a los chusmeríos dentro del barrio, o buscar que las “irregularidades” se mostraran fuera de él, a través de las denuncias.¹²³ Pero así como José se refería a los chusmeríos con que los otros descalificaban a la mujer del 2 de abril tratándola de “loca”, el grupo de “madres” hablaba de los rumores que corrían para referirse a ellas como “viejas locas”. En Villa Torres, los chusmeríos no sólo eran una forma de desprestigiar a quienes estaban en ascenso.

En mi tesis de maestría, analicé algunos chusmeríos que circulaban en una sede local de un movimiento piquetero como forma de comprender los desplazamientos en las jerarquizaciones internas en un contexto de creciente incertidumbre ante el retroceso de las organizaciones piqueteras luego de su auge en 2002 (Ferraudi Curto, 2006). Entonces, el dirigente de esta organización se había hecho presente en la sede, respondiendo al llamado de un grupo que veía la situación como un “quilombo”. De modo semejante, Pirozolo acudía ante el llamado de José. Pero éste no apelaba al senador para solucionar conflictos en su barrio sino en nombre de un tercero.

Mientras podía exponer los problemas de otro barrio en la agrupación, José intentaba que los problemas de su barrio no llegaran fuera. El grupo de “madres” amenazaba esa pretensión. Nuestra presencia continua en el barrio, como “profesionales del gobierno”, también. Así como la selección del barrio para el diagnóstico era consecuencia de su estatuto de “barrio mimado de Balestrini” (como había sugerido nuestro director), la vigilancia que recibíamos por parte de los integrantes de la cooperativa se asociaba a la centralidad que Villa Torres como modelo de urbanización tenía para ellos, y a su continuidad.

La reunión en lo de Fierro, y el grupo de “madres” que encontramos allí, fue el inicio de una indagación que comprendía la denuncia dentro de un campo más amplio de alternativas en que los derechos se hacían efectivos en Villa Torres y que, colocando a la cooperativa en el centro de la escena, actualizaban tramas y reglas de la sociabilidad

¹²³ Claramente, José tampoco estaba excluido de estos rumores:

S: - Y José... dicen que estuvo los tres meses de vacaciones, que tiene casa en la costa. Para tener casa en la costa, ¿cuánta plata tiene que tener? También dicen que tiene un auto nuevo...

C: - Yo siempre lo vi con la camioneta del municipio.

S: - Sí, porque no lo muestra... Eso dicen... Pero pasa que la mayoría de lo que dicen, después es cierto así que...

(Registro de campo, 13 de marzo de 2009).

barrial. En ello, transcurría la continuidad de Villa Torres como modelo de urbanización. Para entender los derechos, había que entender la política. Y viceversa.

¿Esperar?

Lo que debería despertar nuestras críticas no es tanto lo que Marx lee en los derechos del hombre como lo que se muestra impotente para descubrir en ellos. (...) Se hace prisionero de la versión ideológica de los derechos, sin examinar lo que significan en la práctica, la perturbación que introducen en la vida social.

Claude Lefort, "Derechos del hombre y política"

Aquí he tratado de mostrar cómo la urbanización se concreta como apropiación local de derechos. Como señala Lefort (1990), este intento apunta a comprender los derechos en la práctica. A diferencia de su abordaje, aquí no se trata tanto de discutir una visión liberal de los derechos del hombre asociada a una lectura de los mismos en el papel. En cambio, propongo seguir su abordaje más general expuesto en el análisis del "Ensayo sobre el don" (Lefort, 1988), orientándolo a comprender las relaciones de intercambio en que los derechos son puestos en acto en la urbanización de Villa Torres. La cuestión transcurre una vez que el reclamo colectivo es reconocido, pasando a la gestión cotidiana de situaciones particulares a lo largo del tiempo.

En principio, el censo es el mecanismo a través del cual se establecen inclusiones y exclusiones. La regla básica aparece como relativamente clara: los titulares y los hijos de titular con familia (en la práctica, hijos) están contemplados. Esta regla se complica con el paso del tiempo: mientras el programa define prioridades diferenciales (donde se combinan criterios técnicos y sociales), las familias mutan y las casas cambian de dueño. Las situaciones se pluralizan involucrando relaciones variadas dentro del barrio.

A lo largo de este proceso, se elabora un lenguaje específico en torno de los derechos. Estos pueden darse, cederse, comprarse, venderse, perderse. Es una posesión asociada a la casa censada. Como ocurre con las viviendas en las villas de Buenos Aires (Cravino, 2006), aquí existen mecanismos mercantiles y no mercantiles a través de los cuales los derechos pasan de manos. A diferencia de las situaciones allí, la cooperativa opera aquí como mediadora.

En la unidad ejecutora, se firman los papeles de la adjudicación. Para ello, es preciso llegar a un acuerdo (generalmente, entre parientes). Los conflictos en torno de la

apropiación de los derechos son permanentes. Quienes trabajan en la cooperativa o en la unidad ejecutora transitan entre mantenerse al margen y tomar partido. Como vecinos, conocen las situaciones y se ven afectados por ellas. A la vez, pueden ser llamados para mediar en nombre de la cooperativa en tanto parientes de los implicados. Si no, deberían mostrarse imparciales ante la situación (y buscar alternativas de resolución). La cooperativa puede definirse como la ley en Torres pero esta ley, más que imponerse por su propio peso, transita a través de una miríada de negociaciones (incluso cuando puede llamar a la policía como respaldo).

En la cooperativa se registran las operaciones entre vecinos. Además, ella toma parte en las redes de intercambio, contando a su favor con los tiempos de espera diferenciales. A partir de allí, también despliega una regulación sobre el espacio (temporariamente) disponible por el proceso de urbanización. La cooperativa limita su ocupación a un acuerdo con el antiguo dueño (casa prestada) o con la cooperativa (lugar provisorio). De este modo, transcurre una espera durante la cual se prolonga el contacto con la cooperativa estableciendo relaciones privilegiadas con algunas de sus figuras centrales, buscando reuniones y, periódicamente, yendo a la unidad ejecutora a hablar con José. Asistir a actos y elecciones forma parte de estos vínculos que se prolongan en el tiempo. La espera constituye la posibilidad de la movilización política. Allí transita la incertidumbre de lo que es reconocido como una política de gobierno.

- ¿Usted está esperando la casa?

- En realidad esta manzana está bien ubicada. No hay pasillo acá. Y nosotros ahora estamos pidiendo hacer una reunión para ver... porque dicen que más adelante a la mayoría le van a hacer la casa, pero el tema es... si el gobierno no ofrece más apoyo... y cambia de presidente y esto se termina, no nos va a llegar a alcanzar.

(Entrevista a Verónica, 9 de agosto de 2007).¹²⁴

A través de la política, también se radicalizan los conflictos por la apropiación de derechos. Cuando otras vías aparecen cerradas, la denuncia es una alternativa que opera como estrategia del débil. Porque en la habilidad de regular estos conflictos sin conducirlos hacia fuera del barrio se juega la continuidad de Villa Torres como modelo de urbanización.

¹²⁴ Entrevista realizada por Martín Cortés y Damián Fau.

CAPÍTULO 5. ¿Qué es política?

Javier me pregunta qué quiero hacer. Les digo que me interesa el proyecto y, en especial, la relación con la política, que no es tanto hacer entrevistas sino estar más tiempo ahí para ver cómo es todo y conocer mejor lo que ellos hacen todos los días. Me preguntan para qué es. Para la tesis, que es como un libro pero en principio es para la facultad, que no sé si va a salir publicado después. Javier dice que tengo que elegir a alguno, un caso acotado, si no va a ser mucho. Viviana dice que si me interesa la política, eso tengo que hablar con José, o con su secretaria, que está trabajando con él, o con Mirta, que es la que más sabe de ellos. Que todo es política, todo el trabajo, que ellos también están, van a las manifestaciones por lo del campo, están en las elecciones, el día del niño organizaron algo en el CIC y las cosas venían de Acción Social. Pero el que está más en la política, es José. Él está más metido y nos dice a nosotros cuando hay que hacer algo. Que tengo que hablar con él. Después me dirá que hable con su secretaria, que tiene su agenda, porque es difícilísimo encontrarlo en la unidad ejecutora, que pida un turno y listo, como hace la gente del barrio.

(Registro de campo, 14 de agosto de 2008).

Cuando volví a Villa Torres ya decidida a escribir mi tesis doctoral sobre los sentidos de la política allí, fui interrogada por mis anfitriones. Desde entonces, Javier me dio diversas indicaciones sobre cómo debía escribir sobre ellos: tenía que acotar mis intereses, poner sentimiento, saber contar historias, confiarles mi vida para que ellos pudieran confiar en mí y descartar aquello que rompiera con una narración cuasi épica de sus tareas por el barrio. Para mí, él fue uno de los interlocutores con quienes discutir qué me proponía escribir. Aunque otros también seguían mis pasos, Javier era quien más me cuestionaba. Sólo pude aplacar su inquietud cuando lo desafié a poner un título a mi tesis casi un año más tarde. Mientras tanto, tomé en serio su determinación de guiarme y pedí que me indicaran qué camino seguir. Preguntando cómo hacer para ver la relación de todo esto con la política, Viviana y Javier me dieron varias respuestas. Más tarde, Mirta también contribuyó ampliando los relatos. Sus palabras podrían organizarse en tres ejes: 1) todo esto es política: hacer las casas, trasladar a las familias, mantener limpio el barrio, juntar cosas para el día del niño o andar detrás de los pibes; 2) qué lastima que no viniste hace unos meses porque lo del campo¹²⁵ fue un despelote y en cualquier momento teníamos que salir corriendo para un acto, ¿no sabés la bandera

¹²⁵ En 2008, cuatro entidades de productores agropecuarios vinculados a la exportación de *commodities* se aliaron en oposición a una medida del gobierno nacional orientada a subir el arancel de retenciones a varias *commodities* (dada la suba extraordinaria de sus precios internacionales). El conflicto se desplegó a través de cortes de ruta, lockouts y cacerolazos. Su cierre se produjo con la votación legislativa de la resolución controversial (la 125), cuando el Vicepresidente Julio Cobos quebró la paridad entre los senadores, votando contra la medida gubernamental.

que armamos! todo Matanza es importante y la Torres, primero... y después ver lo que pasaba desde la plaza, fue triste; 3) pero nosotros no sabemos bien, el que anda en todo eso es José; para eso, tenés que hablar con José, pedí un turno con él.¹²⁶

Sus respuestas daban cuenta de tres cuestiones que aparecen abordadas en la bibliografía sobre política entre sectores populares: su imbricación en la vida diaria y su importancia como trabajo; su vinculación con un tiempo específico... pero aquí no sólo comprendido como el momento electoral sino también incluyendo otras escenas de movilización colectiva; y, por último, su conexión con una figura central en el entramado político barrial, reconocida aquí como dirigente. Mi interés consiste en pasar de la enumeración de rasgos a la construcción de un modelo etnográfico de la política que, sin reducirse a ellos, permita comprenderlos en su densidad, en su combinación y en sus modulaciones contextuales. Para ello parto de esa definición como puntapié inicial que orientó mi etnografía en Villa Torres. Para desplegarla, acompaño a quienes *trabajan en la urbanización*.

El texto se organiza en tres apartados que siguen los puntos planteados. Construido etnográficamente, el modelo que propongo aquí intenta aportar a una comprensión de la política que supere los prejuicios de cierta doxa, a veces compartida por los mismos académicos, acerca de sus males.

Trabajar en la urbanización

Viviana y Mirta trabajan en la urbanización hace muchos años. Otros se incorporaron más recientemente. La gran mayoría es habitante del barrio, y tiene (o espera) su casa nueva. Suelen apreciar el trabajo, evaluando cuánto ganan, lo que implica la urbanización para el barrio y los problemas de llevarla a cabo. En ese balance, las resoluciones son diversas. Aquí centraré la atención en la “cooperativa de paredón” (donde realicé parte del trabajo de campo entre 2008 y 2009, donde trabajan Viviana y Mirta).

A diferencia de las “cooperativas de trabajo” (conformadas a partir del Programa de Emergencia Habitacional entre 2004 y 2005), esta cooperativa surgió en 2008. Mientras aquellas están centradas en la construcción de viviendas, ésta nuclea diferentes tareas dentro del barrio. Su nombre evoca una de ellas: levantar las paredes que delimitan

¹²⁶ Me gustaría decir que esta tesis sigue el ejemplo de Evans-Pritchard: “Yo no tenía interés por la brujería cuando fui para la tierra Zande, pero sí lo tenían los Azande; de modo que tuve que dejarme guiar por ellos” (1978:300, citado por Peirano, 2004:335). Sin embargo, la pregunta que guía mi recorrido es previa al estar-ahí. Aquí pretendo una aproximación a la tensión que ello plantea siguiendo una definición de política posible, aquella explicitada cuando pregunté al respecto.

los lotes de las viviendas ya construidas. Para ello, se organizaron dos grupos de jóvenes (“pibes”) bajo la supervisión de dos oficiales de la construcción. Además, la cooperativa tiene sus “encargados”: Viviana (la presidenta), Mirta y Andy.

Mirta es prima de José (hija del hermano de la madre). Antes, trabajaba como empleada doméstica, luego tuvo un plan (subsidio a los desocupados) con una “puntera” del barrio hasta que José le pidió que se metiera en la “cooperativa madre” porque faltaba gente.¹²⁷ Viviana, en cambio, provenía de una familia con gran participación en la iglesia local. Su madre forma parte del grupo fundador de “Hijo te amo”, una iniciativa surgida bajo el auspicio del párroco para alejar a los jóvenes del consumo de drogas (donde ella y sus hermanas también participan). Como relataba unos días antes del cumpleaños del padre Tuchi (mientras organizaban un festejo sorpresa), ella tenía casi la misma edad que el cura y que José (treinta y largos), y recordaba haber jugado con ambos de chicos en calles y pasillos de la villa.

Ambas trabajan hace muchos años en la urbanización de Villa Torres. Antes, “a honores” (mientras recibían un plan). Desde fines de 2008, en cambio, como miembros de la cooperativa de paredón. Tanto antes como ahora, se han encargado de supervisar los traslados de familias, recibir quejas de vecinos y guiar visitantes. Ahora además realizan tareas administrativas de la cooperativa. Mientras, Andy, el tercer responsable de la cooperativa, responde a los problemas registrados entre los vecinos y está encargado de controlar a los pibes.¹²⁸ De todos modos, ese control es disputado con Mirta. Según los comentarios, se pelean como si fueran un matrimonio. Para Mirta, él tendría que tratar mejor a los pibes y respetarla más a ella, porque entró antes en la cooperativa (y es mayor). Según explica, él es “muy machista”. Andy, en cambio, no me da muchas explicaciones: “lo que pasa en vestuario no se ventila para afuera”, alega. Viviana, en cambio, trata de no meterse pero reconoce que, como hombre, es más fácil que los pibes le hagan caso. Cuando hay pelea, José suele intervenir para calmar los ánimos y dividir tareas. Pero la calma es por un tiempo.

En varias oportunidades, hablé del tema con Mirta. Ella decía que le gustaría hacer el “trabajo social” que aprendió en Torres también en otros barrios. A la vez, se quejaba de que José la tuviera de aquí para allá, como un “comodín” que iba donde fal-

¹²⁷ A partir de la implementación del Programa de Emergencia Habitacional, varios integrantes de la “cooperativa madre” conformaron “cooperativas de trabajo” para edificar viviendas.

¹²⁸ Según él mismo se definió en una oportunidad, es “el bombero del barrio”. Porque pasa el tiempo solucionando problemas urgentes vinculados a la urbanización. Sin embargo, no es el único. Algunos problemas requieren la contratación de camiones cisterna, las gestiones ante las empresas de basura, electricidad o agua... De eso se ocupan diferentes personas, sean hombres, mujeres o pibes.

taba gente. José no me habló directamente del asunto. Pero cuando yo le sugería visitar algún lugar en Torres, siempre contestaba que lo hablara con Mirta. Eso me recordaba lo que dijo una vez: que él ya no podía estar tanto en Torres mirando todo, y que el padre Tuchi le había dicho que necesitaba “confiar en alguien que fuera como sus ojos en el barrio”. No creo que el párroco o José tengan sólo un par de ojos en Torres. Pero sí que José confía en los de Mirta, entre otros. Y el trabajo de Mirta es duro. Si la oficina está cerrada, los vecinos van a buscarla a su casa y, a diferencia de los otros dos responsables de la cooperativa, no tiene un marido o una mujer que se enoje por ella. Cuando no quiere que la molesten más, se va a las maquinitas del bingo, apaga el celular y se divierte un rato. A veces pierde. Pero otras, gana. Y lo festeja con regalitos: un televisor para ella, el viaje de egresados para la hija menor, ropita para una de sus nietas...¹²⁹

Mientras, los pibes trabajan en la construcción de medianeras entre las viviendas nuevas, en los traslados de familias y en la limpieza del barrio. Cuando hay traslado, los pibes pueden quedarse con alguna cosa que la familia desecha o, si prefieren, organizar un asadito para el viernes con la plata que, al venderlas, recaudan entre todos. La cooperativa paga relativamente poco por el trabajo de los pibes pero tolera sus idas y vueltas, y reconoce a quienes trabajan más o tienen hijos.¹³⁰ Según orden expresa de José (hablada con el padre Tuchi), no pueden echar a ninguno. Porque el trabajo es importante para salir de la calle. Para enseñarles a vivir diferente.¹³¹

Muchos análisis han subrayado que un lenguaje del parentesco atraviesa la política, el trabajo, la religión... la vida. En la cooperativa de paredón, no sólo se recrea una familia compleja a través de disputas en torno de los respectivos papeles sino que también se reconocen lazos de parentesco previos (y se pueden generar otros), a la vez que la propia familia es aquello que cada uno intenta resguardar, limitando el tiempo de trabajo, estando cerca cuando hace falta y retribuyendo con regalos. En estos diferentes contextos, las definiciones de familia pueden variar, incorporando una red más o menos amplia de vínculos de cosanguinidad y afinidad. Sin embargo, todos refieren a los hijos (y más ampliamente la descendencia) como centro. Los hijos (y el trabajo) justifican un ingreso mayor para algunos pibes. Las hijas (y las nietas) son quienes reciben los rega-

¹²⁹ Cuando va mucho al bingo, José (que es su primo menor) la reta. También la ayudó con una operación de vesícula que hace años venía postergando. Para que no estuviera tan flaca, porque no la veía bien.

¹³⁰ El ingreso de los pibes varía entre los \$40 y los \$60 diarios. Los responsables de la cooperativa reciben un sueldo mensual de \$1400. Estos pagos “bajan de Nación” (requiriendo el aval técnico de las obras para efectivizarse).

¹³¹ El trabajo en esta cooperativa se complementa con otras actividades orientadas a los pibes. Entre ellas, se destaca la Casa del Buen Pastor (organizada por el padre Tuchi), la cooperativa de demolición (a cargo de otro equipo muy cercano a José) y la murga.

los de Mirta. A la vez, ellos son fuente para actuar colectivamente. No sólo el “grupo de madres” de la parroquia se denomina “Hijo te amo” (aunque también participan hermanas, novias, padres, párroco y habitantes del barrio lindante)¹³² sino que incluso los artífices de la toma en 1999 son identificados hoy como “hijos de titular”, o “jóvenes del barrio”. Desde aquí, la cooperativa de paredón puede verse como parte de una trama barrial más amplia. Si la figura de la madre ha sido señalada como un rol central en la constitución de las redes de mediación política en el Gran Buenos Aires de las últimas décadas (Auyero, 2001:148; Svampa y Pereyra, 2003:161), aquí esta figura también resulta importante pero no puede ser entendida sin la importancia atribuida a los hijos como horizonte de las acciones. Tampoco es posible subrayar un protagonismo de las mujeres.¹³³ Hombres, mujeres y pibes realizan tareas diferenciales en una red amplia que excede a la cooperativa de paredón, involucrando a la cooperativa madre, a las cooperativas de trabajo (o “cooperativas hijas”) y a la parroquia. Por último, como parte de este entramado, resaltan dos personas claves dentro del barrio: el padre Tuchi y José.

Por otro lado, las actividades en la cooperativa de paredón son comprendidas (y valoradas) como trabajo. Ese concepto resulta central. Cada vez que me comunico con José por mensaje de texto, él se disculpa diciendo que está con mucho trabajo. El primer día que estuve en Torres, José resaltó que Mirta tenía un picaporte en la mano porque la habíamos interrumpido ultimando el traslado de una familia. En 2007, Mirta solía resaltar que ellos trabajaban a honores. La cooperativa de paredón se conformó en 2008. Recién entonces, Mirta, Viviana y Andy recibieron un ingreso monetario fijo. Por su parte, la cooperativa se ocupa de dar trabajo a los pibes. Como ya señalé, ese tema es considerado fundamental para sacarlos de la calle. Por eso, aún cuando no cumplan estrictamente con las tareas, se ausenten por varios días o se peleen entre sí, ninguno de los tres está autorizado para despedirlos. Es decir, las formas en que el trabajo aparece como central son diversas: para José, es importante mostrar a los visitantes cuánto tra-

¹³² Mientras los primeros justifican su papel en relación con vínculos personales, éstos lo hacen a partir de un saber profesional y un compromiso social. Según me contaba uno de ellos, “ambos matrimonios nos acercamos después del 2001”.

¹³³ Incluso podría afirmarse lo contrario. Como veíamos en el capítulo 1, entre las figuras centrales (y especialmente entre los voceros del grupo) predominan los varones. Este hecho llamó mi atención al notar que se llamaban entre sí: “Cacho”. Además de jugar al fútbol cada sábado, los lazos se recrean en un apodo compartido. José es el único que, además de la nominación común, tiene otro apodo que lo diferencia: “Patón”. Por contraste con “Patón” (que es utilizado por todos los vecinos), “Cacho” sólo es usado por ellos entre sí. En mis visitas a la cooperativa de paredón, pude observar cómo Gaby comenzaba a llamar así al pibe que lo acompañaba a todos lados y él, orgulloso, exageraba el tono al devolver el cumplido. Si bien el apodo refiere a un ámbito de exclusividad masculina, aquí intento comprenderlo como parte de una organización jerárquica que distingue membresías y divide tareas, incorporando subordinadamente mujeres y pibes.

bajan todos; para Mirta, es importante ser valorada por el trabajo realizado, recibiendo un sueldo y pudiendo hacer trabajo social también fuera del barrio; para José, Mirta, Viviana, Andy y el padre Tuchi, el trabajo es la alternativa para los pibes que están en la esquina. Porque trabajar en la urbanización es considerado un trabajo pero también es algo más.

La palabra urbanización condensa ese plus. Sea con los pibes que trabajan en la cooperativa, con los vecinos que se trasladan o con las calles en mal estado, la urbanización es concebida como un esfuerzo realizado para el barrio. Como otros ya han señalado, la importancia de “trabajar para el barrio” es central en la justificación de quienes median entre los recursos estatales y sus vecinos en la implementación de políticas públicas focalizadas. A veces esta actividad es constituida como “trabajo social” en oposición al “trabajo político”, sea que actúe como legitimación diferencial de algunas mujeres (Auyero, 2001) o como mecanismo de exclusión de la carrera política (Frederic, 2004). Pero no siempre es concebido localmente como separación. Otras veces, los análisis han enfatizado una suerte de amalgama entre política y vida entre sectores populares: “Acá no conseguís nada si no estás en política” (Vommaro, 2006), “Todo es cuestión de política ¿Qué vamos a hacer?” (Auyero, 2007), “Acá todo es política” (Quirós, 2008). Así, las miradas analíticas marcan división o solapamiento. Frente a ambos enfoques, trabajar en la urbanización muestra una densidad que incorpora la política, a la vez que la distingue.¹³⁴ Para comprender la urbanización, es preciso reunir ambas perspectivas separadas en los análisis académicos sobre temas afines.

MIERCOLES 19 HS. EN EL FORTÍN

La “oficina” se había ido construyendo como tal a lo largo del tiempo que los visitaba. En principio, era un núcleo en el que guardaban las herramientas. De a poco, una cooperativa de trabajo les cedió un par de escritorios y consiguieron algunas sillas más o menos desvencijadas. En invierno, Mirta traía la estufa de su casa. Ella siempre quería que pareciera una “oficina”. En una de las paredes, había colgado un gran plano de la parte nueva del barrio, donde pintaba en diferentes colores las casas que estaban adjudicadas, las que estaban en construcción y aquellas en las que las familias ya estaban tras-

¹³⁴ Una perspectiva más cercana a la mía puede encontrarse en los trabajos de Colabella (2009). A partir de una comparación entre “peronistas” y “piqueteros” organizados alrededor del reparto de bienes estatales (planes y mercadería) en La Matanza (entre 2005 y 2006), su análisis distingue las figuras claves, la trama relacional y el cronograma de movilizaciones como ejes de comparación. Por su parte, D’Amico y Pinedo (2008) muestran una alternativa en la cual “trabajo político para el intendente” y “trabajo social para el barrio” no se superponen sino que se combinan sin aparente tensión.

ladadas. En la otra pared, había un pizarrón donde pegaban diferentes anuncios: José fotografiado en el diario local junto con Alberto Balestrini, Fernando Espinoza (el actual intendente de La Matanza, 2005-) y otros funcionarios en un acto en el barrio, los pagos que había que hacer a proveedores o el llamado a alguna movilización.¹³⁵ Cuando la campaña de 2009 comenzó a acelerarse en vistas del adelantamiento de las elecciones de octubre a junio, apareció un cartel: MIERCOLES 19 HS. EN EL FORTÍN (un club de una localidad cercana donde tenían lugar algunos actos políticos municipales). Al entrar los pibes, Mirta se los recordaba, sobre todo a quienes formaban parte de la murga. Era importante porque era un plenario partidario. Y estaba anunciado un orador principal: Balestrini. A pesar del cansancio de todo el día de trabajo, el miércoles casi todos estábamos ahí (Viviana se excusó porque su marido le reclamaba que no dejara solos a los chicos). Como para el resto de las movilizaciones, salimos en micro desde la avenida asfaltada con bulevar, atravesando mi recorrido habitual de entrada a la Torres en sentido contrario.

Antes de salir, y a pedido de la secretaria de José, Mirta anotó los nombres de todos los presentes en un cuadernito. Después de preguntarme el mío, me aconsejó que subiera al micro para conseguir un lugar, agregando que su sobrina había traído al bebé. “Somos más o menos los mismos de la otra vez”, concluyó. Entre ellos, se podía distinguir a los grupos de las dos cooperativas que trabajan con pibes: demolición y paredón. Además, estaba el grupo que “trabaja en política con José”, coordinado por Mary, la hermana de Mirta. Los integrantes de este grupo asisten a las reuniones de política semanales que coordina José, y se ocupan de afiliar, rastrillar previo a las elecciones, pegar carteles y asistir a actos.¹³⁶ Participan tanto las personas más cercanas a José (que en general también realizan trabajos en cooperativas o en la unidad ejecutora) como algunas mujeres y chicas que se aproximaron recientemente buscando trabajo.¹³⁷ La hija de Mary también forma parte de este grupo. Mientras arrancábamos, la esposa de José y su nene menor subieron al micro. José iba desde otra reunión. “Somos 35”, anunció Mirta. En el camino, recogimos a la enfermera de la salita y a sus dos hijas. Luego de narrar el viaje, registré:

¹³⁵ El acto mencionado tuvo lugar en noviembre de 2008, en ocasión de la inauguración de la Escuela de Oficios, la Casa del Buen Pastor y el asfalto. Además de los funcionarios, en el podio estaban el obispo y el cura.

¹³⁶ Las afiliaciones se realizan para las elecciones internas del partido. El rastrillaje, en cambio, es la tarea de recorrer puerta por puerta para informar la fecha de las elecciones, averiguar el lugar de votación y entregar la boleta oficialista.

¹³⁷ Las chicas de este grupo fueron invitadas para integrar la “cooperativa de limpieza” (conformada en 2009), junto con algunos pibes chicos que no podían entrar en las cooperativas de demolición y paredón.

El locutor pide que todos los secretarios del consejo del partido suban al escenario. Matías [uno de los pibes del grupo] comenta que es el mismo locutor de siempre. Después de insistir, se sientan diez personas, sólo dos mujeres. El locutor dice que, antes que nada, nos pongamos todos de pie. Sin que alcance a anunciar, los presentes comienzan a entonar la marcha peronista. Pasado el primer estribillo, se siente el audio por los parlantes. Casi todos cantan. Los pibes también, pero cambian la letra, mechando insultos, riéndose y saltando. Una vez que termina, el locutor dice que ahora sí, como lo primero es la patria, todos vamos a entonar el Himno Nacional Argentino. El audio es sólo música. Muchos cantan. Entre los pibes se ponen la mano en el corazón y se paran firmes. Se ríen un poco pero se mantienen bastante tranquilos. Mirta los mira frunciendo el seño. Las últimas estrofas, los del escenario y parte del público cantan más fuerte haciendo la V.

Cuando terminan los aplausos, el locutor anuncia que estamos esperando la llegada de Balestrini y de Espinoza. Que todos sabemos cómo están de ocupados y que pronto estarán acá. Pero que el acto va a empezar para darles tiempo. Entonces da la palabra a Carlos Gdansky, Secretario General de la CGT de La Matanza y miembro del Consejo del partido, quien está sentado en el centro.

(Registro del 25 de marzo de 2009).

Varios oradores se sucedieron. A diferencia de Gdansky (quien elaboró un discurso encendido rememorando la historia del peronismo desde el triunfo de Perón en las elecciones de 1946), los demás se centraron en cuestiones de organización de la militancia en vistas de los próximos comicios, insistiendo en que era preciso “trabajar puerta por puerta”. Finalmente, llegaron Espinoza y Balestrini. En su discurso, Balestrini ironizó sobre el Properonismo, criticó el tema del campo y atacó frontalmente al Vicepresidente Cobos, acusándolo de traidor.¹³⁸ Mientras transcurría el acto, la esposa de José fue a comprar gaseosas y galletitas dulces, que repartió entre los presentes. Varios habían venido con sus hijos, que jugaban a la escondida entre el público.

Una vez que Balestrini termina de hablar, Andy me pregunta: ¿Pensás que vamos a ganar?

C: - Sí, además lo del adelantamiento conviene.

G: - Porque no le da tiempo a los otros para armarse, ¿no?

C: - Sí, y también porque en Capital no van a ganar y es mejor que sea todo junto porque si no, los medios después agrandan las cosas, como en Catamarca.

G: - Sí, claro.

C: - Viste que salió Kirchner, que perdieron pero hicieron una mejor elección que la anterior. O sea que de lo que venían, ganaron más.

G: - Claro, pero los medios enseguida sacaron que habían perdido.

Delante, hay gente que se acerca a Balestrini y le da cartas. José está allí. También van su esposa y el nene. Mirta, Mary, su hija y yo nos quedamos mirando.

¹³⁸ Por Properonismo, Balestrini se refiere a la lista opositora en la Provincia de Buenos Aires (que reunía a Francisco de Narváez y al ex Gobernador Felipe Solá, identificados como peronistas), y a su alianza con el partido que gobierna en la Ciudad de Buenos Aires, PRO. Desde el oficialismo, el ex Presidente Néstor Kirchner se presentaba como primer candidato a Diputado Nacional. La campaña se polarizó entre ambas listas. Las elecciones dieron un triunfo ajustado a la lista opositora.

Le pasan el nene a Balestrini que lo abraza mientras se agacha para escuchar a los que le hablan. Alrededor hay dos hombres jóvenes con traje. Mirta y Mary dicen que Balestrini está con su ahijado, que miremos cómo lo tiene a su ahijado. Mary dice que también podría ser el padrino de su nieto, ¿no? La hija pone cara como que no cree. Mary le dice que vaya donde está José y le saque una foto. Ella se acerca pero vuelve sin haberla sacado. José le habla un poco a Balestrini. Después le da un papel a uno de los de traje, señalando a Balestrini que ya habla con otros.

(Registro del 25 de marzo de 2009).

Las movilizaciones son comprendidas como parte de las actividades habituales. Estas tareas son distintas del trabajo de todos los días pero no implican una instancia apartada de la vida. Charlas y carteles las evocan constantemente, llamando a participar en ellas. De todos modos, son vistas diferencialmente: requieren saberes específicos, no reciben retribución monetaria, las ausencias y las presencias así como los agrupamientos varían respecto de la jornada laboral, y no se organizan de acuerdo a un horario fijo sino que implican ciclos más intensos que otros, pudiendo transcurrir durante la tarde o la noche, un día laboral o de fin de semana. Si existe un sentido más general de la política que incluye todo el trabajo en la urbanización, las personas con quienes interactué en Torres distinguen un sentido más específico de la misma asociado al apoyo al gobierno, a través de la participación en la dinámica electoral, en actos y en otras movilizaciones.

La política, comprendida como una serie de actividades especiales, también forma parte de la vida para Mirta, Viviana, Andy y los pibes, a la vez que ellos mostraron formas diferenciales de vinculación con la misma durante el acto. El vínculo de Mirta pasaba a través de su familia, y la relación especial que mantenían con Balestrini, como quien prometió y cumplió con ellos apoyando la urbanización. Ese vínculo se había traducido en términos de parentesco: Balestrini es padrino del hijo menor de José. Como en todos los actos a los que asistí, José se acercó al escenario para saludar a Balestrini, reponiendo el vínculo que los unía a través de su presencia (y la de su hijo). Andy, en cambio, buscaba en el acto indicios acerca de los resultados electorales, que le inquietaban. Él veía la amenaza de perder las elecciones más claramente que yo. Él se veía como parte de ese nosotros imbuido en la incertidumbre. Entre los pibes, asistir al acto era una obligación. Pero no dejaban de divertirse, mostrando irreverencia hacia los símbolos del encuentro (más explícita y tolerada cuando aludía a Perón que en el caso del Himno Nacional). Por último, Viviana había dejado de asistir a todas las movilizaciones después de lo del campo, a medida que las tareas en la cooperativa le habían implicado más tiempo fuera de su casa.

Auyero (2007:52) muestra que “el lenguaje de la política” es usado por quienes participaron de los saqueos en 2001, como víctimas o victimarios, para explicar los acontecimientos, contrastando con otras situaciones en que prima el lenguaje del parentesco, de la religión, de la brujería, de la ambición económica o de los méritos personales. Al hablar de los saqueos, la política es vista negativamente: como algo proveniente “de arriba” que resulta “profundamente desalentador” (Auyero, 2007:192). Aquí, en cambio, no aparece tanto un lenguaje de la política claramente distinguible del resto (excepto en el discurso de Balestrini). Como en el apartado anterior, parentesco y trabajo son ejes por los que transcurre la asistencia al acto. Entre esos elementos se juegan las valoraciones diferenciales de la política, y de lo que cada uno hace. En ese sentido, si bien otros habían concurrido con sus hijos, aquí primaba la familia de José, y el propio vínculo con Balestrini era incorporado dentro de esos lazos. Por otro lado, asistir al acto es conectado con el propio trabajo: para algunos, es considerado parte de su trabajo habitual; para otros, una puerta de entrada para obtener un trabajo; para la mayoría, implica trabajar en política con José. Como me habían indicado Mirta y Viviana, para saber de política yo tenía que hablar con él.

El dirigente barrial

Para hablar con José, Mirta y Viviana me pasaron el teléfono de su secretaria. Está muy ocupado; lo mejor es que pidas un turno, me explicaron. Así lo hice. Según me aclaró su secretaria, José atiende martes y jueves en la unidad ejecutora. Ella me anotó para el jueves siguiente a las tres de la tarde. Me quiso pasar la dirección del lugar pero ya lo conocía. Había estado ahí para entrevistarlos junto con el equipo contratado por el gobierno de la provincia un año antes.

La Unidad Ejecutora del Programa de Urbanización de Villas y Asentamientos de La Matanza funciona en San Justo, a una cuadra del edificio municipal (y de la plaza central del distrito). Depende de la Secretaría de Obras y Servicios Públicos. Esta secretaria es una de las más importantes del municipio, junto (y en tensión) con la Secretaría de Desarrollo Social. Ambas concentran recursos de diferentes programas. La secretaria de obras públicas está a cargo de Herminio Bayón. Él es un antiguo militante de la causa villera que en la década de 1990 transitó del peronismo al FREPASO como concejal opositor al entonces intendente Cozzi. En 1999 ganó la interna matancera como candidato de la Alianza UCR-FREPASO para luego ceder su lugar como candidato a intendente a una figura televisiva, la actriz y conductora Lidia “Pinky” Satragno. A pesar del

triunfo de la Alianza a nivel nacional (y de algunos vaticinios auspiciosos), la fórmula Satragno-Bayón resultó derrotada por la lista del PJ, encabezada por Alberto Balestrini. Luego de concluir su mandato como concejal, Bayón se incorporó a la gestión municipal en 2003, en un cargo central en la política matancera.¹³⁹

José se reúne todas las mañanas con “el secretario” para organizar su agenda del día. Aunque la pretensión es abarcar los más de cien villas y asentamientos del distrito, el trabajo actual se concentra en tres o cuatro. Villa Torres constituye el punto de partida y el modelo para trabajar en los demás barrios.

Como llegué más temprano, tuve que esperar unos minutos a José. Cuando entré, pasamos a su oficina. Algunas cosas seguían tal como las recordaba: el escritorio en el centro, la pared lateral con la foto de Evita, la pared frente a José con el plano del barrio y detrás de José las fotos del acto de enero de 2004, cuando Kirchner bajó de su helicóptero al campito que hoy es la parte nueva. Lo que llamó mi atención fue que, en lugar de la foto de Tambó Tambó (el grupo que compuso una cumbia sobre la Torres), había una de Balestrini y José caminando por el barrio.

Me presenté a José y le expliqué que me interesaba estudiar el “proyecto de urbanización”, pensando la relación del barrio con la política. Me corrigió: “No es tanto proyecto porque es algo que ya se está haciendo, ya existe. Es mejor hablar de proceso de urbanización”. Desde que lo había entrevistado la vez anterior, había cambiado la forma de referirse a la urbanización, con fundamento. Conté que fui a Torres (donde él me estaba enviando si no lo interrumpía) y que me dijeron que para ese tema, tenía que pedir un turno con él. Se sonrió, como siempre, y contestó: “Pero no soy sólo yo. A veces todo lo que hago es hacer de nexos”.

Cuando supo que yo quería escribir mi tesis sobre Torres, enseguida se entusiasmó. Para que entendiera, me daba varios ejemplos: cómo había hecho para que un dirigente de una organización comunitaria consiguiera una entrevista con el responsable de los programas alimentarios en el gobierno provincial, o cómo había charlado con un hinchado destacado de un club zonal para gestionar la edificación de un hospedaje para los jugadores provenientes del interior del país. Lo que antes había hecho para Torres le

¹³⁹ Según fuentes periodísticas locales, existían rumores de que Bayón competiría contra el intendente Fernando Espinoza en 2007. La desmentida de su entorno fue contundente: “‘El que nos trajo acá es Alberto [Balestrini] -dijeron-, no está en discusión quién conduce La Matanza’. Y también estimaron que el rumor podría ser ‘intencional’ con el objetivo de quebrar al funcionario: ‘cuando te tiran al medio es para triturtarte’, lanzaron” (NCO, en <http://diarionco.com/a3503/4.html>, extraído el 2 de abril de 2009).

había dado los vínculos y los saberes para hacer de nexo en relación con otros. Aprovechaba que era conocido y se hacía más conocido con ello.

Jugar con la imaginación

Cuando llegué a la unidad ejecutora, Yeny me hizo pasar a la antesala de la oficina de José para esperarlo. Me explicó: ahora ella había empezado a trabajar allí, porque le gustaba la “parte social” y porque estaba estudiando computación. Entonces me llamó la atención la foto de José y Balestrini en el barrio, y le pregunté al respecto. Hacía poco la habían colgado. El otro domingo Balestrini había caído de sorpresa por el barrio, sin guardaespaldas. “¿Qué? ¿Te tengo que pedir permiso para venir a tu barrio?”, le preguntó a José.

A poco de entrar a su oficina, José me relataba la misma situación como ejemplo del “hacer de nexo”. Según narraba, él podía hacer de nexo entre alguien que necesitaba algo y el funcionario a cargo porque “ya conocía a mucha gente” y porque “jugaba con su imaginación”. Eso me interesó. Pedí que me explicara mejor. Él se presentaba como José Domínguez, y dejaba que los otros pensarán en Torres, la urbanización, Balestrini, el lugar donde bajó Kirchner... Para ejemplificar, me habló de las fotos nuevas. Cito el diálogo tal como lo transcribí al volver a casa:

J: - Ponele, otro ejemplo. Hace dos semanas vino Balestrini de visita al barrio, de sorpresa. Ni yo sabía que iba a venir, ni su mujer, ni él... La mujer tenía que venir a la iglesia, porque está en algo social, ¿sí? Pero él le dijo que se quedaba leyendo el diario. Era un domingo. En eso, se cambió y vino. [Señala las fotos]. Estuvimos caminando por el barrio. Tranquilo. Nada. Pero qué pasa. Ahora la gente está imaginando: ¿Por qué fue? ¿Qué le dijo? ¿Que va a ser el próximo intendente? ¿Concejal? ¿Lo quiere al lado suyo? Imaginan. Yo puedo jugar con eso. Qué voy a decir que dijo. Nadie sabe por qué vino así que puedo decir lo que quiera...

C: - ¿Y qué decís?

J: - Nada. Dejo que imaginen. Ahora yo que analizo, por qué vino... Yo no estoy en su cabeza. A mí no me dijo por qué. Pero qué sé yo. Que estaba leyendo el diario, se levantó y vino.

C: - Falta saber qué noticia estaba leyendo.

J: - Yo tengo el Clarín de ese día. Me fijé. ¿Qué pudo estar leyendo? Salió una nota de Macri, que está hablando de urbanización. Entonces vino a ver.

C: - El otro habla. Yo hago... Acá se hace.

J: - Eso es lo que yo me imagino. Pero sólo él sabe por qué lo hizo. Lo que yo hago es mucho análisis para entender lo que la gente piensa. Los analizo.

(Registro de campo, 4 de septiembre de 2008).

¿Cómo seguiría mi trabajo? José pretendía que nos juntáramos a charlar regularmente y que visitara Torres. Yo, en cambio, prefería acompañarlo en sus actividades habituales, asegurando que ya había recorrido bastante el barrio. Entonces me propuso

asistir al encuentro en que participaría el sábado siguiente en la Universidad Nacional de Quilmes, invitado por dirigentes de organizaciones sociales de ese distrito del sur del conurbano. Cuando él estaba empezando, había asistido a seminarios dados por estos mismos dirigentes, quienes llevaban muchos años en cuestiones vinculadas al hábitat y a la vivienda. Entonces estaba aprendiendo. Ahora, iba para ayudarlos a ellos. Cuando fue, le mostraron el barrio que habían construido. Ahora, él les mostraría cómo había cambiado Torres en los últimos años a través de su relato y de fotos. A la vez, les haría de contacto con un funcionario a cargo del Instituto de la Vivienda provincial. Mientras, llamó al organizador por su radio y conversó con él, dejándome escuchar toda la charla.

Cuando estaba concluyendo la conversación con José, le sugerí que podía asistir a las reuniones de la agrupación en que él participaba:

Le pregunto por las reuniones de la agrupación. Dice que son muy chatas, muy aburridas. Que no se aprende nada ahí. Él va porque tiene que ir.

J: - Se supone que hablan dirigentes pero los ves y decís ¿vos sos mi dirigente? ¿Vos qué hiciste? Lo que pasa es que se enseñó una forma de ser dirigente, que es lo que vemos cuando hablamos de los políticos, que ser dirigente es estar en la rosca, se formó así. En estas reuniones se aprende eso. Nada más. Nosotros, en cambio, estamos trabajando en otros espacios. Ahora estamos haciendo un trabajo con los pibes, de otra manera. Trabajando. Te doy un ejemplo. La otra vez mandé a un pibe a que tirara un muro. En eso me llama por la radio. Que la mujer decía que no iba a tirar. Entonces yo le contesto, en su lenguaje –porque a cada uno hay que hablarle en su lenguaje-: “¿Vos sos boludo? ¿Yo a vos para qué te llamé? ¡Ocupate de lo que tenés que hacer! ¡Qué tenés que estar hablando! Hacé tu trabajo y listo.” Corté y llamé al hermano de la mujer. Él me había hablado para que contempláramos a su hermana, que vivía muy mal, y ahora salía con esto. Se tomó el colectivo, fue a hablarle y después me llamó que ya estaba solucionado. El pibe después me preguntaba qué hice. “¿No ves? No tenías que hablar con la mujer. Eso es rosca. Que uno le dice al otro, que le dice al otro. Y el trabajo tira eso.”

Le contesto que él sabía con quién había que hablar. Se ríe. Me dice que tampoco por ser pobres es que todos son buenos. Que algunos creen eso pero no es así. Son gente como cualquiera. Hay buenos y malos.

(Registro de campo, 4 de septiembre de 2008).

En esta charla, y en diversos momentos a lo largo del trabajo de campo, José contraponía el “trabajo” en la urbanización con la “rosca” de los políticos formados en el partido. En principio, distinguía entre dos espacios de socialización política, ensalzando el propio frente al clásico. Como ya he señalado, la distinción respecto de la “vieja política” formaba parte de un discurso más amplio que se había difundido como legitimación política luego del “Que se vayan todos”. José apelaba a su condición de neófito (y a su juventud).

Sin embargo, el ejemplo mostraba algo más. La “rosca”, comprendida como estar hablando (o chusmeando), era parte de la propia dinámica de la urbanización, y de la vida en Torres. Como esbocé en mi respuesta entonces, creo que el ejemplo dado por José implica distinguir qué trabajo hace cada uno, quién puede hablar y con quién hay que hablar en cada caso. No era tarea del pibe sino de José. No se trataba ni de hablar con los vecinos ni de hablar con ella sino con su hermano, que era quien había mediado para que ella pudiera trasladarse pronto. Para “hacer de nexos”, es preciso entender cómo se entrama la red en la que se pretende actuar, y en qué lenguaje se debe hablar con cada uno. José apelaba a los vínculos de parentesco de la mujer, sabía cómo hablar con un pibe del barrio y colocaba el trabajo como valor, frente a la rosca. ¿Por qué, ante mi respuesta, contestó que no todos los pobres eran buenos?

En principio, él apuntaba a lo que creía como mis propios supuestos sobre su barrio, como ya lo había hecho Fede tal como relato en el Capítulo 3. Pero había algo más. Desde la pregunta por la política, es posible conectar su respuesta con la explicación de una muchacha entrevistada en Torres en 2007. Hablando de los saqueos en 2001, aseguró que eran algo político. Los entrevistadores le preguntaron qué quería decir con político:

I: - Para poder derrotar a alguien que no querían. Ponele yo me pongo en campaña y digo: ‘voy a echar a José’. Me voy, junto gente y empiezo a meter púa, empezás a decir cosas que por ahí no son pero, como a vos no te gusta esa persona, vas y metes púa. Vamos a echarlo, vamos a hacer, cómo se llama esto, que le empiezan a tirar piedras, y lo sacan. La mayoría de los políticos usan esa parte, usan a la gente para poder hacer lo que ellos quieren.

(Entrevista a Irene, 10 de julio de 2007).¹⁴⁰

En un sentido, la concepción de José es similar a la de esta mujer. Ambos refieren a personas que generan (o agrandan) problemas al hablar, y así buscan explicar cómo se hace política (en contra de José). Pero existe una diferencia. Si ella ve a la mayoría de los políticos negativamente (si bien se pone a sí misma como ejemplo), él busca mostrar que no es un rasgo exclusivo de los políticos para luego incorporarlo como una forma negativa de hacer política, la rosca. A la vez, también muestra una forma de jugar con ella, “jugando con la imaginación”.

Al comparar ambas perspectivas, recordé el momento en que fuimos a la unidad básica de Fierro para entrevistarlo en el marco del diagnóstico. Como mostré en el Capítulo 4, él sostenía “trabajar políticamente” y tenía una larga trayectoria (interrumpida)

¹⁴⁰ Esta entrevista fue realizada por Martín Cortés y Damián Fau.

actuando como “cadena” dentro y fuera del barrio. Así definía su trabajo. A poco de sentarnos a conversar, habló de “irregularidades” en la urbanización pero dijo que no era la persona indicada para contarnos. Al rato, nos comprometió para una reunión con “vecinos”. Combinamos para una próxima visita a su oficina. Ese día, nos cedió su lado del escritorio y nos dejó solos atendiendo los reclamos.

A la vez que buscaba mostrarnos la contracara de la urbanización, Fierro recurría a los vecinos como la voz válida. Era su forma de jugar políticamente desde una posición desventajosa. Reconociendo cómo serían vistos sus propios intereses, colocaba la presencia de los vecinos (y nos ponía literalmente en su silla) para exponernos a la situación. Siguiendo la definición de Irene, esta práctica podría ser vista como tirar piedras a José. Como ella (y José mismo) reconocía, ella se construía apelando a la propia trama barrial, y a sus conflictos. Pero si José distinguía entre buenos y malos, Fierro permitía mostrarnos que eran las posiciones relativas lo que estaba en juego, fueran vecinos o políticos.

Auyero (2007) analiza una concepción negativa de la política, mostrando la continuidad entre política ordinaria y violencia colectiva extraordinaria. Pero si recurre centralmente a los discursos sobre los saqueos para dar cuenta de un lenguaje de la política distinguido del resto, el lenguaje de la política no siempre parece aislado (y en ello se juegan diferentes formas de validación). Aquí he mostrado la centralidad del trabajo y el parentesco, tal como se combinan en la urbanización del propio barrio. A partir de allí, transita la posibilidad de hacer política y validarse. Fierro podía mostrar algunos límites de esta pretensión. Pero José también respondía a ellos, deslegitimándolos como “rosca” (o como “chusmerío”).

Como Matilde en la etnografía de Auyero (2001), José actúa como mediador. En sus propios términos, hace de nexo. A diferencia de Matilde, él acentúa su propia movilidad a través de una red abierta elaborada a lo largo de un aprendizaje. Ahora no sólo comprende Torres sino que, como funcionario municipal, actúa también en otras villas del municipio. A la vez, dispone de una red versátil en ampliación que lo conecta con políticos, funcionarios, habitantes de varios barrios, hinchas de clubes, profesionales y dirigentes barriales. Entre ellos, circulan ayudas, apoyos, contactos, aprendizajes, construcciones de material y simbólicas. Los vínculos de José no se restringen ni al barrio ni a lo concerniente al programa de urbanización, aunque allí esté su base. Los recursos de los cuales dispone son amplios. A diferencia de Matilde, José escenifica una historia ascendente.

De este modo, es posible concebir la política en Villa Torres como parte de una red más amplia. Para comprender la política en Torres, también es preciso salir de Torres recorriendo las oficinas gubernamentales, la unidad ejecutora, el club, la agrupación, la universidad...

¿Buenos y malos?

En su discusión con el concepto de clientelismo, Frederic (2004) argumentó que dicho concepto (tal como había sido utilizado para comprender la política de los pobres) tendía a reificar la distinción entre alta y baja política, oscureciendo las formas de exclusión (y los desafíos) implicados en la profesionalización de la misma. Sea como clientelismo o como exclusión de la carrera política, tanto Auyero (2001) como Frederic (2004) muestran distanciamiento creciente entre arriba y abajo. Ambos textos refieren formas de hacer política, despolitizando para legitimarse. El título del libro de Frederic (2004) es clave para comprender el desafío moral que tal separación abría: *Buenos vecinos, malos políticos*. Esta situación hizo eclosión en diciembre de 2001.

Desde entonces, los análisis académicos han mostrado la “selva organizacional” en los barrios populares de Buenos Aires (Cerrutti y Grimson, 2004) que contrasta con la “desertificación organizativa” señalada por Auyero (2001) hacia mediados de la década previa. Así como la multiplicación de las protestas en torno de 2001 y la masificación de los subsidios para los desocupados en 2002 aparecen como centrales para comprender frases tales como “acá todo es política” (Auyero, 2007; Quirós, 2008; Vommaro, 2006), la urbanización de Torres invita a reflexionar sobre otras alternativas menos estudiadas.

Si en los “tiempos extraordinarios” (Svampa, 2005) la política resultaba omnipresente para quienes vivían en los barrios populares de Buenos Aires, y en los ’90, en cambio, tendía a producirse una separación entre “trabajo político” y “trabajo para el barrio” o “trabajo social”, la etnografía en Villa Torres muestra una combinación diferente de elementos que pudo concretarse luego de la implementación de políticas habitacionales entre 2004 y 2005 (Rodríguez et al. 2007), dando cuenta de una forma específica de apropiación local de las mismas.

En palabras de José, “trabajar políticamente es bueno en la medida en que sirve a la urbanización”. Como señalaban Mirta y Viviana, urbanización, movilización colectiva y dirigencia se combinan singularmente, validándose a través del trabajo, del parentesco y del barrio. Una combinación similar puede observarse comparando “peronistas”

y “piqueteros” que distribuyen planes y alimentos provistos por el Estado durante el gobierno de Kirchner (Colabella, 2009). Pero, a diferencia de la distribución de estos bienes, la urbanización se sostenía como proyecto colectivo que podía abrir las esperanzas.

Centrada en la urbanización, la política es un concepto ambiguo: no existe una definición única ni un lenguaje específicamente político. En principio, la política es vida y valorada diferencialmente según las posiciones relativas (sea que hable José, Mirta, Viviana, Fierro o Irene) o contextos diferenciales (urbanización, elecciones, saqueos). Más específicamente, la política es un término que se impone sobre una serie variada de prácticas. Cuando es apartada de los vínculos cercanos, puede ser vista negativamente (como “quilombo”, como “chusmerío” o como “rosca”). Pero existen formas locales de validación de la política, haciéndola parte del parentesco, del trabajo y del barrio combinados singularmente en la urbanización. En ella, los protagonistas son los hijos del barrio.

La bañera (un epílogo)

Los habitantes de Torres suelen evaluar a sus propios vecinos de acuerdo a las casas que habitan: si están bien o mal hechas (según cómo fueron construida y por quiénes), si son lindas o feas (más o menos cuidadas y limpias), si son grandes o pequeñas (de acuerdo a la cantidad de miembros), y cuántas casas tiene éste o aquél (y a nombre de quién figuran). Este último tema, menos frecuente en otros lugares, es relevante en Torres a partir de la urbanización (porque evade sus regulaciones). En un lugar cambiando continuamente por obras y traslados, el tema aparece en las charlas habituales en los negocios, en las calles y en las casas.

La cooperativa, como institución barrial encargada de construir las viviendas y mediar en las adjudicaciones, resulta centro de rumores, reclamos y quejas. Recorrer el barrio como alguien de afuera (como “estudiante”, “profesional”, “escritora” o “gente del gobierno”, según el momento y el interlocutor), supuso también responder a una pregunta: “¿No podés traer una cámara?” Según pude observar a lo largo de los meses, el registro visual y, sobre todo, la aparición en los medios de comunicación era una forma habitual de tramitar las relaciones entre los habitantes del barrio, apelando a los de afuera (vistos como más poderosos) para denunciar o para mostrar el éxito de la urbanización.

Dentro de este contexto, el título de este apartado puede llamar la atención. Cuando estaba terminando el trabajo de campo, me quedé charlando con Matías, un pibe que ya conocía hacía más de un año. No es de Torres. Se crió en otra villa cercana, tenía amigos en la Torres y vino cuando formó familia. En ese tiempo andaba en cualquiera. Puro bardo: se drogaba, salía a chorear y jugaba con armas... como otros pibes de la Torres o de su barrio. Empezó a cambiar por su nena. Ahora está trabajando en la cooperativa de paredón y tiene que ir a todos los actos porque es uno de los trompetistas en la murga. Sabe tocar un par de temas, nomás. Entre ellos, la marchita. Mientras, sigue aprendiendo otros y se entusiasma con la idea de formar un grupo de cumbia.

Su mujer es la sobrina de José, una piba también bardera que la madre de José protegió desde chica, como a sus hermanas. Ellas suelen pelearse entre sí. Una busca sobresalir siempre. Otra es trabajadora. Ella es quilombero. Todas, de una u otra manera, trabajan en la urbanización: la primera, en la unidad ejecutora; la segunda, en la empresa del técnico; y la tercera... acompañando a Matías a los actos. Un poco para vigilarlo y otro poco para divertirse y sacar a pasear a su nena, dejándola jugar con los hijos de José y charlando con su esposa. Entre medio de los discursos, los cánticos y los aplausos, hay también algo de diversión. La marcha peronista marca el momento culminante. Luego, subimos al colectivo y vuelta a la Torres. Con cumbia romántica, reggae-tón o... León Gieco, dependiendo del conductor y de los pasajeros.

Matías está a punto de mudarse a su casa nueva, junto con su mujer y su nena de 2 años. Lo encontré el último día que visité Torres antes de las elecciones del 28 de junio. Me contó entusiasmado que había comprado una bañera para su casa nueva. Para descansar cuando volviera de trabajar y para que su nena pudiera jugar con el agua, me aclaró sonriendo.

Sus palabras me recordaron un artículo de Rubinich (1998). Su análisis parte del fracaso de un proyecto de construcción de retretes portátiles que una ONG propuso a los habitantes de un barrio del gran Buenos Aires en los '90 a los fines de producir y vender abono. A pesar de lo rentable del proyecto, no se llegó a implementar por la negativa de los vecinos. A grandes rasgos, el argumento se construye a partir de los sentidos que el baño integrado de la "casa como la gente" frente al antiguo retrete del rancho "villero" tenía en la memoria de los habitantes del barrio, como señal de progreso. Aún cuando los tiempos hubieran cambiado, y la posibilidad de mejorar apareciera borrosa en el horizonte, existían marcas a las que los vecinos del barrio se negaban a renunciar. Como Weber ya nos señalara, afirma Rubinich, "no todo es pan y manteca". Aquello que Ru-

binich señalara como memoria de dignidad (para justificar un rechazo), aquí aparecía como horizonte más o menos próximo según el caso.

CAPÍTULO 6. ¿Estás nervioso? Las elecciones desde Villa Torres

- Te lo explico. Yo paso casi todo el tiempo en el campito. Para ubicarme, siempre miré las estrellas. Jamás necesité otra cosa. No hay como el cielo para que el hombre sepa en qué lugar de la tierra tiene los pies. Pero ahora este método ya no sirve más, porque las constelaciones se están desfigurando, por cuestiones políticas.

- No entiendo.

- Lo que pasa es que en los últimos tiempos el cielo se llenó de satélites. Los usan para espiar los barrios secretos que mandó a construir Evita en La Matanza. Deben tener miedo.

Juan Diego Incadorna, *El campito*

La novela citada en el epígrafe fue publicada en 2009. Pero su relato se sitúa en un 1989 alucinado. Mientras en Argentina Carlos Menem asumía la presidencia anticipadamente ante hiperinflación y saqueos, en el mundo de Incadorna el sudoeste del conurbano bonaerense estaba vigilado por satélites de una oligarquía asustada. Sus luces despistaban a quienes miraban las estrellas para guiarse. Como enseña Carlitos, el buscavidas que protagoniza el libro, era un problema político. ¿La novela anuncia el fin de la política guiada por ideales? Escrito con tono irónico, el libro es un relato épico del peronismo situado en el conurbano como territorio imaginario.¹⁴¹

En *El campito*, el sudoeste del conurbano está dividido en barrios públicos y barrios bustos. Los primeros figuran en la Dirección Provincial de Catastro. Los segundos son barrios secretos construidos por orden de Eva Perón a la CGT para alojar a las diferentes ramas del peronismo en tiempos difíciles. La mayoría de los barrios bustos están en La Matanza. También en este distrito se ubica el único barrio público y busto (un barrio planificado por el primer peronismo): Ciudad Evita.

¹⁴¹ Para un análisis de la literatura de Incadorna, y de otros novelistas jóvenes, como formas de tematizar el “conurbano”, véase Vanoli y Vecino (2010). Ellos distinguen tres versiones diferentes, a través de tres novelas. “Mientras que *Cómo desaparecer completamente* [de Mariana Enríquez] hace énfasis en la degradación del tejido social a través de una historia familiar, *Entre Hombres* [de Germán Maggiori] se ocupa de vincular esa misma degradación al género del policial negro. Ambos comparten una mirada al conurbano como espacio del tráfico de drogas, la corrupción policial y política, y unos códigos paralelos a los de la ley. *Villa Celina* [de Juan Incadorna], por el contrario, además de intentar dotar al conurbano de una simbología que no se define por la negativa, como en el caso de *Entre Hombres*, sino que hace un esfuerzo por relatar la vigencia del lazo y ciertas zonas de la resistencia popular donde los códigos del primer peronismo aún perviven, aunque este enfoque lo encuentra quizás con la mirada vuelta hacia el pasado”.

En este capítulo pretendo explorar las elecciones de 2009 a partir de mi etnografía en Villa Torres. Tomar como punto de partida una novela un poco desopilante es una forma de entrar (irónicamente) a los imaginarios que circulaban entonces sobre el “conurbano” (especialmente, La Matanza) y su peso en la política argentina actual (a través de los diarios, la televisión y los blogs¹⁴²). Es decir, mi punto de partida es diferente de aquel elaborado por los análisis electorales porque intenta recuperar diferentes registros experienciales de la campaña electoral, nutridos a través de los medios de comunicación, y ponerlos en diálogo con mi etnografía.

Los análisis sobre procesos electorales en Argentina suelen señalar una ambivalencia entre mediatización y territorialización de la política como dimensiones centrales para la explicación de la dinámica electoral (Calvo y Escolar, 2005; Cheresky, 2006; Quiroga, 2006). La discusión se da entre quienes priorizan una u otra dimensión según el lugar de análisis. Las diferencias parecen seguir la distinción entre Capital e interior, por un lado, y entre sectores medios y populares, por otro (Cheresky, 2006:15). Pero las divisiones analíticas tienden a solaparse entre sí, complicando el mapa electoral de la Argentina.

Las múltiples aristas de esta complejidad pueden encontrarse reflejadas en los análisis electorales sobre La Matanza. El distrito más populoso del conurbano bonaerense suele ser caracterizado por la continuidad del peronismo como fuerza política gobernante así como por una persistente presencia de organizaciones territoriales que, originadas a partir de los asentamientos ocurridos a mediados de la década de 1980, se configuraron como organizaciones piqueteras hacia fines de los '90, protagonizando el mayor corte de ruta en el conurbano en 2000. Quien era el intendente entonces, Alberto Balestrini, medió entre el gobierno nacional y los piqueteros, liderados por Luis D'Elía (FTV) y Carlos Alderete (CCC) (Entin, 2004; Rocca Rivarola, 2006).¹⁴³

¹⁴² Entre los blogs consultados, se destacan: <http://conurbanos.blogspot.com>, <http://deshonestidadintelectual.blogspot.com>, <http://rambletamble.blogspot.com>.

¹⁴³ A partir de un análisis que mapea el arco del movimiento piquetero desde sus orígenes hasta 2003, Svampa y Pereyra (2003) denominan “eje matancero” a la alianza entre las dos organizaciones más masivas de dicho movimiento: la FTV (Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat) y la CCC (Corriente Clasista y Combativa). Construida a lo largo de muchos años de trabajo territorial en La Matanza (y organizada en torno de los liderazgos de D'Elía y Alderete), esta *entente* se prolongaría hasta los inicios del gobierno kirchnerista. (Véase Svampa y Pereyra, 2003:56 y ss.). Luego, ambas organizaciones tomarían caminos divergentes: mientras D'Elía se definió como oficialista (y se desempeñó como funcionario entre 2003 y 2006), la CCC se distanció del gobierno (e incluso apoyó los cortes de ruta organizados por los sectores vinculados a la exportación de productos agropecuarios en 2008). Para un análisis etnográfico de estos procesos, véase Manzano (2008).

También fue Balestrini quien, en 1999, visitó Villa Torres mientras estaba en campaña. Los “jóvenes del barrio” habían tomado el campito del fondo en reclamo de un lugar propio para formar sus familias. Como he mostrado en el capítulo 1, José, que “no entendía nada de política” entonces, se consolidó como dirigente barrial a lo largo del proceso en que la urbanización se configuró como problema y como solución para el barrio. Según su relato, él vivió las elecciones de 1999 como un “partido de fútbol”. Se fue a dormir apesadumbrado ante los boca de urna que daban a la candidata de la Alianza como ganadora en La Matanza. Su sorpresa llegaría recién al día siguiente. En el discurso de José, “la marca de Balestrini” fue central en tanto, poniéndolo continuamente a prueba, “le abrió todas las puertas”. Cuando “Matanza era un quilombo”, José se jacta de haber sabido “aprovechar la oportunidad”.¹⁴⁴

Hoy, Villa Torres constituye un proyecto de urbanización municipal, prueba piloto de un programa más amplio. José se desempeña como funcionario en dicho programa, junto con un equipo conformado por profesionales y habitantes de su barrio. Según su relato, Balestrini lo llamó en 2005 para ofrecerle el cargo que hoy ocupa en el municipio: “¿Viste que esto de la urbanización se está poniendo de moda?”, me dijo”. Hoy, José insiste: “Participar políticamente es bueno en la medida en que sirve a la urbanización”. Esto implica trabajar para las elecciones. Aquí me centraré en las del 28 de junio de 2009.

A diferencia de las dos elecciones previas (donde el kirchnerismo en el gobierno tenía un triunfo asegurado), en 2009 la incertidumbre primaba. En este contexto, los guarismos predictivos de consultores expertos se han legitimado como herramienta de campaña aún cuando la confiabilidad de los datos no pueda asegurar resultados (Vommaro, 2008). La Matanza era reconocido como un lugar clave en la campaña (y en la política argentina actual).

La acción se despliega en campos de posibilidades con límites más o menos abiertos... entre miedos, esperanzas y sorpresas. Territorialización y mediatización aparecen combinadas en el propio relato de José, en un clima de incertidumbre asociado a pronósticos electorales pero también a “quilombos”. Pero su experiencia política, así como la de otros habitantes de Villa Torres, implica algo más. En este capítulo intentaré

¹⁴⁴ Pérez (2009) analiza el quilombo como central en la forma en que los argentinos pensamos 2001, y nos relacionamos con la política. Pero si para otros el quilombo se condensa en un momento puntual (especialmente el 19 y 20 de diciembre de 2001), para José el quilombo en La Matanza no sólo comprende el mes crítico (cuando se produjeron saqueos en las zonas aledañas a Villa Torres) sino que se prolonga antes y después de 2001, desde el corte de ruta mencionado hasta 2002.

dar cuenta de una serie de perspectivas que quedan opacadas en los análisis centrados en procesos electorales. Mientras éstos enfocan hacia las estrategias de campaña de los candidatos y los entramados políticos desde los cuales construyen apoyos, se tiende a asociar su éxito o fracaso al “humor social” del electorado, al “estado de ánimo ciudadano” (Cheresky, 2006:17). La etnografía ha sido mi camino para aclarar (parcialmente) esa enigmática imagen del “humor social”, pasando de un electorado genérico a personas que conocí durante un largo tiempo de trabajo de campo.

Como decía el personaje de Incadorna, ya no podemos mirar las estrellas para encontrar el rumbo en la tierra. Pero ¿es por la incertidumbre de una política sin partidos?, ¿por los barrios bustos que subsisten?... ¿o por el miedo?¹⁴⁵

De Tinelli a Villa Torres

El título de este capítulo retoma unas palabras del ex Presidente Néstor Kirchner (2003-2007) durante la última campaña. Presentándose como primer candidato a Diputado Nacional por la Provincia de Buenos Aires en la lista del oficialismo (Frente Justicialista para la Victoria), Kirchner dirigió un discurso encendido contra los multimedios: “¿Estás nervioso, Clarín?”, repitió sonriendo en varias presentaciones públicas. La frase no sólo fue retomada por las principales hinchadas de fútbol en un reclamo por la televisación abierta de los partidos sino que experimentó un boom a partir de un programa televisivo que está entre los más vistos en Argentina, Showmatch. Conducido por Marcelo Tinelli, el programa de entretenimientos reeditó Gran Cuñado, una sátira de reality show con imitadores de las más importantes figuras políticas de la contienda electoral. Las muletillas de los principales protagonistas recorrieron casas, colectivos y bares de Buenos Aires. El personaje de Kirchner repitió incesantemente: ¿Estás nervioso, Clarín? (en el canal televisivo de dicho multimedio), desatando la carcajada de los presentes en el estudio. Otras frases resonantes fueron las del primer candidato de Unión-PRO (y principal oponente de Kirchner), Francisco de Narváez, y las de un dirigente piquetero importante cercano al kirchnerismo, el ya mencionado Luis D’Elía. El primero parodiaba el slogan de campaña (Votate - votame) diciendo Alica-alicate. El

¹⁴⁵ Hilb plantea la importancia del miedo como principio de acción específico de la política contemporánea: “Situándome laxamente en el contorno de un planteo *à la Montesquieu*, quiero proponer aquí que el temor puede ser pensado en tanto principio de acción no ya como temor al déspota, a quien representa la voluntad de des-orden, de i-legalidad, de arbitrariedad, sino que puede ser pensado de manera no-hobbesiana como temor a la ausencia de orden *en tanto tal*, como temor a la *pérdida* del orden” (2001:447, subrayado en el original). En tanto concibe al miedo como una “experiencia propiamente política de comunidad”, el análisis de Hilb puede vincularse al de Kessler (2009), quien parte de la “inseguridad” como cuestión pública para trabajar el “sentimiento de inseguridad”.

segundo repetía una frase que había pronunciado durante el denominado “conflicto con el campo”: ¡Te odioooo!¹⁴⁶

Las interpretaciones sobre dicho programa, y su papel en la campaña, pueden conducir a escribir otro texto. Aquí no pretendo realizar un análisis semiológico sino etnográfico. Mi trabajo de campo no fue en los canales de televisión sino en una villa del conurbano bonaerense. Desde allí, este capítulo pretende enriquecer la discusión sobre procesos electorales en Argentina. En lugar de centrarme en datos cuantitativos, notas periodísticas, programas televisivos y entrevistas a políticos y dirigentes (sin desestimarlos), esta perspectiva se nutre de un trabajo de campo prolongado acompañando las actividades habituales de varias personas que están involucradas en la urbanización de su barrio y, como yo, votan en las elecciones. La mayoría de estas personas vota en La Matanza; yo, en Capital. Para entenderlos, tuve que conocer mejor la política en el lugar donde viven. Aquí intentaré relatar parte de ese recorrido, centrándome en los acontecimientos que rodearon a las elecciones legislativas del 28 de junio de 2009.

Como señalan Rinesi y Nardacchione (2007), el análisis del régimen político no puede apartarse de una comprensión del Estado y de lo social si se pretende superar la “sorpresa” de diciembre de 2001 (y abonar a una buena teoría de la democracia). Desde una perspectiva afín, Merklen (2005) se centra en los análisis sobre “clases populares”, mostrando los supuestos normativos subyacentes a las concepciones académicas de política. A partir de allí, mi interés no consiste en proponer un concepto alternativo de política (o “politicidad”) sino en asumir, junto con la antropología de la política brasileña, que todas las concepciones de política son etnográficas.

Aún cuando en Argentina existen etnografías de procesos políticos más amplios (Auyero, 2001; Balbi, 2007; Frederic, 2004; Manzano, 2008, entre otras), pocos análisis han enfocado específicamente hacia las elecciones generales (Boivin, Rosato y Balbi, 2003; Soprano, 2003). A diferencia de mi etnografía, ambos textos centran la mirada en los conflictos internos de un partido durante la contienda. Aquí, en cambio, se intentará desplazar la mirada de la lógica de partido, analizando las elecciones desde Torres. Además, ambos análisis se sitúan en ciudades del litoral: el primero en una ciudad pequeña de Entre Ríos; el segundo en Posadas, Misiones. Pero es en el Gran Buenos Aires donde se concentra el 24% de la población nacional, y es La Matanza el distrito más poblado del conurbano. Específicamente, La Matanza ha sido el lugar elegido para los

¹⁴⁶ En sus discursos, Luis D’Elía aludía a una “oligarquía” (y fue tildado de una violencia extemporánea).

cierres de campaña del oficialismo desde la postulación de Néstor Kirchner a la presidencia en 2003. Aún ante elecciones legislativas, estos datos dan cuenta de su centralidad. Dentro de este contexto, Villa Torres no se destaca tanto por su densidad poblacional sino como prueba piloto de una serie de programas de gobierno orientados a enfrentar la emergencia económica y social a partir de la cuestión habitacional. En enero de 2004, Kirchner anunciaba programas de vivienda para organizaciones sociales y piqueteras desde un podio en el fondo de Villa Torres. Hoy, ese mismo terreno está ocupado por viviendas de ese y otros programas. A partir de aquí, pretendo analizar las elecciones de 2009... y mi sorpresa.

Elecciones anticipadas

Las elecciones estaban programadas para octubre pero, en marzo, la Presidenta Cristina Fernández de Kirchner (2007-) presentó un proyecto al Congreso para que las mismas tuvieran lugar el 28 de junio. La aprobación del proyecto fue rápida, a pesar de las críticas de los opositores. Me enteré de la noticia escuchando la radio con un señor en Torres. Arturo decía: “Ahora se va a ver quiénes quieren competir”. Y pronosticaba “pases” (alianzas y cambios de sección electoral en la oposición). Esa tarde charlé sobre el tema con José. Venía de una reunión con dirigentes de organizaciones sociales en Quilmes, donde habían hablado de las retenciones y de los recursos fiscales que eso implicaba. Las protestas que un año antes habían encabezado los dirigentes de las principales entidades agropecuarias, eran centrales para comprender el escenario electoral. Según la interpretación de José, la estrategia de adelantar las elecciones era para evitar el desgaste de otro conflicto similar.

José dice que hoy estuvieron analizando lo del adelantamiento de las elecciones. Que decían que era una medida para anticiparse a los del campo y legitimarse (le cuesta esa palabra), para estar preparado para la crisis. Me pregunta qué pienso yo. Le digo que no sé, que recién me estoy enterando ahora de esto. Me pregunta si no leo los diarios. “Más los fines de semana miro”. “¿Mirás o leés?” “Leo... el diario”.

Le digo que no termino de entender todavía... Dice que el tema es que se juega cómo va a seguir gobernando los próximos dos años, porque si tiene el Congreso en contra no va a poder sacar una ley. Que si hubiera salido la 125 ahora habría un colchón para esta crisis: un colchón es lo de las AFJP y otro colchón hubiera sido ése. Le digo que igual también tienen que ver porque con la 125 lo que pasó también fue que la gente que había ganado por la lista de ellos no los respaldó... hasta Cobos. “Pero Cobos no es un compañero”, contesta él. “Vos también decís por Solá, ¿no?” , agrega. Dice que con el campo hubo muchos errores. De no ver el problema. Porque el campo ya no es como era antes. Ahora muchos chicos arriendan los campos, ya no producen. Solá podía manejar ese tema pero lo reba-

jaron. Porque él era gobernador y lo pusieron de primer diputado... Es lo mismo que con Balestrini. A él también lo rebajaron. Pasar de presidente de la cámara a vicegobernador... Él estaba para más. Pero lo que tiene es que él se lo toma de otra manera.

Me cuenta que estuvo en Quilmes con la gente de Luna, con Karaman, hablando de todos estos temas. Que va porque les está organizando la reunión con Pisoni, ésa que me comentó. Asiento. Que ahora van a tener que trabajar a full. Encima justo empezó la escuela. Espera no tener que dejar. Pero ya ve que van a estar corriendo de nuevo. Se sonríe.

(Registro del 13 de marzo de 2009).

Me había reunido con José para continuar con su historia de vida. Al apagar el grabador, charlábamos de las últimas novedades. La noticia del día era el adelantamiento de las elecciones. Ese tema fue un eje importante de la reunión con Luna y Karaman (dirigentes de organizaciones territoriales), en Quilmes. Ellos habían sido muy importantes para la formación política de José. Ahora los seguía escuchando pero también contaba su parte y los ayudaba con contactos con los funcionarios, como Carlos Pisoni (el titular del Instituto de la Vivienda bonaerense). En la reunión, habían interpretado la estrategia oficialista anticipando el panorama futuro. El eje para pensar la situación era el conflicto con los del campo, que había tenido lugar el año previo pero amenazaba con resurgir antes de la venta de la cosecha. Los fondos fiscales era lo que estaba en juego, y eso los implicaba fuertemente tanto a José como a los demás dirigentes. El programa de urbanización, como otros programas habitacionales del gobierno, se sostiene a partir del superávit fiscal. La carga era la derrota en la votación legislativa de la resolución 125, que modificaba la alícuota de las retenciones fiscales según los montos exportados de varias *commodities* y había sido el detonante del conflicto.

A la vez, José esperaba que yo, como profesional interesada en política, también opinara al respecto. Leer el diario o mirar televisión era un indicador diferencial de mi conocimiento (y compromiso) con el tema. Como me había dicho su secretaria, ella sólo comenzó a leer el diario cuando entró a trabajar en el municipio. Como había mencionado José, él pasó de Crónica a Clarín luego de la toma. Porque era importante para el trabajo mismo.

Ambos tratamos entonces de analizar lo que implicaba el denominado conflicto con el campo para las futuras elecciones. Al aludir al “voto no positivo” del Vicepresidente Julio Cobos como desenlace de dicho conflicto, mi comentario apuntó hacia el entramado oficialista. Esa clave de lectura se emparentaba más a lo conversado con el señor mientras escuchábamos la radio que a lo que estaba diciendo José en ese momento. Pero él no era ajeno a esa interpretación: primero, remarcó la distinción entre com-

pañeros y no compañeros; segundo, habló de rebajar. Según entiendo, su interpretación ponía en juego la cuestión de la lealtad, central en la configuración moral del peronismo. Cobos quedaba fuera porque, como radical, no se esperaba su lealtad. La comparación se centraba en dos políticos peronistas: Felipe Solá y Alberto Balestrini. Ambos habían sufrido un desplazamiento en sus carreras políticas, pero se lo tomaban de manera diferente. El primero había pasado a tejer alianzas con Francisco de Narváez, quien también se identificaba como peronista pero se oponía al gobierno. El segundo continuaba como Vicegobernador, y participaba del armado oficialista.

Como muestra Balbi (2007), la historia del peronismo puede comprenderse desde un análisis de la lealtad como lenguaje moral del mismo. Esta cuestión también aparece trabajada por Boivin, Rosato y Balbi (2003) desde su contracara: la traición. Centrando el análisis en el PJ, dan cuenta de un proceso por el cual una derrota anunciada es tramitada como expulsión del traidor: “frasquito de anchoas, diez mil kilómetros de desierto y después conversamos”. Según su análisis, el proceso que conducía a dicho desenlace podía comprenderse a partir del desplazamiento del futuro traidor de las listas oficialistas. El análisis de José era similar al de los políticos del PJ retratados en dicha etnografía. A diferencia de ellos, no concluía con una acusación sino mostrando las complejidades de las diferentes posiciones y las respuestas alternativas según las diversas personas. Los momentos eran diferentes: mientras aquellos buscaban explicar una derrota electoral, José trataba de evaluar para entender y para actuar de la mejor manera posible... Pero las acusaciones también fueron centrales en la campaña. La condena al traidor, expresada en pintadas callejeras o en el discurso encendido de Balestrini en un plenario del PJ en La Matanza, se desplegaba en el podio. En otros contextos, algunos actores podían valorar sus respectivas “picardías”.¹⁴⁷

Por último, José entendía el adelantamiento de las elecciones en relación con sus propias actividades habituales. Implicaba un ritmo de trabajo mayor. Es decir, participar políticamente era entendido por José como parte de su trabajo, centrado en la urbanización. A la vez, la aceleración podía conllevar a un abandono de la última actividad que había emprendido: volver a estudiar. Siguiendo un consejo recurrente del Senador Provincial Jorge Pirozzolo (en vistas de la potencial carrera política de José), retomaba la escuela. “Dígame Licenciado...”, había bromeado el día que me contó al respecto.

¹⁴⁷ Ante el anuncio del adelantamiento de las elecciones, Clarín señalaba: “La UCR, la Coalición Cívica y Cobos rechazaron la medida y hablaron de ‘locura’. De Narváez y Macri se abrieron al debate, pero el tercer socio, Felipe Solá, dijo que es una ‘actitud pícaro y de mala fe’” (<http://www.clarin.com/diario/2009/03/13/um/m-01876761.htm>, extraído el 22/10/09).

Cierre de campaña

Las elecciones en la Provincia de Buenos Aires fueron presentadas en términos “plebiscitarios” por el oficialismo. Desde el discurso de Kirchner, el escenario bonaerense aparecía como el lugar central para validar al gobierno nacional amenazado. El gobernador y varios intendentes debieron presentarse en las listas oficialistas como candidatos “testimoniales”. Diferentes sectores de la oposición denunciaron mediática y judicialmente la estrategia. Según la expresión de un renombrado analista político asociado al menemismo, el matrimonio Kirchner apelaba a “Los Barones del Conurbano” para sostener su “monarquía”.¹⁴⁸ A pocos días de los comicios, los sondeos mostraban la polarización del electorado bonaerense entre dos listas: la encabezada por Kirchner, secundado por el gobernador Scioli, y la liderada por de Narváez, secundado por el ex gobernador Solá. Los cuatro candidatos se identificaban como peronistas. Ambas listas se repartían el 70% de los votos en porcentajes relativamente parejos.

A la clásica “cabeza de Goliat”, podía sumarse un rasgo específico para comprender la centralidad del “conurbano” en los análisis políticos más recientes (y las estrategias asociadas a ellos). El “conurbano” aparecía como ámbito por excelencia de la política nacional, marcado tanto por el “quilombo” que podía deponer gobiernos (especialmente los saqueos en 1989 y 2001, pero también las protestas piqueteras) como por su relevancia en términos de caudal electoral (especialmente después de la reforma constitucional en 1994).¹⁴⁹

Durante la campaña, los candidatos evitaron las convocatorias masivas. Pero en el cierre, Kirchner llamó a un gran acto en el Mercado Central, replicando lo realizado en elecciones anteriores. Según Rocca Rivarola (2006), en 2005 el oficialismo buscó desperonizarse en las elecciones nacionales mientras se peronizó en La Matanza. Ahora, el oficialismo parecía jugar ambiguamente en torno del peronismo, distanciándose y

¹⁴⁸ Esta frase, atribuida al polemista Jorge Asís, fue retomada por otros programas televisivos (y blogs militantes). En <http://rambletamble.blogspot.com>, el consultor Artemio López ironizaba sobre su propio papel como “consejero real”, mostrando una tapa de la revista Noticias con las figuras de Néstor Kirchner, Cristina Fernández de Kirchner y él mismo como la K, la Q y la J de un mazo de naipes.

¹⁴⁹ De todos modos, la reforma constitucional sólo afectaba el peso electoral del conurbano, directamente asociado a su densidad poblacional relativa con respecto al resto del país, para las elecciones presidenciales (debido a la eliminación del Colegio Electoral). Este último punto era resaltado por los análisis de la consultora X (dirigida por Artemio López) a través de un mapa electoral del país que agigantaba el territorio bonaerense (difundido en 2007 por Página/12 y repuesto en 2009 a través de su blog). (<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-92613-2007-10-07.html>, extraído el 22/10/09). Pero “La trampa del conurbano” era un tema muy actual entre el periodismo político durante la campaña de 2009 (véase Pagni, http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=1131281, extraído el 23/04/10).

retornando a él. El cambio en el sello de la lista, sugerido por Balestrini, mostraba esos cambios: de Frente para la Victoria a Frente Justicialista para la Victoria.

Como en otras movilizaciones, tres micros estaban estacionados en la avenida asfaltada de Villa Torres cuando llegué. La secretaria de José hablaba por su celular (tipo radio) ultimando los detalles. Otra de las mujeres anotaba a quienes subían a los micros. Los pibes ya estaban en un colectivo, tocando los bombos. Las trompetas quedaban reservadas para el momento del acto. El grupo de una cooperativa de trabajo iba aparte, en su camioneta. Una vez que todos estuvimos listos, llegó José con su familia en la camioneta del municipio. Salimos. Cuando pasamos por el frente de Villa Torres, se veían varios grupos construyendo y casas recién terminadas, entre otras antiguas... Un pibe sentado detrás de mí comentó: “¡Mirá qué suerte que tienen estos villeros! ¡Las casas que les dieron!”. Sus amigos le festejaron el chiste. Yo sonreí. El señor a mi lado permaneció serio.

Llegamos temprano, con tiempo para colgar la bandera: José Domínguez – Urbanización Barrio Arieta.¹⁵⁰ Antes del acto, se proyectaron varios videos en la pantalla gigante junto al escenario. En uno, aparecían José, su mamá y una mujer de otro barrio hablando de la urbanización. Una vez que la explanada comenzó a poblarse, pregunté a varias personas si había más o menos gente que la vez pasada (cuando, en 2007, Cristina Fernández de Kirchner era candidata a Presidenta). A mí me había sorprendido que Arturo, el señor con quien escuché la noticia del adelantamiento de las elecciones, no estuviera presente en el acto de cierre de campaña, porque lo había visto en muchas otras movilizaciones. Recién allí comencé a dudar: ¿perderían las elecciones? Entonces pregunté por la cantidad de gente en el acto. Para Sanmartín, el arquitecto que coordina técnicamente la urbanización, estaba más o menos igual que la vez pasada... todavía era temprano. Para Javier, el presidente de una cooperativa de trabajo, había menos gente porque Cristina perdió credibilidad con lo del campo. Para Andy, quien ya se había mostrado inquieto por los resultados electorales en abril (como mostré en el Capítulo 5), el tema era que a los jóvenes no les importa nada y se enganchan con la pavada de Tinelli. Ni una mujer que trabaja en la unidad ejecutora municipal ni la señora que es delegada en el asentamiento (una parte del barrio no incluida en el programa oficial) respondieron directamente a mi pregunta: la primera explicó que no había estado la vez anterior y la segunda hizo un gesto de duda. Quedaba esperar...

¹⁵⁰ Barrio Arieta y Villa Torres son los dos nombres de un mismo barrio.

Durante el acto, hablaron el intendente y los principales candidatos: Fernando Espinoza, Alberto Balestrini, Daniel Scioli y, finalmente, Néstor Kirchner. El orador principal comenzó denunciando los intentos “destituyentes” contra la Presidenta para concluir proclamando que “la voluntad del pueblo es inquebrantable”. Al finalizar, los parlantes, las murgas y los participantes entonaron la marcha peronista.¹⁵¹ En el escenario y entre el público, algunos alzaron la V. La mayoría de los que vinieron en micro desde Torres sólo cantaba, mientras los chicos saltaban a agarrar los papelititos celestes y blancos lanzados desde el escenario.

Cuando volvíamos en el micro, la delegada del asentamiento recibió una llamada de su hija. Estaba mirando la tele. La pantalla estaba dividida en dos: en una mitad mostraban el acto en el Mercado Central; en la otra parte aparecía de Narvárez caminando por la plaza de San Justo, en el centro de La Matanza. “Mientras todos estamos acá, él nos está caminando la plaza... ¡qué hijo de puta!”, dijo la delegada con su tonadita paraguaya.

Esa misma noche, Tinelli había invitado a Kirchner a su programa. Una cámara estaba apostada en la calle, mostrando a cada rato la acera vacía. Las bromas se sucedían, manteniendo la tensión. A las doce menos cinco, Tinelli telefoneó a la Residencia Presidencial ante el público expectante. Después de varios intentos, Kirchner respondió al llamado. Bromeó con su sosías, diciéndole que necesitaba que lo ayudara a doblar boletas.

Los comicios en Torres

En Villa Torres, el subcomando suele funcionar antes de las elecciones como lugar para consultar padrones, averiguar sobre los trámites para el documento o... doblar boletas. Ubicado en la galería de una casa vieja del barrio, fue prestado al grupo para funcionar como merendero en 2002. También fue lugar de las “reuniones de política” cuando José comenzó a participar de la Agrupación Ramón Carrillo (liderada por Balestrini). Entonces habían dibujado las imágenes de Perón y Evita en una de sus paredes interiores. Pero, desde fuera, no había carteles que la identificaran, excepto en momentos de elecciones (internas o generales) cuando estaban pegados los afiches de propaganda.

¹⁵¹ Durante la campaña, una presentación judicial buscó prohibir la utilización de la marcha peronista en los actos del oficialismo. El hijo de su autor invalidaba públicamente que los Kirchner pudieran representar al peronismo.

El trabajo se intensificaba los días previos a los comicios. Como habían indicado varios oradores durante el plenario del PJ en abril, era importante ir casa por casa para charlar con los vecinos y entregarles el papelito con el lugar de votación y la boleta. Esta vez, además, habían conseguido unos parlantes enormes donde ponían la marcha peronista. “Para que todo el barrio supiera que pronto había que votar”, me explicó Mary, la encargada de esas tareas (y prima de José).

El domingo de los comicios llegué al subcomando cerca de las tres y media de la tarde. Dos mujeres estaban frente a la computadora para informar dónde votaban quienes se acercaban a preguntar. Otras picoteaban los restos del locro que había preparado el esposo de una de ellas. Ya había menos movimiento porque los micros habían funcionado hasta las tres. Ahora disponían sólo de un auto y una camioneta como transporte. En general, quienes venían recibían indicaciones respecto de dónde quedaba la escuela y qué colectivos tomar. Algunos se ofendían: un pibe que había entrado con su bici salió diciendo que entonces no votaba; un señor que estaba tomando mate en la puerta me contó que él había mandado a sus hijos de vuelta para su casa porque no tenían cómo ir a votar, porque estaba “mal organizado”, augurando que después lo iban a lamentar.

Cerca de las cinco pasó Fierro. Como ya relaté en el Capítulo 4, él tiene una unidad básica en el barrio, Los Soldados de Perón, que fue heredada de una figura muy valorada en el barrio y actualmente forma parte de la misma agrupación que José. Apenas me vio, Fierro me invitó a visitar la UB. Quería contarme lo que estaban armando... “Para que en las próximas elecciones haya al menos uno de la Torres como candidato (aunque sea de Consejero Escolar)”, aseguró antes de salir para la escuela donde era fiscal general.

A eso de las cinco y media, también nosotros partimos para una escuela. Era una de las dos que eran responsabilidad de la Torres. La otra, aquella donde había ido Fierro. Mientras íbamos caminando, Mary me explicó que hoy era importante para que te vieran trabajar, y que es duro porque “la gente cree que te está haciendo un favor por ir a votar y se enoja”. Pero ellos hacen todo esto “por la urbanización, por el barrio”. En la escuela, las tareas eran diferentes: mientras unos fiscalizaban, otros se tenían que ocupar de cocinar, limpiar y ordenar la escuela. Entre todos los conocidos, había cerca de treinta personas. Además, estaban las autoridades de mesa, los fiscales de los demás partidos (Unión-PRO, Acuerdo Cívico y Social, Nuevo Encuentro), un policía y el portero de la escuela.

Una vez que el recuento concluía en cada mesa, José anotaba las cifras de los dos primeros en borrador, y las pasaba por su radio a una persona de la agrupación. Los resultados eran ajustados: la lista oficialista obtenía cerca del 40% mientras Unión-PRO alcanzaba un 33%.¹⁵² Le pregunté a José. Contestó que había que esperar los resultados en los kilómetros (la parte de La Matanza más alejada de Capital –y más pobre-). Esperamos.

Algunas mujeres se sentaron a contar chistes, los nenitos dibujaban en el pizarrón de un aula mientras Matías (el trompetista de la murga y papá de una) los cuidaba, el policía tomaba mate con Gómez, quien es reconocido como la mano derecha de José, los fiscales de los demás partidos conversaban entre sí, y el sobrino de José le mostraba al abogado que trabaja en la unidad ejecutora cómo su hija de 3 años imitaba a Kirchner, ¿Estás nervioso?

Quedaba una sola mesa por cerrar. La presidenta de mesa no quería que nadie tocara las boletas. Ella abrió todos los sobres, ordenó todas las boletas y contó todos los votos. Cada uno que trataba de meterse era sistemáticamente expulsado, incluso las autoridades electorales y los gendarmes que llegaron a buscar urnas y padrones. Mientras todos esperábamos, José les dijo a los pibes que prepararan la murga, que estaba esperando para saber si había que ir a festejar a la plaza de San Justo. Los jóvenes, entusiasmados con haber actuado como fiscales y con los resultados en la escuela, tenían expectativas respecto del festejo. Otros ya se mostraban menos optimistas.

Al terminar, algunos se fueron a su casa pero varios volvimos al subcomando para esperar desde allí. Ya era noche cerrada y comenzaba a llover sobre el techo de chapa. Los hombres fueron a buscar a quienes estaban en la otra escuela. No teníamos radio ni televisión. La secretaria de José recibía las novedades por su celular. Su sobrina corría entre su casa y el subcomando para mantenernos al tanto de los resultados preliminares. “Cambiá la cara, que no te pueden ver así”, le dijo en voz baja a la secretaria luego de contarle.

Una muchacha contó que un presidente de mesa se había llevado la urna al baño y después todos lo imitaban. Decía que había estado como fiscal otras veces y nunca vio algo así. Uno de los pibes relató cómo “la pibita cheta” (la presidenta de mesa que no dejaba contar a nadie) le había dicho que se retirara de allí, que no quería problemas con

¹⁵² El tercer lugar aparecía disputado entre el Acuerdo Cívico y Social y Nuevo Encuentro, con alrededor del 7% cada uno.

sus pertenencias personales. “Me trató de chorro”, repetía indignado. Pero él no se había quedado callado: le contestó que, como “fiscal general”, podía mirar sin tocar nada.

Al llegar los demás, la secretaria de José se ocupó de revisar todas las carpetas y completar la información faltante. Mientras, José recibió el llamado del presidente de una cooperativa que estaba mirando la tele y le preguntaba si sabía algo más. Entonces llamó al Secretario de Obras Públicas (su superior inmediato en el municipio). Según contó a todos al cortar, el secretario le dijo que eran los resultados del interior de la provincia, que había que esperar al conurbano. “Ahora vamos para casa y nos quedamos viendo la tele. Cuando haya novedades, enseguida nos mandamos un mensaje... Así sean las dos de la mañana, ¿eh?”, concluyó José. Él iba a dejar los papeles en la agrupación.

Recién a la madrugada, Kirchner reconoció públicamente la derrota electoral “por poquito”. Los cómputos finales indicaron que la lista encabezada por de Narváez había triunfado con el 34,58% de los votos, mientras la liderada por Kirchner había alcanzado un 32,11%. Al día siguiente, la Presidenta también dio una conferencia de prensa al respecto. Luego de unos días, hubo recambios en el gabinete. A la vez, Kirchner renunció como presidente del PJ, asumiendo Scioli en su reemplazo. En Torres, las actividades continuaron. Durante la semana, llamé a José para tratar de entender. Sólo contestó que el secretario le había dicho que ahora había que trabajar para las próximas elecciones, que lo importante se jugaba en el 2011.

¿Sorpresa? ¿Para quién?

En los apartados precedentes, he buscado recuperar resumidamente mis registros etnográficos. Durante esos meses, intenté acompañar al grupo de Villa Torres en las actividades centrales de la campaña, pero no comprendí lo que sucedía allí. Para transcribir mi desconcierto respecto de los acontecimientos, fue preciso incorporar elementos de contextualización. Mediatización y territorialización se superponían pero no parecían acarrear un sentido unívoco. Esta complejidad podía sintetizarse en una de las situaciones relatadas aquí: mientras Kirchner convocaba a un acto masivo en el distrito clave, de Narváez “le caminaba” el centro de dicho distrito; ambos aparecían reflejados simultáneamente en los medios y la noticia era comunicada por celular a quienes trabajaban en política con José, un dirigente barrial que aparecía en el video oficialista y habían concurrido al acto desde un barrio del mismo distrito. Lo barrial, lo municipal, lo provincial y lo nacional aparecían combinados.

En principio, la cuestión de los “anidamientos territoriales” ya ha sido trabajada por Calvo y Escolar: “en el caso de la superposición de arenas nación-provincias, el anidamiento incluye la relación entre el candidato nacional, el candidato local, el votante mediano nacional y el votante mediano local” (2005: 50). Si el resultado de este proceso es “la conformación de un mercado electoral híbrido en el cual el nivel de ‘territorialización’ del voto no es constante en todas las provincias” (ibíd.), los mismos autores muestran que “en Buenos Aires se produce una profunda articulación de la política nacional con la provincial y aun con la municipal, es decir que el arrastre de una arena electoral sobre la otra es mutuo, cambiante en el tiempo y de intensidad variada, en coincidencia con el impacto demográfico electoral que tiene el distrito en el conjunto de las categorías electorales nacionales argentinas” (Calvo y Escolar, 2005:272-273). En parte, los comicios en 2009 pueden ser leídos en esta clave.

El oficialismo articuló una estrategia de nacionalización de las elecciones provinciales con un intento de administrar “arrastres electorales” de los candidatos municipales y provinciales hacia el escenario nacional. El discurso de Kirchner y las candidaturas testimoniales podrían comprenderse a partir de allí.¹⁵³ En notas periodísticas, diferentes analistas políticos discurrieron sobre el tema: si previamente las opiniones estaban divididas respecto de la eficacia de dicha estrategia, las lecturas posteriores se dedicaron a fundamentar por qué había resultado inefectiva.¹⁵⁴ La pregunta por los cortes de boleta seguía una hipótesis fuerte respecto de la estrategia de los intendentes, y su lealtad. Los resultados electorales conducían a dudar (nuevamente) de la eficacia de las máquinas electorales para controlar a los votantes.¹⁵⁵ De una u otra manera, las hipótesis volvían sobre la imagen de “Los Barones del Conurbano”, oscilando entre dudar de su lealtad o de su poder territorial para relativizar su peso (antes magnificado por las estrategias oficialistas, las acusaciones de la oposición y las críticas periodísticas). Todos buscaban explicar la derrota kirchnerista.¹⁵⁶

¹⁵³ El adelantamiento de las elecciones también puede verse como una estrategia oficialista para acoplar las elecciones nacionales con las de Capital Federal, no tanto para evitar la derrota anunciada en dicho distrito sino más bien para limitar sus consecuencias sobre el contexto nacional.

¹⁵⁴ Entre las voces del debate periodístico se destacan Natanson, “Las manchas del tigre”, en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-124244-2009-05-03.html>; Pagni, “La guerra del corte de boleta”, en http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=1140433. (Extraídos el 22/10/09).

¹⁵⁵ La derrota de Chiche Duhalde (articuladora del programa social más importante en Buenos Aires durante los '90, y esposa del entonces gobernador) en las elecciones legislativas de 1997 frente a Graciela Fernández Meijide (“implantada” en Buenos Aires como primera candidata de la Alianza) ha sido leída en la misma clave (Auyero, 2001; Masson, 2004).

¹⁵⁶ Algunas lecturas apelaban a los análisis académicos sobre “clientelismo” (Auyero, 2001; Levitsky, 2003) y “politicidad de las clases populares” (Merklen, 2005) para dar cuenta de los avatares de una polí-

En La Matanza, no se produjo un desacople significativo entre candidatos nacionales, provinciales y municipales. La lista del FJPV triunfó con el 42,61% de los sufragios, secundado por la lista de Unión-PRO con el 31,65%. Las elecciones en la escuela donde asistí mostraban una cercanía llamativa con el promedio del distrito. Pero ¿se podía hablar de un “votante mediano” estilizándolo a partir de allí? La urbanización en Villa Torres era expuesta por el oficialismo. José era una figura importante de ese entramado aunque su papel no era claro para mí: figuraba en el video de campaña pero, como en 2007, no era candidato en las listas. ¿Cómo comprender las elecciones desde la etnografía en Villa Torres?

Las preguntas de los analistas políticos, y de los estrategas de campaña, se orientaban directamente a predecir e impactar sobre los resultados electorales. En Villa Torres, las preguntas claves eran diferentes. Mi sorpresa dio cuenta de la imposibilidad de leer los indicios etnográficos por subordinarlos a un relato sobre la “maquinaria partidaria” (Levitsky, 2003) en el que yo, casi inadvertidamente, creía. Desde Villa Torres, no se trata de dudar de la efectividad o lealtad de la maquinaria sino de echar por tierra con la noción misma. Al reducir los actores a ‘piezas’, la noción de maquinaria subordina sus acciones a un esquema central (sea que se ajusten a él o se aparten de la norma). Para romper con esa visión, no he propuesto analizar las elecciones en Torres sino desde allí.

Unas semanas después de las elecciones intercambié mensajes de texto con el Ruso, un hombre reconocido como central en los inicios de la urbanización en Villa Torres pero que se había distanciado del grupo a lo largo de los años por no ser peronista (y mostrar aspiraciones políticas). Le pregunté si estaba sorprendido por los resultados. Contestó que no, pero que sí estaba preocupado. Recién entonces comencé a entrever lo que mi propia sorpresa ocultaba.

Otras etnografías han mostrado cómo la política es vivida como trabajo en diferentes barrios periféricos de Buenos Aires (Auyero, 2001; Frederic, 2004; Manzano, 2009; Quirós, 2006). Como vimos en el capítulo 5, la urbanización en Villa Torres también puede leerse en esa clave. La prima de José explicaba el día de las elecciones a partir de allí: era un día importante para mostrar el trabajo, y mostrarse trabajando, pero el centro era la urbanización. En palabras de José, “participar políticamente es bueno en

tica asociada a la asistencia focalizada en la “pobreza” y de la “autonomía relativa” de las bases. (Véase Wainfeld, “Tema del traidor y del votante” en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-127685-2009-07-03.html>, extraído el 04/07/09).

la medida en que sirve a la urbanización”. El aura que revestía a las elecciones para los diferentes analistas (y políticos directamente comprometidos en la contienda), y la parafernalia en torno de las mismas, resultaba relativizado desde Villa Torres. En definitiva, el 28 de junio de 2009 fue un día largo de trabajo para ellos. Pero ¿se trataba de cumplir con la tarea o había algo en juego?

Los pronósticos hechos durante el acto en el Mercado Central cuando pregunté por la cantidad de gente presente (y unos meses antes por Andy); y las caras, los comentarios y los llamados al cerrar la elección... enseñaban que los significados de las elecciones no se reducían al trabajo realizado (y mostrado). Tampoco la traición era la clave central usada para explicar la derrota, ni la reminiscencia del peronismo como estructura del sentir actualizada a través de una red política barrial asociada a los programas estatales resultaba el eje para comprender tanto a quienes habían trabajado el día de las elecciones como a quien no era peronista pero estaba preocupado por los resultados. No era hacia el mundo feliz de un pasado idealizado que se orientaban las inquietudes sino hacia la urbanización presente (y los futuros posibles asociados a ella). En lugar de guiarse por estrellas (monstruos y nostalgias), como en la novela de Incadorna, ellos vivían esperanzas muy actuales, con realismo.

En octubre, volví a visitar al señor que no había ido al cierre de campaña. Me contó que todavía estaba esperando que le hicieran su casa nueva. En marzo, habíamos bromeado con que para esta época del año, ya estaríamos tomando mate en su balcón, o sentados en los sillones que compraría para esa casa... Pero en octubre seguía esperando.

Recordé mi registro del 28 de junio. También nosotros habíamos esperado: primero, en la escuela; después, en el subcomando; por último, cada uno en su casa. Para mí, se trataba de entender el resultado de las elecciones en Torres. Para ellos, en cambio, la cuestión central era saber cómo continuar. Para entender las elecciones desde Villa Torres, tuve que comprender la espera como contracara del trabajo en la urbanización. Porque las elecciones no se dirimían en Villa Torres, pero sus resultados eran considerados importantes para la urbanización... y para la vida en Torres. Trabajar, mostrarlo, esperar y analizar para actuar de la mejor manera posible...

Para salir de la sorpresa, no se trataba tanto de estilizar un “votante mediano”. Tampoco se trataba de barajar la lealtad o el poder de los intendentes, u otros actores relevantes. Estas explicaciones a posteriori, vistas desde la etnografía en Villa Torres,

omitían lo central. Ante una derrota anticipada, lo importante era trabajar bien y esperar... hasta entender cómo hacer la próxima jugada.

CAPÍTULO 7. El festival de los diez años

El siguiente capítulo está elaborado sobre el registro de un evento que, según creo, condensa mi etnografía en Villa Torres. El objetivo de mi trabajo ha sido reconstruir un modelo etnográfico de la política a partir de la urbanización en dicho barrio. ¿Qué es política acá?, ésa fue la pregunta básica que guió mi indagación. No existe una única respuesta a la misma, o más bien la pregunta está mal formulada.

Llegué a Villa Torres en junio de 2007, acompañada de un equipo de científicos sociales contratados por el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires para realizar un diagnóstico sobre el barrio en vistas de la elaboración de políticas de inclusión social. El lugar no había sido elegido por nosotros. Villa Torres es la prueba piloto de una serie de programas urbanísticos, nucleados como proyecto municipal. Nuestra llegada al barrio se concretaba en el contexto de la campaña electoral que, según ya se preveía entonces, llevaría al líder distrital a la Vicegobernación de la Provincia en la lista oficialista. Cuando pregunté por qué allí, la respuesta de nuestro director fue simple: “Es el barrio mimado de Balestrini”.

Si la categoría política es siempre etnográfica (Peirano, 1997), la pretensión de relativizar mi categoría, explicitándola en la confrontación etnográfica, se encontraba frente a la dificultad de construir los polos (analíticos) de la comparación. ¿Qué es política acá?, me había preguntado. Pero no sabía cómo construir ese acá: ¿Villa Torres? ¿La Matanza? ¿Buenos Aires?...

Para responder a mi inquietud, hice trabajo de campo. El trabajo grupal duró poco más de tres meses. Volví al barrio al año siguiente sola. Esa segunda fase de la etnografía me ayudó a reelaborar la primera. ¿Qué es política desde acá?, pregunto hoy. El objetivo de este texto consiste en construir ese acá desde el cual es posible dar respuesta. Para ello, he elegido un evento que condensa la etnografía: la celebración de los diez años de la toma de tierras que es reconocida como origen de la urbanización en Villa Torres.

Varios análisis mostraron cómo la reformulación del papel del Estado ha conducido a políticas focalizadas en la pobreza orquestadas a partir del barrio. A lo largo de esta tesis, he llamado la atención sobre los procesos de “estatalización del barrio” (Frederic, 2009) y la especificidad de la urbanización de Torres como parte de las políticas habitacionales orquestadas a partir del gobierno de Kirchner (Rodríguez et al. 2007). A

la vez, destacué el concepto de “barrio organizado” (Cravino, 2008) como supuesto de las políticas públicas vigentes. Aquí, profundizaré esa cuestión mostrando el trabajo colectivo de (re)presentación (y sus desafíos) tal como se despliegan en una situación específica. El evento condensa la urbanización... en un momento singular.

Cuando llegué a Villa Torres para el festejo de los diez años de la toma, llevaba conmigo una ‘hipótesis’ acerca de los acontecimientos más recientes. Ya escribiendo la tesis, me desafié a elaborar una predicción sobre la celebración. A mi modo de ver, la derrota electoral tres meses antes había significado una señal de incertidumbre sobre el futuro. Si esa premisa era medianamente correcta, mi conclusión fue totalmente desecha por los acontecimientos. Para mí la celebración de los diez años se realizaría hacia dentro del barrio, buscando afianzar el vínculo de la cooperativa con los habitantes luego de la derrota. Aún finalizando el trabajo de campo (y escribiendo la tesis), todavía continuaban mis sorpresas. A partir de estos acontecimientos logré repensar las elecciones desde Villa Torres y, más ampliamente, cerrar mi etnografía.

El texto se organiza siguiendo mi registro de campo. Para volverlo inteligible, he insertado comentarios adicionales entre corchetes y notas al pie.¹⁵⁷

Registro de campo

3 de octubre de 2009, El festival de los 10 años

Llegué a Torres para la celebración de los 10 años de la toma. Para mí registrar este momento era central para cerrar la tesis. Ahora pienso que este registro ya es el último capítulo de la misma. Hoy, lunes 5 de octubre de 2009, voy a contar lo que viví el sábado pasado.

Invitación

Desde las elecciones del 28 de junio no estuve yendo al barrio. Había concretado una charla con José a la semana siguiente [esperando que me explicara cómo veía la

¹⁵⁷ Este capítulo se inspira en el concepto de situación social propuesto por Gluckman. “Como punto inicial de mi análisis describo una serie de acontecimientos [*events*] tal como los registré en un solo día. Las situaciones sociales son gran parte del material crudo del antropólogo. Son los acontecimientos que observa y a partir de los cuales y de sus interrelaciones en una sociedad particular abstrae la estructura social, las relaciones, las instituciones, etc., de dicha sociedad” (2003:35). Más cercanamente, el análisis de eventos es retomado por Peirano como “puerta de entrada etnográfica” (frente a las *stories* privilegiadas actualmente por “los norteamericanos”): “‘eventos’, vistos como puerta de entrada etnográfica, privilegian la acción social, el contexto, lo imponderable, el cambio, el lenguaje en acto, combinando así objetivos teórico-intelectuales y político-pragmáticos” (2006:10).

derrota electoral y qué preveía a futuro]. Pero se canceló porque él estaba enfermo. Después continuó disculpándose, porque tenía mucho trabajo. Me volqué a la escritura de la tesis. El alerta generalizado por la gripe A(H1N1) también ayudó a que dejara pasar el tiempo. Continué comunicándome por mensajito con José y con el Ruso. [Si José había pasado de diariero a dirigente barrial y funcionario municipal a lo largo de estos diez años, el Ruso era quien, dentro del grupo que conformó la “cooperativa madre” luego de la toma ocupándose de las gestiones, se destacaba por su trayectoria militante. Según José, el Ruso era parte de los “intelectuales de café” del grupo. Según el Ruso, José “ya es un político”. Ambos están próximos a cumplir cuarenta años. José nació en Torres. El Ruso, en cambio, llegó de Misiones. Su apodo no evoca sus orígenes sino su cabello rubio y sus ojos celestes.]

El Ruso me escribió después de la derrota K. Le pregunté si estaba sorprendido. Contestó que no pero que estaba preocupado. Le prometí ir de visita. Cuando no fui, le escribí un par de veces para disculparme y le avisé de una nota en Página/12 sobre cooperativas de vivienda. Como respuesta, él me recordó que el 2 de octubre cumplían 10 años, que esperaba verme entonces. También intercambié algunos mails con Sandra. [Ella también forma parte de la cooperativa madre. En sus orígenes, el grupo se reunía en la parroquia, alentados por el padre Tuchi. Ella es la cuñada del cura. A diferencia de él, no se crió en el barrio. Conoció a su marido por su militancia social católica. Como es maestra, siempre se ocupó de los papeles en la cooperativa. Hoy, trabaja en la unidad ejecutora. Tiene su propia oficina, como José.]

Mis contactos con ella son por mail.] Siempre me reenvía cadenas con diapositivas de lugares como Machu Picchu, oraciones y mensajes de amistad para reenviar a diez amigos, o búsquedas urgentes (generalmente de niños perdidos, incluido alguno de las Abuelas de Plaza de Mayo). Yo le envié una noticia de Página/12, que me pasó una amiga, contando que un equipo de la Facultad de Arquitectura había organizado un libro con consejos para la urbanización de villas.¹⁵⁸

Hasta el lunes pasado no había recibido ninguna invitación al festival. Intenté comunicarme con José para lograr que me invitara. Me atendía el teléfono pero sólo para disculparse: a la mañana, “Estoy con el secretario, te prometo que te llamo más tarde”; a la tarde, “Estoy en Santos Vega, no me olvidé, en serio te llamo”.

¹⁵⁸ Agradezco a Débora Gorbán, por estar atenta cada vez que una noticia que me podía interesar salía en el diario. No sólo ayudó a que yo entendiera mejor mi trabajo de campo sino que, además, fueron importantes para mantener los vínculos con mis ‘informantes’ durante la escritura de la tesis.

[Como todas las mañanas, José se reunía con “el secretario” de Obras y Servicios Públicos, Herminio Bayón, para organizar su agenda del día. Aunque la pretensión de la unidad ejecutora es abarcar los más de cien villas y asentamientos del distrito, el trabajo actual se concentra en tres o cuatro (entre ellos, Santos Vega).]

Al final le envié un mensajito: “Hola, esta semana cumplen 10 años. ¿Cuándo es el festejo? ¿Puedo ir?” Al día siguiente me llegó un mail de Sandra. El mensaje era breve:

Gracias por haber compartido parte de estos 10 años con nosotros!!!!
los esperamos!!!

El mail estaba dirigido a diferentes personas que yo desconocía. Entre ellos, sólo identifiqué el nombre de una arquitecta que trabaja para PROMEBA y está haciendo su tesis doctoral sobre Torres. En el mail de Sandra, había un archivo adjunto:

2 de octubre 1999—2 de octubre del 2009

Urbanización Barrio Arieta

iiiFestejaremos juntos 10 años de Trabajo construyendo un futuro mejor para nuestro barrio!!!

Los esperamos el 3 de Octubre a las 12 hs. en la plaza (Tucumán y Derqui)

*murga
comidas*

*música
muestras especiales*

Con la presencia especial de Grandes Grupos Musicales

Invitan: Cooperativa del Barrio Arieta-- Parroquia "San Roque Gonzalez"-- C.I.C --E.G.B.Nº115-- E.S.B Nº122--S.U.M-- Club "2 de Octubre"--Copa de leche "Mi Esperanza"

Regreso

El sábado llegué a Torres a las doce y cuarto. Por primera vez desde que comencé el trabajo de campo llevaba una cámara de fotos. También tenía una copia de mi primer artículo sobre Torres para José y una impresión de la nota de Página/12 para el Ruso.

[Si la urbanización había comenzado en el fondo del barrio, y cuando llegué en 2007, los cambios se notaban poco desde la ruta, ahora eran las manzanas de la parte vieja, y especialmente el frente de la villa, donde se concentraban las obras. Como era habitual, en el trayecto busqué las diferencias respecto de mi visita anterior.]

Desde la ruta se veían grupos trabajando en las casas del frente, una mujer baldeando su vereda, y muchas obras que había visto recién comenzadas ya listas. Bajé del colectivo (...). Crucé. En la Tucumán, dos pasacalles anunciaban el acto: el primero decía “1999 – 2009 2 de octubre. Celebramos que cumplimos 10 años, por lo que hicimos y por lo que queda por hacer por el barrio”, el segundo invitaba al acto “3 de octubre 12 hs. Festival. Los esperamos en la plaza...”, anunciaba los grupos musicales que tocarían y nombraba a quienes invitaban, como el mail. Mucha gente iba y venía por el asfalto, inaugurado a fin del año pasado. En la parroquia (sobre la calle lateral), había un cartel recordando el costo del viaje a Luján y la hora de partida: 12 hs. Ya me había sorprendido que festejaran justo el mismo día que la procesión a Luján. No sabía en qué medida era inevitable o cuánto había de puja en ello... [Recordé que la toma se había producido cuando ni el párroco ni José estaban en el barrio: uno, en Luján; el otro, jugando al fútbol en un club de Primera C en el interior de la provincia.]

Avancé por la Tucumán. Había más casas tiradas cerca de la de Arturo.¹⁵⁹ Pero él seguía ahí. Sentado con su mate, mirando a la gente pasar. Cuando me vio, me abrió el alambrado. Estaba pensando que yo podría estar llegando, aseguró. [En la galería de la casa de Arturo, funciona el subcomando del PJ, donde las personas que trabajan en política con José suelen reunirse para organizar afiliaciones, rastrillajes y micros para las elecciones.¹⁶⁰ Habían comenzado a reunirse allí en 2002, cuando armaron la copa de leche. Ahora el merendero ya no funcionaba más en la parte vieja del barrio sino en el asentamiento. Hacía poco que lo habían reabierto. La delegada del asentamiento estaba nuevamente a cargo del mismo.]

Pasé, nos sentamos en la galería, Arturo me ofreció jugo y charlamos un ratito. Hacía mucho que no nos veíamos. Me preguntó desde cuándo. Charlamos de todo un poco. Me contó que parecía que estaban las casas provisorias para que pudiera mudarse

¹⁵⁹ La parte vieja del barrio muestra varios espacios demolidos, a veces con carteles indicando que han sido cedidos a la urbanización (y el número de ordenanza municipal correspondiente) o alambrados. En general, apenas una familia se traslada, el grupo de demolición tira la vivienda para evitar que sea ocupada. Las obras nuevas se llevan a cabo a partir de los cuatro (futuros) lotes contiguos. Para ello, es preciso que se trasladen (provisoria o permanentemente) numerosas familias.

¹⁶⁰ Los rastrillajes implican pasar casa por casa para ofrecer de averiguar el lugar donde cada uno vota. Luego, la información se vuelve a llevar a la casa anotada en un papelito, junto con la boleta del candidato

mientras le hacían la suya. Que la mamá de José se había mudado hacía dos semanas. Dijo que estaban haciendo los paredones, que estaban mal hechos porque no rellenaban bien entre ladrillo y ladrillo. Que se veía al otro lado, que tenían humedad y que se rajaban con el movimiento. Dijo que eso pasaba con todas las casas, que estaban mal hechas. Que por esa calle iban a pasar camiones, colectivos, en un futuro, y se iban a agrietar por ese problema. Que en un par de años ellos (señalando para la casa de José, las cooperativas, el galpón) iban a tener a todos quejándose... No sé si van a seguir acá, concluyó. Agregó que también es importante la loza, que aísla la humedad y soporta el peso. Me preguntaba si entendía... Contesté que sí. Le dije que no entendía porque él me había dicho que las del frente estaban bien hechas. Dijo que las primeras nomás, ahora no. Con la mayor suavidad posible le pregunté entonces por qué él estaba esperando que le hicieran la suya, si las estaban haciendo mal. Contestó que la de él no la iban a hacer mal porque él iba a estar ahí todos los días mirando lo que hacían. Después agregó que los paraguayos sí trabajaban bien.

Él solía asistir a actos y movilizaciones. El día del cierre de campaña, sin embargo, lo vi entrar a su casa evitando cruzarse conmigo. No le pregunté por qué. En marzo, habíamos hecho chistes con que lo iba a ver mudado cuando volviera de visita... Pero seguía esperando.

Después me contó que tuvo un accidente en el trabajo en agosto. Por primera vez en su vida. Casi pierde parte del dedo índice derecho. Se cortó con la puerta del camión cuando el capataz la abrió. Le hicieron siete puntos. Le duele un poquito porque no quedó del todo bien. Pero se coloca una pomada que le recomendaron en la farmacia. Como trabaja en el municipio (por un plan), tuvo treinta y cinco días de reposo. Comen-
tó la plata que les hubiera sacado si perdía el dedo. Pero fue una desgracia con suerte. Si no, no hubiera podido firmar más. ¿Cómo hacía? Le dije que igual podía aprender a agarrar la lapicera con el otro dedo. Dijo que ya estaba grande para aprender. Nos reímos. [Arturo tiene cincuenta y pico. Es tucumano. Pero hace cerca de cuarenta años que vive en Torres, aunque se casó en Córdoba y vivió allí hasta que su mujer murió al dar a luz. Hoy, vive con su hijo y su familia en el fondo, el hermano vive enfrente, y la madre, en la casa de otra hermana, por “los kilómetros”.]

Mientras charlábamos, pasó un micro de escolares para el lado de la ruta. Después sabría que iba a la parroquia. Se juntaban allí en micro hasta la concentración en Morón. Después a caminar. Le pregunté a Arturo si alguna vez había ido a Luján. Sí, pero no caminando. Ni loco. Yo tampoco, contesté. Volvimos a reírnos.

Le pregunté si él había participado de la toma. Contestó que sí, que tomó con el hermano, un lote de 10 x 20, y que enseguida armaron una casita de madera. Todos habían armado. Ellos se volvieron cuando empezaron a pasar con la máquina. Ya se quedaron ahí. Los demás formaron el asentamiento. Con lo que tenían: chapa, madera. Ahora ves y son todas casas de material. El que no, es porque es un vago, concluyó.

En la casa de al lado funcionaba un taller mecánico. Un muchacho estaba reparando un remis con la remera azul de la urbanización [que usan para los actos] mientras una chica observaba y cebaba mate. Se escuchaban bombas de estruendo desde la plaza. Arturo me explicó: “Parece que va a ser grande... desde temprano que están armando todo. Ayer limpiaron las veredas y la plaza. Hoy colgaron los pasacalles, armaron el escenario y montaron la feria. Ahora los domingos va a haber feria en la plaza”. Le dije que ya iba a ir. Me explicó que él tenía que ir a buscar su DVD, que lo había prestado a un amigo. Después iba. Me pidió que le guardara un par de choripanes. Tres o cuatro, contesté. Nos reímos nuevamente. No volví a verlo.

Primeras impresiones

La Tucumán asfaltada llega hasta la plaza. [Allí termina la parte vieja del barrio y empieza la parte nueva. El asfalto dobla por el bulevar (Derqui) hasta el barrio lindante, siguiendo el límite entre ambas partes del barrio. Fuera de ese recorrido, queda el asentamiento, frente al tercer lado de la plaza. Del otro lado de la misma, el mayor edificio del barrio: la nueva escuela.]

Allí encontré lo que antes era un pastizal como tierra recién alisada. Ya estaba armado el escenario mirando hacia la calle por donde yo venía, hacia la ruta. Había tres juegos inflables, y algunos puestos en el perímetro de la plaza (con una carpita azul o verde). Fuera de la plaza, otros puestos sin carpa. Contra la pared de la escuela, obras de los alumnos custodiadas por sus profesores. Había poca gente. Enseguida me crucé con Mary. [Es la prima de José que trabaja en el CIC (Centro Integrador Comunitario) y se ocupa de coordinar al grupo que trabaja en política cuando se acercan las elecciones.] Me explicó que ellos habían armado un puesto para los de la cooperativa de limpieza, que hacía dos meses que no estaban cobrando. Que todos tuvieron que poner y lo que saquen es para ellos. Que ella estuvo toda la noche cocinando para eso. Si no, ella hubiera armado uno propio. Que también había uno del club 2 de octubre - Arieta (que funciona en el SUM, me aclaró), de la iglesia (creía) y otros.

Comencé a recorrer desde la esquina, el lateral de la plaza que daba a la escuela. Mientras algunos puestos estaban relegados al costado de los juegos, en este lateral de la plaza se agrupaban los más importantes en un orden que se definía por su distancia respecto del escenario. El más alejado era el puesto del club: vendían pollo, matambre de pollo, empanadas, helados. Después, el de la escuela (no de la iglesia, como había dicho Mary). Ahí vendían pre-pizzas, ropa usada y daban caramelos y souvenirs, hechos por una maestra. Estaba trabajando Ramona [una de las mujeres que limpiaba en la unidad ejecutora; también solía ir a los actos y había entrado como ayudante en la guardería de la parroquia cuando se conformó la cooperativa de limpieza]. Me dijo que enganchó ahí porque los otros (refiriéndose al grupo de Mary) no le decían nada. Cuando la llamaron, tuvo que decir que no porque ya se había comprometido, qué va'cer!, agregó. Al lado, había un puesto diferente. No había mujeres vendiendo de pie o cocinando ni hombres cuidando la parrilla sino unas maestras sentadas con afiches delante: era para ponerle nombre a la revista de la escuela. Un cuarto puesto estaba armado por Mili, la delegada del asentamiento. Llamaba la atención porque había colgado la bandera paraguaya y la argentina una al lado de la otra en el frente del puesto, y tenía un cartel de la urbanización sobre la mesa, igual a los que colgaban sobre el escenario. Vendía varios platos paraguayos, empanadas. Estaba acompañada de sus hijas y nietos. Al lado suyo estaba el puesto de la cooperativa, con las chicas que solían afiliarse e ir a las marchas: el puesto del que habló Mary. Allí había un cartel con la oferta de bebidas y los precios: gaseosa \$3, cerveza \$4, vino Michel Torino \$7. También vendían pizza, sándwich de milanesa, choripán, helados.

Al lado del escenario estaba Yeny con artesanías de madera para vender, y otra carpa más grande donde Graciela estaba armando afiches con fotos. [Yeny es sobrina de José, estuvo a cargo de la copa de leche en el asentamiento durante un año, y desde 2008 trabaja en la unidad ejecutora junto con Sandra. Graciela es la esposa de José. Ella suele participar cuando hay actos o movilizaciones.]

Graciela y Yeny estaban en la carpa más grande, junto al escenario. Elogié la revista de fotos que habían armado, donde se iban sucediendo escenas en un contraste entre antes y después: casilla/casa, tierra/asfalto, foto satelital de la villa/foto de la parte nueva recién construida... Les pregunté si no estaba el archivo para poder acceder a él. Yeny me dijo que sacara mis propias fotos. Comenté que por primera vez había llevado cámara, que me la habían prestado. Yeny contó que esa revista la habían armado en la unidad ejecutora pero era improvisado y no habían guardado una copia. Agregué que a

mí me daba vergüenza sacar fotos, que recién hoy pensaba que estaba bien porque era un festejo. Graciela se sorprendió de que me diera vergüenza. Le comenté que la había visto a ella sacando muchas veces. Si no se animaba ella a sacar por mí. Dijo que a ella no le gustaba andar hablando. Me reí contestando que esa conversación ya la habíamos tenido hacía tiempo.¹⁶¹ Después dijo que no tenía problema en sacar foto pero que no sabía lo que yo quería. Le dije que sacara como saca siempre, que yo las he visto y están bien. Ella agregó: “¿Por qué no aprovechás a sacar algunas vos mientras yo termino con los afiches?” Así hicimos. Me colgué la cámara y empecé a sacar fotos, girando en torno de la plaza. Como era temprano, había muy poca gente. Aproveché para fotografiar el entorno:



Foto C1



Foto C2



Foto C3



Foto C4



Foto C5



Foto C6

Para sacar las fotos, di la vuelta a la plaza. Mi interés era mostrar qué había en la plaza y cómo se organizaba el espacio allí (fotos C1, C2, C3), diferentes prototipos de

¹⁶¹ Graciela fue quien tomó tierras mientras José jugaba al fútbol en 1999. El año pasado la encontré en el acto de inauguración del asfalto de la Tucumán y le dije que me gustaría charlar con ella un día. Se negó. “Para eso está José. A mí no me gusta hablar”, me dijo.

vivienda habitados más o menos recientemente según el caso (foto C4), casas, casillas, terrenos demolidos y núcleos aún sin completar uno al lado del otro (foto C5) y los puestos cerca del asentamiento –poco visible tras la arboleda- (foto C6), dando cuenta también de autos particulares y policiales, bicis y peatones que circulaban por las inmediaciones, de calles de tierra y de asfalto (fotos C2, C4, C5 y C6). Todo alrededor de la plaza. Todo en sólo dos cuadras de caminata.¹⁶²

Una turista

Luego de la sexta foto, avancé por la calle que tenía frente de mí. Había algunas lonas con productos para vender. Me llamó la atención un puesto armado con troncos de madera donde había conservas en frasco, salamines y otros encurtidos colgados. Resultaba pintoresco. Dos hombres estaban de pie a un costado. Se acercaron al verme. Aclaré que estaba mirando, que no iba a comprar. Pregunté de dónde eran los productos. El vendedor dijo que eran todos de fábrica. El otro contestó que eran chilenos. Se le notaba la tonadita. Mirá, me quiere meter un verso..., dije. Nos reímos. Me preguntó si era turista. Contesté que no. Agregó que parecía italiana, si no era.

C: - Lo dice por la cámara. No por mi cara. Soy de acá. Hace más de dos años que vengo. [Y nunca me confundieron con una extranjera]. Igual soy de familia italiana, sí.

P: - Ah... yo sabía. Pero cuidado porque te van a robar la cámara.

C: - No me diga eso... ¿En serio?

Ambos hombres intercambiaron miradas. Después me preguntó qué hacía ahí. Le conté que estaba escribiendo sobre el barrio, sobre la urbanización. Me dijo que había cosas buenas y malas en todo esto. Que él se había decepcionado un poco.

C: - ¿Por?

P: - No puedo decir nada porque ya no vivo acá. Estoy de visita nomás. Es por lo que se dice.

C: - Ah, ¿no vive acá? ¿Dónde está viviendo?

P: - Me volví para Chile. Vengo de visita porque mis hijos nacieron acá. Para que conozcan sus raíces. Todos los años vienen en vacaciones. Pero no quiero que hagan la escuela acá porque es mala. No enseñan. Nunca hay clase. Allá se paga pero es buena. Así que nos volvemos. Quise probar pero no. Además acá hay que estarles mucho encima, que no anden en los pasillos. Mis hijos, gracias a Dios, salieron buenos.

¹⁶² Como me daba vergüenza, sólo saqué fotos relativamente distantes, con una mirada más panorámica.

Pero no quiero que se tuerzan. Porque te descuidas y... este no es ambiente para que se críen.

C: - ¿Cuántos años tienen?

P: - El mayor, 16. El otro, 14. Igual todos los veranos los mando para acá, para que no pierdan contacto. Sabían el himno chileno y no sabían el argentino. Por eso vinieron a la escuela pero se vuelven.

Le pregunto hasta cuándo vivió acá. Dice que estuvo más de diez años, hasta el 96. Después se volvió. Pero siguió viniendo todos los años. A José lo conoce de chiquitito. Él vendía diarios, me aclara. Sí, ya me contaron, contesto. Después, vuelve a hablar de sí mismo. Cuenta que su papá era comunista. Pero no de los que tiran bombas, matan gente. De ideas comunistas. Que se tuvo que ir con lo de Pinochet. Se fue a Ecuador. Sigue ahí. Que igual su familia siempre sufrió una persecución por eso. Nunca los dejaron en paz. Por eso él se vino a Argentina en el '84. También me cuenta que acá tiene parientes. Que había un grupo numeroso de chilenos. Que ya no quedan casi. Algunos murieron, otros se volvieron y algunos están presos. Asiento.

C: - ¿Y allá dónde vive usted?

Me dice la ciudad pero no conozco. Dice que allá vive en un barrio privado. Que no es como acá, que los padres descuidan a sus hijos, no les importa dónde están. Allá es todo más ordenado.

Le comento que conozco Chile, que es muy lindo. Me pregunta qué conozco.

C: - Santiago, Valparaíso y Viña. [Pone cara de que no conozco nada]. La típica.

P: - Todos los argentinos hacen lo mismo. Las argentinas van a Viña, que es la playa donde va gente de todos lados, y consiguen trabajo enseguida. Reparten volantes en la playa, hacen de promotoras. Y pagan el viaje.

Dice que hay que ir a las playas más del norte, que el agua es cristalina y cálida como en el Caribe. Le contesto que fui de chica, que me gustaría volver pero ahora no, porque no puedo. Me dice que a las argentinas más o menos lindas, delgadas, las toman enseguida porque no son como las chilenas. Ellas miran para arriba (hace el gesto con el mentón en alto). Las chilenas van agachaditas, mirando al piso.

Mientras charlamos, veo acercarse al auto de policía que gira en torno de la plaza (como se puede apreciar en la foto 2). Se detiene un segundo ante nosotros y saluda a los hombres. Todos respondemos. Ellos se miran de reojo mientras el coche se aleja. Mi preocupación es la cámara, que ni siquiera es mía y continúa colgando de mi cuello. Miro al señor y esbozo una sonrisa tipo qué se le va'cer (sin mostrar los dientes).

Un viajero

El señor me pregunta si estuve en Italia. Digo que no. Él sí, dice. También viajó por Austria, Alemania, Francia, Inglaterra. Me sorprende mucho. Le digo que no me lo imagino en Alemania, porque no se entiende nada, cómo se arreglaba. Dice que uno se hace entender, lo básico. Primero, con señas. Después, sabés que vassa (o algo así) es agua y esas cosas.

P: - Te arreglás. Además no es como dicen, que los alemanes discriminan. Al menos yo no lo sentí.

C: - Pero conocías a alguien, ¿o no?

P: - No, viajé todo solo. Porque quería conocer los lugares. Ahora quiero ir a Egipto, ver las pirámides. Y a México. Esos lugares me quedan por conocer.

C: - Sí, hermoso. También yo quiero conocerlos. Encima en México tengo algún amigo así que podría... quizá. Pero me sorprende que usted se haya mandado así no más, sin conocer a nadie. ¿Ni cuando llegó?

P: - No, llegué a Torino. Ahí sí había un compadre que me fue a buscar a la estación. Lo había llamado para avisarle que iba.

C: - Ah... ¿Y qué lugar le gustó más?

P: - Alemania.

C: - ¿En serio?

P: - Sí, Alemania, Austria... son parecidos.

C: - ¿Por?

P: - Porque están todos locos. Pero no se meten con nadie, eh. En Viena, ponele, hay un río que cruza y vos ves hombres y mujeres, uno al lado del otro, que se sacan toda la ropa y se meten sin ningún problema. Ni se miran. Yo pasé y no podía creer. Me quedé mirando. Ellos, como si nada. Ves hombres con hombres, mujeres con mujeres... No se hacen problema por nada. Cada uno hace su vida. Cuando fui, no lo podía creer. Me gustó.

Realmente me sorprende su respuesta. Toda la charla me parece rarísima. Me sonrió. En un momento el otro señor va a sentarse a su sillita plegable y nos deja conversando a nosotros. Mientras charlamos, algunos que pasan lo saludan. Él continúa:

P: - Lo mismo con la droga. No es como acá. Allá te dan la jeringa, te hacen controles. Está todo bien. Consumen heroína, crack y no le hacen nada a nadie.

Ahí frunzo el seño.

P: - Si vos te querés drogar, te vas a drogar igual. Mejor así. No como acá que hacen cualquier cosa para conseguir droga. ¿Viste Amsterdam? Ahí la droga es legal. Podés ir a un lugar y comprar marihuana... (nombra otras drogas que no llevo a registrar). Acá está el paco. Ves los pibes tirados en las esquinas. Por eso no quiero que mis hijos anden por los pasillos. Y está el que vende que saca millones con eso. Porque es ilegal. No se puede controlar. La policía, los políticos, no hacen nada.

C: - Y... lo que pasa que es mucha plata. Los arreglan.

Mueve las cejas. Parece que eso era lo que quería decirme. Me dice que mi trabajo debe ser difícil: asistente social. Que hace falta eso acá. Le digo que a veces no hacen las cosas bien... Pero no por malas, eh. Porque lo que les mandan hacer es... Dice que en Chile no es así tampoco. Que le dan plata a uno para que compre la casa donde quiere. Sin problema. Que lo único es que uno tiene que tener U\$500 en el banco. Con eso viene una asistente social y hace un montón de preguntas pero bien. Dice que su hermano le había dicho a él que lo pidiera. Porque él tenía una casita de madera arriba de lo de la mamá. Que podía entrar. Él no quería porque hay otra gente que necesita más. Pero al final se anotó. Dice que vino la asistente social y él justo no estaba. Así dos veces. A la tercera lo llama y le dice por qué no acuerdan una cita, si él se le está escapando. Se supone que tiene que caer de sorpresa, me aclara. Pero ésta había visto y lo hacía para bien suyo. Él contestó que sí, combinaron un día pero él no fue. Porque hay otra gente que necesita más, insiste. Y concluye diciendo que está todo más ordenado en Chile. No sabe si no será por Pinochet. Porque ahora está apareciendo más todo esto de la droga, que antes no se veía.

C: - ¿Pero usted no me dijo que vive en un barrio distinto?

P: - En un barrio privado.

C: - Y me dice que en Chile no hay barrios como éste.

P: - ... Sí, barrios rojos les dicen. Son peores.

C: - Ah...

Me dice que él siente pena porque Torres no era así antes. Acá no entraban a comprar droga. Si uno quería un porro, o cocaína, se tenía que ir a Villa Soldati, o al Bajo Flores. ¿Cuándo?, pregunto. En los '80 no era así. Hacia fines se puso peor. Claro, empezó en villas más grandes, digo. Hace gesto de contestar pero se calla. La diferencia con Chile es que si allá hay uno que vende en el barrio, le pegan un tiro. ¿Y acá no?, pregunto. Hace un movimiento de cejas y calla.

Después me cuenta que él se vuelve a Chile porque allá está mejor. Acá quedaron poquitos, como veinte nomás. En cambio, allá son más de cien de familia. Cuando se reúnen, es hermoso. Ahora quiere traer al papá de Ecuador. Porque ya está grande.

P: - Se quería ir a uno de esos hogares para ancianos, porque ya no se arregla solito. Cómo va a hacer eso. Le dije que se volviera para Chile. No quería. Le hablé a mi hermano para que le mandara la plata. Lo que pasa es que algunos de mis hermanos le guardan rencor porque se fue. Yo no lo juzgo porque es mi padre.

[Al charlar con el señor, me sorprendían sus comparaciones. En parte, se trataba del hecho de que hubiera viajado tanto. Pero, más que eso, realizaba un trabajo analítico similar al que yo trataba de conducir a través de textos, pero con otras referencias en su haber. Sus comparaciones iluminaban Villa Torres, y la urbanización. Tanto al hablar de Europa como al referirse a Chile dejaba ver una reflexión crítica sobre el modo en que se desenvolvían las cosas en el barrio. Tenía en cuenta varios aspectos. Entre ellos, destaco la relación con las drogas y el acceso a la vivienda. Ambas situaciones mostraban modelos más individualistas de acción estatal que el presente en Villa Torres. También existía más orden y más control (y, en Chile especialmente, un sentido de nación). Acá el problema eran la policía y los políticos, pero no tanto como personas sino por las reglas en las cuales se movían.]

Mientras charlamos, guardo la cámara en mi mochila. Él sigue mis movimientos con ojos rápidos. En un momento, se disculpa. Quiere ir a ducharse, afeitarse y cambiarse. ¿Vas a seguir por acá?, pregunta. Asiento. Nos vemos más tarde entonces, asegura.

Recorrido con funcionarios

Apenas se va, saludo al otro señor y camino hacia la plaza. Observo a los nenitos jugando en el pelotero. Hay gente que conozco de la cooperativa que controla que suban de a uno, que se tiren con cuidado. Algunas madres los acompañan y sonríen viéndolos saltar mientras conversan entre sí. Otros nenes, más grandes, están trepando por los tubos para cloaca que quedaron depositados a un costado de la plaza, o andando en bicicleta. Me cruzo con Lili [la encargada de los pibes de demolición, junto con Gómez], que pasa apurada con un vaso enorme de cerveza y una botella de gaseosa de segunda marca. Me saluda y me da a elegir entre ambas. Tomo un sorbo de cerveza. Compartimos alguna broma y continúa su camino. Están esperando que lleve esto, se excusa.

Sigo hacia Graciela. Quiero entregarle la cámara. Ella continúa en la carpa grande. También veo a José y lo saludo. Graciela me pregunta cómo me fue con la cámara. Le cuento que me es difícil.

C: - Quedo muy bicho raro. ¿Sabés? Me preguntaron si no era turista, italiana... No te molesta, sacar vos, ¿no? Vos sacá como sacás siempre. Eso está perfecto.

Mientras toma la cámara, me avisa que todavía no va a sacar, que está haciendo otra cosa. Pasa Gabriela a saludar [ella es una de las chicas que trabaja con Sandra en la unidad ejecutora, y participa en la parroquia]. Ella va para Luján. Pero todavía no salieron. Graciela le dice que se debe haber perdido el micro (era a las doce y ya es más de la una y media). Gabriela contesta que los micros están esperando ahí, que no sabe por qué no salen. Se va enseguida. Graciela me pregunta si me dieron souvenir, y me alcanza uno. Es un rollito de cartulina en forma de edicto real: Agradezco y sigo camino. Me acerco a saludar a su hermano.

En la esquina donde está la mesa con los souvenirs, veo a Sanmartín y a Mirta, señalando a uno y otro lado mientras cuatro personas los escuchan. [Una vez más, ambos están hablando de la urbanización a unos visitantes. Sanmartín, como arquitecto, se ocupa de los aspectos técnicos. Mirta, en cambio, pone tintes de melodrama. Ella fue una de mis guías a lo largo del tiempo. Escucharla ahora es como volver el tiempo atrás.]

Me acerco a saludar. Reconozco a Liliana D'Angeli, la arquitecta que trabaja en PROMEBA y escribe su tesis sobre la urbanización en Torres. También ella me reconoce (compartimos mesa en unas jornadas en la UNGS, el año pasado). Enseguida, Sanmartín me presenta al resto, que estoy escribiendo sobre Torres y que de hecho ya les había dicho un par de veces que tenía ganas de ir a Nación con ellos, para ver cómo era. El señor contesta que no hay problema, que puedo ir sola o con ellos. Agradezco. Sanmartín comienza a explicarme quién es él pero lo interrumpo. Lo conozco. Ah, parece que estoy fichado..., dice él sonriendo. También sonrío: Te vi en el Centro Cultural de la Cooperación hace poco. Ah, en la presentación de Infohabitat, responde él. Sanmartín asiente. Acordamos que voy a acompañarlos cuando vayan. Esta semana no tienen nada pero Sanmartín me avisa cuándo.

El señor es el Arq. Damián Sanmiguel, responsable del Programa Federal de Urbanización de Villas y Asentamientos, en Nación. Infohabitat es una iniciativa de un grupo de profesionales (antropólogos, politólogos, geógrafos, arquitectos) nucleados en torno de la UNGS, que articulan con ONG, organizaciones sociales y funcionarios esta-

tales en el armado de un “observatorio de barrios informales” de la ciudad. Yo había asistido a la presentación de su página web. Académicos, representantes de organizaciones sociales y funcionarios de Nación y Provincia habían hablado entonces.

Ahora Sanmartín les va a mostrar cómo está hoy el barrio. Me cuelo, ¿puede ser?, pregunto. Sanmartín asiente sonriendo. Le pide a Mirta que también nos acompañe. Empezamos por Tucumán. A poco de caminar, veo que también nos acompaña uno de los pibes de la murga. Lo saludo. Me aclara que José le dijo que viniera como seguridad.

La escena me recuerda las primeras veces que caminé por el barrio. Mirta explica el cambio que es la urbanización. Que fueron tantos años de mentiras que la gente no les creía primero. Que fue duro pero que es gratificante. Que antes los chicos se enfermaban por la humedad de cimientos. Que hay viejitos que se han muerto esperando mudarse. Que ellos se apuran en esos casos graves o de mucha necesidad. Que ella ha visto llorar a familias enteras cuando le tiran la casa, que construyeron de a poco, en donde vivieron por más de 50 años en algunos casos. Sanmartín, en cambio, desarrolla un discurso más centrado en el estado de las viviendas, en la importancia de hacerlas a nuevo, mostrando las casas que quedaron en pie visibles desde la Tucumán.

Nos detenemos junto a una parecita. Sanmartín y Mirta cuentan que ese era el límite del barrio, que atrás estaban los tubos de la empresa del gas.¹⁶³ Mirta dice que ahí donde estamos parados había muchas casillas amontonadas, de gente que vivía muy mal, de los primeros en mudarse. Todavía hay algunas casillas de chapa apoyadas sobre la parecita. Mientras, la mujer más joven saca fotos a casi todo. Ella ve una casita de ladrillos, con rejas y plantas, muy cuidada, detrás de una explanada producida por las demoliciones. La elogia. Sanmartín argumenta que igual hay que tirarla: Mirá cómo está el techo (de tejas, con membrana). Le preguntan si él entra para evaluar. No, uno ya se da cuenta, esto no se puede consolidar así. También señala otra: Si esta la consolidamos, ocupa un terreno donde entran dos. Sanmiguel asiente haciendo comentarios breves. Por lo que yo sabía, el Programa de Urbanización que él dirige se está usando para ampliaciones, no para casas nuevas. No sé si eso habrá cambiado en los últimos meses... desde que no es más subprograma (a mediados de 2009).

¹⁶³ Los terrenos ocupados por la empresa de gas estaban mensurados como parte del barrio en el marco del Programa Arraigo (1992). La toma de 1999 consistió en una apropiación de hecho de dicho predio por parte de algunos habitantes del barrio, cuestionando a la cooperativa (también creada en el marco de dicho programa) por las escasas adjudicaciones.

Sanmartín nos indica doblar por lo que antes era un pasillo, ahora abierto por las demoliciones. Mirta y Liliana van juntas. Mirta dice que ella es su amiga, y que yo también. Liliana, que ella viene de antes. Sonríe y me acerco al pibe que nos sigue. Mientras seguimos avanzando, un grupo que está sentado a la mesa en el patio de una casita nueva nos mira serios. Saludo. La señora le pregunta al pibe si no les da vergüenza andar mostrando las casas. Él murmura hacia mí: “Justo a mí me dice... Cuando José me mandó para acá, ya sabía... Quedo re quemado. Yo justo estaba por zafarme para ir a bañarme para más tarde”.

Me cuenta que ayer estuvieron colgando los pasacalles hasta tarde y hoy estuvieron trabajando desde temprano: que tuvieron que preparar el terreno, armar las carpas para los puestos, montar el escenario y estuvieron preparando los inflables. Me pregunta si vi cuando uno se soltó y se desinfló todo con los pibes adentro. Que él no sabía dónde esconderse pero lo arreglaron enseguida. Me pregunta si yo estoy en la copa de leche. Contesto que no. Dice que él siempre pensó que yo estaba ahí. Le cuento que estoy escribiendo la historia del barrio, de esto, de la urbanización, que por eso vengo. Que es para la facultad. Mientras escuchamos cómo cuenta Mirta a la distancia, me pregunta: “Imaginate si vos tenés que contar todo eso, ¿cómo harías?” “Yo no soy de hablar mucho”, contesté. “Eso ya sé. Por eso te digo”, respondió él. Nos sonreímos.

Nos detenemos frente a otro terreno demolido. Enfrente nos señalan las huellas de un antiguo pasillo, oculto entre escombros. Sanmiguel señala que la familia del fondo tomó lo que era pasillo. Sanmartín responde que fue con el aval de la cooperativa, que los mismos vecinos se ocupan de cuidar el terreno que es cedido a la urbanización. Ya saben que es provisorio. Después nos invita a mirar hacia el otro costado. El funcionario de Nación dice que la última vez que vino estaban tirando la casa de allí, que fue medio complicado, que la mujer no quería. Mirta comenta que la mujer lloraba, porque era la casa donde había vivido más de cuarenta años. Que es una emoción muy fuerte ver cómo tiran eso. La joven saca otra foto a las ruinas. Seguimos camino.

Pasamos por el campito de [la calle] Gibraltar, por la manzana 96. Sanmartín explica que fue la única manzana adjudicada por el Arraigo, para autoconstrucción.¹⁶⁴ El hombre pregunta si en el campito había viviendas antes, que le parece recordar. Le contestan que no, que siempre fue una canchita.

Un pibe de la murga

¹⁶⁴ Su número evoca el año de la adjudicación.

Mientras seguimos por los pasillos, el pibe me pregunta si caminé todo eso. Que yo debo conocer. Le digo que no anduve por todos. Se ríe recordando cómo corrían por ahí para escaparse, dice que es un laberinto. Porque él antes estaba en la esquina.¹⁶⁵ Por eso conoce a todos los pibes de más o menos su edad. Le pregunto si está viviendo acá o en la parte nueva. En la parte nueva. Se trasladaron hace poco. Con su familia: sus viejos, sus hermanos, su mujer y su nene. “Somos un montón pero estamos bien”, concluye. “Ah, entonces no estás aparte con tu mujer”. “No... yo quería. No sé si te contaré... yo tomé una casa. Pero me tuve que salir. ¿No sabías? Vino José a hablarme y todo bien...”. “¿Qué? ¿Se armó?”, digo haciendo gesto de piñas. “No, hablando. Me dijo que no me correspondía, que no se podía hacer así, que si me dejaba a mí, los demás se le iban a ir al humo. Tenía razón. Entendí y me corrí solo”. “Pero ¿él te había prometido algo?” “No, no”.

Pasamos por la cuadra de la capilla. Hay una loza enorme, de tres plantas, con el armado del techo de chapa. Le pregunto al pibe de qué es pero no sabe. Dice que es muy buena, ¿no? Más allá, está la capilla en construcción. Alrededor, la casa de Tuchi, la escuela de oficios y el lugar de recuperación para los pibes (la casa del buen pastor), el tinglado (del comedor de la parroquia)... Los visitantes se acercan al portón de la iglesia para observar el avance de la obra, todavía inconclusa. Sanmiguel comenta que ya está en uso... “Hace mucho que están haciéndola, ¿no?” Sanmartín asiente sin decir palabra.

Enfrente del tinglado de la parroquia, vive la mamá de Federico. En la pared de su casa se puede ver la lista de los números de la quiniela. Ella está asomada con un cliente. Cuando nos ve, sale corriendo hacia nosotros. Después se detiene, vuelve atrás para sacarse el pulóver y vuelve hacia nosotros, arreglándose la camisa. Sanmartín se la presenta al grupo. “Es la mamá del muchacho que te presenté temprano, que está a cargo de las obras de la cooperativa, ¿te acordás?”. El funcionario asiente. La madre de Federico aclara que va a hacer unas compras y sigue por la Tucumán. Nosotros doblamos. [Como Fede fue quien elaboró los primeros planos del barrio y de las viviendas, su madre busca reponer su centralidad frente a los funcionarios. La oposición entre proyecto ideal y proyecto real aparece encarnada en ese breve encuentro entre la madre de Federico y Sanmartín.]

El recorrido sigue hacia la manzana 22. Mientras caminamos, el pibe me pregunta cuántos años le doy. Contesto 25. Dice que tiene 29 pero que todos le dan menos, 20,

¹⁶⁵ La esquina es el lugar de encuentro de los pibes, muchas veces asociado al “bardeo”.

22. Le digo que no parece tan chico por cómo habla. “¿Hablo como más grande?”, sonrío. Dice que debe ser difícil mi trabajo, que los pibes me deben mandar cualquiera, que seguro me bardean.

C: - No es nada...

P: - ¿Y vos escribís de todo?

C: - Todo no puedo. Imaginate todo lo que se puede escribir de Torres...

P: - Una vez vino la rubia, ¿cómo se llama?...

C: - ¿Lili?

P: - Lili, sí. Vino a decirnos que iban a hacer un video, que teníamos que hablar nosotros pero después no vino más. Estaría bueno hacer eso, con la historia de los pibes.

C: - Sí, estaría re bueno. Encima video está bueno porque te pueden ver mientras contás. Es como que engancha más, se entiende mejor.

P: - ¿Se podrá hacer? Contar cómo es. Llegás a un punto que no te importa nada... y salir de ahí.

C: - Vos, ¿cómo hiciste? ¿quién te ayudó?

P: - Nadie. Salí solo. Por voluntad. No, no creo en los evangelios y esas cosas...

Además, charlamos de su vida ahora. Tiene un nene de 10 meses. Me sorprende que sea tan chiquito. Me cuenta que está con su mujer hace 8 años. “¡Cuánto tiempo!”, me asombro. Dice que estuvieron los primeros tres años bien y después tres meses bien y tres meses mal. Pero siguen. Cruzamos una zanja para entrar a un pasillo de la manzana 22. Él me deja pasar delante. Mientras, le digo que ella lo bancó cuando estaba en cualquiera así que tiene que tener paciencia. “Eso es lo que pienso cuando me enojo, sí”, contesta. De repente, vuelve sobre el tema con José. “Vos me preguntaste si José me había prometido algo. En realidad, mi mujer estaba embarazada y él me había dicho que íbamos a tener nuestra casa. Pero el bebé murió en el noveno mes. Yo estaba como loco y me amotiné. Porque José me dijo que entonces no nos podía dar. Por eso tomé una casa. No fue de loco nomás”. “Mmm... entiendo”. [Mientras lo escucho, recuerdo la historia de Matías, y su entusiasmo con la casa nueva (y con la bañera recién comprada). Ambos son pibes. Ambos trabajan en la cooperativa y tocan en la murga. Ambos vienen de historias más o menos pesadas y se “rescataron”. Ambos tienen algunos problemas con sus mujeres pero están muy orgullosos de sus bebés. Sin embargo, esa comparación no es puesta en juego por mi guía para justificar su enojo. Su relato responde a mi pregunta por la promesa de José. Y debe excusarse de su propia acción apelando a un raptó de locura. A diferencia de la toma colectiva de tierras, su toma, vista (en térmi-

nos carcelarios) como “amotinamiento”, queda deslegitimada. Pero representar a la cooperativa durante un recorrido por el barrio también implica “quemarse”, pasar “vergüenza”.]

Empezamos a recorrer la manzana 22. Es la más grande de la villa. Donde hay más pobreza, según me ha dicho Sanmartín en otras ocasiones. La más jodida, como la han presentado varios habitantes del barrio. El pibe me cuenta que él vivía ahí. En un pasillo. “Era un quilombo. Estábamos así, y ahí todos... mis nueve hermanos”. Me muestra cómo eran los pasillos, dónde se abrían, para dónde daba cada uno... Ríe: “Ese pasillo daba atrás de mi casa. Por ahí nos escapábamos de mi vieja cuando éramos chiquitos”. Llegamos a una explanada demolida. Hay un hombre sentado en una parecita. Nos mira, las mujeres lo saludan pero él sólo observa. El pibe me muestra hacia un costado, detrás de un árbol: “Ahí están los pibes, ¿ves?” Son unos pibitos en ronda, fumando. Los saluda. Estamos ante el paredón de la fábrica, ex Jabón Federal. “La calle fue abierta por la urbanización. Sólo falta trasladar a aquella familia”, nos muestra Sanmartín. [Es una familia famosa porque hace mucho tiempo que están tira y afloje para que se traslade. Un día es sí y al otro no. El hombre no quiere. La mujer les dice que lo va a convencer pero... siguen ahí.] Mirta relata: “Acá había una casilla, acá otra y otra ahí, todo lleno de barro, los nenes tenían enfermedades respiratorias por la humedad”.

En la pared de la fábrica, hay una pintada con el nombre de José Domí...z, Bailestrini y el dibujo de un chalecito de colores, idéntico a los del fondo. Hacia la ruta se alcanza a ver otra pintada, más reciente (o de mejor calidad) por el brillo de los colores: En verde y negro hay un escudo. Dentro, “La Fragata” y el dibujo de un buque con dos velas al viento. Le pregunto al pibe de qué es, diciendo que está muy bueno.

P: - Sí, ¿no? Lo hicieron bien. La Fragata es un equipo de fútbol de los pibes de ahí.

C: - Mirá el escudo que se mandaron... ¿Son de la manzana? ¿Vos jugabas ahí?

P: - No, el nuestro era El ombú. Porque nos juntábamos en un ombú que había al final de La Rioja. ¿Ya te habían contado?

C: - Algo me dijeron pero contame.

P: - Éramos nosotros y los Kunta. Como nosotros éramos nueve y ellos también son unos cuantos, ya armábamos equipo entre nosotros.

C: - ¿Y no juegan más?

P: - Después medio me abrí de eso... ¿A los Kunta los conocés? Viven... (en la parte nueva).

C: - Creo que no. ¿Y tus hermanos?

P: - Los mellizos murieron. Los demás siguen ahí. En casa.

C: - Pero ¿no juegan?

P: - Ya no. Son más grandes.

Pasamos por una loza de dos plantas en construcción. Sanmartín la señala. Le comento al pibe que eso debe ser que lo hacen ellos mismos, no la cooperativa. “Creo que sí... no sé”. Llegamos a Derqui, la avenida asfaltada que conecta con el barrio de al lado. Pasa un auto muy nuevo, azul oscuro, con vidrios polarizados. Le digo al pibe que esos no deben ser del barrio. Contesta que no sabe... “Acá ves cada auto que no podés creer y son de gente del barrio...”.

Tomamos por Derqui para volver a la plaza. Al pasar por la escuela, comentamos lo linda que está la pintura de la entrada. Retrata un indígena, una bandera argentina detrás y mucha gente frente al mismo. Mirta asiente y comenta que lo hicieron hace poco. Cuando llegamos a la plaza, el pibe saluda y se aleja. Le pregunto si va para su casa a bañarse. “No, ya me tengo que quedar acá”. Sigo caminando unos pasos más con los funcionarios. Después los despido. Voy a seguir saludando gente conocida, aclaro. Sanmiguel me dice que no hay problema que vaya, que ahora tienen que ir para hablar de Las Antenas [otro barrio] así que me puedo sumar entonces. Sanmartín dice que igual eso no va a ser esta semana. Después él me avisa. Me despido agradeciendo.

Primero saludo a una familia conocida. Le pregunto a la mujer si no se enganchó con nada. “No me llamaron. No importa”, contesta. Después saludo al esposo, con quien había conversado largamente el día de las elecciones. Al hijo lo había visto más temprano. Él sí estaba trabajando con los demás pibes. Me alejo, diciendo que voy a aprovechar para comer algo.

Comienza la ceremonia

Compro sopa paraguaya en el puesto de Mili, la delegada del asentamiento. Pregunto si todo es preparado por ella, que dicen que es tan buena cocinera. Contesta que sí. Pero me da uno medio quemado. Cuesta \$3. Saludo y voy a ver a las nenas de la murga que entran a la plaza bailando con sus trajes coloridos: blanco y turquesa, con dibujos, tops más o menos sensuales según el estilo, panzas al aire, y alguna en ropa común. Atrás, algunos varones también bailan. Por último, la batucada y el silbato que guía, a cargo de pibes. Hoy no están las trompetas, como en los actos. Detrás de la murga, viene el equipo de fútbol infantil del club. Llevan una bandera: Club 2 de octubre –

Barrio Arieta. El nombre del club recuerda el acontecimiento que hoy celebramos. Hace poco empezaron en el SUM, me explicaron antes. También llevan los colores nacionales.

Después de verlos pasar, camino por la calle hasta los puestos. Me cruzo con el muchacho que hace seguridad en los actos, que conduce la máquina en las obras y que ahora está a cargo de la camioneta municipal. Casi no lo reconozco. Sólo lo miro bien porque noto que me sigue con la mirada. Está con anteojos negros y una de esas gorritas nuevas, con visera pero todas armaditas, color blanco. “¡Qué canchero!”, le digo. “Es por el sol”, justifica. Cuenta que está trabajando desde temprano pero que hay fiesta hasta tarde así que después viene la mejor parte. Veo al Ruso en un grupo de sillas de plástico blancas que pusieron al costado de los puestos. Pronto arranco para ahí pero no lo encuentro.

Compro una gaseosa en el puesto de la cooperativa: \$4, un vaso enorme. Saludo a las chicas que están trabajando pero no puedo charlar porque andan de acá para allá con los pedidos. Allí me intercepta un señor, que estaba comprando una cerveza. “¿Ya no se acuerda de mí?” Miro pero no tengo ni idea. “A ver, sáquese los anteojos”. Lleva lentes de sol súper modernos. “Hace una hora que estuvimos charlando y ya se olvidó”, me dice. Reconozco el tonito chileno pero sigo sorprendida: ahora está afeitado, peinado, vestido con ropa de pibe y con anteojos negros cancheros... “Pero qué cambio de look, ¡cómo espera que lo reconozca! Es increíble”. Me ofrece un poquito de cerveza, después bromea porque compré gaseosa y se despide nuevamente.

Mientras, está tocando el primer grupo musical. Es cumbia pero todavía hay poca gente escuchando. Me acerco al Ruso para saludar. Dice que me vio antes y no quiso interrumpir. Me presenta a su mujer. También a su hijo mayor pero ambos decimos que ya nos conocemos. El suegro fue a comprar algo. Le di la nota que había traído. Me dijo que pensó que era algo del barrio. “Pensé que esas las tenías”, contesté: “Sí, a veces sale. Te puedo traer. Traje ésta porque me pareció que te podía interesar porque es parecido a lo que nos dijiste la primera vez que hablamos, ¿te acordás? Sobre cooperativas. Igual salió en Página/12 ese día nomás. La bajé de Internet”. “Sí. Pero acá no llega Página/12. Sólo Clarín”. Empieza a tocar un grupo de chamamé. “Uy, mi suegro... ¿Dónde está? Debe estar ahí metido. Le encanta”. Me excuso diciendo que sigo mi ronda de saludos y me alejo.

Doy la vuelta a la plaza una vez más. En una esquina, veo a Gómez con su mujer, su nene y otra gente. [Gómez forma parte de la cooperativa madre desde sus inicios,

y mantiene un vínculo estrecho con José. A diferencia de otros miembros del grupo, no conformó una cooperativa de trabajo a partir del Programa de Emergencia Habitacional. Se ocupa de la cooperativa de demolición (que está orientada a los pibes), de los trasladados en una parte del barrio, de los detenidos que realizan tareas en el barrio, del equipo de fútbol.] Me presenta a un muchacho y a su mujer como una compañera que está trabajando con ellos. Me cuenta que él estuvo armando las carpas, que estuvo bien que trajeran estas porque si no, cada uno iba a poner una distinta e iba a ser un quilombo. También me dice que el locutor es del barrio. “Trabaja en Canal 4”, agrega. También cuenta que están los de Canal 4 filmando y los de Diario Popular, haciendo notas. Después charla con el muchacho. Le va a presentar a una gente y vuelven. El otro está vestido un poco más formal, con camisa. Hablan de un club donde el muchacho trabaja, de lo que puso para el club de acá. Creo que se refieren a las camisetas de los nenes. El muchacho dice que el presidente le preguntó, que él necesita verlo para saber que la plata se usó bien. “Seguro”, contesta Gómez: “Si quiere, también puede venir a verlos practicar”. “Con unas fotos ya lo dejás contento. Lástima que no llegamos antes porque si no, le sacaba yo y listo”. Gómez me cuenta que la semana que viene van de nuevo a Santiago, a jugar el campeonato. Está entusiasmado, como siempre. Después las mujeres charlan de suegras y nueras. La señora de Gómez dice que hay que hacerse la buena hasta tenerlo bien enganchado. “Uno o dos años a pura sonrisa y después ya lo tenés cortito: si tanto querés a tu mamá, volvé con ella. Pero lo mejor es cuando no está cerca... Mejor, cuando ya no está”. Nos reímos. Hablan de acercarse a ver el grupo. Entonces los dejo y sigo mi ronda.

Mientras charlábamos, vi a Karaman, a Luna y a otros de Quilmes. [Los conocía de una presentación en la Universidad de Quilmes, cuando recién había vuelto a Torres para escribir la tesis. José había querido que lo acompañara para la presentación de la urbanización allí. Decía que antes iba todas las semanas a un taller con ellos, para aprender. Ahora él era quien iba a ayudarlos.] Karaman lleva una Nikon profesional. Está sacando fotos en los puestos, comiendo y haciendo chistes. Los demás lo acompañan pero no tan entusiasmados. Sigo por fuera de la plaza y atrás del puesto del club, veo a Tomasi y a su mujer. Él es quien está construyendo la parroquia. [Es técnico de las tres cooperativas de trabajo que se conformaron bajo el ala de la parroquia. Además, diseñó el plano de la parroquia nueva y coordina esas obras. Cuando charlamos, me contó que iba lento porque, con todo lo que se hacía en el barrio, para eso no había plata. Al verlo, recuerdo las palabras de Sanmiguel durante el recorrido, y el silencio de

Sanmartín.] Los saludo. Ella está con su beba recién nacida en brazos. Gordita, de rosa. Él está muy sonriente. Elogio a la beba y ella dice que no sabe si va a ser la última, que ya va a convencer al viejito. Les digo que me imaginé que iban a Luján. Ella dice que no fueron por la beba, que él le tiene prometido llevarla a conocer hace años. Del puesto le alcanzan una tortilla. Come ella y después me ofrece. “Es para saber cómo es porque nunca comí”, aclaro. Me explica qué es: una tortilla de almidón con queso, es paraguaya. (...) También se acerca la hermana de ella y charlan medio en guaraní, medio en castellano, mientras comen. Él dice sonriendo que esa comida es formoseña. “Andá a cagar”, contesta ella. Me sonrío y me despido. Estoy medio cansada. Ya son como las cinco...

Cerca de la esquina, se detiene una camioneta blanca. Javier, desde adentro, me pregunta si ya terminé el libro. Le digo que aproveche que está en auto y me traiga lo que escribió su hija. Dice que ahora deja la camioneta. Junto a nosotros, está Analía con su bebé en cochecito. Detrás de Javier, se detiene otro auto, del cual baja Mónica. Javier me pregunta si la conozco y ambas contestamos que sí. Ella me pregunta por los demás chicos y me pasa su número de teléfono. Me cuenta que se mudó enfrente del negocio, que siempre la podemos encontrar ahí. Después, se va a la plaza. Mientras, Javier le pasa la camioneta a otro para que la estacione. Me cuenta que ya tiene el título para mi libro, que se despertó en la madrugada y se le ocurrió el título y cómo tenía que empezar. Que lo anotó. Casi me llama por teléfono pero después dijo que mejor esperaba a verme. Le digo que a mí también me pasa, que las ideas se te ocurren mientras dormís. Que nos tenemos que juntar así me muestra lo que escribió. Dice que después quiere parte de las ganancias con el libro. Digo que no se saca plata con estas publicaciones, si se hacen. ¿No?, dice él incrédulo, se disculpa y se aleja para comer algo.

[Javier también es integrante de la cooperativa madre, y presidente de una cooperativa de trabajo. Es una de las pocas que ha logrado “trabajar afuera” del barrio. Desde mediados de 2008, funciona en San Justo. Durante el trabajo grupal en 2007 (y a comienzos de mi trabajo en 2008), su cooperativa era centro de mis recorridos por el barrio. Analía es secretaria de la misma cooperativa. Mónica, en cambio, formó parte de la cooperativa madre durante el inicio del proceso. Luego se distanció.]

Analía me ofrece una silla, que tomo con gusto. Le digo que debe estar cansada con el bebé. Le pregunto si se porta bien. Dice que es buenito. Estuvo tres meses sin trabajar. No se aguantaba más. Ya está acostumbrada. Le pregunto cómo se arregla. Porque encima ahora están en San Justo. “Vos no conocés allá, ¿no? Tenés que venir a

ver un día”. Dice que igual es tranquilo porque no cumple todo el horario, que va tres horas a la mañana, vuelve a darle la teta al mediodía y se va a las dos. Hacemos algunos comentarios sobre el festival, los juegos, la feria y la música. Después le comento que tengo la cara molesta. No me deja terminar la frase. Dice que es por el polvo, que ellos ya están acostumbrados pero te queda pegado. En realidad, yo lo decía por el sol. Me pregunta cómo es lo del libro. Le digo que es una tesis, en realidad, que es para los profesores y, si sale bien, puede que sea un libro. Que Javier exagera. Que siempre tenemos la misma charla. Me cuenta que hace poco se mudó a su casa nueva, que es donde antes funcionaba la cooperativa. Que está chocha. Le pregunto si se acuerda de la primera vez que hablamos. “Sí, ¿con quién estaba? Que hacíamos chistes... cualquier cosa”, contesta. Le digo que no me acuerdo con quién estaba. Pero que ella se quería mudar desde entonces. “¿Te acordás lo de Torres y Torres VIP?”, le digo. Asiente sonriendo.

Se acerca la hija de Mirta con su beba. Quiere ponerla en el cochecito pero es medio mañera. También está cansada. Le ofrezco de sentarse pero no. Analía quiere presentarnos pero ambas decimos que ya nos conocemos. Cuando Analía se aleja para hacer no sé qué, se sienta al lado mío. Nos quedamos un ratito descansando. Mientras, vuelve a sonar la cumbia desde el escenario.

Futbolistas, cantantes y políticos

Después de unos minutos, vuelvo a la plaza. Son cinco y cuarto. Hay bastante gente rodeando el escenario. Más allá, hay sólo grupitos desperdigados. Paso por donde está Graciela y miro las fotos que sacó. Me pregunta si ya me voy. Contesto que no, que era para ver si estaba todo bien. Me pregunta cómo hace para verlas. Me va explicando las que sacó. Hay una que no entiendo. “Es el cantante de (el nombre del grupo). Yo la saqué pero vos si querés la borrás”, me dice cuando ve mi cara de sorpresa. Contesto que no, que está perfecto. Que siga así. Dice que está sacando como saca para José. Perfecto, contesto al alejarme. Veo a Sanmartín con otro grupo de funcionarios para recorrer. Esta vez reconozco a la responsable del Programa de Urbanización en Provincia. Sigo girando a la plaza con la vista, reconozco a Lili a la distancia y me acerco. Canta bajito los temas del grupo. Me cuenta que el pibe que canta es del barrio, que ella lo conoce de chica, que era amigo de su mamá. “Por eso, quería verlo. Te emociona. Me acuerdo cuando cantaba al lado de casa... Lástima que no esté mi mamá para verlo”. Le pregunto si no le puede avisar. Contesta que estuvo hasta hace un rato...

Empiezo a prestar más atención al grupo. El cantante está vestido de traje blanco, con saco. Los demás, con traje negro, excepto el animador (y segunda voz), que lleva remera verde. Además, está el locutor a un costado, con su sombrero tejano. Al lado, uno de los hombres que conozco de la cooperativa, con la remera de la urbanización, arengando al público con aplausos, canto y saltos. Entre tema y tema, el cantante charla un rato con el público. Comenta la alegría de volver al barrio, de encontrarlo tan lindo... Después les dice a todos que este año tienen que organizar un Boca-River, como hacían antes. “¿Se acuerdan? Algunos son chicos acá...”, se ríe. “Yo era medio pata dura pero juego igual ahora, ¿dale, José?” Desde abajo, José sonríe y levanta su pulgar asintiendo. Continúa la música.

[Hoy José está vestido con una chomba blanca, pantalón negro tipo jean y zapatos. Ya no viste polar, jean y zapatillas, como solía hacer cuando lo conocí en 2007, pero tampoco está con camisa (como en el acto de inauguración del asfalto el año pasado) ni está con su carpeta negra y su celular en mano (como cuando lo encontraba para alguna entrevista). En las celebraciones, suele usar ropa blanca. Para el acto de inauguración del asfalto, José se puso camisa y pantalón blancos. Como enseña Borges (2004), en un lugar donde las calles de tierra ensucian fácilmente la ropa, vestirse de blanco para inaugurar un asfalto es una señal del logro que el asfalto implicaba. Al verlo hoy, recordé el comentario de Analía sobre el polvo.]

A la siguiente pausa, el cantante dice: “De este barrio salieron de todo... Futbolistas, cantantes, políticos... ¿no, José?” Después hace un comentario sobre las calles de barro, los pasillos... “Diez años de todo esto. Esto es una fiesta”. El baterista toma su micrófono y arenga: “El que no salta es un villero, el que no salta es un villero”. Nadie salta. El cantante se da vuelta y le para el carro. “El que no salta no es un villero”, corrige el baterista. Nadie salta. Sigue la música.

Veo movimiento en la calle contigua. Hay un grupo de hombres rodeando un auto nuevo. Algunos visten traje. Hay uno con una cámara que los precede. Se acercan caminando hacia la plaza. “Llegó el intendente”, me comenta Lili. Entran a la plaza por el puesto al lado nuestro. José está guiándolos. Nos abrimos un poco para dejarlos pasar. Pero José se detiene para presentarme al intendente. “Ella es de la universidad. Está escribiendo sobre el barrio”. Espinoza me tiende la mano y me pregunta de qué universidad soy. Contesto, sonriendo. Me dice que puedo pasar por su oficina cuando quiera. Agradezco. Enseguida avanzan hacia el puesto de Mili. Lili dice que no importa, que a ella ya la ve todos los días [el intendente]... Después se aleja con una amiga. Quedo

parada sola. Estoy asustada. [Si fui ingenua al pensar que el acto podía realizarse sin una presencia importante de las figuras políticas locales, mi miedo radicaba en entrever que, al presentarme al intendente, José me exponía como una pieza de su juego político. El alejamiento de Lili se me aparecía como una de las primeras consecuencias de esa acción. Quizá hubiera debido valorar el gesto de José como una muestra de confianza. Sin embargo, no podía evitar la sensación de estar fuera de lugar.]

Veo cómo José sigue presentándole gente al intendente. Primero, pasan por el puesto de Mili. Ella y su hija salen de la tienda. Ella, con un mate que ofrece al intendente. Su hija, con la cámara de fotos. También el fotógrafo municipal toma la escena del intendente bebiendo el mate que ella le ofreció. Siguen camino, saludando a la gente de los puestos más cercanos al escenario.

El grupo musical se despide, anunciando que vino el intendente. El locutor del barrio le cede la palabra al locutor oficial del municipio. “Ustedes ya me conocen de todos los actos. Ya saben quién va a hablar ahora. Estamos visitando el Barrio Arieta. Ya podemos decir que es el Barrio Arieta, ¿no? Ya no es más Villa Torres”. Nadie contesta. Si hubiera escuchado al anterior... Si mirara los carteles a su espalda..., pienso. “No quiero demorarme más. Con ustedes, el Sr. Intendente de La Matanza, Fernando Espinoza”.

El intendente aclara que va a hablar poco, que quiere dejar la palabra a José que es quien tiene que hablar hoy. José está de pie a su lado y hace gesto de que no, sonriente. El intendente continúa: Dice que fue este barrio el empezó con la idea, que el municipio escuchó y apoyó una iniciativa del barrio hace diez años. Él pudo verlo crecer primero desde el Concejo Deliberante, después como intendente. Que el municipio va a continuar apoyando este trabajo. Que él es el que vino acá a felicitarlos a todos ellos. Le cede la palabra a José. Los aplausos son tímidos.

José agradece al intendente, y agradece a todos los que apoyaron para que se hiciera este festival: el club, la parroquia, la escuela, la copa de leche... Después le pasa el micrófono a Pablo Pimentel, y baja del escenario. Tampoco lo aplauden mucho.

[Pablo Pimentel es el representante de la APDH (Asamblea Permanente por los Derechos Humanos) Matanza. A pedido del padre Tuchi, él fue quien comenzó a organizar a un grupo de habitantes del barrio para encabezar las gestiones, luego de la toma.] Frente al micrófono, recuerda cuando estaba con el padre Tuchi y llegó José contando de la toma, que empezaron a trabajar. Que enseguida él les dijo que para urbanizar el barrio, tenían que tirar abajo sus casas. Que era una cosa difícil, él sabía, y que fue Mó-

nica la primera que lo aceptó. Que es una alegría ver cómo está el barrio hoy. Que tienen que estar contentos con lo que lograron.

Mientras habla, detrás están armando los equipos. Apenas termina, retoma la palabra el locutor del barrio, y anuncia la llegada de Tambó-Tambó. Ahora sí, hay fiesta.

Un reclamo

Después del saludo del intendente, quedé sola un rato. El Ruso estaba al lado mío con su familia pero miraba hacia el escenario. Del otro lado, un grupo de hombres y mujeres tomaba cerveza y se reía a carcajada limpia. Una nena se me acercó para darme otro souvenir. Acepté y agradecí. Mientras lo abría, la nena volvió corriendo al tablón que estaba junto a la carpa más grande, al lado del escenario. Miré con quién estaba y saludé aunque no conocía. El souvenir era un recorte de cartulina celeste enrollada con hilo sisal. Tenía forma de pergamino, con unos arabescos en las esquinas. Decía: “02/10/1999 – 02/10/2009. URBANIZACIÓN BARRIO ALMAFUERTE. Gracias por participar en estos 10 años de Trabajo. Entre todos hicimos posible esta transformación social. Estado, Organización Barrial y Vecinos, juntos Podemos cambiar nuestro destino. BARRIO ALMAFUERTE VILLA PALITO. 02 de octubre de 2009. 10 años”. Imaginé que lo había hecho Sandra [la cuñada del padre Tuchi], hoy ausente. Para mí, eran sus palabras.

De repente, una mujer que estaba en el grupo de al lado se me acercó. Me preguntó qué hacía yo. Le conté que era socióloga y que estaba escribiendo sobre Torres. Me preguntó si trabajaba en el CIC. Dijo que debía ser difícil mi trabajo, porque las asistentes sociales se enteran de muchas cosas y no pueden hacer mucho. Que esto no es como lo pintan acá. Todos se hacen los buenitos pero no es así. Le patinaba al hablar, y cada vez gritaba más. “¡Acá es Villa Torres! ¡Qué decís vos que no es más qué! ¡Aguante Villa Torres, loco!”, gritó cuando el presentador anunciaba al intendente.

“Acá yo te puedo señalar al que vende droga, al que vende paco. Están acá, ¿eh? Pero te los señalo y qué ganamos. Claro, te pongo en peligro y vos qué podés hacer. Pero ellos saben también, eh. Vos lo ves ahí a José. Yo a José lo conozco desde que era chiquitito. ¿Sabés qué es lo que más me molesta? Ellos se acomodaron todos. Ahora también se mudó la mamá, ¿viste? ¿Viste la casa que le dieron? Vos averiguá. Yo por suerte no necesito. Yo me arreglo sola. Pero hay gente enferma que está esperando, hay gente que está muy mal y ellos no es que no saben, pero no les importa”. Le pregunto en qué trabaja. “Vendo ropa acá y allá. Tengo un puestito. Acá yo quería poner pero traje-

ron todo armado. Vos no andás mucho por acá, ¿no? ¿Viste la casa que le dieron a la mamá? ¿Cuántas habitaciones tiene? Si ella es sola, ¿por qué tiene tres cuartos? Si acá uno habla... las cosas que pasan. Lo que pasa es que la gente no quiere quemarse. Pero a mí no me importa. ¿Sabés por qué? Yo no les debo nada a ellos. Yo siempre me arreglé sola. Trabajo. ¿Sabés éste lo que era? Diariero. No tenía dónde caerse muerto. Trabajó desde los seis años. Pasaba hambre. La mamá lo criaba, con los hermanos. Ni padre tenía... Parece que tenía otra familia. Ahora están todos con casa. Hasta la mamá se mudó hace dos meses. Pero esto se le va a acabar”. Mientras habla José, ella arremete nuevamente: “Vos sonreí, hablá, que ya vas a ver cómo te tiran abajo. Ni a diciembre va a llegar. Vos creéme lo que te digo. No sabe ni dónde está parado”. Le pregunto si fue a hablar a la unidad ejecutora. Contesta que sí, que ya fue más de una vez, pero no te dan bola. “Así van a terminar...”, augura.

El Ruso escucha desde la distancia, lo veo mirar de reojo pero no se mueve hacia mí. Ella va y viene entre su grupo y la charla conmigo. Mientras Pimentel habla de la alegría de ver el barrio, ella me dice: “Pobrecito, alegría ver el barrio... cree lo que le cuentan pero acá las cosas son distintas...”. Una vez que la señora se aleja por tercera vez, el Ruso me invita con un vaso de cerveza y hace gesto para que me acerque a él.

Mucho barrio

Así me dijo Ruso cuando me tuvo al lado, “Mucho barrio”. “Demasiado”, contesté yo. “Nunca es demasiado”, remató. Saludo al hijo y al otro chico que está junto a él. El Ruso me presenta a su mujer y me señala a su hijita y a su nietita, las dos de casi tres años, bailando delante de nosotros. Le pregunto quién es la mujer que me estaba hablando. Dice que es la mamá de una que trabaja en la cooperativa, pero no la ubico.

Ya empieza a sonar Tambó-Tambó. Entre el público, los pibes saltan y cantan. Alzan a uno, lo lanzan para el cielo y lo atajan. El hijo del Ruso se apura a sacar una foto. El que está ahí es mi otro hijo, me aclara él. Mientras, veo cómo Graciela sube al escenario para sacar fotos del público. Después, va hasta el medio de los saltos para fotografiar hacia el escenario.

Le cuento al Ruso del encuentro con una profesora francesa que conocía Torres y se acordaba especialmente de él. Por lo bien que hablaba. Que me preguntó qué había estudiado. Él contesta enseguida: “No, yo siempre fui albañil”. “Ya sé, vos me contaste. Pero te quería decir que impacta tu manera de hablar y que lo podrías aprovechar más... sin competirle a José así no se te arma lío”. “No, yo no quiero meterme con él. No”.

Quedamos en hablar otro día, me cuenta que ahora está sin teléfono y me pide que lo llame en un par de semanas. [El Ruso tuvo problemas en la cooperativa de trabajo que presidía durante 2008, y fue expulsado. Según me contó entonces, las tensiones se desataron por atrasos en los pagos cuando los fondos de Nación estaban “parados” por el conflicto con el campo. Entonces, la cooperativa madre no salió a “respaldarlo”, como él esperaba. Luego, consiguió trabajo en otras cooperativas (entre ellas, la cooperativa madre), donde conformó un equipo de obra con su suegro, sus cuñados y sus hijos mayores. Cuando charlamos en 2008 (poco después de que lo expulsaran), él me explicó el origen de sus recurrentes conflictos con José a partir de una foto: era el acto de inauguración de la escuela nueva, él estaba en el podio junto con Solá, Balestrini, otros funcionarios y José. Según me contó, había subido a pedido de Solá. No sabe si porque se acordaba de él de su visita anterior o porque quería uno disfrazado de trabajo para la foto. Según aseguraba entonces, José no le perdonó subir.]

Al escenario suben las dos mujeres que bailan en la murga, con sus disfraces. Después, sube también una colada. El que arengaba al público, vestido con la remera de la urbanización, trata de bajarla pero no puede. Ella zarandea el traste de espaldas al público, o se acerca provocativamente al cantante, que la ignora.

Charlamos con el hijo del Ruso de su trabajo. Está cursando para maestro mayor de obras y sigue trabajando con su viejo. Le pregunto si no va a retomar lo de gastronomía, que a él le gustaba más. Dice que por ahí más adelante, pero esto consigue más trabajo. “¿Pero no habías conseguido algo en un restaurant?” “En Chacarita, sí. Pero era uno vegetariano. Pasé un hambre...”. Nos reímos. En un momento, él le dice al Ruso que a su hijo los pibes le están gritando “Hijo de cornudo”. El papá contesta enseguida: “Ojo, no te rías tanto... porque es hereditario”.

Cuando termina la música, los saludo y me alejo. Como cierre del festival, hay fuegos artificiales. Muchos, de diferente tipo y color. Ya son las siete. Al darme vuelta buscando a Graciela, me encuentro nuevamente con el viajero. Me pregunta si ya me voy, ofreciéndose a acompañarme hasta la parada porque es peligroso. Acepto, aclarando que tengo que saludar primero. Voy a buscar la cámara, y elogio las fotos. Graciela dice que sacó todas de cuerpo entero, como hace para José; si no, él la caga a pedos. Después me pregunta cómo me voy. “¿Con el de gorrita? Ojo que no son todos buenos acá”, termina. Le digo que no sé de quién habla (pienso que se refiere al Ruso) pero que no se preocupe. Saludo a los demás que veo en mi camino de vuelta, y lo felicito a José por cómo salió todo.

Camino hasta encontrarme con el señor. En las cuadras hasta la terminal del 126, me dice que está enojado porque no se mencionó a alguien que fue muy importante en todo esto. Le pregunto quién... Cuando dice el nombre, sonrío. Había adivinado. Me cuenta que siempre respetó a Arnaldo aunque era paraguayo. Lo único que no comparte es que ahora se haya vuelto evangélico. Le cuento que José me habló de él, que lo respeta mucho por cómo lo protegió cuando recién empezaba y por lo que le enseñó. [También me contó cómo lo llamaba cuando estaba en la cárcel para darle consejos.] Nos despedimos.

Después del campo

Sin pasar por casa, fui para el cumpleaños de una amiga. Estaba poco arreglada, y tenía la cara roja por el sol. Enseguida me preguntaron dónde había estado. Conté un poco sobre Villa Torres. Cuando terminé de hablar, el novio de una amiga, a quien acababa de conocer, me contó que él había estado en Torres a fines de los '80. Dijo que él fue a hacer un trabajo de militancia social, porque empezaba a entrar la droga al barrio y había problemas con los jóvenes. Agregó que él militaba en el MAS entonces, y que también estaba metido el Movimiento Todos por la Patria en el barrio. Que ellos tenían reuniones todos juntos, que eran todos pibes... y que su vieja lo cagó a pedos cuando fue lo de Tablada.¹⁶⁶ “Es un barrio pesado, con mucha historia”, concluyó.

Algunas fotos de Graciela

Graciela sacó más de veinte fotos. Acá incluyo algunas que considero especialmente significativas.



Foto G1



Foto G2

¹⁶⁶ Al escucharlo, recordaba la historia de Gómez.



Foto G3

Entre las nenas de la murga, se puede ver a la hija de José y Graciela. En la foto siguiente, el equipo de fútbol recientemente conformado. Por último, los juegos inflables. Todas las actividades orientadas a los chicos.



Foto G7



Foto G13

En ambas fotos, aparecen personas vinculadas al programa de urbanización. Por un lado, la mujer que coordina la urbanización en el barrio 2 de abril y su grupo: se distinguen de los demás barrios donde se está urbanizando porque ella no quiso participar en la agrupación, y José la defendió en las reuniones de la misma. Por otro lado, aparecen diferentes funcionarios de Nación, el Secretario de Obras Públicas municipal, y varias de las personas más importantes de la cooperativa barrial, quienes coordinan la urbanización en Torres: José, Federico y Margarita.



Foto G15, El cantante del barrio



Foto G17



Foto G21



Foto G22

Graciela fotografió al intendente saludando a los cantantes de Tambó-Tambó, con el grupo de la cooperativa y recibiendo su souvenir. También sacó tres fotos de él y José en el escenario, hablando uno y otro. Por último, la fotografía de Pablo Pimentel, el último orador de la tarde.



Foto G26, Tambó-Tambó



Foto G25, escuchando Tambó-Tambó

Palabras finales

El acá de la tesis no es Villa Torres ni Buenos Aires ni Argentina. Es un acá etnográfico construido a lo largo de un recorrido. Cuando llegué, José fue quien nos recibió en el barrio, las personas que trabajaban en la urbanización fueron nuestras guías y yo solía ser vista como “profesional del gobierno”. A partir de allí, se forjaron las primeras impresiones, que orientaron el resto de mi recorrido. Antecedía una pregunta: qué

es política acá. A lo largo del tiempo, esa pregunta fue mutando. El primer paso consistió en centrar la mirada en la urbanización.

En el festival, se celebraron los 10 años de la toma, reconociéndola como origen de la urbanización. Emplazado en el límite entre parte nueva y parte vieja (y lindante con el asentamiento), el lugar del festejo evocaba el mismo proceso, tal como se materializaba en el espacio barrial (y sus divisiones). Las actividades se orientaban a un público: los habitantes del barrio vistos como familias. Había juegos para los nenes, cumbia para todos (especialmente para los jóvenes) y chamamé para los mayores. Mientras, los recorridos por el barrio estaban orientados a los visitantes (funcionarios y otros profesionales, dirigentes barriales) para mostrar la urbanización como logro (y también fundamentar los siguientes pedidos de recursos).

El escenario era el lugar central, y estaba mirando hacia la parte vieja del barrio, y al asfalto. Los puestos se organizaban a partir del escenario. Primero, una carpa más grande con los encargados en la organización del evento, los souvenirs y los carteles (donde prevalecía la familia de José). Luego, en fila: el puesto de quienes trabajaban en política con José, bajo la coordinación de su prima Mary, y no estaban cobrando; el puesto de la delegada del asentamiento, que también trabajaba en política con José; después, los puestos de la escuela (uno para maestras, otro para cooperadora); y, por último, el puesto del club 2 de octubre. Apartados, había dos puestos más para quienes habían alquilado una carpa para vender ropa y alimentos. Sobre la lateral (fuera del perímetro de la plaza), se ubicaban los puestos sin carpa.

La distribución de los puestos mostraba diferentes tipos de vínculos y distancias relativas con la cooperativa y especialmente con José. Las carpas de los organizadores del evento (excepto la iglesia) se jerarquizaban a partir del escenario, según su cercanía con José como dirigente político barrial. Los otros puestos dentro de la plaza habían alquilado un lugar a la cooperativa. Quienes no lo habían hecho (fuera porque no pudieran o porque no quisieran pagar por un lugar) se ubicaban a la vera de la plaza, a la sombra de los árboles junto al asentamiento.

Arriba del escenario, transitaban diferentes actores: así como participaron invitados de renombre y algunos habitantes locales desfilaron o arengaron al público (o se colaron), se dio un lugar destacado a personas “del barrio” que habían triunfado fuera: el locutor y, especialmente, el cantante desempeñaron ese papel. Este último no sólo evocó el River-Boca, momento de celebración barrial (competitiva) central en la historia del barrio, sino que también trazó un paralelismo entre tres formas de salir: como futbo-

lista, como cantante y como político.¹⁶⁷ José era la contrafigura de su discurso, y en quien se apoyaba continuamente. En un clima festivo, los discursos fueron introducidos como una breve interrupción anticipada por el cambio de locutor (y pedidos de disculpas). El intendente y José mostraron apoyo recíproco. El intendente enfatizó los orígenes de la iniciativa en el propio barrio, hablando en nombre del municipio. José agradeció a los diversos artífices del festival. Pimentel cerró rememorando los orígenes, realizando los logros y nombrando a las personas que consideraba claves: el padre Tuchi, Mónica y José. La actuación de Tambó-Tambó fue el clímax de la celebración, que concluyó con fuegos artificiales.

En su ejecución planificada, el festejo se destacaba por la variedad de personas y recursos utilizados. A distancia de mis ingenuas previsiones, no se trataba tanto de afianzar el vínculo hacia dentro de Villa Torres a través de un repliegue en lo barrial sino, por el contrario, de reforzar la relación entre barrio y Estado, centrándose en la figura de José como parte del gobierno municipal. La forma escénica de responder a los resultados electorales era la magnificencia. Dentro de este contexto, Pimentel introducía una discordancia relativa, rememorando otra versión de la historia local y a otras personas claves.

Detrás de escena, la cuestión era un poco diferente. La mudanza de la mamá de José, señalada por Arturo y por la mujer enojada, era la otra cara de la respuesta a las elecciones. Para mí, se trataba del mismo tipo de acción que José había encarado durante el conflicto del campo. Entonces había pedido un préstamo para comprar el horno de la panadería que reabrirla con su hermano. “No quiero depender del sueldo... por las dudas”, me explicó. En tiempos de creciente incertidumbre, José buscaba resguardarse a sí mismo y a su familia.

Abajo del escenario, transcurrían diferentes actividades. Pero aquí ya no estuve tanto como observadora sino como participante. En el festival, fui definida como turista, amiga, periodista, compañera, de la universidad, asistente social. Mi trayecto estaba marcado por los contactos previos, pero no se restringió a ellos.

Una parte importante de mi recorrido se desplegó en relación con personas bastante involucradas en la urbanización: desde quienes formaron parte de la cooperativa madre hasta quienes hoy trabajan en la urbanización, se trataba de una trama amplia y compleja que ha ido orientándose a consolidar a José como dirigente, asociándose a la

¹⁶⁷ Fede también había distinguido a quienes podían “salir” del barrio, pero a través del estudio. Aunque la palabra fuera la misma, hablaban de alternativas (y personas) diferentes dentro del barrio.

red política de gobierno. Este proceso se evidenciaba en la importancia de su familia y de quienes trabajaban en política con él en la organización del festival (y su cercanía del escenario) así como en los desplazamientos (sea de las mujeres que no habían sido “llamadas” para trabajar ese día, del Ruso o de Mónica) y en las ausencias (como la de Sandra, el padre Tuchi, Arturo o Arnaldo).

Además, la urbanización implicaba a todos los habitantes del barrio. Allí la casa era el eje. Desde la llegada a Torres, me encontré con varias personas disconformes esperando su casa: unos dejaban de concurrir a actos y movilizaciones, otros se amotinaban, muchos se quejaban, algunos se aproximaban a la denuncia. Los cuestionamientos apuntaban a las casas mal hechas, a la larga espera, a las promesas que no pueden cumplirse, a los criterios para definir prioridades o a los privilegios. Conociendo las normas correspondientes, apuntaban a criticar cómo eran aplicadas. En otros contextos, apelaban a una noción singular de derecho. Aquí hablaban en términos de promesas y vergüenzas.

Más ampliamente, la urbanización como proceso local no podía comprenderse fuera de la trama barrial sobre la cual se construía. La música, los juegos y las palabras en el escenario evocaban algunos aspectos claves de la misma, aludiendo a la familia, a las diversiones compartidas, y al “cambio” como valor. Pero olvidaban o simplificaban otros. El viajero enfatizaba una parte del barrio que no aparecía exhibida en el evento, en términos del conflicto entre chorros y transas (y su papel en la urbanización). Las palabras de la mujer enojada, evocando la historia ascendente de José y su familia (y augurando su caída), ejemplificaba cómo se producían diferenciaciones sociales a partir de la urbanización y las valoraciones en torno de los modos legítimos e ilegítimos de “salir” y “cambiar”. La tensión entre villa y barrio en los discursos sobre el escenario mostraba, de otro modo, que los sentidos del barrio excedían a una versión ingenua de la urbanización.

La cuestión de qué se muestra y qué no es central para dar cuenta de la urbanización en Villa Torres como (re)representación. El recorrido con los funcionarios aparecía así como la contracara del escenario. Pero incluso el interés de Javier por lo que estaba escribiendo podría entenderse en este contexto. Durante el recorrido, se diferenciaban las voces de los tres guías. Sanmartín desplegaba argumentos técnicos orientados a los pedidos de recursos mientras Mirta enfatizaba el contraste entre antes y después así como los sentimientos asociados al cambio. Ambos se dirigían a todos los presentes: Sanmartín privilegiaba al responsable del programa; Mirta, a las mujeres. La versión del

pibe, en cambio, estaba dirigida a mí, por conocerme previamente, para que mi historia de Torres también incluyera su historia, como la de los pibes, sus periplos y sus logros, y también por quedar quemado al hacer el recorrido. En ese sentido, su historia podría encadenarse con las del viajero o la mujer que reclamaba. Todos ellos querían mostrar lo que, según creían, los otros no dejaban ver sobre Torres.

Aquí he centrado la atención en un evento. Sin embargo, el festival no transcurrió en un día cualquiera. Como la toma, coincidió con la peregrinación a Luján. La parroquia estaba presente en la invitación y en el agradecimiento de José, el recorrido de los funcionarios pasó por la misma y el padre Tuchi fue mencionado en uno de los discursos. Pero él y sus personas más allegadas estaban ausentes (con justificación).

Por último, mi registro de campo se cerró con su después. Así como en Torres reencontré a personas que había conocido en la universidad, Villa Torres era un lugar conocido (y transitado) también por otros que, cuando se daba la ocasión, me contaban sus recorridos por el lugar. A la vez, la propia experiencia de mis interlocutores en Torres introducía puntos de comparación más o menos distantes (desde los asentamientos en La Matanza hasta las políticas habitacionales en Chile o el estatuto legal de las drogas en algunos países europeos). ¿Esas experiencias son parte o no del registro? Si se incluyen, ¿dónde está el límite? ¿Cómo encauzar el análisis? Las comparaciones tanto de otros como mías ayudaron a situar el “campo”, aportando a comprender su singularidad histórica. Dejo para la conclusión la tarea de rememorar este recorrido...

CONCLUSIÓN

A lo largo de estas páginas, me propuse elaborar un “modelo etnográfico” (Borges, 2007) de la política a partir de la urbanización en Villa Torres. Partiendo de una pregunta que precedía a esta etnografía, Villa Torres se constituyó como mi oportunidad. No sólo llegué allí a través de una trama densa que conectaba gobierno provincial, municipal y organización local sino que, dentro de esta trama, Villa Torres constituía un modelo de los programas habitacionales vigentes. En ese sentido, resultaba atractivo para interrogar los procesos más amplios en curso. Si mi pregunta había nacido al calor de diciembre de 2001, prevalecía una búsqueda por comprender qué era política luego del fin de los “tiempos extraordinarios” (Svampa, 2005). La tesis se constituyó en la tensión entre esa pregunta y una máxima etnográfica: dejarme guiar por mis anfitriones.

Frente a la incomodidad que despertaban las concepciones académicas de política luego de la “sorpresa” de 2001 (Merklen, 2005; Rinesi y Nardacchione, 2007), el desafío de esta tesis se elaboró a partir de una premisa fundamental de la antropología de la política brasileña: considerar la política como categoría etnográfica (Peirano, 1997). El modelo resultante, como sistematización (parcial y provisoria) de un recorrido, se desarrolló a lo largo de los capítulos.

Cargar la mochila (al andar)

Para entrar a Torres, el primer contacto fue José. También fue él quien organizó la presentación inicial del barrio y de la urbanización. Del mismo modo, la entrevista con José dio comienzo a esta tesis. Durante la charla, él relató cómo se constituyó como dirigente barrial a medida que la urbanización se constituía como problema y solución para el barrio. Frente a los análisis de Offerlé (1996) sobre la “entrada en política”, José planteaba la política como “salida”. ¿Por qué? José hablaba de política desde su barrio (y desde su propia familia en él).

En octubre de 1999, los “jóvenes del barrio” tomaron el campito del fondo, considerado parte de Villa Torres a partir del Programa Arraigo. Aunque José resaltaba sus acciones previas, ese hito “espontáneo” era considerado como el origen del proceso: sus artífices eran los “hijos de titular” que, sin poder salir del barrio, buscaban un lugar propio donde criar a sus hijos. Desde entonces, comenzaron a reunirse en la parroquia bajo la coordinación del padre Tuchi. Él contactó a Pablo Pimentel para que orientara al gru-

po. Pronto se sumó Fede, un técnico que había crecido en el barrio pero ya no vivía allí. Fede y Pablo fueron quienes introdujeron la palabra “urbanización”. Ambos compartían una experiencia orientadora: la participación en la ocupación que dio origen al asentamiento 17 de marzo en 1986 (analizado por Merklen, 1991). La urbanización era toda Torres. La urbanización implicaba tirar las casas. La urbanización comprendía la acción estatal. Para José, era “una palabrita mágica”... “como tener esperanza”. Entonces comenzaron las “gestiones”.

José narra esta historia como un aprendizaje. Aprendió palabras nuevas: como urbanización, hacinamiento, estrategia... Él, que “no entendía nada de política” cuando todo empezó en 1999, enfrentó diversas pruebas que lo condujeron a ganar la confianza de Balestrini (entonces intendente) para desempeñarse como funcionario a cargo del Programa de Urbanización de Villas y Asentamientos del distrito desde 2005. El contexto resultó clave. “La Matanza era un quilombo”. Si la toma se desarrolló en el momento previo a las elecciones que consagrarían a Balestrini como intendente (quien visitara Villa Torres durante la campaña prometiendo una solución), luego su gestión se vería atravesada por una serie de cortes de ruta que consolidarían el “eje matancero” de las “organizaciones piqueteras” (Svampa y Pereyra, 2003) actualizando procesos de organización territorial que se remontaban a los asentamientos de mediados de la década de 1980 (Merklen, 2005). La disputa entre el gobierno nacional y las organizaciones piqueteras en torno de los planes (mediada por el propio Balestrini) fue significativa como parte de una crisis social y política creciente que “estalló” en diciembre de 2001 bajo una consigna dirigida a la “clase política”: “Que se vayan todos”. José refería a ese momento a través de una comparación: mientras una localidad matancera ubicada a veinte cuadras de Villa Torres era uno de los dos epicentros más importantes de saqueos en el conurbano (descritos por Auyero, 2007), ellos estaban construyendo sus casas. Luego de una “artimaña” por la cual habían logrado que los planos fueran aprobados en Nación (Programa Arraigo) y en el municipio (según el relato de Fede), José había logrado “la marca de Balestrini” para concretar las primeras diez casas: entre ellas, la propia.

Durante la entrevista, José se presentó como un neófito. No entender nada de política era una forma de distanciarse de la “vieja política” aprendida en el seno del partido, representada por los “punteros” que estaban en la “chiquitita” y en la “rosca”. Frente a ellos, José resaltaba el “trabajo” en la urbanización. Esta presentación también era una forma de justificar su propia movilidad inicial, porque “no tenía jefe”. De este mo-

do, Villa Torres se destacó por la variedad de programas públicos que logró captar. Para José, se trató de “aprovechar la oportunidad”. Por eso, repetía un lema: “participar políticamente es bueno en la medida en que sirve a la urbanización”. A diferencia de las situaciones analizadas por Auyero (2001) y Frederic (2004) durante los años ’90, José no distinguía “trabajar para el barrio” y “trabajar para la política” sino que afirmaba una forma específica de hacer política posible después de 2001: la urbanización.

A primera vista, la urbanización se constituía como combinación singular de una variada gama de políticas públicas organizadas a partir de un proyecto urbanístico municipal en el cual Torres era considerada como modelo. La “estatalización del barrio” (Frederic, 2009) tomaba una forma específica luego de la declaración de la “emergencia social” en 2002 y, especialmente, a partir de la importancia que adquirieron las políticas habitacionales durante el gobierno de Kirchner (2003-2007) como giro recentralizador (Rodríguez et al., 2007). Dentro de este contexto, Villa Torres resultaba un proceso *sui generis*.

Por un lado, la urbanización podía verse en continuidad con los procesos de focalización y descentralización que caracterizaron a las políticas públicas luego de la reforma del Estado en la década de 1990. En términos generales, se trataba de un proyecto que, orquestado localmente, llevaba esa marca como emblema –alzado por sus protagonistas locales, por los funcionarios gubernamentales y por los medios de comunicación–: era una urbanización encabezada por “gente del barrio”. Específicamente, la cooperativa como organización barrial clave de este proceso se había conformado a partir del Programa Arraigo, lanzado en 1992. Las tierras eran consideradas como parte del barrio (bajo la tenencia de la misma cooperativa) dentro del mismo programa. Además, fue a partir del contacto con los funcionarios de este programa que el PROMEBA fue ofrecido al barrio.

Por otro lado, la urbanización suponía un giro respecto de las políticas vigentes durante los años ’90. A diferencia del rol regulador, el Estado asumía un papel clave en la producción de vivienda e infraestructura.

En 2002, los funcionarios nacionales negociaron con el BID para la implementación del PROMEBA en el conurbano a partir de la declaración de la “emergencia social” (Di Virgilio, 2003). La Matanza era un distrito clave. Villa Torres fue elegida como prueba piloto. A partir de allí, Sanmartín elaboraría el “proyecto real” (frente al “proyecto ideal” con que Fede ayudara a captar la atención de funcionarios y a involu-

crar a más vecinos) retomando el trabajo previo en el barrio para encarar una apuesta fuerte. Según decía, “era como un juego”... “a ver si salía”.

Recién entonces, según Sanmartín, podía hablarse de urbanización. Presentarse como “barrio organizado” (Cravino, 2008) y, especialmente, como “barrio tranquilo” (según los términos de Sanmartín) resultó clave para concentrar los recursos ahora disponibilizados a partir de la “emergencia”. Gracias a ello, los funcionarios pudieron hacer legible el territorio a través de una serie de artefactos técnicos (censo, planos, encuestas, mediciones) y, a la vez, mostrar al Estado en acción encarnado en sus figuras y en su “profesionalismo” (frente al saber de la “gente del barrio”) para mantener la calma en tiempos convulsionados.

En enero de 2004, Villa Torres fue el lugar elegido por el presidente Kirchner para anunciar el Programa de Emergencia Habitacional, que redirigía parte de los subsidios a los desocupados (masificados durante el gobierno provisional de Duhalde) hacia la producción de viviendas a través de cooperativas de trabajo. La foto de ese acto aún hoy está colgada en la oficina de José, tras su escritorio. A lo largo de ese año, comenzaron las obras. Paralelamente, el Programa Dignidad (provincial) también comenzó a implementarse en el barrio. Entretanto, un “tiempo infinito” había transcurrido entre el proyecto y su concreción en el cual las diferentes situaciones laborales y vitales de habitantes y funcionarios hacían la espera más o menos sostenible.

A mediados de 2004, el gobierno de Kirchner lanzó el Programa Federal de Construcción de Viviendas, financiado con fondos del superávit fiscal. En los años siguientes, este programa concentró más del 70% del presupuesto del área (Rodríguez et al, 2007). Como parte del giro recentralizador, se buscaba absorber otros programas bajo su ala. Luego de la renegociación de la situación de Villa Torres sería lanzado un nuevo programa: el Subprograma de Urbanización de Villas y Asentamientos. Para Sanmartín, ya era una “buena señal”. En 2005, Balestrini llamó a José para que se hiciera cargo de la unidad ejecutora de dicho programa en La Matanza.

La unidad ejecutora montó su oficina a una cuadra de la plaza de San Justo, en el centro de La Matanza. No existían señales exteriores que marcaran el lugar como una dependencia municipal. La sala de espera, en cambio, estaba especialmente acondicionada: carteles con fotos de obras e indicaciones sobre el cuidado de las casas. Allí daban las oficinas de Sanmartín (responsable técnico del programa) y José (responsable político del mismo), donde fueron sus entrevistas. Pero la oficina a la calle no correspondía a ninguno de ellos sino a Sandra. Ella había formado parte de la cooperativa desde sus

inicios a pedido del padre Tuchi, su cuñado. Como era maestra, se encargaba de los papeles. Ahora, se ocupaba del “área barrial”. Para ella, la superposición entre cooperativa y unidad ejecutora se presentaba como un problema (evidenciado a partir de una encuesta del PROMEBA sobre “participación”). Se preguntaba: ¿el Estado sostiene el proyecto o se impone sobre él?

Para Fede, la respuesta era simple: era la forma de obtener recursos y poder concretar la urbanización, resaltando su propia movilidad por oficinas y por el barrio como “artimaña”. Fede subrayaba un conocimiento adquirido en la práctica, que permitía sortear los problemas. Visto desde el barrio, este conocimiento resultaba clave para sostener la urbanización. Para apreciar el conocimiento local, “entré” en Torres.

Mi primera entrevista en el barrio permitió vislumbrar las valoraciones asociadas a la urbanización a partir de una división espacial del mismo, aludida irónicamente: Torres y Torres VIP. Por un lado, la valoración de la parte nueva se centraba en las casas, construyéndose por oposición con dos categorías de otros internos: los pibes en las esquinas (asociados a los pasillos de la villa) y los cartoneros (que, habitando en las casitas, no las cuidaban como debían). Pautas higiénicas, estéticas y morales marcaban la frontera. Por otro lado, el centro del barrio continuaba en la parte vieja, asociado a su historia, a la sociabilidad barrial y a su cercanía con la ruta (con el afuera). Villa Torres era también Barrio Arieta. A la vez, “acá nunca pasó que lastimaran a la gente de acá adentro”. El estigma asociado a la villa podía volverse valor en algunas circunstancias; en otras, era relativizado según de quién se tratara, desde una frontera fuerte entre adentro y afuera. Por último, el asentamiento quedaba excluido de este esquema del barrio. Forjado como deriva de la urbanización, el asentamiento contribuía a desplazar algunos de sus conflictos: allí vivían aquellos no contemplados en el censo, quienes quedaban fuera del “todo legal” (debido a su ocupación o a sus ingresos), quienes esperaban la urbanización y trabajaban en política con José para ello. En concordancia, era omitido en esta primera imagen del barrio para las visitas.

Otra imagen del barrio se construía a lo largo del recorrido, en la recurrencia de los vínculos con mis anfitriones. Allí aparecían algunos elementos para ayudar a entender cómo era vivir en Torres, mostrando la importancia de la sociabilidad barrial en la actualización de un conocimiento local minucioso sobre personas, catalogadas según sus ocupaciones, relaciones de parentesco y origen étnico. Implicaba enterarse de quiénes se habían trasladado (a la parte nueva), quiénes habían llegado (al barrio), quiénes habían salido (de la cárcel), qué había pasado la noche anterior con un pibe, quién era y

quién lo buscaba. A lo largo de esta charla, se podía observar una contraposición entre un pasado más controlado y el presente, la valoración de la antigüedad en el barrio como criterio de merecimiento (y la distancia con lo que acontecía), el respeto a los chorros históricos y el distanciamiento de ellos junto con la valoración del trabajo, la preocupación por los pibes, la espera de una casa nueva y el recurso a la cooperativa o al padre Tuchi, según los problemas.

Fede permitía reunir ambas imágenes sobre el barrio. Por un lado, trazaba un mapa en que se diferenciaban tres clases: quienes podían salir (tenían trabajo fijo y habían dado estudio a sus hijos), los hijos de titular que no podían salir (y se mantenían con changas) y los más pobres (que cartoneaban). Estos tres grupos se organizaban espacialmente por la distancia respecto de la ruta. La urbanización se tejía en la tensión entre los dos primeros, incorporando a los últimos en un lugar subordinado. Por otro lado, Fede describía el día a día de su trabajo en la urbanización a partir del concepto de “artimaña”. Mientras él aprovechaba la “envidia sana con el vecino” (mirarlo desde el balcón) para firmar un traslado, Javier (como presidente de una cooperativa de trabajo) apelaba al “saber todo de todos” como forma de responder a los reclamos por las obras en términos de un cuestionamiento moral. Para Fede, en cambio, se trataba de “entender cómo piensan”; para José, “hablar a cada uno en su lenguaje”. Pero este conocimiento no sólo era usado para convencer a descreídos o evitar reclamos. Se trataba también de una forma de operar en la trama local, incluidas las relaciones de poder.

Constituirse como dirigente barrial implicó desplazar a quien fuera la “puntera más fuerte” del barrio durante los '90. Si la cancha era apreciada como centro barrial (y el mismo José se destacaba como antiguo futbolista en los River-Boca de fin de año), a fines de los '90 fue ocupada por la puntera para los “chalequitos amarillos” (las herramientas de quienes cobraban un plan). La “estrategia” fue construir casas en su “pista de aterrizaje”. La disputa tomó la forma de una “pulseada”. Bajo el conflicto por la primacía política, se desarrolló un enfrentamiento entre un grupo de chorros y otro de transas, dos “pesados” del barrio. Esa fue la prueba mayor que pasó José. Después de la derrota, la puntera se fue del barrio. Desde entonces, “nosotros hacemos la política” de Torres. En el plano del barrio, se podía observar cómo ese proceso se concretaba, potenciando algunos espacios (como el de la iglesia), desplazando otros hacia los márgenes (como la cancha) y privilegiando ciertos recorridos (asfalto). Como la “pulseada” de la cancha mostraba, hacer la política de Torres ahora implicaba regular el espacio barrial para hacer casas y... urbanizar.

Así transcurría el paso de la urbanización como reclamo colectivo a la urbanización como gestión de situaciones particulares. En Villa Torres el censo de 1999 constituía la base sobre la cual se establecía la adjudicación de los derechos. En principio, los titulares y los hijos de titular con familia (es decir, hijos) “estaban contemplados”. Las prioridades se establecían según criterios técnicos (traza y esponjamiento) y sociales (salud y, en casos especiales, urgencia). Pero, a lo largo del tiempo, las condiciones habían mutado por cambios en las familias y en la titularidad de la vivienda. La cooperativa (y la unidad ejecutora) operaba como mediadora en el proceso. Estos mecanismos constituían la forma en que los derechos eran practicados, puestos en acto como relaciones entre personas (Lefort, 1988; 1990).

Procedimientos mercantiles y no mercantiles semejantes a los analizados por Cravino (2006) en varias villas de Capital también tenían lugar en Villa Torres con respecto a las casas. A diferencia de dichas situaciones, aquí no sólo la cooperativa mediaba en esas transacciones sino que la cuestión era abordada en términos de derechos. En Villa Torres, los derechos se tienen, se dan, se ceden, se compran, se venden, se pierden. El precio de las casas en el barrio viejo estaba conectado con la expectativa (más o menos certera según el momento y la ubicación) de una casa nueva. La cooperativa registraba las operaciones y también jugaba como parte en las negociaciones, manejando el tiempo de espera a su favor. La espera (en un lugar provisorio) también era el tiempo en que se prolongaba la relación con diferentes figuras de la cooperativa (además de José), estableciendo vínculos de intercambio más personales y, a la vez, introduciendo la asistencia a actos y movilizaciones como pedido. La política no sólo estaba en el origen de los derechos sino también en su continuidad.

Del mismo modo que la presentación de la urbanización como modelo se nutría de la “participación” de los vecinos, la denuncia constituía su contracara y las disputas políticas transitaban a través de ella, como alternativa del débil. Mientras José podía presentar los “chusmeríos” en otros barrios como problema en la agrupación, evitaba que los conflictos en el suyo se mostraran “afuera” (como denuncia de un vecino o como “diagnóstico” de los “profesionales del gobierno”).

La unidad ejecutora era el lugar donde se firmaban los papeles de la adjudicación. Allí la regla básica era “buscar el acuerdo”. Pero las situaciones conflictivas solían desenvolverse entre parientes. Quienes trabajaban allí (y eran también vecinos) podían verse tensados entre la máxima de no meterse, el sentirse afectados por las situaciones y la obligación de mediar (en nombre de la cooperativa) en disputas en su propia familia.

Si algunos podían proclamar que la cooperativa era “la ley” en Torres, esta ley no funcionaba simplemente por imposición (aunque también se pudiera recurrir a la policía en algunos casos) sino que seguía una compleja red de intercambios, negociaciones y “acuerdos” (sosteniéndose en un minucioso conocimiento local). De este modo, las regulaciones impuestas por los programas eran apropiadas localmente, “haciendo la política de Villa Torres”.

Finalmente, el modelo etnográfico de la política sintetizado aquí recoge el análisis desarrollado a lo largo de la primera parte de la tesis. De modo un tanto esquemático, cada capítulo se organizó en torno a un elemento: política, Estado, barrio, derecho. Aquí he intentado componer la red en que estaban articulados entre sí siguiendo la linealidad de los capítulos. Se trató de un intento de dar herramientas a los lectores para que pudieran acompañarme en el resto del recorrido. Una vez allí, la forma en que se ha armado el modelo etnográfico fue el juego mismo de desafiarlo. Porque sólo entendí mejor las reglas cuando me puse a jugar...

Largarse a jugar

Como los problemas de ajedrez enunciados en la página siguiente han desconcertado a muchos de mis lectores, he creído conveniente aclarar antes que el tema aparece aquí correctamente planteado y resuelto en lo que a las jugadas se refiere. Es posible que la alternancia de rojas y blancas no esté tan estrictamente cumplida como debiera y que el enroque de las tres Reinas no sea más que un modo de significar que entran en el palacio. Pero el jaque al Rey blanco en la sexta jugada, la captura del Caballero rojo en la séptima y el jaque mate final al Rey rojo responden fielmente a las reglas del juego, como podría comprobar cualquier persona que se tomara el trabajo de disponer las piezas y ejecutar las movidas de acuerdo a las instrucciones.

Lewis Carroll, *Alicia a través del espejo*

La metáfora del juego comenzó a atraerme por la importancia de los usos locales del término: del fútbol para José al bingo para Mirta (quien me guió por Torres a lo largo de los años), pasando por los propios usos de la palabra juego para referir a la política y la centralidad de la canchita, los desafíos mutuos o la combinación de azar y habilidad con que era relatada esta experiencia de urbanización, el juego aparecía como una clave de entendimiento. Aquí me apropié de ella para mi escritura. Ésa fue mi forma de

seguir los consejos de Javier para hacer la tesis sin cumplirlos estrictamente, a no ser que uno entendiera en ellos lo que había de desafío.

Javier y Viviana fueron quienes me recibieron cuando volví a Villa Torres para escribir la tesis. Luego de responder a su interrogatorio, aproveché la oportunidad para preguntarles cómo ver la relación de todo esto con la política. La tensión constitutiva de esta tesis se explicita a lo largo del capítulo 5: partir de una pregunta por la política y dejarme guiar por mis anfitriones. Siguiendo las indicaciones de Viviana y Javier, la respuesta se organiza a partir de tres ejes: trabajar en la urbanización, ir a actos y movilizaciones, pedir turno con José.

A diferencia de Javier (presidente de una cooperativa de trabajo que hacía obras dentro y fuera del barrio), Viviana, Mirta y Andy se ocupaban de realizar traslados, atender problemas y dar trabajo a los pibes en la cooperativa de paredón. Aunque la cooperativa era reciente, ellos ya realizaban tareas similares “a honores” en la cooperativa madre (a cambio de un plan). Viviana provenía de una familia con fuerte participación en la iglesia, que fue clave en la fundación de “Hijo te amo” (el grupo orientado a la recuperación de parientes de las drogas). Mirta, en cambio, había estado cobrando el plan con una puntera hasta que su primo, José, le pidió que lo ayudara en la cooperativa. Desde entonces, subrayaba cómo se dedicaba al trabajo, al punto que la gente iba a buscarla a su casa (y cuando quería descansar, se escapaba al bingo y apagaba el celular). Ella pretendía hacer este “trabajo social” afuera del barrio, pero José la prefería allí. También discutía con Andy por la manera de tratar a los pibes. Según decían, eran como un matrimonio. Él, además, se definía como el “bombero del barrio”, porque debía acudir ante cualquier problema. Ninguno estaba autorizado a despedir a los pibes porque, aunque faltaran, vaguearan o bardearan, el trabajo era importante para sacarlos de la calle. Así habían acordado José y Tuchi. Familia y trabajo (en diversos sentidos) eran ejes a partir de los cuales eran comprendidas las tareas en la cooperativa. Además, tenían un plus asociado a la urbanización, y a su significado para el barrio.

El núcleo usado por la cooperativa de paredón era como la “oficina” para Mirta. Allí había colgado un plano de la parte nueva donde pintaba las viviendas en obras, las adjudicadas, las habitadas. También había un pizarrón con fotos de la urbanización y de José aparecidas en la prensa municipal. Allí figuraban los próximos actos. Ella se ocupaba de recordarles a los pibes, sobre todo a los de la murga, la obligación de asistir. Los actos y movilizaciones eran parte de la vida ordinaria aunque implicaban ritmos, saberes y actividades diferentes que el trabajo diario. En el micro de la Torres, casi to-

dos estaban presentes. También se sumaban quienes trabajaban en política con José, bajo la coordinación de la hermana de Mirta. Allí predominaba la familia de José. Él iba con su mujer y sus neños, especialmente el menor porque era ahijado de Balestrini.

Por último, la charla con José actualizaba las líneas abordadas en la entrevista inicial desde el presente. Sus actividades no se restringían a Torres ni a la urbanización aunque allí estuviera su base. Ser conocido le permitía “hacer de nexo”, “jugando con la imaginación” del resto. Ahora mostraba con orgullo lo que había logrado a quienes antes le habían enseñado. A la vez, me daba una explicación de la “rosca” que no se restringía a los políticos, como en la entrevista inicial, sino que era parte de la sociabilidad barrial, explicándome por qué debía hablar a cada uno en su lenguaje y saber a quién pedir qué. Porque había buenos y malos.

No existía una separación entre “trabajo para la política” y “trabajo para el barrio”, como mostraban Auyero (2001) y Frederic (2004) desde etnografías situadas en la década de 1990. Pero tampoco “todo es política”, como argumentaban los análisis centrados en el contexto posterior a la crisis de 2001 (Auyero, 2007; Quirós, 2008; Vommaro, 2006). Se trataba de un escenario diferente forjado a partir de la centralidad de las políticas habitacionales luego del fin de los “tiempos extraordinarios” (Svampa, 2005).

Desde allí, la política no siempre era (vista como) mala. Si en los '90 esta asociación se había hecho fuerte desde una amalgama entre política y corrupción o clientelismo (Frederic, 2004), aquí la situación parecía diferente. Si la política asociada a los saqueos podía comprenderse como un lenguaje aparte que implicaba algo “profundamente desalentador” que “venía de arriba” (Auyero, 2007:192), aquí en cambio la política aparecía como algo entramado en una red que podía validarse a través del trabajo, la familia y la urbanización (y en la que su valoración diferencial estaba asociada a las posiciones relativas y a los contextos). A diferencia de otros escenarios contemporáneos en los cuales también la política podía asociarse al trabajo cotidiano, a las movilizaciones y a la dirigencia en un contexto organizado en torno de los planes entre “peronistas” y “piqueteros” (Colabella, 2009), aquí la urbanización constituía un horizonte... para los “hijos del barrio”. No se trataba tanto de la nostalgia de un pasado de integración ni de la inmediatez de la urgencia (Merklen, 2005) sino, más bien, de una posibilidad concreta de “esperanza”.

Por eso, valía repetir con José: “participar políticamente es bueno en la medida en que sirve a la urbanización”. ¿Qué sucedía entonces cuando, en las elecciones de 2009, el triunfo del oficialismo ya no era seguro? El frenesí de la campaña envolvió a

los contendientes, a los analistas políticos (fueran periodistas, académicos y/o bloggers) y a mí... Muchos buscaban predecir los resultados electorales (e impactar sobre ellos). Algunos análisis politológicos insistían con la combinación de territorialización y mediatización de la política como forma de comprender el mapa electoral argentino distinguiendo Capital/interior y sectores medios/sectores populares (Cheresky, 2006). Ciertos periodistas enfatizaban una imagen fantasmagórica de “Los Barones del Conurbano” y su poder sobre un electorado más o menos cautivo. En Buenos Aires, la estrategia oficialista había propiciado los “anidamientos territoriales” (Calvo y Escolar, 2005) entre las listas nacionales, provinciales y municipales a través de las “candidaturas testimoniales”, había favorecido la contraposición entre los dos primeros candidatos a diputado nacional (ambos identificados como peronistas: el ex presidente Néstor Kirchner y Francisco de Narváez) y buscaba reponer una memoria del “caos” de 2001, colocando la figura de Néstor Kirchner en el centro de la escena. Uno de los espectáculos televisivos más vistos en Argentina había reeditado una parodia de reality show con sosías de las figuras políticas del momento. El otro Kirchner repetía: “¿Estás nervioso, Clarín?” desde el canal de dicho multimedio.

En este contexto, La Matanza, el distrito más populoso de Buenos Aires, era concebido como el bastión del oficialismo, sostenido por la conducción del vicegobernador Alberto Balestrini. Aunque Torres era visto como el “barrio mimado de Balestrini”, José ni nadie de Torres figuraba como candidato en las listas. Tampoco su densidad poblacional le otorgaba un lugar prominente. ¿Cómo eran las elecciones desde Villa Torres?

A contrapelo de mi exaltación (y mi sorpresa), mis interlocutores parecían prever resultados electorales poco favorables al oficialismo. En ese contexto, era importante trabajar y mostrarse trabajando: seguir los actos, poner la bandera, fiscalizar en las escuelas a cargo y limpiarlas después, llevar a la gente del barrio a votar o informarles dónde debía acudir. A diferencia de lo ocurrido para las elecciones internas, ahora no parecía haber un celo especial por sumar. Los resultados electorales no se jugaban aquí, aunque afectaran a José y a quienes lo rodeaban. Más bien, se trataba de esperar para saber cómo seguir la próxima jugada. La continuidad de la urbanización como política de gobierno (y el propio juego) estaba subordinada al juego de los otros. Partiendo de un concepto de “máquina electoral” (Levitsky, 2003), uno podía interrogarse sobre la lealtad o la independencia relativa de los actores. Desde Villa Torres, la pregunta era, más bien, cómo seguir.

Esa pregunta hizo eco en mí. Encontré una respuesta (provisoria y relativa) en el festival de los 10 años. La celebración de la toma que es conmemorada como inicio del proceso fue la síntesis de mi tesis como etnografía de la política en la urbanización de Villa Torres. El evento tuvo lugar en la plaza (recién allanada), frente al asfalto que marca el límite entre la parte nueva y la parte vieja del barrio, junto al asentamiento. El festival comprendía espectáculos musicales y discursos en el escenario, una feria de comidas y vestimenta alrededor de la plaza, y juegos inflables para los niños en un costado. Mientras las actividades centrales estaban orientadas a las familias de Torres, también se produjeron varios recorridos guiados por el barrio para los visitantes (funcionarios, profesionales y dirigentes de otros barrios). Diversas instituciones barriales figuraban como organizadoras del festejo, comenzando por la cooperativa. Entre ellas, sólo las personas cercanas a la parroquia estaban ausentes con aviso (el acto coincidió con la peregrinación a Luján). El evento condensaba la urbanización de Torres como forma específica de “estatalización del barrio” (Frederic, 2009), desplegando su complejidad.

A lo largo del festival, se podía observar tanto la pretensión de mostrar al “barrio organizado” (Cravino, 2008) como algunas de las dificultades que diariamente enfrentaba esa aspiración a través de ausencias, silencios, quejas y denuncias. En parte, ellas estaban ligadas a las casas: cómo se establecían las prioridades y los tiempos de espera, cómo estaban hechas, quiénes tenían derecho. La cuestión era planteada en términos morales, aludiendo a promesas y vergüenzas. En parte, remitía a las valoraciones asociadas a Villa Torres, como barrio y como villa, y a sus tensiones constitutivas en términos de diferenciación social y relaciones de poder. Involucraba la disputa entre chorro y transas, así como el papel de la parroquia, pero también las diferenciaciones entre vecinos abiertas a partir de la urbanización... ¿Quiénes podían salir? ¿Cómo? José estaba en el centro de la escena.

En su montaje, el festejo respondía a los resultados electorales a través de un gran despliegue de recursos y figuras. El escenario y la organización de los puestos mostraban orientarse en torno de José como dirigente político barrial, y en su relación con el gobierno municipal, encarnado en el intendente. En lugar de un repliegue sobre el barrio (como mi ingenuidad esperaba), el festival estaba orientado a magnificar los vínculos entre Estado y barrio que sostenían la urbanización, destacando la figura de José como parte de un gobierno (a la vez que se dejaba un lugar menor a otra historia de la urbanización que, junto con José, recordaba a otros de sus protagonistas: el padre Tuchi y Mónica). Debajo del escenario, la historia era diferente. La mudanza de la madre de

José era la otra señal significativa para comprender la respuesta a la derrota electoral de Kirchner. Ante la incertidumbre sobre la continuidad de la urbanización, se trataba de resguardar a los propios. Como señalé en el capítulo inicial, la política podía verse como una “salida” desde el barrio, y desde la propia familia en él.

Desde mi etnografía, la política aparecía como condición para realizar un “proyecto” (o una “esperanza”). Se imponía (no sólo por mi pregunta) pero, en ello, era apropiada como alternativa para estar mejor, “aprovechando la oportunidad”... hasta saber la próxima jugada.

BIBLIOGRAFÍA

- ABOY, Rosa (2005): *Viviendas para el pueblo* . Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- ACUÑA, Carlos; KESSLER, Gabriel y REPETTO, Fabián (2002): “Evolución de la política social argentina en la década de los 90's: cambios en su lógica, intencionalidad y en el proceso de hacer la política social”, Informe CLASPO, University of Texas at Austin.
- ALARCÓN, Cristian (2003): *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vidas de pibes chorros* , Buenos Aires, Norma.
- ALTHABE, Gérard (2006): “Hacia una antropología del presente” en *Cuadernos de Antropología Social n° 23* , pp. 13-34.
- ARMONY, Víctor y KESSLER, Gabriel (2004): “Imágenes de una sociedad en crisis. Cuestión social, pobreza y desempleo” en Novaro, M. y Palermo, V. (comp.) *La historia reciente . Argentina en democracia* , Buenos Aires, Edhasa.
- AUYERO, Javier (2001): *La Política de los Pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo* , Buenos Aires, Manantial.
- AUYERO, Javier (2007): *La zona gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea* , Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- BALBI, Fernando y ROSATO, Ana (2003). “Introducción” en: Rosato, A. y Balbi, F. (ed.) *Representaciones Sociales y Procesos Políticos. Estudios desde la antropología social*. Buenos Aires, Antropofagia.
- BALBI, Fernando (2007): *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de pca en el peronismo* , Buenos Aires, Antropofagia.
- BALLADARES, Carina (2009): “Sobre la idea de familia como símbolo en el proceso de toma y recuperación de una fábrica”, Ponencia presentada en las Jornadas CIE/UNSAM.
- BALLENT, Anahí (2006): *Las Huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943 -1955* , Buenos Aires, Colección: Memoria de las ciudades, Coeditado UNQ- Prometeo.
- BOIVIN, Mauricio; ROSATO, Ana y BALBI, Fernando (2003): “*Frasquito de anchoas, diez mil kilómetros de desierto... y después conversamos* : etnografía de una traición”, en Rosato, A. y Balbi, F. (ed.): *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social* , Buenos Aires, Antropofagia.

- BORGES, Antonádia (2004): *Tempo de Brasília. Etnografando lugares -eventos da política*, Rio de Janeiro, Relume Dumará.
- BORGES, Antonádia (2006): “O emprego na política e suas implicações teóricas para uma antropologia da política” en *Anuário Antropológico/2005, Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro*, pp. 91-125.
- BORGES, Antonádia (2007): “Modelos etnográficos: notas antropológicas sobre trabalho de campo no Brasil e na África do Sul”, Ponencia presentada en el Seminario de Antropología del ICS, Lisboa.
- BORGES, Antonádia (2008): “Explorando a noção de *etnografia popular*: comparações e transformações a partir dos casos das cidades-satélites brasileiras e das townships sul-africanas” en *Cuadernos de Antropología Social*, Nro. 29, pp. 23-42.
- BOURDIEU, Pierre (1981). “La représentation politique”, en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, Vol. 36, Nro. 1, pp. 3-24. Disponible en: www.persee.fr.
- BRIQUET, Jean-Louis (1994): “Communiquer en actes. Prescriptions du rôle et exercice quotidien du métier politique” en *Politix*, Vol. 7, Nro. 28, pp. 16-26. Disponible en: www.persee.fr.
- BRIQUET, Jean-Louis (1997). *La Tradition en mouvent. Clientélisme et politique en Corse*. Paris, Editions Belin.
- CALVO, Dolores (2006): *Exclusión y política. Estudio sociológico sobre la experiencia de la Federación de trabajadores por la Tierra, la Vivienda y el Hábitat (1998 -2002)*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- CALVO, Ernesto y ESCOLAR, Marcelo (2005), *La nueva política de partidos en la Argentina, crisis política, realineamientos partidarios y reforma electoral*, Buenos Aires, Prometeo.
- CARROLL, Lewis (2005): *Alicia a través del espejo y todo lo que ella encontró allí*, Buenos Aires, La Página.
- CASABURI, Gabriel; RIGGIROZZI, María Pía y TUOZZO, María Fernanda (2000): “BMDs-sociedad civil: Luces y sombras de una nueva relación” en Tussie, D. *Luces y sombras de una nueva relación. El Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco Mundial y la sociedad civil*, Buenos Aires, FLACSO/Temas Grupo Editorial.
- CERRUTTI, Marcela y GRIMSON, Alejandro (2004): “Buenos Aires, neoliberalismo y después. Cambios socioeconómicos y respuestas populares”, en *Cuadernos del IDES* N° 5, Buenos Aires. Disponible en: http://www.ides.org.ar/shared/doc/pdf/cuadernos/Cuaderno5_Cerrutti_Grimson.pdf (extraído en abril de 2006).

- CHERESKY, Isidoro (2006), “La política después de los partidos”, en Cheresky, I. (comp.), *La política después de los partidos* , Buenos Aires, Prometeo.
- CHERESKY, Isidoro y POUSADELA, Inés (2004): “La incertidumbre organizada. Elecciones y competencia política en Argentina (1983-2003)”, en Cheresky, I. y Pousadela, I. *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos* , Buenos Aires, Biblos.
- CHIARA, Magdalena y DI VIRGILIO, Mercedes (2006): *Gestión social y municipios. De los escritorios del Banco Mundial a los barrios del Gran Buenos Aires* , Buenos Aires, UNGS/Prometeo Libros.
- CLICHEVSKY, Nora; PRÉVÔT SCHAPIRA, Marie France y SCHNEIER, Graciela (1990): “*Loteos populares, sector inmobiliario y gestión local en Buenos Aires el caso del Municipio de Moreno* ”, Buenos Aires, Centro de Estudios Urbanos y Regionales.
- COLABELLA, María Laura (2009): “‘Fazer política ou lutar pelo social’. Uma etnografia sobre formas de redistribuição na Grande Buenos Aires”, Tesis de Doctorado PP-GAS/Museu Nacional - UFRJ, Río de Janeiro.
- CORRAL, Damián: “La seducción del instante y el hastío de la duración. El liderazgo del “Chacho” Álvarez y el devenir de la centroizquierda en los 90”, en Rinesi, E.; Nardacchione, G. y Vommaro, G. (comp.) *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente* , Buenos Aires, UNGS/Prometeo.
- CRAVINO, María Cristina (2006), *Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana* , Los Polvorines, UNGS.
- CRAVINO, María Cristina (2008): *Vivir en la villa. Relatos, trayectorias y estrategias habitacionales* , Los Polvorines, UNGS.
- CRAVINO, María Cristina; FERNÁNDEZ WAGNER, Raúl y VARELA, Omar (2002): “Notas sobre la política habitacional en el AMBA en los ‘90” en L. Andrenacci (org.), *Cuestión social y política social en el Gran Buenos Aires* , Buenos Aires, UNGS/Ediciones al margen.
- D’AMICO, Victoria y PINEDO, Jerónimo (2008): “Trabajar desde lo social y rescatarse: diferentes construcciones de sentido acerca de la participación en una organización local”, ponencia presentada en las V Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata.
- D’ANGELI, Liliana (2008): “Subjetividad y razón en las formas del hábitat popular” en Seminario Ciudad y programas de hábitat UNGS, Los Polvorines, diciembre.
- DE CERTEAU, Michel (1996): *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer* , México, Universidad Iberoamericana.

- DIEZ, Patricia (2006): “*Ni careta ni quemado, rescatado. Usos del cuerpo, adscripciones identitarias y morales de jóvenes varones de Bajo Flores, Ciudad de Buenos Aires*”, Tesis de Maestría en Antropología Social, IDES/IDAES-UNSAM.
- DIEZ, Patricia (2009): “*Mecha en el barrio : situaciones dilemáticas y drama social entre demandas morales*” en Grimson, A.; Ferraudi Curto, M. C.; Segura, R.: *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* , Buenos Aires, Prometeo.
- DI VIRGILIO, Mercedes (2003): “¿Existen oportunidades para la creación de valor público durante la implementación de los programas sociales? La implementación del PROMEBBA en el Gran Buenos Aires (Argentina, 2002 – 2003)”, Taller de elaboración de estudios de caso sobre gerencia social INDES/BID, Washington, octubre (mimeo).
- DOGAN, Mattei (1967): “Les filières de la carrière politique en France”, en *Revue française de sociologie* , Vol. 8, Nro. 4, pp. 468-492. Disponible en: www.persee.fr.
- ELIAS, Norbert (1995): *Mi trayectoria intelectual* , Barcelona, Ediciones La Península.
- ELIAS, Norbert; SCOTSON, John (2000): *Os estabelecidos e os Outsiders. Sociologia das relações de poder a partir de uma pequena comunidade* , Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor.
- ENTIN, Gabriel (2004): “Peronismo, liderazgos locales y partidos políticos. Las elecciones de 2003 en La Matanza”, en Cheresky, I. y Pousadela, I. *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos* , Buenos Aires, Biblos.
- EVANS-PRITCHARD, E. E. (1940): *Los Nuer* , Barcelona, Anagrama.
- FARINETTI, Marina (2000): “Violencia y risa contra la política en el Santiagueño: Indagación sobre el significado de una rebelión popular”, *Apuntes de Investigación del CECYP* N° 6, Buenos Aires.
- FEIJOO, María del Carmen (1982): *Las luchas de un barrio y la memoria colectiva* , Buenos Aires, Estudios CEDES.
- FERGUSON, James y GUPTA, Akhil (2002), “Spatializing states: toward an ethnography of neoliberal governmentality”, en *American Ethnologist* N° 29 Año 4, pp. 981-1002.
- FERRAUDI CURTO, M. Cecilia (2006): “Mientras tanto: política y modo de vida en una organización piquetera”, Tesis de Maestría en Antropología Social (IDES-IDAES/UNSAM).
- FERRAUDI CURTO, M. Cecilia (2007): “Pero entonces, ¿qué es política? Reflexiones después de la etnografía en una organización piquetera”, en *Papeles de Trabajo. Revista Electrónica del IDAES* , Nro. 2.

- FONSECA, Claudia (2000): *Familia, fofoca e honra: etnografia de relações de gênero e violência em grupos populares*, Porto Alegre, Ed. Universidade/UFRGS.
- FORNI, Floreal (1987) “Estudio comparativo de los grupos organizados para la actividad religiosa en el Gran Buenos Aires (II)”, en *Sociedad y Religión. Sociedad, antropología e historia de la religión en el Cono Sur* nro. 8, ISSN: 0326-9795, Buenos Aires.
- FORTES, Mayer y EVANS-PRITCHARD, Edward E. (1961) (eds.). *African Political Systems*, London/New York/Toronto, Oxford University Press.
- FREDERIC, Sabina (2003): “De la Plaza al Barrio. Los científicos sociales y la identidad de los Sectores Populares en la transición democrática (1982-1987)”, en A. Rosato; F. Balbi (ed.): *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*, Buenos Aires, Antropofagia.
- FREDERIC, Sabina (2004): *Buenos vecinos, malos políticos: moralidad y política en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.
- FREDERIC, Sabina (2009): “Trabajo barrial, reconocimiento y desigualdad en Lomas de Zamora, 1990-2005”, en Grimson, A.; Ferraudi Curto, M. C.; Segura, R.: *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.
- GARRIGA ZUCAL, José (2008): “‘Entre piñas, piedrazos y patadas’. Prácticas violentas y mecanismos de identidad de una hinchada de fútbol”. Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (mimeo).
- GERMANI, Germani (1967): “La ciudad como mecanismo integrador” en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. XXIX, Nro. 3, pp. 387-406.
- GLUCKMAN, Max (2003): “Análisis de una situación social en Zululandia Moderna”, en bRiCoLaGe año 1, N° 1, enero-marzo, pp. 34-49.
- GOFFMAN, Erving (1971): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu editores.
- GOLDMAN, Márcio (2001): “An Ethnographic Theory of Democracy. Politics from the Viewpoint of Ilhéus's Black Movement (Bahia, Brasil)”, en *Ethnos*, Vol. 66:2, 157-180.
- GOLDMAN, Márcio (2006), *Como funciona a democracia. Uma teoria etnográfica da política*, Rio de Janeiro, 7letras Editora.
- GONZÁLEZ CARVAJAL, Lara (2008): “‘El barrio son los vecinos’. Cultura e identidad en los procesos de urbanización de villas. Algunas reflexiones sobre el barrio Carlos Gardel” en V Jornadas de Sociología de la UNLP, noviembre.

- GORBÁN, Débora (2009): “*Salir a cartonear* , desentrañando practicas y sentidos del trabajo entre quienes se dedican a la recolección de materiales recuperables”, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales UBA/EHSS (mimeo).
- GORELIK, Adrián (1998): *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, UNQUI.
- GRIMBERG, Mabel; FERNÁNDEZ ALVAREZ, María Inés; CARVALHO ROSA, Marcelo, (editores) (2009): *Estado y movimientos sociales: estudios etnográficos en Argentina y Brasil* , Buenos Aires, Antropofagia.
- GRIMSON, Alejandro (2009): “Introducción”, en Grimson, A.; Ferraudi Curto, M.C.; Segura, R.: *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* , Buenos Aires, Prometeo.
- GUBER, Rosana (1991): “Villeros o cuando querer no es poder”, en *Barrio sí, villa también. Dos estudios de antropología urbana sobre producción ideológica de la vida cotidiana* , Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- GUBER, Rosana (2002) “Antropología social. An Argentine diaspora between revolution and nostalgia” en *anthropology today* , Vol. 18, Año 4, pp. 8-13.
- GUPTA, Akhil (2005): “Narratives of corruption: Anthropological and fictional accounts of the Indian state”, en *Ethnography*; 6: 5-34
- GUTIÉRREZ, Leandro y ROMERO, Luis Alberto (2007): *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra* , Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (1994): *La larga agonía de la Argentina peronista* , Buenos Aires, Ariel.
- HEREDIA, Mariana (2007): “Entre la reflexividad y la profecía autorrealizada. La intervención de los economistas en el espacio público en la instauración y crisis de la convertibilidad” en *I Jornada de Economía Política, UNGS* , disponible en http://www.ungs.edu.ar/cm/uploaded_files/file/ecopol/Mariana_Heredia.pdf.
- HILB, Claudia (2001): “Reflexiones entreveradas sobre la democracia y el miedo”, en Cheresky, I. y Pousadela, I. (comp.) *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas* , Buenos Aires, Paidós.
- INCADORNA, Juan Diego (2009): *El campito* , Buenos Aires, Mondadori.
- JAMES, Daniel (1990): *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946 -1976*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- JELIN, Elizabeth; VILA, Pablo (1987): "Cotidianeidad y política" en *Punto de Vista, Año X, N°29* , Buenos Aires, abril-julio.

- KESSLER, Gabriel (2004): *Sociología del delito amateur*, Buenos Aires, Paidós.
- KESSLER, Gabriel (2009): *El sentimiento de inseguridad: Sociología del temor al delito*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- LAGROYE, Jacques (1997): “Être du métier”, en *Politix. Revue des sciences sociales du politique*, Vol. 7, Nro. 28, pp. 5-15. Disponible en: www.persee.fr.
- LE BART, Christian (1997): “Sur deux récits d’entrée en politique” en *Pôle Sud*, Vol 7, Nro. 1, pp. 57-71. Disponible en: www.persee.fr.
- LEFORT, Claude (1988): “El intercambio y la lucha entre los hombres” en *Las formas de la historia. Ensayos de antropología política*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LEFORT, Claude, (1990): “Derechos del hombre y política” en *La invención democrática*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- LEVITSKY, Steven (2003): *Transforming labor-based parties in Latin America. Argentine Peronism in Comparative Perspective*, Nueva York, Cambridge University Press.
- MALAGAMBA OTEGUI, Romina (2009): “Expertos en ciudadanía. La emergencia de la Fundación Poder Ciudadano y la constitución del campo de ONG en Argentina”, en *Cuadernos de Investigaciones Etnográficas* Año 1 N° 1, pp. 3-30. Disponible en http://www.unsam.edu.ar/escuelas/humanidades/centros/c_cie/pdf/cuadernos/Malagamba%20Otegui.pdf (extraído en agosto de 2009).
- MANZANO, Virginia (2005): “La Matanza: capital del piquete, el peronismo y los movimientos sociales. Configuración socio-espacial y articulación de relaciones políticas”, Ponencia presentada al Coloquio de Investigaciones Etnográficas: “Territorialidad y Política” - UNSAM, 23 de septiembre.
- MANZANO, Virginia (2007): “Del desocupado como actor colectivo a la trama política de la desocupación. Antropología de campos de fuerzas sociales” en Cravino, M. C. (comp.) *Resistiendo en los barrios. Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires*, Los Polvorines, UNGS.
- MANZANO, Virginia (2009): “Un barrio, diferentes grupos: Acerca de dinámicas políticas locales en el distrito de La Matanza”, en Grimson, A.; Ferraudi Curto, M.C.; Segura, R.: *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.
- MARTUCCELLI, Danilo y SVAMPA, Maristella (1997): *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires, Losada.

- MASSON, Laura (2002): "La villa como aldea" en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* N° XXVII, pp. 71-78.
- MASSON, Laura (2004): *La política en femenino. Género y poder en la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Antropofagia.
- MAUSS, Marcel (1971) "Ensayo sobre los dones. Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas". En *Sociología y Antropología*, Editorial Tecnos, Madrid.
- MERKLEN, Denis (1991): *Asentamientos en La Matanza. La terquedad de lo nuestro*, Buenos Aires, Catálogos Editora.
- MERKLEN, Denis (2001): "Inscription territoriale et action collective. Les occupations illégales de terres urbaines depuis les années 1980 en Argentine", Tesis de Doctorado, París, École des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- MERKLEN, Denis (2005): *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983 -2003)*, Buenos Aires, Editorial Gorla.
- MIQUET-MARTY, François (1997): "Les agents électoraux. La naissance d'un rôle politique dans la deuxième moitié du XIXe siècle", en *Politix. Revue des sciences sociales du politique*, Vol. 10, N° 38, pp. 47-62. Disponible en: www.persee.fr.
- NEIBURG, Federico (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza Editorial.
- NÚCLEO DE ANTROPOLOGIA DA POLÍTICA (1998). *Uma antropologia da política: rituais, representação e violência. Cuadernos do NuAP N°1*. Rio de Janeiro.
- NUN, José (2000): *Democracia: ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- NUN, José (2001): *Marginalidad y exclusión social*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- O'DONNELL, Guillermo (2000): "Teoría democrática y política comparada", en *Desarrollo Económico Vol. 39 N° 156*, IDES, Enero-Marzo.
- OFFERLÉ, Michel (1996): "Entrées en politique", en *Politix. Revue des sciences sociales du politique*, Vol. 9, N° 35, pp. 3-5. Disponible en: www.persee.fr.
- OFFERLÉ, Michel (1999). "Professions et profession politique". En: *La Profession Politique XIXe-XXe siècles*. Offerlé, M (ed.). Paris: Editions Belin.
- OSZLAK, Oscar (1991): *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*, Buenos Aires, Estudios CEDES/Editorial Humanitas.
- PALMEIRA, M. y HEREDIA, B. (1995). "Os Comícios e as políticas de Facções". *Anuário Antropológico* N° 94. 31-94.

- PANTALEÓN, J. (2004). *Entre la carta y el formulario. Política y Técnica*, Buenos Aires: Serie Etnográfica IDES/Antropofagia.
- PEIRANO, Mariza (1997), “Antropología política, ciencia política e antropología da política”. En *Três ensaios breves. Série Antropologia N° 231*, Brasilia.
- PEIRANO, Mariza (2004): “A favor de la etnografía”, en Grimson, A., Lins Ribeiro, G. y Semán, P. (comp.). *La antropología brasileña contemporánea*. Buenos Aires, Prometeo.
- PERELMITER, Luisina (2007): “¿Es posible la debilidad estatal? Notas de investigación en torno de la construcción del Estado en política social” en *Papeles de Trabajo Revista Electrónica del IDAES*, Nro. 2.
- PERELMITER, Luisina (2009): “¿Quiénes son “vulnerables”? La construcción del destinatario de la asistencia en la Argentina contemporánea”, ponencia presentada en las Jornadas del Programa de Investigación PICT-UNSAM “Legitimación de las desigualdades en la Argentina reciente”.
- PÉREZ, Germán (2009), “Genealogía del “quilombo”, una exploración profana sobre algunos significados de 2001”, en Pereyra, S.; Pérez, G. y Schuster, F. (2009), *La huella piquetera*, La Plata, Editorial Al margen.
- PITT-RIVERS, J. 1989: *Un pueblo de la sierra: Grazalema*. Barcelona, Alianza Editorial.
- PRÊVOT-SCHAPIRA, Marie-France (2002): “Buenos Aires en los años 90: metropolización y desigualdades” en *EURE (San tiago) [online]*. 2002, vol.28, n.85 [citado 2010-05-10], pp. 31-50. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71612002008500003&lng=es&nrm=iso. ISSN 0250-7161.
- PRÊVOT-SCHAPIRA, Marie-France (1996), “Las políticas de lucha contra la pobreza en la periferia de Buenos Aires, 1984- 1994”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 59, núm. 2, abril- junio, pp. 73- 93.
- QUIROGA, Hugo (2006), “La arquitectura del poder en un gobierno de la opinión pública”, en Cheresky, I. (comp.), *La política después de los partidos*, Buenos Aires, Prometeo.
- QUIRÓS, Julieta (2006) *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Antropofagia, Buenos Aires.

- QUIRÓS, Julieta (2008): “Piqueteros y peronistas en la lucha del Gran Buenos Aires. Por una visión no instrumental de la política” en *Cuadernos de Antropología Social* N° 27, pp. 113–131.
- RADCLIFFE-BROWN, R. (1961) “Preface” en: Fortes, M. y Evans-Pritchard, E. *African Political Systems*, London/New York/Toronto, Oxford University Press..
- RATIER, Hugo (1971): *Villeros y villas miseria*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- REPETTO, Fabián (2000): “Gestión pública, actores e institucionalidad: las políticas frente a la pobreza en los ’90”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 39, No. 156, pp. 597-618.
- RINESI, Eduardo y NARDACCHIONE, Gabriel (2007) “Prólogo. Teoría y práctica de la democracia argentina”. En Rinesi, E.; Nardacchione, G. y Vommaro, G. (comp.) *Los lentes de Victor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*, UNGS/Prometeo, Buenos Aires.
- ROCCA RIVAROLA, M. Dolores (2006), “La Matanza, avatares de la continuidad asegurada. Peronismo, partidos opositores y organizaciones piqueteras”, en Cheresky, I. (comp.), *La política después de los partidos*, Buenos Aires, Prometeo.
- RODRÍGUEZ, Carla et al. (2007): “Producción social del hábitat y políticas en el Área Metropolitana de Buenos Aires: historia con desencuentros”, Documentos de Trabajo N° 49, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA).
- ROSATO, Ana y QUIROS, Julieta (2004): “De militantes y militancia: el trabajo de dos partidos políticos en las elecciones legislativas de 2001 en Argentina”, en Teixeira, C. y Chaves, C. (comp.) *Coletânea Es paços e Tempos da Política*, Brasilia, Relume & Dumará.
- RUBINICH, Lucas (1998): “‘Con los pies en la tierra’: notas sobre dos experiencias de campo”, en *Apuntes de Investigación del CECyP* N° 2/3, pp. 151-162, noviembre.
- SANTILLAN, Laura y WOODS, Marcela (2005): “Iglesia y cuestión social: la intervención de la Iglesia Católica en la construcción de demandas de educación, tierra y vivienda en el Gran Buenos Aires”, en *Rev. Antropol.*, Vol. 48, Nro. 1, pp. 281-314. Disponible en www.scielo.org.
- SARAVÍ, Gonzalo (2004): “Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural” en *Revista de la CEPAL* 83, agosto.

- SAWICKI, Frédéric (1994): “L’homme politique en campagne. L’élection municipale de Dunkerque en mars 1989”, en *Politix. Revue des sciences sociales du politique*, Vol. 7, N° 28, pp. 127-139. Disponible en: www.persee.fr.
- SCHAVELZON, Salvador (2006): “Política na gestão e gestão sem política. Uma etnografia sobre pensamento estatal, forma e conflito na implementação de uma política de moradia na cidade de Buenos Aires”, Tesis de Maestría PPGSA/UFRJ. Disponible en: http://www.dominiopublico.gov.br/pesquisa/DetaileObraDownload.do?select_action=&co_obra=31934&co_midia=2.
- SCHUSTER, Federico y PEREYRA, Sebastián (2001): “La protesta social en la Argentina democrática: balance y perspectivas de una forma de acción política”, en GIARRACA et al.: *La protesta social en la Argentina: transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Buenos Aires, Alianza.
- SCOTT, James (1998): *Seeing like a state: how certain schemes to improve the human condition have failed*, New Haven/London, Yale University Press.
- SEGURA, Ramiro (2009): “Si vas a venir a una villa, loco, entra de otra forma.” *Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del Gran Buenos Aires*, en Ferraudi Curto, Cecilia; Grimson, Alejandro y Segura, Ramiro (comp) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Prometeo.
- SEMÁN, Pablo (2006) “Las formas políticas populares: más allá de los dualismos”. En *Bajo continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, Editorial Gorla, Buenos Aires.
- SEMÁN, Pablo (2006): *Bajo continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, Editorial Gorla, Buenos Aires.
- SIDICARO, Ricardo (1995) “Poder político, liberalismo económico y sectores populares en la Argentina 1989-1995”. En AA.VV. *Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto.
- SIDICARO, Ricardo (2001): *La crisis del Estado. Y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989 -2001)*, Buenos Aires, Libros del Rojas.
- SOLDANO, Daniela (2009). “Territorio, asistencia y subjetividad en el Gran Buenos Aires (1990-2004)”, mimeo.
- SOPRANO, Germán (2003): “Formas de organización y socialización en un partido político. Etnografía sobre facciones, alianzas y clientelismo en el peronismo durante una campaña electoral”, Tesis de Doctorado en Antropología Social, Universidad Nacional de Misiones.

- SVAMPA, Maristella (2005): *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Taurus.
- SVAMPA, Maristella y PEREYRA, Sebastián (2003): *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos.
- TARROW, Sydney (1999): “Estado y oportunidades: La estructuración política de los movimientos sociales”, en Mc Adam, D., McCarthy, J. y Zald, M. (comp.) *Movimientos sociales, perspectivas comparadas*, pp.71-99, España, Istmo.
- THOMASZ, Ana (2008): “Transformaciones urbanas en el sector sur del barrio porteño de Parque de los Patricios: de espacio vacío a recurso” en *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, Vol. 3 Nro. 3, Septiembre-Diciembre, pp.332-365. Disponible en: www.aibr.org.
- THOMPSON, E. P. (2000 [1971]): *Costumbres en común. Estudios en la cultura popular tradicional*, Barcelona, Crítica.
- TORRE, Juan Carlos y PASTORIZA, Elisa, (2002): “La democratización del bienestar”, en J. C. Torre, dir., *Los años peronistas (1943 -1955)*, Nueva Historia Argentina, vol. 8, Buenos Aires, Sudamericana.
- TORRES, Horacio: “El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)”, en Serie Difusión 3, Buenos Aires, FADU/UBA.
- VANOLI, Hernán y VECINO, Diego (2010): “Subrepresentación del conurbano bonaerense en la ‘nueva narrativa argentina’. Ciudad, peronismo y campo literario en la argentina del bicentenario” en *Apuntes de Investigación del CECYP*, Nro. 16/17.
- VIDAL, Dominique (1998): *La politique au quartier. Rapports sociaux et citoyenneté à Recife*, París, Editions de la Maison des Sciences de l’Homme.
- VINCENT, J. (1990). *Anthropology and Politics. Visions, traditions, and trends*, Tucson/London, The University of Arizona Press.
- VOMMARO, Gabriel (2006), “‘Acá no conseguís nada si no estás en política’. Los sectores populares y la participación en espacios barriales de sociabilidad política”. En *Anuario de Estudios en Antropología Social*, Centro de Antropología Social-IDES, Buenos Aires, 161-177.
- VOMMARO, Gabriel (2008): *Lo que quiere la gente. Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983 -1999)*, Buenos Aires, UNGS/Prometeo.
- WEBER, Max (1991 [1919]): “La política como vocación”, en *El político y el científico*, México, Premiá.

WEBER, Max (1999a [1904-1905, 1920]): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Buenos Aires: Península/Biblos.

WHYTE, William Foote (1955): *Street Corner society. The Social Structure of an Italian Slum*, Chicago, The University of Chicago Press.

WILKIS, Ariel (2009): “Los ciclos del capital moral: Patricia en la red política de Salcedo”, ponencia presentada en las Jornadas del Programa de Investigación PICT-UNSAM “Legitimación de las desigualdades en la Argentina reciente”.

ZAPATA, Laura (2005): *La mano que acaricia la pobreza. Etnografía del voluntariado católico*, Buenos Aires, Antropofagia.

ZICCARDI, Alicia (1983): “Villas miseria y favelas: sobre las relaciones entre las instituciones del Estado y la organización social en las democracias de los años sesenta”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Año XLV, Vol. XLV, Nro. 1, pp. 45-67.

Otras fuentes consultadas

Diario Clarín.

Diario La Nación.

Diario Página/12.

Diario Noticias con Objetividad (NCO), La Matanza.

<http://conurbanos.blogspot.com>

<http://deshonestidadintelectual.blogspot.com>

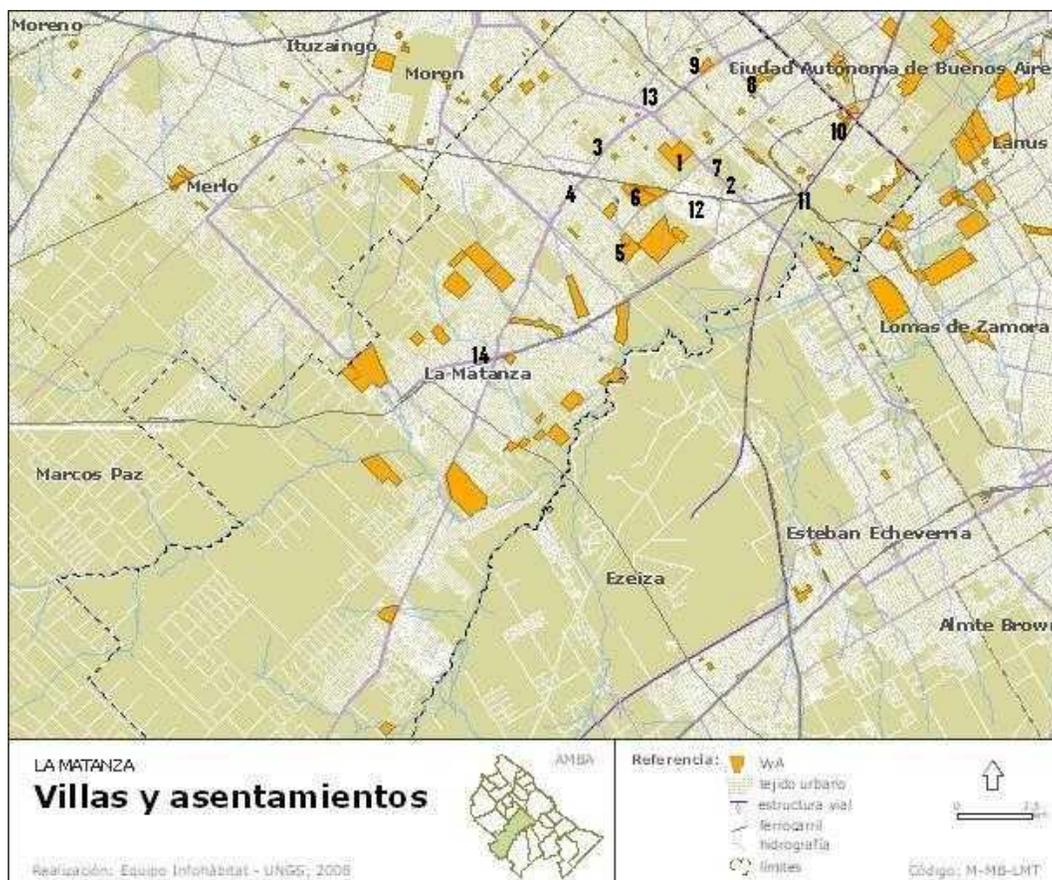
<http://maps.google.com>

<http://rambletamble.blogspot.com>

<http://www.infohabitat.com.ar>

ANEXOS

ANEXO 1. Plano de La Matanza



Elaboración propia a partir de <http://www.infohabitat.com.ar/web/cnt/es/mapas/>, extraído en abril de 2010.

Referencias

1	Villa Torres	8	Villa Las Antenas
2	Camino de Cintura	9	Villa Santos Vega
3	Ruta 3	10	Asentamiento 2 de abril
4	Corte de la ruta 3 (en 2000)	11	Mercado Central
5	Asentamiento El Tambo	12	Ciudad Evita
6	Asentamiento 17 de marzo	13	Unidad Ejecutora (San Justo)
7	Cuarteles de La Tablada	14	Barrios en los kilómetros

ANEXO 2. Fotos de Villa Torres

Fotos aéreas



1992. Foto aérea del archivo del Programa Arraigo.



2006. Foto satelital extraída de Googlemaps.



2008. Foto satelital extraída de Googlemaps.

Fotos del book elaborado por los arquitectos



La Tucumán (antes del asfalto).



El asfalto en la Tucumán.



Un pasillo.



Casas en construcción.



Casa nueva.



Escuela nueva, Asfalto Derqui, calle de la cooperativa.

ANEXO 3. Índice de nombres propios

Adela: Habitante de Villa Torres. Desde 2007, es secretaria de una cooperativa de trabajo.

Alberto Balestrini: Ex intendente de La Matanza (1999-2005). Fue Presidente de la Cámara de Diputados entre 2005 y 2007. Actualmente se desempeña como Vicegobernador provincial y presidente del PJ de la provincia. Es reconocido aún hoy como quien “conduce” el distrito.

Analía: Secretaria de la cooperativa de Javier.

Andy (Andrés): Integrante de la cooperativa de paredón. Se autodenomina el bombero del barrio.

Arnaldo: Chorro histórico del barrio.

Arturo: Habitante de Villa Torres. En la galería de su casa funciona el subcomando del PJ.

Blanca: Habitante de Villa Torres. Trabaja en el comedor de la parroquia.

Daniela: Habitante del asentamiento.

Elsa: Habitante de Villa Torres. Trabaja en la unidad ejecutora, junto con Gabriela y Yeny, bajo la coordinación de Sandra.

Federico: Técnico que había vivido en el barrio y orientó a los habitantes de Villa Torres luego de la toma. Actualmente dirige las obras de la cooperativa madre. Hermano de Tincho.

Fernando Espinoza: Intendente de La Matanza (2005-).

Fierro (Francisco): Político de Villa Torres. Desde su unidad básica, Los soldados de Perón, milita en la agrupación Ramón Carrillo, conducida por Alberto Balestrini.

Gabriela: Habitante de Villa Torres. Trabaja en la unidad ejecutora, junto con Elsa y Yeny, bajo la coordinación de Sandra.

Gómez (Guillermo): Integrante de la cooperativa madre. Algunos lo consideran el guardaespaldas de José. Entre sus actividades centrales, se ocupa del grupo de demolición y de coordinar los traslados en una zona del barrio.

Graciela: Esposa de José.

Herminio Bayón: Secretario de Obras Públicas municipal. Bajo su autoridad se encuentra la unidad ejecutora del Programa de Urbanización de Villas y Asentamientos, coordinada por José.

Hugo Fernández: Ex Secretario de Obras Públicas municipal. “Jefe” de quien fuera la puntera más fuerte del barrio.

Inés: Habitante de Villa Torres. Coordina el comedor de la parroquia.

Irene: Habitante de Villa Torres.

Javier: Integrante de la cooperativa madre. Presidente de una cooperativa de trabajo.

José Domínguez (a. Patón): Dirigente de Villa Torres. Funcionario municipal a cargo de la unidad ejecutora del Programa de Urbanización de Villas y Asentamientos. Consejero del PJ de La Matanza.

Karaman: Dirigente barrial de Quilmes, destacado por su importancia en la formación de José.

Lili: Coordinadora del grupo de demolición junto con Gómez.

Liliana D’Angeli: Arquitecta. Funcionaria del PROMEBA. Escribe su tesis sobre la urbanización en Villa Torres.

Luis D’Elía: Dirigente político. Su historia se remonta a las tomas colectivas de tierras en La Matanza a mediados de la década de 1980, como líder del asentamiento El Tambo. Luego, fue concejal de La Matanza por el FREPASO. Su figura cobró renombre a nivel nacional a partir de los cortes de la Ruta 3 en 2000, caracterizándolo como referente piquetero. Más tarde fue funcionario del gobierno de Néstor Kirchner.

Luna: Dirigente barrial de Quilmes.

Marcela: Habitante de Villa Torres.

Margarita: Integrante de la cooperativa madre. Presidenta de una cooperativa de trabajo.

Mary: Prima de José (hija del hermano de la madre). Se desempeña como empleada municipal en el CIC y está a cargo del grupo que trabaja en política con José. Es hermana de Mirta.

Matías: Sobrino de José (esposo de la hija de su hermano). Trabaja en la cooperativa de paredón y toca la trompeta en la murga. Es cuñado de Yeny.

Meronio: Referente institucional del PROMEBA en La Matanza.

Miguel: Trabajador social contratado por el PROMEBA.

Mili: Delegada del asentamiento.

Mirta: Prima de José (hija del hermano). Hermana de Mary. Trabaja en la cooperativa de paredón. Junto con Viviana, coordina traslados y guía a los visitantes.

Mónica: Figura reconocida en el barrio. Formó parte de las gestiones iniciales del grupo después de la toma. Se distanció después del conflicto con quien fuera la “puntera” del barrio.

Ortega: Familia de Villa Torres. Parientes de Tony.

Pablo Pimentel: Presidente de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de La Matanza. Asesoró al grupo en sus inicios, por contacto con el padre Tuchi.

Patricia: Habitante de Villa Torres.

Pedro: Habitante del asentamiento. Trabaja en política con Mili.

Pirozzolo: Senador provincial. Integrante de la agrupación Ramón Carrillo.

Pisoni: Responsable del Instituto Provincial de la Vivienda. Coordinador ejecutivo del PROMEBA en 2002.

Ramona: Habitante de Villa Torres. Trabaja limpiando en la unidad ejecutora y comenzó a trabajar en política con José para las elecciones en 2009.

Ruso: Integrante de la cooperativa madre. Ha militado en diferentes partidos cercanos al FREPASO. Era presidente de una de las cooperativas de trabajo hasta que fue separado del cargo por desavenencias con los socios. Según José, es uno de los “intelectuales de café”.

Sandra: Integrante de la cooperativa madre. Está a cargo del “área barrial” en la unidad ejecutora. Es cuñada del padre Tuchi (esposa del hermano).

Sanmartín: Arquitecto que dirige técnicamente el Proyecto Urbanístico Villa Torres. Funcionario municipal, se desempeña en la unidad ejecutora del Programa de Urbanización de Villas y Asentamientos.

Sanmiguel: Desde 2009, coordinador del Programa Federal de Urbanización de Villas y Asentamientos Precarios, dependiente de la Subsecretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda (Secretaría de Obras Públicas, Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios).

Sonia: Habitante del barrio. Inquilina.

Tincho: Hermano de Federico, trabaja como técnico en la cooperativa. Según José, es uno de los “intelectuales de café”.

Tomasi: Habitante de Villa Torres. Técnico de las cooperativas de la parroquia.

Tony: Integrante de la cooperativa madre. Socio de una cooperativa de trabajo. Es pariente de los Ortega.

Tuchi: Cura párroco de Villa Torres. Nació en el barrio y su familia sigue viviendo allí. Actualmente es Vicedirector de Cáritas San Justo. Cuñado (hermano del esposo) de Sandra.

Verónica: Habitante de Villa Torres.

Vicenta: Habitante de Villa Torres.

Viviana: Presidenta de la cooperativa de paredón. Junto con Mirta, coordina traslados y guía a los visitantes.

Yeny: Sobrina de José (hija del hermano). Trabaja en la unidad ejecutora, junto con Elsa y Gabriela, bajo la coordinación de Sandra. Es cuñada de Matías.